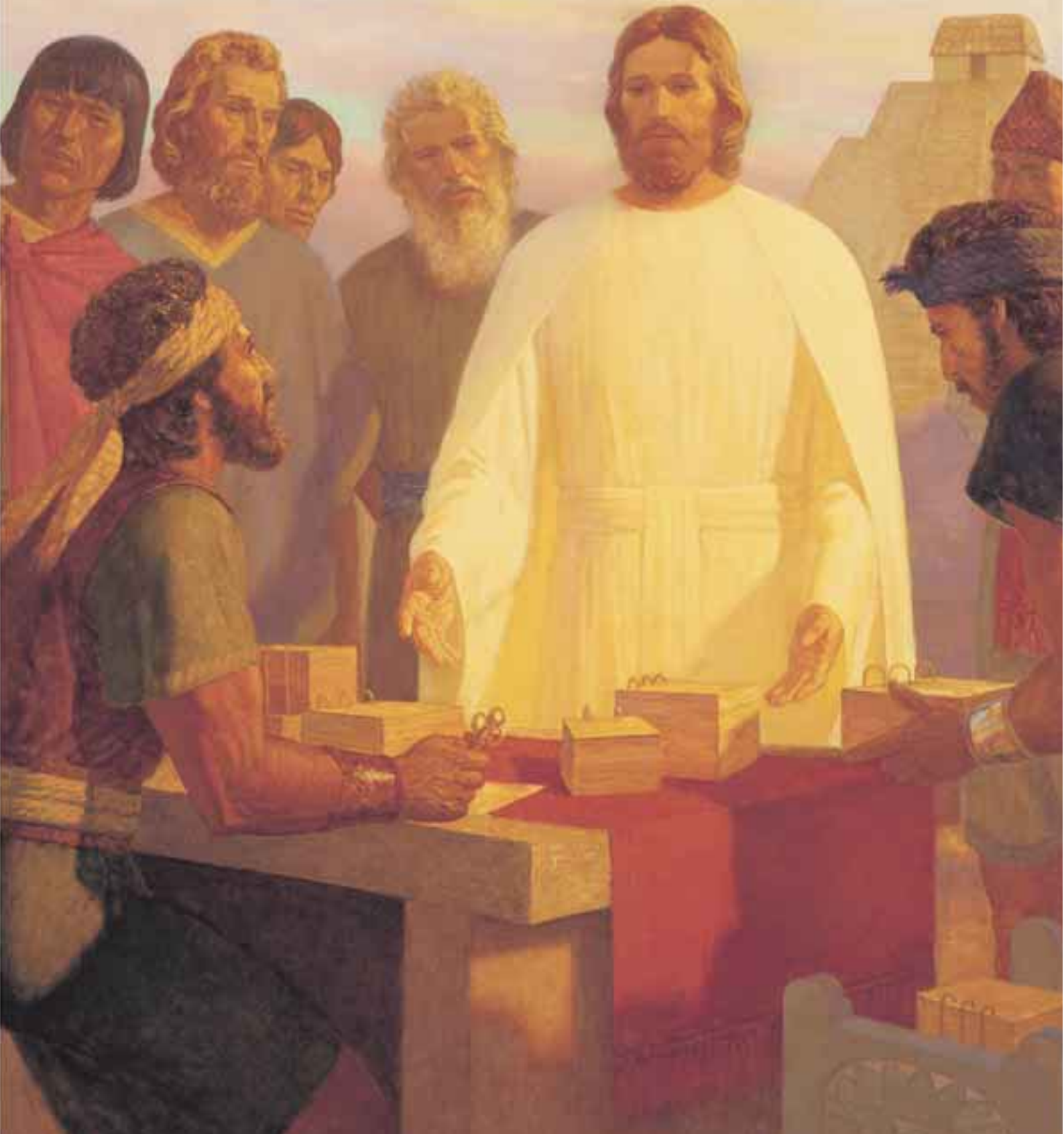


# LIAHONA





### **Sesión de la Conferencia General, por Joy Gough**

El nuevo Centro de Conferencias cumple su objetivo en una sesión de la Conferencia General Semestral número 170 de la Iglesia dando cabida a 21.000 miembros que escuchan el consejo inspirado de las Autoridades Generales. A pesar de eso, puesto que hubo más personas que deseaban escuchar, se ocuparon los 900 asientos que tiene el Teatro del Centro de Conferencias, así como los del Tabernáculo, los del Salón de Asambleas de la Manzana del Templo y los de las salas del Edificio Conmemorativo José Smith.



***La Casa Milenaria de la Colmena, por Grant Romney Clawson***

Edificada en 1854, la casa de la Colmena, en la esquina de South Temple y State Street, en Salt Lake City, fue originalmente la casa del presidente Brigham Young. Las dos habitaciones del oeste (izquierda) se utilizaron como oficinas presidenciales de la Iglesia hasta 1918. Hoy día la casa es un punto de atracción a los visitantes que desean saber más sobre el extraordinario hombre que la edificó y su época.



“**Y** aconteció que... después que les hubo explicado todas las Escrituras que habían recibido... les dijo: He aquí, quisiera que escribieseis otras Escrituras que no tenéis. Y aconteció que dijo a Nefi: Trae los anales que habéis llevado. Y... Nefi llevó los anales, y los puso ante él” (3 Nefi 23:6–8).

INFORME DE LA CONFERENCIA GENERAL SEMESTRAL NÚMERO 170  
7-8 DE OCTUBRE DE 2000

SPANISH



4 02219 81002 7

# Informe de la Conferencia General Semestral número 170 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Discursos y acontecimientos que tuvieron lugar los días  
7 y 8 de octubre de 2000 en el Centro de Conferencias, en Salt Lake City, Utah

“Al contemplar esta maravillosa estructura, adyacente al templo”, dijo el presidente Hinckley durante la dedicación del Centro de Conferencias el domingo 8 de octubre, “acuden a mi mente las palabras proféticas de Isaías:

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

“Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová’ (Isaías 2:2-3)...

“Creo que esa profecía se aplica al histórico y maravilloso Templo de Salt Lake; pero creo que también se relaciona a este magnífico recinto, ya que desde este púlpito la ley de Dios saldrá adelante, junto con la palabra y el testimonio del Señor”, dijo.

“Este año milenario del 2000 ha sido un año extraordinario para la Iglesia. Hemos progresado en todos los aspectos por todo el mundo. Hemos excedido los once millones de miembros”, informó el presidente Hinckley.

“El domingo pasado dedicamos en Boston, Massachusetts, el templo en funcionamiento número 100 de la Iglesia”, agregó. “Cuán profundamente agradecidos están nuestros miembros”.



**Los asistentes al Centro de Conferencias entran por el nivel del palco (esquina sureste).**

Las sesiones de la conferencia las dirigieron los miembros de la Primera Presidencia: el presidente Hinckley el sábado por la mañana, la reunión del sacerdocio el sábado por la noche y el domingo por la mañana; el presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero, el sábado por la tarde; y el presidente James E. Faust, Segundo Consejero, el domingo por la tarde.

Las medidas con respecto a cambios en los Quórumes de los Setenta y a la presidencia general de la Escuela Dominical se llevaron a cabo durante la sesión del sábado por la tarde. Se efectuó también un cambio en la Presidencia de los Setenta; se les otorgó el estado de Autoridad General emérita a tres

miembros del Primer Quórum de los Setenta; se relevó a cuatro miembros del Segundo Quórum de los Setenta y a veinte Setenta Autoridades de Área, y se llamó a dos nuevos Setenta Autoridades de Área; además, se reorganizó la presidencia general de la Escuela Dominical.

Esta conferencia fue la primera en transmitirse con una señal de televisión de alta definición (HDTV), al utilizarse las instalaciones de transmisión de más avanzada tecnología del nuevo Centro de Conferencias. La televisión de alta definición proporcionó además una imagen más clara y de mejor color para los televidentes en sus casas y una imagen de calidad superior para el archivo de las transmisiones. Las sesiones de la conferencia se transmitieron en vivo vía satélite para los miembros congregados en los Estados Unidos, Canadá, Europa, el Caribe y Latinoamérica. Más de 1.500 estaciones de radio y televisión y sistemas de cable transmitieron todas las sesiones de la conferencia o partes de ellas. Todas las sesiones de la conferencia estuvieron a disposición por Internet en [www.lds.org](http://www.lds.org) en inglés, tanto en audio como en video, y en 34 idiomas en audio solamente. Las cintas video de la conferencia están disponibles para las áreas de la Iglesia en las que no se recibió la transmisión por medio de los centros de distribución. —Los editores.

LIAHONA, enero de 2001

Vol. 25, Número 1 21981-001

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

**La Primera Presidencia:** Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, James E. Faust

**El Quórum de los Doce Apóstoles:**

Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, Henry B. Eyring

**Editor:** Dennis B. Neuenschwander

**Asesores:** L. Lionel Kendrick, Yoshihiko Kikuchi, John M. Madsen

**Administradores del Departamento de Cursos de Estudio:**

Director administrativo: Ronald L. Knighton

Director de redacción: Richard M. Romney

Director de artes gráficas: Allan R. Loyborg

**Personal de redacción:**

Editor administrativo: Marvin K. Gardner

Ayudante del editor administrativo: R. Val Johnson

Editor asociado: Roger Terry

Colaboradora de redacción: Jenifer Greenwood

Editora ayudante: Susan Barrett

Ayudante de publicaciones: Collette Nebeker Aune

**Personal de diseño:**

Gerente de artes gráficas: M. M. Kawasaki

Diseño artístico: Scott Van Kampen

Diseñadora principal: Sharri Cook

Diseñadores: Thomas S. Child, Randall J. Pixton

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Reginald J. Christensen, Kari A. Couch,

Denise Kirby, Kelli Pratt, Claudia E. Warner

Preimpresión digital: Jeff Martin

**Personal de suscripción:**

Director de circulación: Kay W. Briggs

Gerente de distribución: Kris T. Christensen

**Coordinación de Liahona:** Enrique Resek

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Las colaboraciones y los manuscritos deben enviarse a Liahona, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150-3223, USA; o por correo electrónico a: CUR-Liahona-IMag@ldschurch.org

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, amárico, armenio, búlgaro, cebuano, coreano, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fidji, finlandés, francés, haitiano, hiligayanón, holandés, húngaro, iloko, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malgache, marshallés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2001 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

**Para los lectores de México:** Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

**For readers in the United States and Canada:**

January 2001 Vol. 25 No. 1. LIAHONA (USPS 311-480)

Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The

Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North

Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price

is \$10.00 per year; Canada, \$15.50 plus applicable

taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah, and

at additional mailing offices. Sixty days' notice required for

change of address. Include address label from a recent

issue; old and new address must be included. Send USA

and Canadian subscriptions and queries to Salt Lake

Distribution Center at the address below. Subscription help

line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa,

MasterCard, American Express) may be taken by phone.

(Canada Poste Information: Publication Agreement

#1604821)

**POSTMASTER:** Send address changes to Salt Lake

Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368,

Salt Lake City, UT 84126-0368.

## ÍNDICE DE TEMAS

Adversidad 6, 40, 75

Amistad 61, 113

Amor 77, 104

Apóstoles 49

Arrepentimiento 31, 85, 91, 99

Autodominio 54, 72

Autorrespeto 61, 113

Bautismo por los muertos 10

Bautismo 6

Caridad 40

Castidad 31, 46, 52, 61, 85, 113

Centro de Conferencias 4, 80

Consejos 88

Convenios 97

Conversión 40, 88, 104

Cosas del mundo 43

Crecimiento de la Iglesia 80

Dedicación 80

Día de reposo 93

Discipulado 43, 72

Divorcio 61

Educación 61, 77, 113

Ejemplo 107

Enseñanza 99

Espíritu Santo 6, 27, 38

Espiritualidad 38

Estudio de las Escrituras 19

Exclamación de Hosanna 80

Expiación 10, 14, 31

Fe 57, 69

Guía espiritual 19

Hermanamiento 95, 110

Hipocresía 54

Homosexualidad 85

Honradez 57, 61, 113

Humildad 91, 102

Jesucristo 14, 36, 69, 75

Juicio 40

Juventud 61, 85, 113

Libertad 97

Luz de Cristo 75

Matrimonios misioneros 95

Modestia 17

Mujer 17, 107, 110

Obediencia 6, 31

Obra misional 88, 95

Oración 38, 57, 61, 77, 91, 99,

102, 113

Padres 17, 61, 113

Palabra de Sabiduría 54, 61, 113

Perseverancia 91

Perspectiva eterna 43

Pornografía 54

Profetas 49

Rectitud 34

Relaciones familiares 23, 72, 77, 107

Restauración 97

Resurrección 10

Sacerdocio 46, 57

Santificación 46

Servicio 14, 104

Sociedad de Socorro 104, 107, 110  
Templos y obra del templo 10, 15, 23,  
61, 80

Tentación 52

Testimonio 4, 14, 15, 27, 69

Tradiciones 34

Valor individual 36

Verdad 27

### Los discursantes de la conferencia por orden alfabético

Ballard, M. Russell 88

Busche, F. Enzio 97

Callister, Douglas L. 38

Christofferson, D. Todd 10

Crockett, Keith 91

Dew, Sheri L. 110

Dunn, Loren C. 15

Edgley, Richard C. 52

Eyring, Henry B. 99

Faust, James E. 26, 54, 69

Gillespie, H. Aldridge 93

Haight, David B. 23

Hales, Robert D. 6

Hallstrom, Donald L. 34

Hinckley, Gordon B. 4, 61, 80, 102,  
113

Holland, Jeffrey R. 46

Jensen, Virginia U. 75, 107

Maxwell, Neal A. 43

Monson, Thomas S. 57, 77

Morrison, Alexander B. 14

Nadault, Margaret D. 17

Nelson, Russell M. 19

Neuenschwander, Dennis B. 49

Oaks, Dallin H. 40

Oaks, Robert C. 95

Packer, Boyd K. 85

Perry, L. Tom 72

Rasband, Ronald A. 36

Scott, Richard G. 31

Smoot, Mary Ellen 104

Wirthlin, Joseph B. 27

### Orientación Familiar y Maestras Visitantes:

En los ejemplares de la revista Liahona que corresponden a los números de la conferencia general, no se publica el mensaje para la orientación familiar ni el Mensaje para las Maestras Visitantes propiamente designados. Los maestros orientadores y las maestras visitantes, una vez que consideren por medio de la oración las necesidades de los miembros que vayan a visitar, deben seleccionar uno de los discursos de la conferencia general para utilizarlo como mensaje.

**En la cubierta:** "Trae los anales," por Gary L. Kapp.

Las fotografías de la conferencia fueron tomadas por Craig Dimond, Welden C. Andersen, John Luke, Matt Reier, Tamra Ratieta, Lana Leishman, Kelly Larsen, Nathan Campbell, Kelli Pratt, Diana Miles y Richard Romney.

### Discursos de la Conferencia General en

**Internet:** Para tener acceso a los discursos de la conferencia general en varios idiomas por medio de Internet, conéctese con [www.lds.org](http://www.lds.org).

# ÍNDICE

- 1 INFORME DE LA CONFERENCIA GENERAL SEMESTRAL  
NÚMERO 170 DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS  
SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

## SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 UNA GRAN FAMILIA EN REVERENCIA Y ADORACIÓN  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY
- 6 EL CONVENIO DEL BAUTISMO: ESTAR EN EL REINO Y SER  
DEL REINO  
ÉLDER ROBERT D. HALES
- 10 LA REDENCIÓN DE LOS MUERTOS Y EL TESTIMONIO  
DE JESÚS  
ÉLDER D. TODD CHRISTOFFERSON
- 14 “VENID Y VED”  
ÉLDER ALEXANDER B. MORRISON
- 15 TESTIMONIO  
ÉLDER LOREN C. DUNN
- 17 EL REGOCIJO DEL SER MUJER  
MARGARET D. NADAULD
- 19 EL VIVIR MEDIANTE LA GUÍA DE LAS ESCRITURAS  
ÉLDER RUSSELL M. NELSON
- 23 SEAN UN ESLABÓN FUERTE  
ÉLDER DAVID B. HAIGHT

## SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 26 EL SOSTENIMIENTO DE OFICIALES DE LA IGLESIA  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 27 UN TESTIMONIO PURO  
ÉLDER JOSEPH B. WIRTHLIN
- 31 EL CAMINO HACIA LA PAZ Y EL GOZO  
ÉLDER RICHARD G. SCOTT
- 34 EL CULTIVAR TRADICIONES RECTAS  
ÉLDER DONALD L. HALLSTROM
- 36 UNO POR UNO  
ÉLDER RONALD A. RASBAND
- 38 EN BUSCA DEL ESPÍRITU DE DIOS  
ÉLDER DOUGLAS L. CALLISTER
- 40 EL DESAFÍO DE LO QUE DEBEMOS LLEGAR A SER  
ÉLDER DALLIN H. OAKS
- 43 LOS ARTIFICIOS Y LAS TENTACIONES DEL MUNDO  
ÉLDER NEAL A. MAXWELL

## SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 46 “SANTIFICAOS”  
ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND
- 49 PROFETAS, VIDENTES Y REVELADORES VIVIENTES  
ÉLDER DENNIS B. NEUENSCHWANDER
- 52 EL MORRAL DE CAZA DE SATANÁS  
OBISPO C. EDGLEY
- 54 EL ENEMIGO INTERIOR  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 57 EL LLAMAMIENTO A SERVIR  
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON

- 61 “Y SE MULTIPLICARÁ LA PAZ DE TUS HIJOS”  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

## SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 69 UN TESTIMONIO CADA VEZ MAYOR  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 72 DISCIPULADO  
ÉLDER L. TOM PERRY
- 75 “DIVINA LUZ”  
VIRGINIA U. JENSEN
- 77 DÍA DE DEDICACIÓN  
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
- 80 ESTE GRANDIOSO AÑO MILENARIO  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

## SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 85 “SOIS TEMPLO DE DIOS”  
PRESIDENTE BOYD K. PACKER
- 88 AHORA ES EL MOMENTO  
ÉLDER M. RUSSELL BALLARD
- 91 EL RETENER LA REMISIÓN DE LOS PECADOS  
ÉLDER KEITH CROCKETT
- 93 LA BENDICIÓN DE SANTIFICAR EL DÍA DE REPOSO  
ÉLDER H. ALDRIDGE GILLESPIE
- 95 EL DAR A CONOCER EL EVANGELIO  
ÉLDER ROBERT C. OAKS
- 97 “LIBRES DE” O “LIBRES PARA”  
ÉLDER F. ENZIO BUSCHE
- 99 “QUE DIOS ESCRIBA EN MI CORAZÓN”  
ÉLDER HENRY B. EYRING
- 102 “UN CORAZÓN HUMILDE Y CONTRITO”  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

## REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

- 104 SOMOS INSTRUMENTOS EN LAS MANOS DE DIOS  
MARY ELLEN SMOOT
- 107 ONDAS EXPANSIVAS  
VIRGINIA U. JENSEN
- 110 MANTENGÁMONOS ERGUIDAS Y PERMANEZCAMOS  
UNIDAS  
SHERI L. DEW
- 113 MADRE, TU MÁS GRANDE DESAFÍO  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY
- 64 AUTORIDADES GENERALES DE LA IGLESIA DE JESU-  
CRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS
- 117 SE DIRIGEN A NOSOTROS
- 118 FUENTES DE CONSULTA PARA LA INSTRUCCIÓN
- 123 PRESIDENCIAS GENERALES DE LAS ORGANIZACIONES  
AUXILIARES
- 124 NOTICIAS DE LA IGLESIA

# Una gran familia en reverencia y adoración

Presidente Gordon B. Hinckley

**“Pronunciamos palabras de testimonio acerca de Dios nuestro Padre Eterno y de Su Amado Hijo”.**



**M**is hermanos y hermanas, ¡qué ocasión tan maravillosa! Que yo sepa, no hay nada que se le compare en todo el mundo. Nos encontramos reunidos esta mañana como una gran familia en reverencia y adoración hacia el Señor nuestro Dios. Somos todos de una sola fe y una doctrina. Pronunciamos palabras de testimonio acerca de Dios nuestro Padre Eterno y de Su Amado Hijo. Con convicción y certeza declaramos que

en esta última dispensación ellos han restaurado La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

A las grandes voces de la radio, la televisión y el cable se une ahora Internet para llevar nuestras palabras literalmente hasta los extremos de la tierra. Nuestra señal llegará vía satélite a las congregaciones, grandes y pequeñas, que se encuentran en los centros de reuniones diseminados por el mundo. Y los santos de toda la tierra verán en sus hogares los procedimientos de esta gran conferencia vía Internet.

Los obreros han trabajado larga y arduamente en preparación para esta gran ocasión. Agradecemos a cada uno de ellos su devoto servicio. Mañana dedicaremos este magnífico Centro de Conferencias y otras instalaciones. Para entonces, se habrá escrito un importante capítulo en la historia de nuestra gente.

Damos la bienvenida a cada uno de ustedes, dondequiera que se encuentren. Ruego que todos sintamos la inspiración del Santo Espíritu al reunirnos juntos en adoración solemne, es mi humilde oración. En el nombre de Jesucristo. Amén. □







**Los miembros de los quórumes gobernantes de la Iglesia se sientan al frente de la congregación. La congregación se ubica en tres niveles del auditorio del Centro de Conferencias.**

# El convenio del bautismo: Estar en el reino y ser del reino

**Élder Robert D. Hales**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“Nuestro bautismo y confirmación es la entrada a Su reino. Cuando entramos, hacemos convenio de ser de Su reino, ¡para siempre!”**



Después de haberme recuperado de tres operaciones delicadas, las cuales me impidieron hablar en las dos últimas conferencias generales, ¡qué gran alegría es poder estar hoy aquí en este hermoso Centro de Conferencias para enseñar y dar testimonio a quienes deseen escuchar la palabra del Señor!

En los dos últimos años, he esperado en el Señor para que me enseñara lecciones terrenales durante períodos de dolor físico, angustia mental y meditación. Aprendí que el dolor constante e intenso es un gran purificador consagrado que nos hace ser humildes y nos acerca más al Espíritu de Dios. Si prestamos

atención y obedecemos, seremos guiados por Su Espíritu y haremos Su voluntad en nuestras tareas cotidianas.

Hubo momentos en los que he hecho algunas preguntas directas en mis oraciones, tales como: “¿Qué lecciones quieres que aprenda por medio de esas experiencias?”

Al estudiar las Escrituras durante ese lapso crítico de mi vida, el velo se hizo muy fino y se me dieron las respuestas tal y como se encuentran registradas en la vida de otros que habían pasado por pruebas aún mucho más difíciles.

“Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento;

“y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará...” (D. y C. 121:7–8).

Los oscuros momentos de depresión se disiparon rápidamente gracias a la luz del Evangelio, al infundirme el Espíritu paz y consuelo y brindarme la seguridad de que todo saldría bien.

En algunas ocasiones le dije al Señor que ya había aprendido las lecciones que se me habían enseñado y que no era necesario tener que soportar más sufrimiento. Tales súplicas me dieron la impresión de ser en vano, ya que pude ver muy claro que tendría que soportar ese proceso purificador de probación en

el tiempo y a la manera del Señor. Una cosa es enseñar “hágase tu voluntad”, y otra cosa es vivirla. Aprendí también que no se me dejaría solo para afrontar esas pruebas y tribulaciones, porque los ángeles guardianes me atenderían. Hubo quienes fueron casi como ángeles en forma de médicos, enfermeras y, sobre todo, mi querida compañera, Mary. Y a veces, cuando el Señor así lo deseaba, yo había de recibir consuelo por medio de la visita de huéspedes celestiales que brindaron consuelo y confirmaciones espirituales en los momentos de necesidad.

Aun cuando mi sufrimiento no se puede comparar a la agonía que padeció el Salvador en Getsemaní, obtuve una mejor comprensión de Su expiación y de Su sufrimiento. En medio de Su agonía, pidió a Su Padre: “...si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Su Padre Celestial envió a un ángel para fortalecerle y consolarle en Su hora de necesidad (véase Lucas 22:43).

Jesús escogió no ser liberado de este mundo hasta que hubiese perseverado hasta el fin y terminado la misión que había sido enviado a cumplir por la humanidad. En la cruz del Calvario, Jesús encomendó Su Espíritu a Su Padre con una sencilla aseveración: “Consumado es” (Juan 19:30). Habiendo perseverado hasta el fin, se le liberó de la vida terrenal.

Nosotros también debemos perseverar hasta el fin. En el Libro de Mormón se enseña: “...a menos que el hombre persevere hasta el fin, siguiendo el ejemplo del Hijo del Dios viviente, no puede ser salvo” (2 Nefi 31:16).

Las experiencias de los últimos dos años han fortalecido mi espíritu y me han dado la valentía de testificar intrépidamente al mundo los sentimientos más profundos que albergo en mi corazón. Me encuentro ante ustedes en el día de hoy, con la resolución de enseñar los principios del Evangelio tal como lo hicieron los profetas de la antigüedad: sin miedo a los hombres, con



**El presidente Gordon B. Hinckley (al centro); el presidente Thomas S. Monson (izquierda), Primer Consejero de la Primera Presidencia y el presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia.**

palabras claras y francas, enseñando las verdades sencillas del Evangelio.

De esa forma, voy a hablar sobre la ordenanza del bautismo y del recibir el don del Espíritu Santo, que nos alejan del mundo y nos introducen en el reino de Dios.

Existe una frase muy conocida: Estar *en* el mundo, pero sin ser *del* mundo (véase Juan 17:11, 14–17). Nuestra existencia terrenal es necesaria para cumplir con el plan de salvación; por consiguiente, debemos vivir en este mundo, pero a la vez resistir las influencias mundanas que están siempre ante nosotros.

Jesús enseñó: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36). Esas palabras me hicieron meditar más acerca de Su reino y llegué a la conclusión de que cuando somos bautizados por inmersión por alguien que tenga la debida autoridad del sacerdocio y escogemos seguir a nuestro Salvador, estamos entonces *en* Su reino y somos *de* Su reino.

El estar en el reino de Dios requiere que hagamos caso a la admonición del Salvador: “Seguidme” (2 Nefi 31:10). Nefi enseñó que seguimos a Jesús al guardar los mandamientos del Padre Celestial. “...Por tanto, mis amados

hermanos, ¿podemos seguir a Jesús, a menos que estemos dispuestos a guardar los mandamientos del Padre?” (2 Nefi 31:10).

Al bautizarnos, hacemos un convenio con nuestro Padre Celestial de que estamos dispuestos a entrar en Su reino y guardar Sus mandamientos a partir de ese momento, aun cuando sigamos viviendo en el mundo. En el Libro de Mormón se nos recuerda que nuestro bautismo es un convenio de “ser testigos de Dios [y de Su reino] *en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar* en que estuviéseris, aun hasta la muerte, para que seáis redimidos por Dios, y seáis contados con los de la primera resurrección, para que tengáis vida eterna” (Mosíah 18:9; cursiva agregada).

Cuando comprendemos nuestro convenio bautismal y el don del Espíritu Santo, éste cambiará nuestra vida y asentará nuestra total lealtad al reino de Dios. Si al salirnos al paso las tentaciones prestamos atención, el Espíritu Santo nos traerá a la memoria que hemos prometido recordar a nuestro Salvador y obedecer los mandamientos de Dios.

El presidente Brigham Young dijo: “Al unirse a esta Iglesia, todos

los Santos de los Últimos Días establecen un nuevo y sempiterno convenio. Se comprometen a dejar de sostener, defender y apoyar el reino del Diablo y los reinos de este mundo. Ingresan en un nuevo y sempiterno convenio de sostener el Reino de Dios y ningún otro. Hacen una promesa de la clase más solemne ante los cielos y la tierra y se comprometen, a cambio de su propia salvación, a sostener la verdad y la justicia en vez de la maldad y la mentira, y a edificar el Reino de Dios en vez de los reinos de este mundo” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 69).

Es tan importante entrar en el reino de Dios, que Jesús fue bautizado para mostrarnos “la angostura de la senda, y la estrechez de la puerta por la cual [debemos] entrar” (2 Nefi 31:9). “...Mas no obstante que era santo, él muestra a los hijos de los hombres que, según la carne, él se humilla ante el Padre, y testifica al Padre que le sería obediente al observar sus mandamientos” (2 Nefi 31:7).

Por haber nacido de una madre terrenal, Jesús fue bautizado para cumplir con el mandamiento de Su

Padre de que los hijos y las hijas de Dios deben ser bautizados. Él dio el ejemplo para que todos nosotros nos humillemos ante el Padre Celestial. A todos se nos extiende la invitación de entrar en las aguas del bautismo. Él fue bautizado para testificar a Su Padre que sería obediente en guardar Sus mandamientos; fue bautizado para mostrarnos que debíamos recibir el don del Espíritu Santo (véase 2 Nefi 31:4-9).

Al seguir el ejemplo de Jesús, también nosotros demostramos que nos arrepentiremos y seremos obedientes en guardar los mandamientos de nuestro Padre Celestial. Nos humillamos con un corazón quebrantado y un espíritu contrito al admitir nuestros pecados y buscar el perdón por nuestras transgresiones (véase 3 Nefi 9:20). Hacemos convenio de que estamos dispuestos a tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo y recordarle siempre.

“...Porque la puerta por la cual debéis entrar es el arrepentimiento y el bautismo en el agua; y entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo.

“Y entonces os halláis en este estrecho y angosto camino que conduce a la vida eterna” (2 Nefi 31:17-18).

Ésa es la promesa que se nos dio al entrar en el reino por medio del bautismo; y cuando se pusieron las manos sobre nuestra cabeza, se nos confirió el don del Espíritu Santo y fuimos confirmados miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, lo cual significa que nos convertimos en “conciudadanos de los santos” en la “familia de Dios” (véase Efesios 2:19) y debemos andar en vida nueva (véase Romanos 6:4).

No podemos tomar a la ligera la ley que se nos ha dado de enseñar a nuestros hijos la doctrina del arrepentimiento; de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente; y del bautismo y del don Espíritu Santo por la imposición de manos al cumplir los ocho años de edad, que es la edad de responsabilidad señalada por

Dios. Es necesario que brindemos una enseñanza mejor a nuestros hijos y nietos para que comprendan qué significa entrar en el reino de Dios, porque a todos se nos tendrá por responsables. Muchos miembros de la Iglesia no entienden plenamente qué es lo que ocurrió cuando entraron en las aguas del bautismo. Es muy importante que comprendamos el maravilloso don de la remisión de los pecados, pero hay mucho más que eso. ¿Comprenden ustedes y sus hijos que cuando se bautizan cambian para siempre? Los adultos que se convierten a la Iglesia por lo general tienen una mejor comprensión de esta transformación porque perciben el contraste que hay cuando salen del mundo y entran en el reino de Dios.

Cuando somos bautizados, tomamos sobre nosotros el sagrado nombre de Jesucristo. El tomar Su nombre sobre nosotros es una de las experiencias más significativas que tenemos en la vida; pero aún así, en ocasiones pasamos por esa experiencia sin comprenderla totalmente.

¿Cuántos de nuestros hijos—cuántos de nosotros— comprendemos realmente que cuando fuimos bautizados tomamos sobre nosotros no sólo el nombre de Cristo, sino también la ley de la obediencia?

Cada semana, en la reunión sacramental, prometemos recordar el sacrificio expiatorio de nuestro Salvador al renovar nuestro convenio bautismal. Prometemos hacer lo que hizo el Salvador: obedecer al Padre y guardar siempre Sus mandamientos. La bendición que recibimos a cambio es tener siempre Su Espíritu con nosotros.

El don del Espíritu Santo, que se nos confiere cuando somos confirmados, nos brinda la capacidad de discernir la diferencia que existe entre la generosidad del reino de Dios y el egoísmo del mundo. El Espíritu Santo nos da la fortaleza y la valentía de llevar nuestra vida a la manera del reino de Dios, y es la fuente de nuestro testimonio del Padre y del Hijo. Al cumplir con la voluntad de nuestro Padre Celestial, el don inestimable del Espíritu

Santo estará siempre con nosotros.

Necesitamos que el Espíritu Santo sea nuestro compañero constante para que nos ayude a tomar mejores decisiones en nuestro diario vivir. Nuestros jóvenes y jovencitas se ven bombardeados por las cosas feas del mundo; pero la compañía del Espíritu les dará la fortaleza para resistir el mal y, si fuera necesario, arrepentirse y regresar al sendero estrecho y angosto. Ninguno de nosotros es inmune a las tentaciones del adversario. Todos necesitamos la fortaleza que se obtiene por medio del Espíritu Santo. Las madres y los padres deben suplicar con devoción que el Espíritu Santo more en los hogares que han dedicado. El tener el don del Espíritu Santo ayuda a los miembros de la familia a tomar decisiones correctas, decisiones que les ayudarán a regresar, junto con sus familias, al lado de su Padre Celestial y Su Hijo Jesucristo para vivir con Ellos eternamente.

Las Escrituras ratifican que el verdadero converso hace mucho más que renunciar a las tentaciones del mundo, pues ama a Dios y a su prójimo y tanto su mente como su corazón se centran plenamente en el sacrificio expiatorio del Salvador.



Desde el momento de su respectivas conversiones, tanto Enós, Alma hijo, Pablo y otros se dedicaron incondicionalmente a la obra de llevar a su prójimo y a sí mismos a Dios. Los bienes materiales y el poder de este mundo perdieron el significado que habían tenido. Los hijos de Mosíah rehusaron poseer un reino terrenal y arriesgaron su vida por los demás. A esos hijos fieles les motivaba la esperanza de que pudieran ayudar a salvar aunque fuera una sola alma, y de esa forma ganarse un lugar para ellos y sus hermanos en el reino eterno de Dios.

Al escoger pertenecer a Su reino, nos separamos del mundo, mas no nos aislamos de él. Nuestra vestimenta será recatada, nuestros pensamientos puros y nuestro lenguaje limpio. Las películas y la televisión que miremos, la música que escuchemos, los libros, las revistas y los periódicos que leamos serán edificantes. Elegiremos amigos que alienten nuestras metas eternas y trataremos a los demás con bondad. Rechazaremos los vicios de la inmoralidad, el juego, el tabaco, las bebidas alcohólicas y las drogas ilegales. Nuestras actividades dominicales reflejarán el mandamiento de recordar el día de reposo y santificarlo. Seguiremos el ejemplo de Jesucristo sobre el modo de tratar a los demás y viviremos dignos de entrar en la Casa del Señor.

Seremos ejemplos “de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12).

Experimentaremos “un potente cambio... en nuestros corazones, por lo que ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente”. Guardaremos nuestro “convenio con nuestro Dios de hacer su voluntad y ser obedientes a sus mandamientos en todas las cosas... el resto de nuestros días” (Mosíah 5:2, 5).

Demostremos que deseamos “ser llamados su pueblo, y [estaremos] dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras;

“sí, y [estaremos] dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar



a los que necesitan de consuelo” (Mosíah 18:8–9).

Insto a todos los padres a preparar a sus hijos, y a los misioneros a preparar a sus conversos, para la sagrada ordenanza del bautismo. Enseñen su significado para que el bautismo permanezca grabado en la memoria espiritual de ellos por el resto de su vida. Llévenlos cada semana a la reunión sacramental para que renueven sus convenios bautismales por medio de la Santa Cena. Sean un buen ejemplo para que ellos lo sigan. Enséñenles que, en virtud del bautismo y el don del Espíritu Santo, la forma en que vean las cosas del mundo deberá cambiar. Se deberá llevar a cabo en sus corazones y en sus mentes un potente cambio para que de esa forma puedan alejarse de las tentaciones del mundo y, desde ese momento en adelante, pongan su “corazón, alma, mente y fuerza” (D. y C. 4:2) en ser ciudadanos en el reino de Dios.

Siento inmensa gratitud por mi

bautismo y mi confirmación en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Me siento agradecido por la fortaleza espiritual y por la guía que el don del Espíritu Santo me ha dado a lo largo de la vida. Agradezco a mis buenos padres y maestros el que me inculcaran el significado del bautismo e hicieran que el recuerdo y los sentimientos de esa ocasión hayan sido una influencia perdurable durante el resto de mi vida.

Testifico de la divinidad del Evangelio, restaurado en estos últimos días. Testifico de la Expiación de Jesucristo y la eficacia y el poder del sacerdocio, así como de las ordenanzas del Evangelio. Ruego que cada uno de nosotros, en calidad de miembros de Su reino, comprenda que nuestro bautismo y confirmación es la entrada a Su reino. Cuando entramos, hacemos convenio de ser de Su reino, ¡para siempre! En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# La redención de los muertos y el testimonio de Jesús

**Élder D. Todd Christofferson**  
De la Presidencia de los Setenta

**“Al buscar el nombre y los datos de nuestros antecesores y al efectuar por ellos las ordenanzas salvadoras que ellos mismos no pudieron efectuar, testificamos del alcance infinito de la expiación de Jesucristo”.**



**T**eólogos cristianos han lidiado largo tiempo con el interrogante: “¿Cuál es el destino de los innumerables millones de personas que han vivido y muerto sin ningún conocimiento de Jesús?”<sup>1</sup>. Con la restauración del Evangelio de Jesucristo llegó el conocimiento de que los muertos que no fueron bautizados son redimidos y de que Dios es “un Dios perfecto, justo y misericordioso también”<sup>2</sup>.

Cuando Jesús aún vivía en la tierra, profetizó que Él también predicaría a los muertos<sup>3</sup>. Pedro nos dice que eso ocurrió en el intervalo que hubo entre la crucifixión y la

resurrección del Salvador<sup>4</sup>. El presidente Joseph F. Smith vio en visión que el Salvador visitó el mundo de los espíritus y que “organizó sus fuerzas y nombró mensajeros de entre los [espíritus] justos, investidos con poder y autoridad, y los comisionó para que fueran y llevaran la luz del evangelio a los que se hallaban en tinieblas...”

“A ellos se les enseñó la fe en Dios, el arrepentimiento del pecado, el bautismo vicario para la remisión de los pecados, [y] el don del Espíritu Santo por la imposición de las manos”<sup>5</sup>.

La doctrina de que los vivos pueden proporcionar el bautismo y otras ordenanzas esenciales a los muertos, vicariamente, fue revelada de nuevo al profeta José Smith<sup>6</sup>. Él aprendió que a los espíritus que esperan la resurrección no sólo se les ofrece la salvación individual, sino que pueden ser unidos en el cielo como marido y mujer y ser sellados a sus padres y madres de todas las generaciones pasadas, y tener sellados a ellos a sus hijos de todas las generaciones futuras. El Señor reveló al Profeta que esos ritos sagrados sólo se efectúan apropiadamente en una casa edificada a Su nombre, un lugar santo: un templo<sup>7</sup>.

El principio del servicio vicario no debiera parecer extraño a ningún

cristiano. En el bautismo que se efectúa para una persona viviente, el oficiante actúa, como representante, por y en lugar del Salvador. ¿Y no es acaso el principio central de nuestra fe que el sacrificio de Cristo expía nuestros pecados al satisfacer vicariamente las demandas de la justicia por nosotros? Como ha dicho el presidente Gordon B. Hinckley: “Creo que la obra vicaria por los muertos se aproxima más al sacrificio vicario del Salvador mismo que ninguna otra obra de la que tenga conocimiento. Se realiza con amor, sin la esperanza de recibir compensación o pago de ninguna clase. Qué principio tan glorioso”<sup>8</sup>.

Algunos han interpretado mal y han supuesto que las almas difuntas “son bautizadas en la fe mormona sin el conocimiento de ellas” o que “a personas que una vez pertenecieron a otras fes se les impone la fe mormona como si hubiesen sido mormonas”<sup>10</sup>. Presuponen que de algún modo tenemos poder para forzar a un alma en asuntos de fe. Desde luego, no lo tenemos. Dios dio al hombre el albedrío desde el principio<sup>11</sup>. “Los muertos que se arrepientan serán redimidos mediante su obediencia a las ordenanzas de la casa de Dios”<sup>12</sup>, pero sólo si aceptan esas ordenanzas. La Iglesia no los anota en sus listas ni los cuenta en su número de miembros.

Nuestro anhelo por redimir a los muertos, así como el tiempo y los recursos que invertimos en ese cometido, son, sobre todo, la expresión de nuestro testimonio con respecto a Jesucristo y constituye una afirmación tan poderosa como la que podemos hacer acerca de Su divino carácter y misión. Testifica, primero, de la resurrección de Cristo; segundo, del alcance infinito de Su expiación; tercero, de que Él es la única fuente de la salvación; cuarto, que Él ha establecido las condiciones de la salvación; y, quinto, que Él vendrá otra vez.

## **EL PODER DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO**

En cuanto a la resurrección, Pablo preguntó: “De otro modo,

¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?”<sup>13</sup>. Nos bautizamos por los muertos porque sabemos que resucitarán. “El alma será restaurada al cuerpo, y el cuerpo al alma; sí, y todo miembro y coyuntura serán restablecidos a su cuerpo; sí, ni un cabello de la cabeza se perderá, sino que todo será restablecido a su propia y perfecta forma”<sup>14</sup>. “Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven”<sup>15</sup>.

Es excepcionalmente importante lo que hacemos en relación con los que nos han antecedido puesto que ellos viven en la actualidad como espíritus y vivirán otra vez como almas inmortales, y ello, gracias a Jesucristo. Creemos las palabras de Él cuando dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”<sup>16</sup>. Con los bautismos que efectuamos por los muertos, testificamos que “...así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados...”

“Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.

“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte”<sup>17</sup>.

#### **EL ALCANCE INFINITO DE LA EXPIACIÓN DE CRISTO**

Al buscar el nombre y los datos de nuestros antecesores y al efectuar por ellos las ordenanzas salvadoras que ellos mismos no pudieron efectuar, testificamos del alcance infinito de la expiación de Jesucristo. Jesucristo “por todos murió”<sup>18</sup>. “Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”<sup>19</sup>.

“...Dios no hace acepción de personas

“sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia”<sup>20</sup>.

“...¿acaso exclama él a alguien, diciendo: Apártate de mí? He aquí, os digo que no; antes bien, dice: Venid a mí, vosotros, todos los



extremos de la tierra, comprad leche y miel sin dinero y sin precio”<sup>21</sup>. Nuestro Señor “invita a todos... a que vengan a él y participen de su bondad; y a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios, tanto los judíos como los gentiles”<sup>22</sup>.

Es inconcebible que esta invitación que se hace a todas las personas que viven en la tierra no se hiciera también a los que no la oyeron antes de morir. Junto con Pablo, estamos convencidos de que la muerte no impone ese obstáculo: “...ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”<sup>23</sup>.

#### **JEUCRISTO, LA ÚNICA FUENTE DE LA SALVACIÓN**

Nuestro afán por asegurarnos de que a nuestros parientes fallecidos se les ofrezca el bautismo en el

nombre de Jesucristo es un testimonio del hecho de que Jesucristo es “el camino, y la verdad, y la vida” y de que “nadie viene al Padre, sino por [ÉL]”<sup>24</sup>. Pedro proclamó: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”<sup>25</sup>.

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”<sup>26</sup>.

Algunos cristianos contemporáneos, preocupados por los millones de millones que han muerto sin un conocimiento de Jesucristo, han comenzado a preguntarse si de verdad habrá sólo “un Señor, una fe, un bautismo”<sup>27</sup> y dicen que creer que Jesús es el único salvador es arrogante, de mentalidad estrecha e intolerante. Pero nosotros afirmamos que eso es un dilema falso. No hay injusticia en que no haya sino Uno por medio de quien viene la salvación cuando ese Ser único y Su salvación se ofrecen a toda alma, sin excepción. No hace falta que cambiemos la doctrina ni que adaptemos las buenas nuevas de Cristo.



Lado este del Templo de Salt Lake.

#### LAS CONDICIONES DE LA SALVACIÓN ESTABLECIDAS POR CRISTO

Por motivo de que creemos que Jesucristo es el Redentor, también aceptamos Su autoridad para establecer las condiciones mediante las cuales podemos recibir la gracia de Cristo. De no ser así, no nos interesaría bautizarnos por los muertos.

Jesús confirmó que “estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida”<sup>28</sup>. Expresamente,

dijo: “el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”<sup>29</sup>. Eso significa que debemos “arrepenti[rnos], y bautiza[rse] cada uno... en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibir [ ] el don del Espíritu Santo”<sup>30</sup>.

A pesar de que Jesucristo fue sin pecado, Él fue bautizado y recibió el Espíritu Santo para testificar “al Padre que le sería obediente al

observar sus mandamientos”<sup>31</sup>, así como para mostrarnos “la angostura de la senda, y la estrechez de la puerta por la cual [debemos] entrar, habiéndo[nos] él puesto el ejemplo por delante. Y dijo... A quien se bautice en mi nombre, el Padre dará el Espíritu Santo, como a mí; por tanto, seguidme y haced las cosas que me habéis visto hacer”<sup>32</sup>.

No se hacen excepciones; no se necesitan. Cuantos creyeren y se bautizaren —incluso por medio de un representante—, y perseveraren con fe hasta el fin serán salvos, “no sólo los que creyeron después que [Cristo] vino en la carne, en el meridiano de los tiempos, sino que... todos los que fueron desde el principio, sí, todos cuantos existieron antes que él viniese”<sup>33</sup>. Por esa razón, el Evangelio también se predica “a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios”<sup>34</sup>.

#### LA SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO

La obra que efectuamos por los muertos da testimonio de que Jesucristo vendrá de nuevo a esta tierra. En los últimos versículos del Antiguo Testamento, Jehová dice: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible.

“El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición”<sup>35</sup>. En un inspirado comentario sobre ese pasaje de las Escrituras, el profeta José Smith dijo: “la tierra será herida con una maldición, a menos que entre los padres y los hijos exista un eslabón conexivo de alguna clase, tocante a algún asunto u otro; y he aquí, ¿cuál es ese asunto? Es el bautismo por los muertos. Pues sin ellos nosotros no podemos perfeccionarnos, ni ellos pueden perfeccionarse sin nosotros”<sup>36</sup>.

Las ordenanzas vicarias que efectuamos en los templos, comenzando por el bautismo, hacen posible el eslabón conexivo entre las generaciones que cumple el propósito de la creación de la tierra. Sin eso, “toda la tierra sería totalmente



asolada a [la] venida [de Cristo]”<sup>37</sup>. Elías el Profeta de hecho ya ha venido, como se prometió, a conferir el poder del sacerdocio que hace volver el corazón [de unos y otros] y establece los eslabones conexivos entre los padres y los hijos, a fin de que de nuevo lo que sea atado en la tierra sea “atado en los cielos”<sup>38</sup>. Cuando vino, Elías dijo: “...se entregan en vuestras manos las llaves de esta dispensación; y por esto sabréis que el día grande y terrible del Señor está cerca, sí, a las puertas”<sup>39</sup>.

Estamos dedicados de todo corazón a la obra de buscar a nuestros padres y a nuestras madres de las generaciones pasadas y de unirlos a nosotros y unirnos nosotros a ellos. ¿No es ésa la evidencia más contundente de nuestra convicción de que Jesucristo vendrá de nuevo a reinar sobre la tierra? Sabemos que Él vendrá y sabemos lo que Él espera que habremos hecho en preparación para Su regreso.

En las Escrituras, a veces se dice que los espíritus de los muertos están en tinieblas o encarcelados<sup>40</sup>. Al meditar en el maravilloso plan de Dios para la redención de éstos, Sus hijos, el profeta José Smith escribió este salmo: “¡Regocijense vuestros corazones y llenos de alegría! ¡Prorrumpa la tierra en canto! ¡Alcen los muertos himnos de alabanza eterna al Rey Emanuel que, antes de existir el mundo, decretó lo que nos habilitaría para redimirlos de su prisión; porque los presos quedarán libres!”<sup>41</sup>.

Nuestro deber se extiende tan lejos y tan profundamente como el amor de Dios para abarcar a Sus hijos de toda época y de todo lugar. Nuestras labores en beneficio de los muertos dan elocuente testimonio de que Jesucristo es el divino Redentor de todo el género humano. Su gracia y Sus promesas llegan incluso a los que en vida no le hallan. Gracias a Él, los prisioneros en verdad quedarán libres. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Véase introducción a *What About Those Who Have Never Heard?*, Three

*views on the Destiny of the Unevangelized*, por Gabriel Fackre, Ronald H. Nash y John Sanders, (1995), pág. 9. Existen varias teorías con respecto a los muertos “que no han sido evangelizados”, las cuales oscilan desde una inexplicable negación de salvación hasta sueños u otras intervenciones divinas que ocurren en el momento de producirse la muerte, hasta la salvación de todos, incluso sin fe en Cristo. Unos pocos creen que las almas oyen de Jesús después de la muerte. Nadie explica cómo satisfacer el requisito que pronunció Jesús de que las personas deben nacer de agua y del Espíritu para entrar en el reino de Dios (véase Juan 3:3–5). Sin contar con el conocimiento que existió en la Iglesia primitiva, esos ávidos buscadores se han visto, “forzados a escoger entre la débil ley que [permite] a los que no fueron bautizados entrar en el cielo y un Dios cruel que [condena] al inocente”. Hugh Nibley, *Mormonism and Early Christianity*, 1987, pág. 101).

2. Alma 42:15.
3. Véase Juan 5:25.
4. Véase 1 Pedro 3:18–20.
5. D. y C. 138:30, 33.
6. Véase D. y C. 124, 128, 132; Joseph Smith Jr., *The Personal Writings of Joseph Smith*, Dean C. Jessee, 1984, pág. 486; *The Words of Joseph Smith*, Andrew F. Ehat y Lyndon W. Cook, 1991, pág. 49.
7. Véase D. y C. 124:29–36. La gran construcción de templos en la actualidad por todo el mundo tiene como uno de sus fines principales suministrar el lugar en el cual se pueden efectuar las ordenanzas esenciales para la salvación por los que no tuvieron en vida el privilegio de recibir las.
8. “Las palabras del profeta viviente”, *Liahona*, agosto de 1998, pág. 16.
9. Ben Fenton, “Mormons Using Secret War Files to Save Souls”, *The Telegraph* (London), 22 de febrero de 1999.
10. Greg Stott, “Ancestral Passion”, *Equinox*, April/May 1998, pág. 45.
11. Véase Moisés 7:32. Véase también Alma 5:33–36; 42:27.
12. D. y C. 138:58.
13. 1 Corintios 15:29.
14. Alma 40:23.
15. Romanos 14:9.
16. Juan 11:25.
17. 1 Corintios 15:22, 25–26.
18. Véase 2 Corintios 5:15.
19. 1 Juan 2:2.



20. Hechos 10:34–35.
21. 2 Nefi 26:25.
22. 2 Nefi 26:33.
23. Romanos 8:38–39.
24. Véase Juan 14:6.
25. Hechos 4:12; véase también 2 Nefi 25:20; Mosíah 5:8.
26. 1 Timoteo 2:5.
27. Efesios 4:5; John Hick, *The Myth of God Incarnate* (1977).
28. Mateo 7:14.
29. Juan 3:5.
30. Hechos 2:38.
31. 2 Nefi 31:7; véase también Mateo 3:13–17; Marcos 1:9–11; Lucas 3:21–22; Juan 1:29–34.
32. 2 Nefi 31:9, 12.
33. D. y C. 20:26.
34. 1 Pedro 4:6.
35. Malaquías 4:5–6; véase también 3 Nefi 25:5–6; D. y C. 2:1–3.
36. D. y C. 128:18.
37. D. y C. 2:3; José Smith—Historia 1:39.
38. Mateo 16:19; véase también Mateo 18:18, D. y C. 132:46.
39. D. y C. 110:16.
40. Véase Isaías 24:22; 1 Pedro 3:19; Alma 40:12–13; D. y C. 38:5; D. y C. 138:22, 30. Se dice que aun los espíritus justos son “cautivos” fieles que esperan la libertad de las cadenas de la muerte. (Véase D. y C. 138:18–19.)
41. D. y C. 128:22.

# “Venid y ved”

**Élder Alexander B. Morrison**  
Miembro emérito de los Setenta

**“Vengan añorando conocerle a Él, y les prometo que lo encontrarán y lo verán en Su verdadero personaje como el Salvador resucitado y redentor del mundo”.**



**E**n los comienzos del ministerio de Jesús, dos discípulos acudieron a Él y le preguntaron: “Maestro, ¿dónde moras?”. La respuesta breve y profunda de Jesús, “Venid y ved”, es la base de mis breves y humildes comentarios hoy (véase Juan 1:38–39).

“Venid y ved”; vengan añorando conocerle a Él, y les prometo que lo encontrarán y lo verán en su verdadero personaje como el Salvador resucitado y redentor del mundo. “Venid y ved”, y lo reconocerán como el Cristo del sepulcro vacío, el conquistador del Calvario que quebrantó los lazos de la muerte y se levantó triunfante de la tumba para dar la inmortalidad a todos y la vida eterna a los fieles. Él es el “cordero sin mancha y sin contaminación” preordenado para su papel mesiánico “desde antes de la fundación del mundo” (1 Pedro 1:19–20). Él fue “herido... por nuestras rebeliones,

molido por nuestros pecados... y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

“Venid y ved”, y, al venir, dejen sus cargas a los pies de Él. Abandonen todos sus pecados para verle y conocerle (véase Alma 22:18). “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”, dijo Él, “y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:28–29). Vengan a Él, y Él borrará sus pecados y curará su alma aunque esté enferma de pecado. Él reemplazará el odio con el amor y el egoísmo con el servicio. Fortalecerá sus hombros para que soporten mejor las cargas y les dará nuevo valor y

esperanza para el camino por recorrer.

“Venid y ved”, y, al hacerlo, sus ojos serán abiertos y *realmente* verán, quizás por vez primera, quiénes son *ustedes* y quién es *Él*. Llegarán a verse a sí mismos como hijos de Dios, hijos de padres divinos, con capacidad infinita para crecer espiritualmente y llegar a ser más semejantes a Él. Llegarán a comprender que Dios “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra” (Hechos 17:26), y verán a todos los hombres en todas partes como hermanos y a todas las mujeres como hermanas, con todas las responsabilidades filiales que ello implica. Verán que “a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres y todos son iguales ante Dios” (2 Nefi 26:33).

“Venid y ved”, y, al hacerlo, encontrarán Su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Es una Iglesia dirigida en la tierra por profetas, videntes y reveladores vivientes, pero a la cabeza no hay un hombre mortal, sino Jesús, el Señor Dios Omnipotente. Al “venir y ved”, encontrarán a un pueblo feliz, un pueblo optimista y alegre que, si



bien se esfuerza por vencer las faltas y flaquezas comunes de los hombres, lucha por ser mejor, por hacer el bien a todos los hombres, por edificar la ciudad de Dios, en donde todos puedan morar juntos en rectitud. Al “venir y ved”, encontrarán a un pueblo que tiene un interés profundo y sincero por los pobres y los necesitados, un pueblo que extiende la mano para ayudar a la viuda y al huérfano, a los enfermos y necesitados, a los pobres y oprimidos. “Venid y ved” los frutos del vivir el Evangelio. Pruébenlos ustedes mismos y verán que son dulces y deliciosos. Cuando comprendan que “cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios” (Mosiah 2:17), se esforzarán por entregarse a una vida al servicio del Maestro.

Termino donde comencé: La declaración de Jesús, “Venid y ved”, extiende tanto una invitación como una promesa a las personas de todo el mundo. Vengamos a Él; veámosle como Rey de reyes y Señor de señores; reconozcamos en Él al gran Mesías que vendrá de nuevo con salvación en sus alas para liberar a Su pueblo. Él les abrigará en el manto de Su amor redentor y la vida de ustedes cambiará para siempre.

De eso testifico, siendo uno de Sus siervos, en el nombre de Jesucristo. Amén. □



# Testimonio

**Élder Loren C. Dunn**

Miembro emérito de los Setenta

**“Sé que Dios nuestro Padre está presente en esta obra en grandes congregaciones como ésta, y que en la más pequeña de las ramas y la más pequeña de las congregaciones, Dios está en esta obra”.**



**H**ace apenas seis días, el presidente Gordon B. Hinckley, acompañado del presidente Boyd K. Packer, del élder Neil Andersen y de sus respectivas esposas, dedicaron el Templo de Boston, Massachussets. La dedicación fue la culminación de un programa de puertas abiertas en el que más de 83.000 personas pasaron por el templo. Más de 16.000 asistieron a las cuatro sesiones dedicatorias, bien en el templo mismo o en los centros de estaca cercanos.

Aunque cada templo es importante y ofrece las mismas ordenanzas necesarias para la vida eterna, esta dedicación fue histórica en muchos aspectos. Éste es el primer templo de una ciudad reconocida como la cuna de la libertad en lo que por entonces era el nuevo mundo, y se le reconoce también como el primer hogar de muchos de los primeros líderes y miembros de la Iglesia. La

dedicación parecía representar la reunión del gran legado de América con las raíces sagradas del Evangelio restaurado de Jesucristo.

Algunos de los asistentes tenían lazos que los unían a Boston y sus alrededores, aunque la mayoría estaba allí porque era donde vivían, y se regocijaban por la dedicación de un templo en su ciudad. Todos estaban allí como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, “conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”, tal y como dijo el presidente Hinckley en la ceremonia de la piedra angular: “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:19–20).

Asistieron muchos lugareños, la mayoría con sus hijos y nietos: hasta tres generaciones de dignos poseedores de una recomendación para el templo.

En la oración dedicatoria del Templo de Kirtland, el profeta José Smith pidió al Señor que quebrase el yugo de las persecuciones de la época (véase D. y C. 109:31–33, 47). Aun cuando todavía quedan algunos desafíos, vemos cómo se rompe el yugo del malentendido y del prejuicio en esta época de construcción de templos y de programas de puertas abiertas para el público.

En el templo, en los cuartos de sellamiento, hay espejos colocados en paredes opuestas. Cuando una persona mira en el espejo, puede ver su reflexión remontándose de una generación a otra, por así decirlo, o verla en el futuro, de una

generación a otra, sin que haya fin, lo que significa la naturaleza eterna de todos nosotros. Quizás exista otra razón por la cual los espejos estén situados de esa manera: es una representación de todos los que vinieron antes que nosotros y de todos los que vendrán después.

Pienso en las palabras del profeta José: “Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: “¡Que vive!” (D. y C. 76:22).

A todos aquellos que han dado testimonio de esta obra, y todos los que aún darán testimonio de esta obra, en mi día y tiempo, les expreso ese testimonio en este día y tiempo. Sé que hay un Dios en los cielos, y sé que Él vive. Sé que Dios vive. Sé que vive, y sé que Él es el Padre de todos nosotros. Sé que Dios nuestro Padre está presente en esta obra en grandes congregaciones como ésta, y que en la más pequeña de las ramas y la más pequeña de las congregaciones Dios está en esta obra. Sé que Jesucristo es nuestro

Salvador y nuestro Redentor y que Él nos ha comprado al derramar Su sangre por el sufrimiento que soportó en Getsemaní. Sé que hay apóstoles y profetas en el fundamento de esta obra, comenzando con el profeta José hasta llegar al presidente Gordon B. Hinckley en la actualidad. Éste, mis hermanos y hermanas, es el Evangelio de Jesucristo. Esta obra es verdadera. Ruego que el Señor nos bendiga para que vivamos de acuerdo con ella. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

**Un coro del Centro de Capacitación Misional de Provo canta un himno en una de las sesiones de la conferencia.**



# El regocijo del ser mujer

**Margaret D. Nadauld**

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

**“Las hijas de Dios saben que es la naturaleza de la mujer la que puede proporcionar bendiciones eternas, y por ello viven para cultivar este atributo divino”.**



**E**s una bendición extraordinaria ser hija de Dios hoy en día. Tenemos la plenitud del Evangelio de Jesucristo. Contamos con la bendición de tener el sacerdocio restaurado en la tierra. Somos guiados por un profeta de Dios que posee todas las llaves del sacerdocio. Amo y honro al presidente Gordon B. Hinckley y a todos nuestros hermanos que poseen el sacerdocio y son dignos de él.

Me siento inspirada por la vida de las mujeres buenas y fieles. Desde el principio del tiempo, el Señor ha depositado una considerable confianza en ellas. Nos ha enviado a la tierra en una época como esta para efectuar una gran y maravillosa misión. Doctrina y Convenios enseña: “Aun antes de nacer, ellos, con muchos otros, recibieron sus primeras lecciones en el mundo de los espíritus, y fueron preparados para venir en el debido tiempo del

Señor a obrar en su viña en bien de la salvación de las almas de los hombres” (D. y C. 138:56). ¡Qué magnífica visión nos da ese pasaje con respecto a nuestro propósito en la tierra!

A quien mucho se da mucho se requiere. Nuestro Padre Celestial nos pide a Sus hijas que seamos virtuosas, que vivamos con rectitud a fin de que cumplamos la misión de nuestra vida, así como Sus propósitos. Él desea que salgamos adelante con éxito y sí nos amparará si buscamos Su ayuda.

El que las mujeres hayamos nacido como tales en esta tierra se determinó largo tiempo antes del nacimiento terrenal, como lo fueron las diferencias divinas que hay entre hombre y mujer. Me deleito en la claridad de las enseñanzas de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce que se exponen en la Proclamación sobre la Familia. Allí dicen: “El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida pre-mortal, mortal y eterna”<sup>1</sup>. En esa declaración se nos enseña que toda niña era mujer y femenina mucho antes de su nacimiento mortal.

Dios envió a las mujeres a la tierra con algunas cualidades extraordinarias. Al dirigirse a las mujeres jóvenes, el presidente Faust dijo que la femineidad “es el adorno divino del género humano, que se expresa en... su capacidad para amar, su espiritualidad, delicadeza, resplandor, sensibilidad, creatividad, encanto, refinamiento, ternura,

dignidad y serena fuerza. Se manifiesta en forma diferente en cada jovencita o mujer, pero todas... la poseen. La femineidad es parte de su belleza interior”<sup>2</sup>.

Nuestro aspecto exterior es un reflejo de lo que somos interiormente. Nuestras vidas reflejan aquello que buscamos. Y si de todo corazón buscamos en verdad conocer al Salvador y ser más semejantes a como Él es, lo lograremos, porque Él es nuestro divino y eterno Hermano. Pero Él es más que eso: Él es nuestro amado Salvador, nuestro querido Redentor. Junto con Alma de antaño, preguntamos: “¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros?” (Alma 5:14).

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por su aspecto externo. Estas mujeres comprenden la mayordomía que tienen sobre su cuerpo y lo tratan con decoro; lo cuidan como cuidarían un santo templo porque entienden la enseñanza del Señor: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16). Las mujeres que aman a Dios nunca abusarían ni desfigurarían un templo con graffiti, ni abrirían de par en par las puertas de ese santo y dedicado edificio para invitar al mundo a mirarlo. Cuánto más sagrado que un templo es el cuerpo, puesto que no ha sido hecho por el hombre, sino que fue hecho por Dios. Nosotras somos las mayordomas, las guardas de la pureza con la que [nuestro cuerpo] vino del cielo. “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17).

Las agradecidas hijas de Dios cuidan su cuerpo con esmero, puesto que saben que son la fuente de la vida y reverencian la vida; no descubren su cuerpo para congraciarse con el mundo, sino que son recatadas para recibir la aprobación de su Padre Celestial, porque saben que Él las ama profundamente.

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por su actitud; ellas saben que

las tareas de los ángeles se han dado a la mujer y desean ser parte de la tarea de Dios de amar a Sus hijos y de ministrarles; de enseñarles las doctrinas de la salvación; de llamarlos al arrepentimiento; de salvarlos espiritualmente; de guiarlos en el desempeño de la obra de Dios; de dar a conocer los mensajes de Él<sup>3</sup>. Ellas comprenden que pueden ser una bendición para los hijos de su Padre Celestial en los hogares y en los vecindarios de ellos, y más allá de éstos. Las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios glorifican el nombre de Él.

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por sus aptitudes. Cumplen su potencial eterno y magnifican sus dones divinos. Son mujeres competentes y firmes que hacen bien a las familias, sirven al prójimo y entienden que “la gloria de Dios es la inteligencia” (D. y C. 93:36). Son mujeres que abrazan las virtudes eternas para ser todo lo que nuestro Padre Celestial necesita que sean. El profeta Jacob habló de algunas de esas virtudes cuando dijo que “son de sentimientos sumamente tiernos, castos y delicados ante Dios, cosa que agrada a Dios” (Jacob 2:7).

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios mediante su reverencia por la maternidad, aun cuando esta bendición les haya sido denegada temporalmente. En estas circunstancias, su recta influencia puede ser una bendición en la vida de los hijos a quienes aman. Su enseñanza ejemplar hace eco en la voz de un hogar fiel y hace resonar la verdad en el corazón de unos hijos que necesitan de otro testigo.

Las hijas agradecidas de Dios le aman y enseñan a sus hijos a amarle sin reserva ni resentimiento. Son como las madres del joven ejército de Helamán, las cuales tenían una gran fe y “sus madres les habían enseñado que si no dudaban, Dios los libraría” (Alma 56:47).

Cuando observe a una madre amable y gentil en acción, verá a una mujer de gran fortaleza. Su familia puede percibir un espíritu de

amor, respeto y seguridad cuando está cerca de ella mientras busca la compañía del Espíritu Santo y la guía de Su Espíritu. La familia es bendecida por la sabiduría y buen juicio de la madre. Los maridos y los hijos, cuyas vidas ella bendice, contribuirán a la estabilidad de las sociedades de todo el mundo. La agradecidas hijas de Dios aprenden las verdades de sus madres y abuelas, y enseñan a sus hijas el dichoso arte de crear un hogar. Buscan una buena educación para sus hijos y ellas tienen sed de conocimiento. Ayudan a sus hijos a desarrollar destrezas que puedan emplear en el servicio a los demás. Saben que el camino que han escogido no es el más fácil, pero sí que merece la pena sus mejores esfuerzos.

Entienden al élder Neal A. Maxwell cuando dijo: “Cuando la historia final de la humanidad se revele, ¿hará resonar el tronar del cañón, o el eco de una canción de cuna? ¿Los grandes armisticios hechos por los militares, o la acción pacificadora de la mujer en el hogar? Lo que ocurre en las cunas y en los hogares, ¿tendrá mayor efecto que las grandes resoluciones tomadas en los congresos?”<sup>4</sup>.

Las hijas de Dios saben que es la naturaleza de la mujer la que puede

proporcionar bendiciones eternas, y por ello viven para cultivar este atributo divino. Por cierto que cuando una mujer reverencia la maternidad, sus hijos se levantarán y la llamarán bienaventurada (véase Proverbios 31:28).

Las mujeres de Dios no pueden ser como las mujeres del mundo. El mundo tiene suficientes mujeres duras; necesitamos mujeres delicadas. Hay suficientes mujeres groseras; necesitamos mujeres amables. Hay suficientes mujeres rudas; necesitamos mujeres refinadas. Hay suficientes mujeres que tienen fama y dinero; necesitamos más mujeres que tengan fe. Hay suficiente codicia; necesitamos más abnegación. Hay suficiente vanidad; necesitamos más virtud. Hay suficiente popularidad; necesitamos más pureza.

¡Ah, cuánto rogamos que cada jovencita crezca y llegue a ser la mujer extraordinaria que Dios sabe que puede ser! Suplicamos que su madre y su padre le indiquen el camino correcto. Imploramos que las hijas de Dios honren el sacerdocio y apoyen a los poseedores dignos del sacerdocio; que comprendan su gran capacidad de fortaleza en el ámbito de las virtudes eternas de las que algunos se burlan en el mundo moderno de mujeres liberadas de



restricciones.

Rogamos que las madres y los padres comprendan el gran potencial para el bien que sus hijas han heredado de su hogar celestial. Debemos alimentar su dulzura, su naturaleza caritativa, su espiritualidad y sensibilidad innatas, así como su aguda inteligencia. Celebren el hecho de que las niñas son diferentes de los muchachos. Siéntanse agradecidos por el lugar que ellas ocupan en el gran plan de Dios. Y recuerden siempre lo que dijo el presidente Hinckley: “Sólo después de que la tierra hubo sido formada, después de que el día fue separado de la noche, después de que las aguas hubieron sido separadas de la tierra seca, después de que fueron creadas la vegetación y la vida animal, y después de que el hombre hubo sido puesto en la tierra, fue creada la mujer; y sólo entonces se dijo que la obra estaba hecha y que era buena”<sup>5</sup>.

Padres de familia, esposos y hombres jóvenes, ruego que comprendan todo lo que las mujeres son y pueden ser. Por favor, sean dignos del santo sacerdocio de Dios que poseen y honren ese sacerdocio, puesto que nos bendice a todos nosotros.

Hermanas, a pesar de su edad, por favor comprendan todo lo que son y deben ser, todo aquello para lo cual Dios mismo las preparó en la existencia preterrenal. Ruego que utilicemos con gratitud los dones inestimables que se nos han dado para ayudar a los seres humanos a pensar con mayor rectitud y a tener más nobles aspiraciones, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. “La Familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, junio de 1996, pág. 10.

2. Presidente James E. Faust, “El ser mujer: El más alto lugar de honor”, *Liahona*, julio de 2000, 118.

3. Bruce R. McConkie, *Mormon Doctrine*, 2ª ed., 1966, 35.

4. Elder Neal A. Maxwell, “Mujeres de Dios”, *Liahona*, agosto de 1978, págs. 14–15.

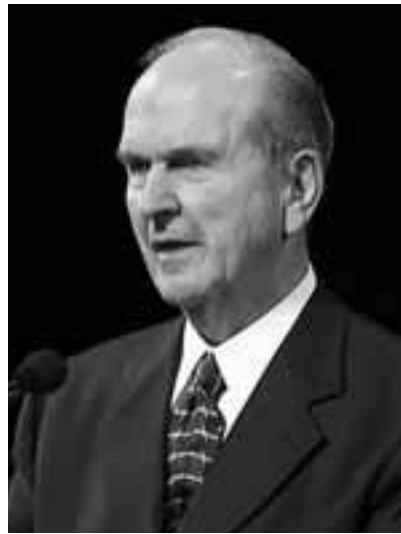
5. Presidente Gordon B. Hinckley, “Our Responsibility to Our Young Women”, *Ensign*, septiembre de 1988, pág. 11.

# El vivir mediante la guía de las Escrituras

**Élder Russell M. Nelson**

Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“Todos necesitamos guía en la vida; la obtenemos mejor de los libros canónicos y de las enseñanzas de los profetas de Dios”.**



En comparación, muchas personas van por la vida sin una buena guía, sin saber a dónde desean ir o cómo llegar a ese lugar, pero si se pone suma atención a un mapa de caminos para un viaje de un solo día, ¿no sería prudente también poner atención a una guía fidedigna en nuestra jornada por la vida? Es en cuanto a eso que quisiera hablar: de *por qué* necesitamos guía, *dónde* podemos obtenerla, y *cómo* podemos lograrla.

#### ¿POR QUÉ NECESITAMOS GUÍA?

La pregunta *¿Por qué?*, pone énfasis en el propósito de la vida. El máximo objetivo de nuestra jornada terrenal lo reveló nuestro Creador cuando dijo: “Y si guardas mis mandamientos y perseveras hasta el fin, tendrás la vida eterna, que es el mayor de todos los dones de Dios”<sup>3</sup>.

Su don de vida eterna está sujeto a las condiciones que Él estableció<sup>4</sup>. Esas condiciones constituyen un plan, o, para utilizar mi analogía, un mapa espiritual. Y cuando surgen dificultades es cuando más se necesita esa guía. En nuestro viaje por Dinamarca, llegamos a una desviación inesperada que hizo que nos perdiéramos. Para volver al camino correcto, detuvimos el auto; estudiamos el mapa con detenimiento y luego hicimos la corrección necesaria.

¿Y qué sucede si andan perdidos y no tienen un mapa? Supongan que se encuentran solos y no saben dónde están. ¿Qué pueden hacer?

**H**ace poco, la hermana Nelson y yo nos encontrábamos en Dinamarca durante la conmemoración del 150 aniversario de la Iglesia en Escandinavia. Entre las reuniones, tomamos unas cuantas horas para buscar los pueblos donde habían nacido dos de los abuelos de mi padre, que se encontraban entre los primeros conversos de la Iglesia en Dinamarca. La familia de la abuela paterna de mi padre vivía en la parte oeste del país<sup>1</sup>; la familia de su abuelo paterno vivía en el norte de Dinamarca<sup>2</sup>. Gracias a un buen conductor y a un mapa magnífico, encontramos cada pueblo y obtuvimos la preciada información. Durante todo el viaje, mis manos no soltaron ese valioso mapa que probó ser tan esencial para lograr nuestras metas.

¡Piden ayuda! ¡Llaman a casa!  
¡Llaman a la Iglesia! ¡Oran! Una vez que reciben alguna clase de ayuda, se dan cuenta de que tienen que subir por allí o dar vuelta por allá para volver al camino correcto. O tal vez tengan que volver al principio a fin de asegurarse de que pueden llegar a donde desean ir.

#### **DÓNDE PODEMOS OBTENER GUÍA**

Eso nos lleva a preguntarnos *¿dónde* podemos obtener la guía que necesitamos? Acudimos a Aquel que nos conoce mejor: nuestro Creador. Él nos permitió venir a la tierra con la libertad de elegir nuestro propio camino. En Su gran amor, Él no nos dejó solos. Él nos proporcionó una guía —un mapa espiritual— para ayudarnos a lograr éxito en la jornada. Esa guía la conocemos como los libros canónicos, así llamados porque ellos —la Santa Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio— constituyen la *norma* mediante la cual debemos vivir; nos sirven como una norma

de referencia, al igual que las normas de tiempo, pesos y medidas que se conservan en las agencias gubernamentales encargadas de esos asuntos.

Para lograr nuestro objetivo de la vida eterna, debemos seguir las enseñanzas de los libros canónicos y otras revelaciones recibidas de los profetas de Dios<sup>5</sup>. Nuestro amoroso Señor previó la necesidad que tendríamos de recibir dirección. Él dijo: “Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la exaltación y continuación de las vidas, y pocos son los que la hallan”<sup>6</sup>.

Pocos son los que encuentran el camino porque pasan por alto el divino mapa que nos ha dado el Señor. Y un error aún más serio es el no hacer caso al Hacedor del mapa. Dios declaró en el primero de Sus Diez Mandamientos: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”<sup>7</sup>. No obstante, el hombre carnal se inclina a dejar que su lealtad se vuelva hacia los ídolos.

Por ejemplo, nos parece increíble

que las computadoras, así como Internet transmitan datos con sorprendente rapidez. De verdad estamos agradecidos por estas ayudas electrónicas, pero si permitimos que se adueñen de nuestro tiempo, pervertan nuestro potencial o envenenen nuestras mentes con pornografía, dejan de ser ayudas y en vez de ello se convierten en dioses falsos.

El Maestro nos advirtió de aquellos que “no buscan al Señor para establecer su justicia, antes todo hombre anda por su propio camino, y en pos de la imagen de su propio dios, cuya imagen es a semejanza del mundo y cuya substancia es la de un ídolo”<sup>8</sup>.

Los dioses falsos únicamente llevan a caminos sin salida. Si nuestra jornada por la vida ha de tener éxito, debemos seguir la dirección divina. El Señor dijo: “Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis”<sup>9</sup>. Y el salmista escribió: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”<sup>10</sup>.

El seguir ese consejo divino requiere no sólo convicción, sino conversión, y a menudo, arrepentimiento. Eso agradaría al Señor, quien dijo: “Convertíos, y volved de vuestros ídolos y [apartaos]... de todas vuestras abominaciones”<sup>11</sup>.

En su jornada por esta vida, ustedes encuentran muchos obstáculos y cometen algunos errores. La guía de las Escrituras les ayuda a reconocer el error y efectuar la corrección necesaria, lo cual les impide seguir en la dirección equivocada. Ustedes hacen un estudio cuidadoso del mapa de las Escrituras y luego siguen adelante con el arrepentimiento y la restitución necesaria para hallarse en el “estrecho y angosto camino que conduce a la vida eterna”<sup>12</sup>.

Hermanos y hermanas, las vidas ocupadas que llevamos nos obligan a concentrarnos en las cosas que *hacemos* día con día, pero el desarrollo del carácter se logra únicamente cuando nos concentramos en *quiénes* somos en realidad. Para establecer y lograr esas metas mayores, necesitamos ayuda divina.





## CÓMO PODEMOS LOGRAR TENER LA GUÍA DE LAS ESCRITURAS

Una vez que entendamos *por qué* necesitamos guía y *dónde* podemos obtenerla, nos preguntamos: *¿Cómo podemos lograrla? ¿Cómo podemos en verdad vivir “no sólo de pan... sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”?*<sup>13</sup>.

Empezamos con la determinación de “[aplicar] todas las Escrituras a nosotros mismos para nuestro provecho e instrucción”<sup>14</sup>. Si marchamos “adelante, [deleitándonos] en la palabra de Cristo, y [perseveramos] hasta el fin... [tendremos] la vida eterna”<sup>15</sup>.

Deleitarse en la palabra significa más que sólo probar; deleitarse significa saborear. Nosotros saboreamos las Escrituras al estudiarlas en un espíritu de agradable descubrimiento y de fiel obediencia<sup>16</sup>. Cuando nos deleitamos en las palabras de Cristo, quedan grabadas “en tablas de carne del corazón”<sup>17</sup>. Se convierten en parte integral de nuestra naturaleza.

Hace muchos años un colega médico me reprendió por no separar mi conocimiento profesional del de mis convicciones religiosas. Eso me sorprendió porque no pensaba que la verdad debía dividirse en partes. La verdad es indivisible.

El peligro acecha cuando nos dividimos a nosotros mismos con expresiones como éstas: “mi vida privada”, “mi vida profesional”, o incluso “mi mejor conducta”. El vivir la vida en compartimientos separados puede llevar a conflictos internos y suma tensión. A fin de escapar esa tensión, muchas personas imprudentemente recurren a sustancias adictivas, a la búsqueda de placeres o a la autocomplacencia, que a su vez producen más tensión, creando de este modo un círculo vicioso.

La paz interior se logra únicamente cuando mantenemos la integridad de la verdad en todos los aspectos de nuestra vida. Cuando hacemos el convenio de seguir al Señor y obedecer Sus mandamientos, aceptamos Sus normas en *todo* pensamiento, acto y hecho.

El vivir las normas del Señor requiere que cultivemos el don del Espíritu Santo, el cual nos ayuda a entender la doctrina y a aplicarla personalmente. Debido a que la verdad que se da por revelación sólo se puede entender mediante la revelación<sup>18</sup>, nuestros estudios tienen que ir acompañados de la oración. Las Escrituras testifican en cuanto a la eficacia de la oración en el diario vivir. Una de ellas es Proverbios: “[Reconoce a Dios] en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”<sup>19</sup>. Otra proviene del Libro de Mormón: “Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien”<sup>20</sup>.

Al meditar y orar en cuanto a principios de doctrina, el Espíritu Santo hablará a sus mentes y a sus corazones<sup>21</sup>. De los acontecimientos de las Escrituras, destilarán a sus corazones nuevas perspectivas y principios pertinentes a su situación.

Ustedes cultivan estas experiencias de revelación al vivir de acuerdo con la luz que ya se les ha dado y al escudriñar las Escrituras con propósitos puros, con la verdadera intención de “venir a Cristo”<sup>22</sup>. Al hacerlo, su confianza “se fortalecerá en la presencia de Dios” y el Espíritu Santo será su compañero constante<sup>23</sup>.

A fin de lograr la guía de las Escrituras, convendría hacer las siguientes preguntas específicas<sup>24</sup>. Se podrían preguntar: “¿Qué principio se puede aprender de estas enseñanzas del Señor?”. Por ejemplo, en las Escrituras se enseña que la Creación se llevó a cabo en seis períodos de tiempo<sup>25</sup>. Los principios que se aprenden de ese estudio demuestran que cualquier logro requiere la debida planificación, el tiempo oportuno, paciencia, trabajo y ningún atajo.

Enseguida, les sugiero que desarrollen un estilo de estudio que se acomode a ustedes<sup>26</sup>. Una manera es leer un libro de Escritura desde la primera página hasta la última. Este método sirve para dar una buena perspectiva general, pero otros métodos también tienen mérito. El prestar atención a un tema en

particular, complementándolo con el uso de notas correlacionadas al pie de página, y las guías de estudio, sirven para encender la luz del entendimiento doctrinal.

Se puede recibir guía al lidiar con serios desafíos en la vida. Hace años, durante los días de mi temprana investigación científica en un campo que en aquel entonces era nuevo en la práctica médica, una norma de verdad de las Escrituras me dio el valor que necesitaba para perseverar. Me apoyé mucho en estos versículos de Doctrina y Convenios:

“A todos los reinos se ha dado una ley;

“y hay muchos reinos; pues no hay espacio en el cual no haya reino; ni hay reino en el cual no haya espacio...

“Y a cada reino se le ha dado una ley; y para cada ley también hay ciertos límites y condiciones”<sup>27</sup>. Aprendimos leyes que tenían que ver con el “reino” de nuestro propio interés y logramos el control que previamente, debido a nuestra ignorancia, había sido relegado únicamente a la suerte.

La motivación para obtener la guía de las Escrituras se logra cuando se tienen que tomar decisiones importantes, incluso entre opciones que son igualmente correctas. Las Autoridades Generales a menudo enfrentan esta clase de decisiones. En esas ocasiones, acudimos a las Escrituras; tal vez leamos los libros canónicos de nuevo, en busca de comprensión respecto a un asunto específico.

Para el estudio de las Escrituras se necesita un horario al cual apearse; de otro modo, las bendiciones más importantes quedarán a merced de las cosas menos importantes. El tiempo para el estudio *familiar* de las Escrituras tal vez sea difícil de establecer. Hace años, cuando nuestros hijos eran pequeños, estaban en diferentes clases en varias escuelas. Su papi tenía que estar en el hospital a las siete de la mañana, a más tardar. En un consejo familiar, se acordó que la mejor hora para tener nuestro estudio de las Escrituras era

a las seis de la mañana. A esa hora, los pequeños tenían mucho sueño, pero se esforzaban por hacerlo. De vez en cuando, teníamos que despertar a alguno cuando le llegaba el turno de leer. No sería honrado de mi parte hacerles creer que nuestro estudio familiar de las Escrituras era un éxito rotundo. A veces era un rotundo fracaso, pero no nos dimos por vencidos.

Ahora, una generación más tarde, nuestros hijos están todos casados, con familias propias. La hermana Nelson y yo los hemos observado disfrutar del estudio familiar de las Escrituras en sus propios hogares. A través de sus esfuerzos ellos han tenido más éxito que nosotros. No queremos ni pensar en lo que habría sucedido si nos hubiéramos desanimado<sup>28</sup>.

Todos *necesitamos* guía en la vida; *obtenemos* mejor de los libros canónicos y de las enseñanzas de los profetas de Dios. Con esfuerzo diligente, podemos *lograr* esa guía y de ese modo ser merecedores de recibir todas las bendiciones que Dios tiene reservadas para Sus hijos fieles. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Gørding, Vejrup, y Vester Nebel, en el condado Ribe.

2. Møllholm, Støre Brøndum, en el condado Ålborg.

3. D. y C. 14:7.

4. Véase D. y C. 130:21.

5. Véase D. y C. 1:38.

6. D. y C. 132:22.

7. Éxodo 20:3.

8. D. y C. 1:16.

9. D. y C. 6:36.

10. Salmos 119:105.

11. Ezequiel 14:6.

12. 2 Nefi 31:18; véase también Mateo 7:14; Jacob 6:11; 3 Nefi 14:14; 27:33; D. y C. 132:22.

13. Mateo 4:4.

14. 1 Nefi 19:23.

15. Véase 2 Nefi 31:20.

16. Las Escrituras proporcionan aliento para vivir de acuerdo con la voluntad de nuestro Hacedor, quien dijo: “Si retrajerés del día de reposo... de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia,



**En el nuevo estanque, al lado este del Templo de Salt Lake, se reflejan los visitantes a la conferencia y las columnas del templo.**

santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad... entonces te deleitarás en Jehová” (Isaías 58:13–14). La propia estimación también se obtiene al obedecer los mandamientos de Dios sobre la castidad (véase Éxodo 20:14; Levítico 18:22; Mateo 5:28; 1 Corintios 6:9; 3 Nefi 12:28; D. y C. 42:24; 59:6).

17. 2 Corintios 3:3.

18. Véase 1 Corintios 2:11–14.

19. Proverbios 3:6.

20. Alma 37:37.

21. Véase D. y C. 8:2.

22. Jacob 1:7; Omni 1:26; Moroni 10:30, 32.

23. D. y C. 121:45; véase también el versículo 46.

24. Ya que toda cosa buena se puede utilizar incorrectamente, sería apropiado ofrecer unas palabras de advertencia. Las Escrituras no tienen la respuesta a todas las preguntas. Aún se revelarán muchas verdades importantes. Se debe evitar la preocupación por los así llamados “misterios”. Tengan cuidado también de las interpretaciones personales. Acudan a las palabras de los profetas vivientes y a las normas oficiales para su interpretación. No juzguen a aquellos cuya circunstancias ustedes no deben juzgar. Se nos asegura,

sin embargo, que “el que con diligencia busca, hallará; y los misterios de Dios le serán descubiertos por el poder del Espíritu Santo” (1 Nefi 10:19). Tengan también presente que se han dado muchas revelaciones en respuesta a preguntas proféticas.

Es interesante notar que en el primero y el último libros del Antiguo Testamento se plantean preguntas importantes: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9), y “¿Robará el hombre a Dios?” (Malaquías 3:8).

25. Véase Éxodo 20:11; 31:17; Mosíah 13:19; D. y C. 77:12; Abraham 4:31.

26. Si lo desea, en su estudio personal de las Escrituras puede correlacionar su lectura con un curso de estudio de la Iglesia, tal como el curso de estudios de Doctrina del Evangelio. A algunas personas les gusta preparar tarjetas de memorización, las cuales utilizan mientras esperan el turno en una cita o en una reunión.

27. D. y C. 88: 36–38.

28. En el estudio de las Escrituras tanto personal como familiar se pueden usar libros, grabaciones y otros materiales. Las personas que establezcan una hora para el estudio de las Escrituras y perseveren en esa empresa mantendrán un espíritu positivo a través de sus días.

# Sean un eslabón fuerte

**Élder David B. Haight**

Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“A medida que se me debilita la vista, pienso que de alguna forma mi visión mejora: mi visión del largo sendero, mi visión de lo que yace adelante”.**



Cuando el presidente Gordon B. Hinckley anunció que yo sería el último orador, estoy seguro de que se preguntaba si podría yo llegar hasta el púlpito. Él sabe que acabo de cumplir 94 años, por lo que me encuentro en el 95 de mi existencia, y de ahí sus dudas.

Él sabe también que mi vista no es muy buena, pero a medida que se me debilita la vista, pienso que de alguna forma mi visión mejora: mi visión del largo sendero, mi visión de lo que yace adelante. Y lo mismo sucede con todos ustedes esta mañana. Estoy seguro de que también dirán como yo, que ésta es una época maravillosa para estar vivos y ser miembros de esta Iglesia; lo extraordinario que significa tener la libertad que poseemos, la libertad de asamblea y de congregación religiosa.

Cuando Ruby y yo nos arrodillamos ante el altar del Templo de Salt Lake, el 4 de septiembre de 1930,

con las manos unidas y mirándonos a los ojos, no teníamos idea de lo que yacía adelante. Éramos dos jóvenes; yo venía del campo, del sur de Idaho, y Ruby era del Condado de Sanpete, Utah. Tanto el padre de ella como el mío habían fallecido, pero teníamos dos madres viudas maravillosas que ese día nos acompañaron al templo. Al arrodillarnos y hacer convenios y promesas, yo supe que eso era en serio.

Ahora, después de estar casados durante 70 años, les puedo decir a todos que nuestro matrimonio está mejor que nunca, que con el correr de los años ha ido perfeccionándose cada vez más, con el cariño y la ternura, y la comprensión de las bendiciones eternas que nos esperan. De modo que a todos ustedes les diría, y, si Ruby pudiera estar junto a mí ahora también les diría lo mismo, que la vida puede ser maravillosa y sumamente significativa, pero debemos vivirla en forma sencilla. Debemos vivir los principios del Evangelio, ya que lo que de veras importa es tener el Evangelio en nuestra vida al andar por el camino de nuestra existencia.

Mientras criábamos a nuestros hijos, nos mudamos a varias partes del país y ellos asistieron a escuelas en las que eran los únicos miembros de la Iglesia de su clase. Lo hicimos muchas veces, pero eso los ayudó en su desarrollo y a adquirir entendimiento, a obtener sus propios testimonios, a ver el mundo en acción pero al mismo tiempo ver las bendiciones del Evangelio en nuestra vida.

El domingo pasado Ruby y yo asistimos a la reunión sacramental de un barrio de aquí, de la ciudad de Salt Lake. La reunión fue muy interesante ya que el barrio cuenta con gente de buena posición económica así como de personas que residen en casas establecidas para los recién salidos de la cárcel. Poco antes de la reunión de testimonios, una joven con una bebida en brazos se acercó al estrado donde se encontraba el obispo, para decirle que quería que la niña recibiera una bendición. El obispo bajó, tomó a la bebida y se le bendijo.

Más tarde, durante la reunión de testimonios, un pequeño de siete años caminó hasta el púlpito tomado de la mano de su hermanita de cinco. Ayudó a acomodar un pequeño taburete para que ella se parara sobre él y le ayudó a dar su testimonio. Apenas ella titubeaba un poco, este amoroso pequeño se siete años se inclinaba sobre su hermanita y le susurraba al oído.

Cuando ella hubo terminado, él se paró sobre el taburete mientras ella le miraba dar su testimonio; ella tenía una expresión de cariño en el rostro. Era su hermano mayor, pero se podía ver en realidad el amor familiar y la relación que los unía. El niño se bajó del taburete, tomó de la mano a su hermana pequeña y juntos regresaron a su asiento.

Casi al término de la reunión, en la que se me habían concedido unos momentos para finalizarla, le pedí a la joven que había llevado a su hijita para que la bendijeran que viniera y se parara junto a mí, y ella accedió. Entretanto, mientras se llevaba a cabo la reunión de testimonios, yo pregunté al obispo al oído: “¿Dónde está el marido?”.

“En la cárcel”, contestó el obispo.

Le pregunté entonces: “¿cómo se llama?”. Y el obispo me dijo el nombre de ella.

Ella vino y se paró junto a mí, con su pequeña en brazos. Al estar ante el púlpito, miré a esa amorosa bebida, de sólo unos pocos días de nacida, y a esa madre, la madre de esa hijita, a la que había llevado para que recibiera una bendición de

manos del sacerdocio. Al mirarla a ella y luego mirar a esa preciosa pequeña, me pregunté lo que llegaría a ser y qué sería de ella. Hablé a la congregación y a esa joven madre sobre la proclamación que hace cinco años emitió la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce, una proclamación sobre la familia y la responsabilidad que tenemos para con nuestros hijos, la de éstos para con sus padres y la de los cónyuges entre sí. Ese documento maravilloso solidifica la dirección de las Escrituras que hemos recibido y que ha guiado la vida de los hijos de Dios desde la época de Adán y Eva, y que continuará guiándonos hasta que baje el telón que ponga punto final al drama de la vida.

A medida que hablaba sobre eso y miraba a esa bella niñita, pensé en el verano pasado, cuando Ruby y yo

fuimos por unos días a Idaho de visita. Allí nos encontramos con algunas personas de Mountain Home, Idaho, la familia Goodrich. La hermana Goodrich había ido a vernos con su hija Chelsea, y durante la conversación nos dijo que Chelsea había aprendido de memoria la proclamación sobre la familia.

Le pregunté a la jovencita, que tiene quince años: “Chelsea, ¿es cierto eso?”.

“Sí”, respondió.

“¿Cuánto tiempo te llevó?”, le pregunté.

Ella dijo: “Cuando éramos pequeños, mamá comenzó un programa en casa para ayudarnos a memorizar. Solíamos memorizar pasajes de las Escrituras, himnos para las reuniones sacramentales y otras cosas que nos eran útiles. Aprendimos así a memorizar y se

convirtió en algo fácil para nosotros”.

“¿Puedes repetirla toda?”, inquirí.

“Sí, toda”, respondió.

“La aprendiste cuando tenías doce años, ahora tienes quince; muy pronto comenzarás a salir con jóvenes. Dime, ¿en qué forma te ha beneficiado?”, pregunté.

Chelsea dijo: “Al pensar en las declaraciones de esa proclamación y al comprender más acerca de la responsabilidad que tenemos como familia y la responsabilidad que tenemos por la forma en que vivimos y debemos conducir nuestra vida, la proclamación se ha convertido en una nueva norma para mí. Al relacionarme con otras personas y cuando comience a salir con jóvenes, puedo pensar en las palabras y frases de la proclamación para la familia. Eso me dará la pauta que me guiará y la fortaleza que vaya a necesitar”.

Hace poco, el presidente Hinckley habló a los alumnos de la Universidad Brigham Young y declaró que la vida es una gran cadena de generaciones, eslabón tras eslabón, hasta el fin del tiempo. En su discurso, alentó a los alumnos a no ser un eslabón débil, sino un vínculo fuerte en su familia.

Esta mañana de conferencia hemos escuchado muchas instrucciones relacionadas con la historia familiar y las familias, la razón por la cual debemos unirlas y la responsabilidad que tenemos de efectuar la obra del templo por decenas de millares de personas que podrían ser parte de nuestra familia y que esperan del otro lado del velo para recibir las ordenanzas que deben efectuarse de este lado del velo, con el fin de que ellas lleven a cabo las cosas que tienen que hacer del otro lado. Eso todos lo comprendemos muy bien.

Por consiguiente, quisiera decirles a todos los que se encuentran presentes esta mañana que espero cultiven dentro de sus familias —y de ustedes mismos— el deseo ferviente de no ser un eslabón débil dentro de la cadena familiar y de sus antepasados. Los aliento a ser un





eslabón fuerte para su posteridad y no uno débil. ¿No sería eso terrible? Si pensamos en esa larga cadena y en toda la obra que hay que hacer para la salvación de las almas y de la maravillosa obra que es necesario efectuar, ¿no sería triste que fueran ustedes el eslabón débil que hiciera que sus descendientes no pudieran formar parte de esa cadena?

Cuando los santos se preparaban para partir de Nauvoo, con el Templo de Nauvoo sin terminar, sólo les fue posible a unos pocos recibir la investidura. El presidente Brigham Young, en ese entonces Presidente del Quórum de los Doce, era el apóstol de más antigüedad en esa época. Él escribió en su diario acerca de la preocupación que sentía la gente al tratar de preparar los carromatos para comenzar el viaje hacia el Oeste, hacia un lugar que desconocían por completo. Ellos seguían a sus líderes, aprontando las pocas cosas que podían llevar en los carromatos.

En medio de todas esas preparaciones, algunos tuvieron la oportunidad de recibir la investidura; la gente sentía un gran anhelo de recibir la investidura. Brigham Young dejó de hacer el trabajo que por lo

general hacía para poder quedarse en el templo y dirigir la obra de la investidura que era tan necesaria. Al hablar de ello, dijo que él sentía un gran anhelo de hacer lo que los santos deseaban que se hiciera. Es sumamente interesante que esa palabra, *anhelo*, aparezca en su relato. Él escribe del anhelo que sentían de que se pudiese efectuar esa importante obra de la investidura antes de que la gente partiera hacia el Oeste.

Les dejo mi amor, mi testimonio y el conocimiento que tengo de que esta obra es verdadera. Sé que Dios vive y sé que nos ama. Nos ama de la misma forma que nosotros queremos a nuestros hijos y a nuestra posteridad. Hasta el momento tenemos 65 bisnietos, y claro está que tendremos más en camino. Los amamos a todos ellos y esperamos que las cadenas y los eslabones de nuestra familia sean fuertes y que nuestros hijos sean bendecidos. Nos sentimos muy orgullosos de todos ellos y rogamos que crezcan con el firme conocimiento y el sentimiento que tengo con respecto a Dios, de que Él vive, de que es nuestro Padre y de que toda esta obra está bajo Su dirección y de la de Su Hijo, nuestro

Salvador, Jesucristo. Ésta es la Iglesia de Jesucristo restaurada a la tierra en estos últimos días. Sé que eso es verdadero.

Sé que en la actualidad tenemos un profeta viviente sobre la tierra. Ustedes pueden ver las cosas maravillosas que suceden en la Iglesia en la actualidad, con 100 templos en funcionamiento. Algunos de ustedes vivirán para ver el día en que haya 200 templos en funcionamiento y después 300, o cualquiera sea la cantidad a la cual finalmente se llegará. Bueno, vivimos en una época en que suceden cosas maravillosas. Cuando hablamos de un profeta viviente que recibe revelaciones de lo alto para dirigir esta obra, yo les testifico que aquellos de nosotros que trabajamos y nos relacionamos con él podemos testificar que es el profeta de Dios en la tierra, que nos dirige para hacer lo que es correcto y apropiado.

Ruego que sus eslabones sean fuertes. Que en forma individual encuentren el gran gozo y la felicidad que pueden ser nuestros si vivimos los principios del Evangelio. Les dejo mi amor y mi testimonio de que esta Iglesia es verdadera, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# El sostenimiento de oficiales de la Iglesia

**Presidente James E. Faust**

Segundo Consejero de la Primera Presidencia



como Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes hermanos como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland y Henry B. Eyring.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a

los Consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como Profetas, Videntes y Reveladores.

Todos los que estén a favor pueden manifestarlo. Los contrarios, si hubiese alguno, con la misma señal.

Se propone que demos un voto oficial de agradecimiento a los élderes Loren C. Dunn, F. Enzo Busche y Alexander B. Morrison y se les designe el estado de Autoridad General Emérita del Primer Quórum de los Setenta.

Los que deseen unirse en este voto de agradecimiento, sírvanse manifestarlo.

Con gratitud por el servicio prestado como miembros del Segundo Quórum de los Setenta, relevamos honorablemente a los élderes Eran A. Call, W. Don Ladd, James O. Mason y Richard E. Turley, Sr.

Los que deseen unirse en este voto de agradecimiento, sírvanse manifestarlo levantando la mano.

Se propone que revelemos con un voto de agradecimiento al élder Harold G. Hillam como Presidente

**H**ermanos y hermanas, el presidente Hinckley me ha pedido que presente a las Autoridades Generales, a los Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares de la Iglesia para su voto de sostenimiento.

Se propone que sostengamos a Gordon Bitner Hinckley como Profeta, Vidente y Revelador, y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Thomas Spencer Monson como Primer Consejero de la Primera Presidencia y a James Esdras Faust como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor pueden manifestarlo. Los que se opongan, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, a Boyd Kenneth Packer



de los Quórumes de los Setenta y a los élderes Harold G. Hillam, Neil L. Andersen y John H. Groberg de la Presidencia General de la Escuela Dominical.

Los que deseen unirse en un voto de agradecimiento por su servicio, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos al élder Dennis B. Neuenschwander como miembro de la Presidencia de los Quórumes de los Setenta.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Todos los que se opongan, con la misma señal.

Se propone que relevemos a los élderes Hugo A. Catrón, Ambrosio C. Collado, Gordon G. Conger, Cláudio Cuéllar, Paul L. Diehl, Donald B. Doty, Alvie R. Evans Sr., Eduardo Gavarret, Salomón Jaar, W. E. Barry Mayo, Mitchell V. Myers, Stein Pedersen, Gustavo Ramos, Eugene E. Reid, Alejandro M. Robles, Servando Rojas, Lynn A. Rosenvall, L. Douglas Smoot, Brian A. Watling y Carlos D. Vargas como Setenta Autoridades de Área.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Tsung Ting Yang and Alexandr N. Manzhos como Setenta Autoridades de Área.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Opuestos, por la misma señal.

Se propone que sostengamos a los élderes Marlin K. Jensen, Neil L. Andersen y John H. Groberg como miembros de la Presidencia General de la Escuela Dominical.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Opuestos, por la misma señal.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares como están constituidas en la actualidad.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Si hay alguien que se oponga, puede manifestarlo.

Todo parece indicar que el sostenimiento ha sido unánime y afirmativo. Gracias, hermanos y hermanas, por su fe y por sus oraciones. □

# Un testimonio puro

**Élder Joseph B. Wirthlin**

Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“Como un testigo especial del nombre de Jesucristo en todo el mundo, les prometo que si buscan al Señor, lo encontrarán. Pedid y recibiréis”.**



Una vez más nos reunimos en este maravilloso Centro de Conferencias y en muchos otros lugares alrededor del mundo. En esta conferencia hemos escuchado y aún escucharemos el testimonio de muchos siervos del Señor. Concerniente al testimonio, el salmista escribió: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel”<sup>1</sup>.

Para los Santos de los Últimos Días, un testimonio es “la certeza de la realidad, de la verdad y de la bondad de Dios, de las enseñanzas y de la expiación de Jesucristo y del llamado divino de los profetas de los últimos días... Es conocimiento respaldado por la divina confirmación personal del Espíritu Santo”<sup>2</sup>.

Las expresiones de un testimonio solemne siempre han sido importantes para los hijos de Dios sobre la tierra. Los testimonios individuales han fortalecido a esta Iglesia desde sus comienzos.

Una noche de abril de 1836, por ejemplo, el élder Parley P. Pratt se retiró a sus aposentos temprano muy preocupado y acongojado. No sabía cómo iba a cumplir con sus obligaciones financieras. Su esposa había estado gravemente enferma y su anciana madre se había mudado a vivir con él. El año anterior, la casa que había estado construyendo había quedado reducida a cenizas después de un incendio.

Al estar en profunda meditación, alguien golpeó a la puerta; el élder Heber C. Kimball entró y lleno del espíritu de profecía dijo al élder Pratt que debería viajar a Toronto, Canadá, donde “encontraría gente preparada para la plenitud del Evangelio” y que “muchos serían llevados al conocimiento de la verdad”<sup>3</sup>.

A pesar de sus preocupaciones, el élder Pratt se dirigió a ese lugar. Al llegar a Toronto, al principio nadie parecía estar interesado en escuchar lo que él tenía que decir.

Entre los que conoció se hallaba John Taylor, quien había sido un ministro metodista. John recibió al élder Pratt con cortesía, pero con reservas. John Taylor había escuchado rumores distorsionados acerca de un nueva secta, de su “biblia de oro” y relatos de ángeles que se habían aparecido a un joven “indocto criado en la zona rural de Nueva York”<sup>4</sup>.

John Taylor era un hombre sabio y había buscado la verdad toda su vida. Él escuchó lo que el élder Pratt tenía que decir y, entre otras cosas, el extraño de Estados Unidos le prometió que cualquiera que investigara

el Evangelio podría saber por sí mismo, a través de la influencia del Espíritu Santo, que era verdadero.

En un momento dado, John Taylor preguntó: “¿A qué se refiere con este Espíritu Santo?... [¿Dará] un conocimiento seguro de los principios en los que usted cree?”.

El apóstol respondió: “Sí, y si no fuera así, entonces soy un impostor”<sup>5</sup>.

Al escuchar eso, John Taylor aceptó el desafío, diciendo: “Si su religión es verdadera, la aceptaré sin importar cuáles sean las consecuencias; y, si es falsa, lo pondré al descubierto”<sup>6</sup>.

No sólo aceptó el desafío, sino que “recibió ese Espíritu por medio de la obediencia al Evangelio”<sup>7</sup>. Pronto supo por sí mismo lo que desde entonces millones han sabido: que el Evangelio de Jesucristo ha sido restaurado sobre la tierra.

Con el tiempo, ese hombre, que había dedicado toda su vida a buscar la verdad, se convirtió en el tercer Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Con el tiempo, muchos han sido los cambios en el mundo; sin embargo, una cosa permanece igual: la promesa que el élder Pratt le hizo a John Taylor hace 164 años tiene la misma validez hoy que entonces: el Espíritu Santo confirmará las verdades del Evangelio restaurado de Jesucristo.

La lógica misma afirma que un Padre Celestial amoroso no abandonaría a Sus hijos sin proporcionarles la vía para que aprendieran de Él. Uno de los grandes mensajes de la Restauración es que las ventanas de los cielos están abiertas. Todos los que procuran saber la verdad pueden saber por sí mismos a través de las revelaciones del Espíritu.

Somos bendecidos al vivir en una época en la que apóstoles y profetas andan por la tierra dando solemne y certero testimonio de que Jesucristo es el Hijo de Dios. Muchos miembros, millones en número, agregan sus voces al creciente coro que testifica que una vez más Dios ha hablado al hombre.

El presidente Joseph F. Smith declaró: “Toda persona debe saber que el Evangelio es verdadero, y ese privilegio es de todo el que se bautiza y recibe el Espíritu Santo. Sé que el Evangelio es verdadero y que Dios está con Su pueblo; y que si cumplo con mi deber y guardo Sus mandamientos, las nubes pasarán y la bruma se disipará”<sup>8</sup>.

¿Cómo se adquiere un testimonio personal?

Estudien las palabras de Moroni que vivió hace más de 1500 años. Este profeta había presenciado la completa masacre de su pueblo, aniquilado a consecuencia de una guerra civil. Su nación quedó en la ruina, sus amigos y seres queridos fueron asesinados y su propio padre, un gran general y un hombre justo, había sido muerto.

Este gran profeta, Moroni, habiendo perdido todo lo que él amaba se encontró solo. Siendo el último de su pueblo, fue el único testigo de la desolación y del sufrimiento que resultan del odio y de la furia.

Era muy breve y sumamente limitado el tiempo y el espacio que tenía para escribir en las planchas unas palabras finales. Habiendo sido destruido su propio pueblo, Moroni escribió para nuestra época, y para nosotros escribió estas valiosas palabras de despedida; eran sus últimas palabras de consejo:

“He aquí, quisiera exhortaros”, escribió “a que, cuando leáis estas cosas... recordéis cuán misericordioso ha sido el Señor con los hijos de los hombres... que lo meditéis en vuestros corazones. Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo”<sup>9</sup>.

¿Cómo me gustaría que todo oído oyera el último testimonio de Moroni, ese gigante entre los hombres, ese humilde siervo de Dios!

¿Desean conocer la verdad de las Santas Escrituras? ¿Desean romper

las barreras que separan a los mortales del conocimiento de las verdades eternas? ¿Desean conocer de veras la verdad? Entonces sigan el consejo de Moroni, y con certeza encontrarán lo que buscan.

Sean sinceros. Estudien. Mediten. Oren sinceramente con fe.

Si hacen estas cosas, ustedes también podrán decir con los millones que testifican: que Dios nuevamente se comunica con el hombre en la tierra.

Un testimonio de la verdad del Evangelio no viene de igual manera a todas las personas. Algunas lo reciben en una experiencia única que cambia la vida; otras obtienen su testimonio lentamente, casi de manera imperceptible, hasta que un día, por fin, lo saben.

Estudien las palabras del presidente David O. McKay, quien dice que cuando era niño se arrodilló y “oró fervientemente y con sinceridad, con toda la fe que un joven muchacho podía tener” a fin de que “Dios le declarara la verdad de su revelación a José Smith”.

El presidente McKay relata que cuando se levantó después de estar de rodillas, tuvo que admitir que “no había tenido ninguna manifestación espiritual. Si soy honrado conmigo mismo, debo decir que soy el mismo [muchacho] que era antes de orar”.

No sé qué sentía el joven David en su corazón en ese momento, pero estoy seguro de que se habrá sentido decepcionado y tal vez frustrado por no haber recibido la experiencia espiritual que había esperado; pero eso no lo desalentó en continuar su búsqueda de ese conocimiento.

La respuesta a sus oraciones sí llegó, pero no sino hasta años después, cuando servía como misionero. ¿Por qué la respuesta a su oración se había demorado tanto? El presidente McKay creía que esa manifestación espiritual “llegaba como una secuencia natural al desempeño del deber”<sup>10</sup>.

El Salvador enseñó un principio similar: cuando se puso en tela de juicio la verdad de Su mensaje, Él declaró: “El que quiera hacer la





voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”<sup>11</sup>.

No se desanimen si la respuesta a sus oraciones no viene de inmediato. Estudien, mediten, oren, con fe sincera y vivan los mandamientos.

“No contendáis porque no veis, porque no recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe”, enseñó Moroni<sup>12</sup>.

Recuerdo que cuando era niño escuchaba los testimonios de los adultos de mi barrio. Esos testimonios penetraron mi corazón e inspiraron mi alma. Doquiera que voy por el mundo, no importa el idioma ni la cultura, me emociona el escuchar el testimonio de los santos.

Hace poco recibí una carta de un nieto que es misionero. Él escribió que los miembros que “leen las Escrituras y oran están más dispuestos a compartir el Evangelio”<sup>13</sup>.

Creo que tiene razón. Cuanto más leamos las Escrituras y más oremos, más entusiasmo tendremos de compartir nuestro testimonio del Evangelio con los demás.

Recuerden que los miembros de la Iglesia que reciben un testimonio del Evangelio están bajo convenio de “ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en

todo lugar”<sup>14</sup>. Es claro que tenemos la obligación sagrada de obtener referencias para nuestros misioneros. Los testigos tienen un conocimiento especial y deben dar testimonio de “aquello que han visto y oído y que creen con certeza”<sup>15</sup>. Nosotros hacemos declaraciones en forma simple, clara y directa de que sabemos con certeza y seguridad que el Evangelio es verdadero porque “el Santo Espíritu de Dios [nos lo hace] saber”<sup>16</sup>. Al dar ese testimonio, hablando por el poder del Espíritu Santo, se nos promete que “se derramará el Espíritu Santo para testificar de todas las cosas que habléis”<sup>17</sup> y se nos bendice personalmente cuando testificamos de esa manera.

El presidente Boyd K. Packer dijo: “Un testimonio se encuentra cuando se expresa. En alguna parte, en su búsqueda del conocimiento espiritual, existe ese ‘salto de fe’ como lo llaman los filósofos. Es el momento en que uno llega al borde de la luz y tropieza con la oscuridad, sólo para descubrir que el camino continúa iluminado cada uno o dos pasos”<sup>18</sup>.

El hacer una declaración pública de las creencias de ustedes con determinación y confianza es ese paso hacia lo desconocido. Tiene un

efecto poderoso al fortalecer sus propias convicciones. El dar el testimonio lleva la fe a lo más profundo del alma y ustedes creen con más fervor que antes.

A los que fielmente dan testimonio, el Señor dijo: “Benditos sois, porque el testimonio que habéis dado se ha escrito en el cielo para que lo vean los ángeles; y ellos se regocijan a causa de vosotros, y vuestros pecados son perdonados”<sup>19</sup>. He tratado de seguir ese consejo al dar testimonio.

Permítanme decirles cómo obtuve un testimonio de la verdad y de la naturaleza divina de esta gran obra de los últimos días. Me temo que la mía no es una experiencia muy dramática. No es el relato de hosannas celestiales o de gritos de trueno; no es un relato de rayos, de fuego ni de inundación.

Sin embargo, siempre he sabido de la realidad y de la bondad de Dios.

Desde mis más tempranas memorias, estuvo allí, un testimonio seguro y perdurable de esta gran obra. A veces, esa seguridad viene cuando sentimos el amor del Salvador al conocer a Sus siervos. Recuerdo cuando tenía cinco años y mi familia se mudó a un nuevo barrio. Ese primer domingo, el

obispo Charles E. Forsberg, originario de Suecia, se acercó y me llamó por mi nombre. Lo supe entonces.

Durante los grises y fríos días de la Gran Depresión, recuerdo un maravilloso siervo del Salvador que se llamaba C. Perry Erickson. El hermano Erickson, constructor, había tenido dificultades para encontrar empleo; podría haberse apartado de los demás; podría haberse enojado o amargado; podría haberse dado por vencido; en cambio, cuando yo tenía doce años, se le llamó para ser mi maestro scout. Él pasó horas interminables ayudándome a mí y a otros jóvenes de mi edad a aprender, a progresar y a enfrentar toda dificultad con optimismo y confianza. Sin excepción, todos los scouts de C. Perry Erickson recibieron el máximo premio de águila scout. Lo supe entonces.

Sí, el testimonio de los líderes del sacerdocio y de los fieles miembros del barrio me ayudaron a saberlo.

Recuerdo las palabras de mi madre y de mi padre. Recuerdo sus expresiones de fe y de amor por su Padre Celestial. Lo supe entonces.

Supe de la realidad de la compasión del Salvador cuando, por solicitud de mi padre, el obispo del barrio, yo distribuía comida y ropa a las viudas y a los pobres del barrio.

Lo supe cuando, siendo un joven padre, mi esposa y yo reuníamos a nuestros hijos a nuestro alrededor y expresábamos gratitud a nuestro Padre Celestial por tantas bendiciones.

Lo supe el pasado abril cuando escuché desde este púlpito las palabras de nuestro Profeta, el presidente Gordon B. Hinckley, quien llamó a Jesús su amigo, su ejemplo, su líder, su Salvador y su Rey.

El presidente Hinckley dijo: “Al haber dado Su vida, con dolor y sufrimiento indescriptibles, Él me ha tendido la mano para sacarme a mí y a cada uno de nosotros, y a todos los hijos y las hijas de Dios, del abismo de oscuridad eterna que sigue a la muerte. Él ha proporcionado algo mejor, una esfera de luz y de entendimiento, de progreso y de belleza”<sup>20</sup>.

Ahora me gustaría compartir mi testimonio: sé que José Smith vio lo que dijo que vio, que los cielos se abrieron y Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo aparecieron a un joven indocto criado en la zona rural de Nueva York.

Como testigo especial del nombre de Jesucristo en todo el mundo, les prometo que si buscan al Señor, lo encontrarán. Pedid y recibiréis.

Ruego que así lo hagan y testifico a los confines de la tierra que el Evangelio de nuestro Salvador se ha restaurado a los hombres. En el nombre de mi amigo, mi ejemplo, mi Salvador y Rey, Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Salmos 19:7
2. Daniel H. Ludlow, editor, *Encyclopedia of Mormonism*, Vol. 4, pág. 1470.
3. Pratt, Parley P., *The Autobiography of Parley P. Pratt*, 1985, pág. 110.
4. Roberts, B. H., *The Life of John Taylor*, 1963, pág. 34.
5. *Deseret News, Semi-Weekly*, 18 de abril de 1882, vol. 23, pág. 51.
6. *The Life of John Taylor*, pág. 38.
7. *Deseret News, Semi-Weekly*, 18 de abril de 1882.
8. *Gospel Doctrine*, Joseph F. Smith, pág. 43.
9. Moroni 10:3-4.
10. Middlemiss, Clare, compilación, *Cherished Experiences from the Writings of President David O. McKay*, 1955, pág. 16.
11. Juan 7:17; cursiva agregada.
12. Éter 12:6.
13. Carta del élder Andrew Cannon, 30 de agosto de 2000.
14. Mosíah 18:9.
15. D. y C. 52:36.
16. Alma 5:46.
17. D. y C. 100:8.
18. Packer, Boyd K., “La lámpara de Jehová”, *Liahona*, diciembre de 1988, pág. 36.
19. D. y C. 62:3.
20. *Liahona*, julio de 2000, pág. 85.



# El camino hacia la paz y el gozo

**Élder Richard G. Scott**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“¿Estás aprovechando plenamente del poder redentor del arrepentimiento en tu vida, con el fin de tener mayor paz y gozo?”**



**E**xiste un aspecto esencial del plan de felicidad de nuestro Padre Celestial que con frecuencia se pasa por alto, aun cuando invariablemente otorga paz y gozo. El Salvador dio Su vida para que ese aspecto esencial se utilizara para bendecir a todos los hijos del Padre Celestial. Ese tema comúnmente se interpreta mal y a menudo se le teme. Algunos piensan que deben emplearlo sólo quienes han cometido graves transgresiones; sin embargo, el Señor desea que cada uno de Sus hijos lo utilice constantemente. Él ha mandado una y otra vez a Sus profetas y líderes a proclamarlo y a hablar casi exclusivamente de ello<sup>1</sup>. Me refiero a la bendición del arrepentimiento verdadero, sincero y continuo, que es el camino a la paz y el gozo. Es la

senda que lleva al poder reformador del Señor y, cuando se comprende y se utiliza, es un amigo querido y preciado.

El arrepentimiento no es optativo. Un ángel mandó a Adán: “...te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás”<sup>2</sup>. A cada uno de nosotros se nos ha mandado arrepentirnos e invocar a Dios en forma continua a lo largo de la vida. Esa pauta permite que cada día sea una página impecable en el libro de la vida, una nueva y flamante oportunidad. Se nos ha dado el privilegio renovador de superar los errores de comisión y de omisión, sean pequeños o sumamente graves. Un arrepentimiento completo da como resultado el perdón acompañado de una renovación espiritual. En cualquier momento de la vida, se puede sentir la limpieza, la pureza y la frescura que acompañan a un sincero arrepentimiento.

El Señor ha dejado muy en claro que es un requisito: “...te mando que te arrepientas y guardes los mandamientos... no sea que te humille con mi omnipotencia...”<sup>3</sup>.

De igual forma, Jacob lo enseñó con diáfana claridad:

“[El Santo de Israel] viene al mundo para salvar a todos los hombres, si éstos escuchan su voz...”

“Y él manda a todos los hombres que se arrepientan y se bauticen en su nombre, teniendo perfecta fe en el Santo de Israel, o no pueden ser salvos en el reino de Dios”<sup>4</sup>.

¿Por qué nos mandan arrepentirnos nuestro Padre y Su Hijo? Porque nos aman. Ellos saben que todos violaremos leyes eternas. Ya sea pequeña o grande, la justicia requiere que se satisfaga toda ley quebrantada para conservar la promesa de gozo en esta vida y el privilegio de regresar con nuestro Padre Celestial. Si no se satisface, en el Día del Juicio la justicia hará que seamos desterrados de la presencia de Dios y quedemos bajo el control de Satanás<sup>5</sup>.

Nuestro Maestro y Su acto redentor es lo que hace posible que podamos evitar esa condenación. Eso se realiza por medio de la fe en Jesucristo, la obediencia a Sus mandamientos y la perseverancia hasta el fin con rectitud.

¿Estás aprovechando plenamente del poder redentor del arrepentimiento en tu vida, con el fin de tener mayor paz y gozo? La confusión y el desaliento muchas veces son señales de la necesidad de arrepentirse. A su vez, la falta de dirección espiritual que buscas en la vida podría ser el resultado de leyes quebrantadas. Si hubiera la necesidad, un arrepentimiento total pondrá tu vida en orden y resolverá todos los complicados dolores espirituales que provienen de la transgresión. Pero en esta vida no se pueden remediar algunas de las consecuencias físicas que los pecados graves traen como resultado. Sé prudente y vive siempre dentro de los límites de la rectitud que ha fijado el Señor.

Hay varios pasos fundamentales para el arrepentimiento y cada uno de ellos es imprescindible para lograr que éste sea total. El presidente Joseph F. Smith precisó algunos de ellos así: “El arrepentimiento verdadero no sólo es sentir pesar por los pecados y hacer humilde penitencia y contrición delante de Dios, sino que comprende la necesidad de apartarse del pecado, la suspensión de toda práctica... inicu[a], una reformatión completa de vida, un cambio fundamental de lo malo a lo bueno... restituir hasta donde sea posible, por todo lo malo que hayamos hecho... Éste es el arrepentimiento verdadero,



y se requiere el ejercicio de la voluntad y toda la fuerza del cuerpo y de la mente para llevar a cabo esta obra gloriosa del arrepentimiento”<sup>6</sup>.

A los pasos esenciales de reconocimiento, sentir pesar, apartarse, confesar, restituir hasta donde fuera posible, es también fundamental añadir el requisito de guardar diligentemente todos los mandamientos<sup>7</sup>. Porque el Señor ha declarado: “...yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia. No obstante, el que se

arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor será perdonado”<sup>8</sup>.

Cuando existe la determinación de guardar todos los mandamientos, se recibe una gran fortaleza y un poder vigorizante para lograrlo. El Señor espera que se dedique la vida entera a la obediencia al plan de felicidad, incluso, según fuese necesario, a un continuo arrepentimiento. Él dijo: “...sólo se salva aquel que persevera hasta el fin”<sup>9</sup>.

Se han ideado métodos para ayudar a recordar algunas de las medidas

necesarias para un arrepentimiento total. Pero aunque éstas puedan ser de ayuda, por lo general pasan por alto el aspecto más fundamental del arrepentimiento: que está centrado en Jesucristo y en Su expiación, que tiene validez porque Él estuvo dispuesto a pagar el precio total por medio de Su sacrificio expiatorio en virtud del amor perfecto que siente hacia Su Padre y hacia cada uno de nosotros. Alma declaró:

“...durante tres días y tres noches me vi en el más amargo dolor y angustia de alma; y no fue sino hasta que imploré misericordia al Señor Jesucristo que recibí la remisión de mis pecados. Pero... clamé a él y hallé paz para mi alma.

“Y te he dicho esto... para que aprendas sabiduría, para que aprendas de mí que no hay otro modo o medio por el cual el hombre pueda ser salvo, sino en Cristo y por medio de él...”<sup>10</sup>.

La paz es el valioso fruto de una vida recta; es posible obtenerla gracias a la expiación del Salvador y se gana por medio del arrepentimiento total, que lleva al perdón renovador. El arrepentimiento abre las puertas del conocimiento y ayuda a la inspiración<sup>11</sup>. El arrepentimiento trae la salvación por medio del perdón<sup>12</sup>, pero ésta no llega automáticamente, sino que deben cumplirse cada uno de los pasos del arrepentimiento.

El sentir pesar y sentirse motivado a confesar es el comienzo correcto, pero no es suficiente. Cuando la confesión es voluntaria, las medidas necesarias para el arrepentimiento se simplifican en gran manera. No resulta beneficioso que una persona obstruya el desempeño de un juez en Israel a fin de instar al arrepentimiento, ya sea negando que se ha cometido una verdadera transgresión o siendo inflexible de otra manera. Lehi enseñó: “...él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de *corazón quebrantado* y de *espíritu contrito*; y por nadie más se pueden satisfacer las demandas de la ley”<sup>13</sup>. Deben existir humildad<sup>14</sup> y pesar<sup>15</sup>.

Te sugiero que leas el inspirado libro del presidente Spencer W. Kimball, *El Milagro del Perdón*, que continúa ayudando al fiel a evitar los peligros de una transgresión seria. Además, es un manual excelente para todos los que hayan cometido errores graves y deseen encontrar el camino de regreso. Antes de leer cualquier otra cosa, lee primero los dos últimos capítulos a fin de apreciar el milagro del perdón en su totalidad.

Si te has arrepentido de transgresiones graves y erróneamente crees que serás siempre un ciudadano de segunda clase en el reino de Dios, debes entender que eso no es verdad. El Salvador dijo:

“He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más.

“Por esto sabréis si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará”<sup>16</sup>.

Busca ánimo en la vida de Alma, hijo de Alma, y en la de los hijos de Mosíah. Ellos fueron trágicamente inicuos, pero su arrepentimiento pleno y su servicio hizo que se les considerara tan nobles y justos como el general Moroni<sup>17</sup>.

Si te has arrepentido sinceramente pero aún así continúas sintiendo el peso de la culpa, quiero que sepas que el seguir sufriendo por los pecados de los cuales ya te has arrepentido como se debe, y que han sido perdonados, lo suscita el maestro del engaño. Lucifer te alentará para que sigas reviviendo los pormenores de los errores pasados, porque sabe que esos pensamientos obstaculizan tu progreso. Por eso él trata de amarrar cordeles a la mente y al cuerpo para manipularte como un títere y así impedir tu logro personal.

Testifico que Jesucristo pagó el precio y satisfará las exigencias de la justicia por todos los que obedezcan Sus enseñanzas. Es por eso que se otorga un completo perdón y los efectos angustiosos del pecado no tienen por qué permanecer en tu vida. En realidad, no pueden permanecer si se comprende de verdad el significado de Su expiación. Alma

superó los pensamientos de su pasado indigno al recordar la misericordia del Redentor. Dijo maravillado:

“He aquí, él no ejerció su justicia sobre nosotros, sino que en su gran misericordia nos ha [dado]... la salvación de nuestras almas”<sup>18</sup>.

Cuando los recuerdos de los errores pasados invadan tu mente, dirige tus pensamientos hacia el Redentor y hacia el milagro del perdón con la renovación que proviene por medio de Él. Tu depresión y sufrimiento serán reemplazados por paz, gozo y gratitud debido a Su amor.

¡Qué difícil debe ser para Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor, ver que muchos sufren sin motivo debido a que hacen caso omiso de Su don del arrepentimiento! Debe sentir mucho dolor al ver la agonía sin sentido, tanto en esta vida como detrás del velo, que acompaña al pecador impenitente después de todo lo que Él hizo para que no sufriéramos.

A muchos jóvenes se les ha hecho creer que la intimidad sexual “no es tan mala” siempre y cuando se evite el acto que puede causar el embarazo. Eso no es cierto. Fuera del convenio del matrimonio, la intimidad sexual, en cualquiera de sus formas, es un grave pecado. El pecado grave se convierte en una adicción. Crea hábitos difíciles de quitar. Si has quebrantado esas leyes, busca a tu obispo o a tu presidente de estaca y pídele ayuda, ya que para dar el paso necesario para

el perdón de esas transgresiones es preciso confesarlas tanto al Señor como a ese juez. Esta clase de pecados se puede evitar no permitiendo que nadie toque las partes privadas y sagradas de tu cuerpo ni haciéndolo tú con otra persona.

¿Te has alejado del sendero de la felicidad y te encuentras ahora donde no quisieras, con sentimientos que no deseas tener? ¿Ansías regresar a la paz y al gozo de una vida digna? Te invito con todo el amor de mi corazón a arrepentirte y a regresar. Decide hacerlo ahora. La jornada no es tan difícil como parece. Puedes poner a un lado la culpabilidad, superar la depresión, recibir la bendición de una mente tranquila y encontrar un gozo duradero. Ora pidiendo ayuda y guía, y la encontrarás. Ve a donde sabes que brilla la luz de la verdad. Busca a un amigo verdadero o a un amoroso obispo o presidente de estaca, o a un padre comprensivo. Por favor, regresa. Te amamos; te necesitamos. Emprende el camino hacia la paz y el gozo por medio del arrepentimiento total; y, a medida que sigas con sinceridad los pasos del arrepentimiento, el Salvador te ayudará a obtener el perdón. Él es el Redentor. Él te ama y quiere que tengas paz y gozo en la vida. Ahora testifico que Él vive, que te ayudará. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Véase D. y C. 6:9.
2. Moisés 5:8.
3. D. y C. 19:13, 20.
4. 2 Nefi 9:21, 23.
5. Véase 2 Nefi 9:8–10; 2:5.
6. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, págs. 63–64.
7. Véase Enós 1:10.
8. D. y C. 1:31–32.
9. D. y C. 53:7.
10. Alma 38:8–9.
11. Véase Alma 26:22.
12. Véase Alma 32:13.
13. 2 Nefi 2:7; cursiva agregada.
14. Véase D. y C. 61:2.
15. Véase 2 Corintios 7:9–10.
16. D. y C. 58:42–43.
17. Véase Alma 48:17–18.
18. Alma 26:20.



# El cultivar tradiciones rectas

**Élder Donald L. Hallstrom**

De los Setenta

**“Las tradiciones edificantes... aquellas que fomentan el amor por Dios, la unidad en la familia y entre las demás personas son de especial importancia”.**



Siempre estaré agradecido por haber nacido y haber sido criado en Hawai, tierra que forma parte de lo que las Escrituras llaman “las islas del mar”. La llaman también un “crisol de culturas diversas”, y otros, con más exactitud, dicen que esas islas son como un “guiso delicioso” en el que todas las culturas mantienen su propia identidad pero que se unen para formar una sociedad armoniosa de la que todos pueden disfrutar. El haber prestado servicio misional en Inglaterra, haber pasado mucho tiempo en Estados Unidos continental y ahora vivir y prestar servicio en Asia, ha hecho que desde hace mucho tenga interés en la cultura y en las tradiciones, y en la forma en que éstas influyen en nuestro

aspecto, en nuestros pensamientos y en nuestros hechos. El diccionario define la cultura como el “conjunto de modos de vida y costumbres... grado de desarrollo artístico, científico e industrial, [de un] grupo social” (*Diccionario de la Real Academia Española*). Las tradiciones—hábitos de conducta transmitidos de generación en generación—son parte inherente de una cultura. Nuestra cultura y sus tradiciones sirven para establecer nuestro sentido de identidad y satisfacen la necesidad humana de pertenecer a algo.

En cuanto a las tradiciones que complementan el Evangelio de Jesucristo, Pablo amonestó a los tesalonicenses: “Así que... estad firmes, y retened la doctrina [tradición] que habéis aprendido” (2 Tesalonicenses 2:15). En la Iglesia tenemos magníficas tradiciones que nos recuerdan la fortaleza y el sacrificio de nuestros antepasados e inspiran nuestros hechos. Entre ellas están la laboriosidad, la frugalidad y una dedicación plena a una causa justa. Otras están basadas en una doctrina y en normas que podrían parecer extrañas para el mundo, pero que concuerdan con las pautas de Dios. Entre ellas se encuentran una conducta casta, modestia en el vestir, evitar el lenguaje vulgar, guardar el día de reposo, cumplir con la Palabra de Sabiduría y el pago de los diezmos.

Aun en la cultura étnica, hay muchas tradiciones que pueden

reafirmar las normas y los principios del Evangelio. Por ejemplo, los antiguos hawaianos tenían una costumbre, el espíritu de la cual se manifiesta todavía entre muchos isleños. Cuando se saludaba a una persona, uno se acercaba cara a cara y decía “ha” sobre su rostro, expulsando el aliento para que la otra persona lo pudiera sentir. La traducción literal de “ha” es “el aliento de vida”. Era una forma de dar de sí y de demostrar un profundo sentimiento de hermandad y afecto por el prójimo. Cuando los extranjeros llegaron por primera vez a Hawai, no demostraron ese mismo respeto por los demás y fueron llamados “haole” por los nativos, palabra que significa “sin ha”.

Si hay personas que deberían tener “ha”, o sea, un intenso sentimiento de caridad y compasión por los demás, esas deberían ser los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Un verdadero Santo de los Últimos Días posee un amor por los demás que es compatible con la creencia de que todos somos hermanos y hermanas.

Las tradiciones edificantes cumplen la importante función de guiarnos hacia las cosas del Espíritu; y aquellas que fomentan el amor por Dios, la unidad en la familia y entre las demás personas son de especial importancia.

Sin embargo, el poder de la tradición representa un peligro significativo, ya que puede ser la causa de que olvidemos nuestro patrimonio celestial. Para alcanzar metas eternas, debemos conciliar nuestra cultura terrenal con la doctrina del Evangelio sempiterno. Ese proceso requiere adoptar todo lo que sea espiritualmente edificante de las tradiciones de nuestra familia y de nuestra sociedad, y descartar todo aquello que sea una barrera para nuestra perspectiva y nuestros logros eternos. Debemos despojarnos del hombre y de la mujer “natural” que describió el rey Benjamín, y hacernos santos al someternos “al influjo del Santo Espíritu” (véase Mosíah 3:19).

Para advertirnos de ese peligro y de su gravedad, también el profeta José Smith fue inspirado a aclarar una de las epístolas de Pablo al pueblo de Corinto, declarando: “Y aconteció que los hijos, habiéndose creado bajo la sujeción de la ley de Moisés, se guiaban por las tradiciones de sus padres y no creían en el evangelio de Cristo, de manera que llegaron a ser inmundos” (D. y C. 74:4).

Les ruego que no hagan oídos sordos a esto y no piensen que este principio se aplica sólo a los demás y a su cultura; sepan que es tan válido para ustedes como lo es para mí, en dondequiera que vivamos y sea cual fuese nuestra situación familiar.

Las tradiciones que no deseamos son las que nos impiden efectuar las sagradas ordenanzas y guardar los sagrados convenios. Nuestra guía debe ser la doctrina que enseñan las Escrituras y los profetas. Las tradiciones que subvaloran el matrimonio y la familia, que degradan a la mujer o que no reconocen la majestuosa función que Dios les ha otorgado, que honran el éxito temporal más que el espiritual o que enseñan que el depender de Dios equivale a tener un carácter débil, todas éstas nos alejan de las verdades eternas.

De todas las tradiciones que debemos cultivar dentro de nosotros y de nuestras familias, “la tradición de la rectitud” debe estar en primer lugar. Un sello distintivo de esta tradición es un amor inquebrantable por Dios y por Su Hijo Unigénito, respeto por los profetas y por el poder del sacerdocio, la búsqueda constante del Espíritu Santo y la disciplina del discipulado que transforma el creer en hacer. Una tradición de rectitud determina una forma de vida que acerca a los hijos a sus padres y ambos a Dios, y hace que la obediencia no sea una carga sino una bendición.

En un mundo donde las tradiciones muchas veces confunden lo correcto con lo incorrecto:

- Nos inspira la valentía de toda persona joven que guarda el día de reposo, que cumple con la Palabra de Sabiduría y que permanece casta

cuando la cultura popular ha establecido que lo opuesto no sólo es aceptable sino que se espera que se haga.

- Nos inspira la sabiduría de todo hombre que haya logrado alcanzar una carrera que le permita cumplir con su responsabilidad principal de guiar espiritualmente a su familia, cuando para el mundo tienen más valor la riqueza y el poder.

- Nos inspira la nobleza de todo marido y de toda mujer que hayan establecido una relación de igualdad y afecto cuando es tan común en ésta el egoísmo y la indiferencia.

Cuando se comienza a comprender y a experimentar la naturaleza divina de nuestra vida, no deseamos

que nada temporal se interponga en nuestra jornada celestial.

Humilde ante la responsabilidad, pero gozoso de la oportunidad de predicar el Evangelio y de dar testimonio en todo el mundo, ratifico mi conocimiento de las verdades eternas y de la cultura sempiterna. Yo testifico de 15 hombres que poseen llamamientos proféticos y autoridad apostólica, entre los que se encuentra el presidente Gordon B. Hinckley, que preside con dignidad, visión y un claro sentido de la tradición de rectitud. Pero lo más importante es que testifico del Salvador y Redentor de la humanidad, de Su Iglesia y de Su amor expiatorio. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

**Visitantes a la conferencia se reúnen alrededor del estanque ubicado entre el templo y el Edificio Conmemorativo José Smith.**



# Uno por uno

Élder Ronald A. Rasband

De los Setenta

**“Aceptemos la cálida invitación del Salvador de venir a Él, uno por uno, y de perfeccionarnos en Él”.**



**M**is queridos hermanos y hermanas, considero un gran privilegio y honor estar ante ustedes en este púlpito. Ruego por las bendiciones del Santo Espíritu para que lo que diga se sume a los sentimientos espirituales que todos experimentamos en la época de conferencia.

Sería muy desagradecido si no aprovechara la oportunidad para agradecer sinceramente al Señor mi llamamiento como Setenta. Deseo también agradecer a nuestro querido profeta, el presidente Hinckley, y a las demás Autoridades de la Iglesia la confianza que me tienen. Me comprometo ante ellos y ante todos ustedes a poner mi mejor esfuerzo en los años de servicio que me esperan.

Tras muchas horas de reflexión, mis pensamientos me han llevado hacia mis antepasados pioneros con profundo agradecimiento. Mis ocho bisabuelos ingresaron a la Iglesia entre los primeros conversos. Seis de

los ocho inmigraron a los Estados Unidos desde Europa, lugar donde sirvo en la actualidad. Siento un profundo amor y cercanía hacia los santos europeos y me comprometo a hacer todo lo que sea posible para fortalecer a la Iglesia y edificar el reino de Dios allá, o dondequiera que se me asigne.

Expreso mi amor y gratitud a mi querida compañera eterna y a mi familia selecta por su devoción, apoyo y amor. Hago llegar mi amor a nuestros amigos y a los queridos misioneros con quienes servimos recientemente en la Misión Nueva York, Nueva York Norte. Una de las grandes bendiciones de mi vida es la de tener preciados amigos y compañeros de trabajo; ha sido un privilegio conocerlos y aprender de ellos.

A través de mi vida, he llegado a saber por experiencia propia que nuestro Padre Celestial escucha y contesta nuestras oraciones personales. Sé que Jesús es el Cristo viviente y que conoce a cada uno de nosotros en forma individual, o como lo expresan las Escrituras: “uno por uno”.

El mismo Señor enseñó en forma compasiva esta convicción sagrada cuando se apareció al pueblo de Nefi. Lo leemos en 3 Nefi, capítulo 11, versículo 15:

“Y aconteció que los de la multitud se adelantaron y metieron las manos en su costado, y palparon las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies; y esto hicieron, yendo *uno por uno*, hasta que todos hubieron llegado...” (cursiva agregada).

Como otro ejemplo de la naturaleza del “uno por uno” del ministerio

del Salvador, leemos en 3 Nefi capítulo 17, versículo 9:

“Y sucedió que cuando hubo hablado así, toda la multitud, de común acuerdo, se acercó, con sus enfermos, y sus afligidos, y sus cojos, y sus ciegos, y sus mudos, y todos los que padecían cualquier aflicción; y los sanaba a *todos*, según se los llevaban” (cursiva agregada).

Luego en el versículo 21 leemos sobre la bendición especial que se dio a los preciosos niños: “Y cuando hubo dicho estas palabras, lloró, y la multitud dio testimonio de ello; y tomó a sus niños pequeños, *uno por uno*, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos” (cursiva agregada).

Ésa no fue una reunión pequeña. En el versículo 25 leemos: “...y llegaba su número a unas dos mil quinientas almas; y se componían de hombres, mujeres y niños”.

Ciertamente, aquí hay un mensaje personal muy profundo y tierno. Jesucristo nos ministra y nos ama a todos, uno por uno.

Al reflexionar sobre la forma de amar de nuestro Salvador, apoyamos a nuestros dedicados líderes de estaca y de barrio, hombres y mujeres de gran fe. Reconozcamos agradecidos los muchos esfuerzos de ustedes, los que trabajan con la juventud. Y expresamos nuestro agradecimiento a nuestros amorosos líderes y maestros de la Primaria por el servicio cristiano que prestan. Tomamos muy en cuenta el ministerio “uno por uno” de ustedes y decimos: Gracias, y por favor, les rogamos que continúen. Quizás jamás en la historia del género humano hayamos necesitado tanto como ahora el servicio que se presta “uno por uno”.

El año pasado, durante los últimos meses de nuestra misión, pasamos por algo que nos enseñó nuevamente este profundo principio de que Dios conoce y ama a cada uno de nosotros.

El élder Neal A. Maxwell iba a Nueva York por asuntos de la Iglesia y se nos informó que también deseaba tener una conferencia misional. Estábamos tan felices de tener la oportunidad de escuchar a uno de





los siervos escogidos del Señor. Se me pidió seleccionar a uno de nuestros misioneros para que ofreciera la primera oración en la reunión. Pude haber elegido al azar a uno de los misioneros, pero sentí que debía meditar y orar para seleccionar a uno que el Señor querría que yo llamara. Al revisar la lista de misioneros, se presentó claramente un nombre ante mí: élder Joseph Appiah, de Accra, Ghana. Él fue el que sentí que el Señor deseaba que orara en esa reunión.

Antes de la conferencia de misión, durante una entrevista regular con el élder Appiah, le dije que había sido inspirado a pedirle que ofreciera la oración. Asombrado y con humildad en sus ojos, empezó a llorar profundamente. Un poco sorprendido por su reacción, empecé a decirle que no se preocupara, que

no tenía que dar la oración, pero me dijo que le encantaría darla, que su emoción se debía al amor que sentía por el élder Maxwell. Me dijo que este Apóstol es muy especial para los santos de Ghana y para su propia familia. El élder Maxwell había llamado a su padre para que fuera presidente de distrito en Accra y había sellado a su madre y a su padre en el Templo de Salt Lake.

Yo no sabía nada de lo que acabo de relatar sobre ese misionero y su familia, mas el Señor sí, e inspiró a un presidente de misión en favor de ese *uno*, un misionero que pasaría por una experiencia que atesoraría durante toda su vida, una experiencia que edificaría su testimonio.

En la reunión, el élder Appiah ofreció una oración maravillosa e hizo su humilde contribución a una reunión en la que el élder Maxwell

enseñó a los misioneros los atributos de Jesucristo. Ninguno de los que estuvieron allí podrá olvidar jamás los sentimientos de amor que experimentó en aquella ocasión por su Salvador.

Tengo un testimonio en mi corazón, hermanos y hermanas, de que Dios, nuestro Padre Celestial, y Jesucristo nos conocen y nos aman en forma individual. No creo entender por completo cómo sucede; simplemente lo sé y he experimentado que es así. Exhorto a que todos nosotros en nuestros respectivos ministerios, a nuestras familias y a nuestros semejantes, aceptemos la cálida invitación del Salvador de venir a Él, uno por uno, y de perfeccionarnos en Él.

Comparto este testimonio y esta esperanza en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# En busca del Espíritu de Dios

Élder Douglas L. Callister  
De los Setenta

**“Al familiarizarnos más con el Santo Espíritu, nuestra vida se hace más refinada. Lo impuro y lo vano no nos llama la atención”.**



**E**n Italia hay una escultura majestuosa de Moisés que tiene una rajadura en una de las rodillas. Un guía turístico podría decir que Miguel Ángel, al ver la obra de arte, arrojó un cincel a la escultura y exclamó con desdén: “¿Por qué no habla?”.

A diferencia de la piedra inanimada, la verdadera Iglesia de Jesucristo está llena de vida. La voz, el Espíritu, y el poder de Dios se encuentran en nuestros servicios de adoración, o doquiera se administran las ordenanzas del Santo Sacerdocio.

Elías el Profeta dijo a Eliseo: “Pide lo que quieras que haga por ti”. Eliseo dijo: “Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí”<sup>1</sup>. No pudo haber pedido nada que fuera de más valor.

El élder Joseph Fielding Smith ha escrito: “El Espíritu de Dios al hablar al espíritu del hombre tiene poder para impartir la verdad... A través del Espíritu Santo la verdad se entrelaza en cada fibra y en cada nervio del cuerpo con objeto de no ser olvidado”<sup>2</sup>.

Por medio de nuestra confirmación como miembros de la Iglesia se nos abre la puerta para buscar esa investidura celestial; ésa debe ser una búsqueda urgente y de toda la vida.

Al familiarizarnos más con el Santo Espíritu, nuestra vida se hace más refinada. Lo impuro y lo vano no nos llama la atención. El desarrollo de la espiritualidad es lo que nos separa del mundo secular.

Un hombre al que le importan las cosas espirituales observa la belleza del mundo que le rodea. Al organizar la tierra, el Señor vio que “era buena”, cosa que repitió varias veces<sup>3</sup>. A nuestro Padre Celestial le place cuando nosotros también hacemos una pausa para admirar la belleza de nuestro medio ambiente, lo que haremos de manera natural al volvernos más espiritualmente sensibles. El ser conscientes de la música grandiosa, de la literatura y del arte sublime, es a menudo el producto natural de la madurez espiritual. En una alusión poética a la manifestación visible que tuvo Moisés de la divinidad y de la zarza ardiente, Elizabeth Barrett Browning escribió: “La tierra está

repleta de las cosas del cielo, y toda zarza común arde con el conocimiento de Dios; pero sólo el que ve se quita el calzado de sus pies”<sup>4</sup>.

Al procurar el Espíritu, nuestra lectura de las Escrituras se vuelve más reflexiva; volvemos a descubrir la virtud de la lectura lenta. Leemos más en voz alta, como se supone que se deben leer las Escrituras. Brigham Young dijo: “Todo lo que tengo que hacer es conservar mi espíritu, mis sentimientos y mi conciencia como si fuera una hoja de papel en blanco y dejar que el Espíritu y el poder de Dios escriban en ella lo que les plazca. Cuando Él escriba yo leeré; pero si leo antes de que Él escriba, es muy probable que me equivoque”<sup>5</sup>.

Como una evidencia de mayor espiritualidad, nos volvemos más selectivos en lo que leemos. J. Reuben Clark dijo: “La regla por la que hoy me rijo es ésta: no leer nada que no valga la pena recordar”<sup>6</sup>. Thomas Jefferson siempre leía algo ennobecedor antes de irse a dormir “a fin de cavilar en ello” durante los intervalos de sueño<sup>7</sup>.

Otro fruto de la madurez espiritual es mejorar en cuanto a la oración. Hace más de treinta años, el presidente Kimball me llamó a servir como presidente de estaca. Al concluir ese largo fin de semana de conferencia le pregunté si tenía un consejo para mí y me contestó: “Vaya y enseñe a los Santos de los Últimos Días a orar. Como pueblo, no debemos olvidar cómo comunicarnos con nuestro Padre Celestial. Eso es todo”. La mayoría de las enseñanzas profundas e importantes de la Iglesia son sencillas.

Los que se han propuesto lograr la compañía constante del Santo Espíritu despertarán en la vida venidera como gigantes espirituales, en comparación con el estado infantil de otras personas que han vivido sin Dios en este mundo.

Una de las personas espiritualmente avanzadas era el presidente Joseph F. Smith. Un miembro de los Doce dijo de él: “Espiritualmente, él era el hombre más altruista que jamás he conocido. Estuve en el



Tabernáculo donde el presidente Smith bendijo a los Santos de los Últimos Días. Los bendijo durante veinte minutos, y durante ese tiempo no hubo ojo que no derramara lágrimas en el Tabernáculo”<sup>8</sup>.

El obispo Charles W. Nibley dijo, al fallecer Joseph F. Smith: “Nunca hubo otro hombre que hasta la última fibra de su ser fuera tan moral, casto y virtuoso que él. Se oponía a toda forma o pensamiento inmoral y era inamovible como una montaña... Como predicador de la rectitud, ¿quién se le podía comparar? Él era el más elocuente que jamás había escuchado: fuerte, poderoso, claro, atractivo. Era maravilloso ver cómo fluían de él las palabras de luz viviente y fuego... Cuando el corazón del presidente Smith se ponía a tono con las melodías celestiales, él podía oír y sí que oía”<sup>9</sup>.

Otra persona que desarrolló ese gran talento de la espiritualidad fue el presidente David O. McKay, lo que causó que el élder Bryant S. Hinckley escribiera: “David O. McKay ha hecho muchas cosas buenas y ha dicho muchas cosas hermosas, pero, de alguna manera, él es superior a todo lo que ha dicho y hecho”<sup>10</sup>.

La gran batalla de nuestro estado preterrenal fue la lucha por nuestra alma individual. Es la misma batalla que se lidia aquí, que es llegar a seres espirituales supremos. El presidente McKay dijo: “La espiritualidad es el concientizarse de que uno se ha vencido a sí mismo”<sup>11</sup>. Es tener el conocimiento seguro de que estamos ganando la lucha por el alma: la sensualidad es el reino de los excesos; la espiritualidad es el reino de la victoria personal.

En una clase de la Iglesia, el instructor preguntó qué consejo le daríamos a nuestros hijos en los momentos finales de la vida y contesté: “Primero, guarden sus convenios, Dios guarda los Suyos. Encerrará más significado el estar ante su Padre Celestial e informar: ‘Estoy en casa; soy puro; he hecho todo lo que convenido hacer’ ”.

Segundo, busquen el Espíritu de Dios. Las Escrituras imploran: “No apaguéis al Espíritu”<sup>12</sup>. “No contristéis al Espíritu”<sup>13</sup>. Él no vendrá a mentes o a corazones impuros. Él viene calladamente y sin dramatismo. Un oído que oye puede oír el tenue susurro de un ala. Si no oímos, se retirará.

Testifico que las obras del Espíritu son reales y se hallan en esta Iglesia. También testifico de Cristo, el Redentor, y de la obra que Él ha instituido en esta dispensación. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. 2 Reyes 2:9.
2. “The Sin against the Holy Ghost”, *Instructor*, octubre de 1935, pág. 431.
3. Génesis 1:4, 31.
4. En John Bartlett, *Favorite Quotations*, Libro vi, 1937, pág. 431.
5. *Deseret News Weekly*, 19 de abril de 18871, pág. 125.
6. Citado por Joseph L. Wirthlin, en *General Conference Report*, abril de 1947, pág. 85.
7. J. G. de Roulhac Hamilton, *The Best Letters of Thomas Jefferson*, 1926, pág. 227.
8. Conversación personal con el élder Le Grand Richards, el 1º de julio de 1978.
9. Joseph F. Smith, *Gospel Doctrine*, 1939, págs. 522-524.
10. “Greatness in Men— David O. McKay,” *Improvement Era*, mayo de 1932, pág. 446.
11. *Gospel Ideals*, 1953, pág. 390.
12. 1 Tesalonicenses 5:19.
13. Efesios 4:30.

# El desafío de lo que debemos llegar a ser

**Elder Dallin H. Oaks**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“A diferencia de las instituciones del mundo, que nos enseñan a saber algo, el Evangelio de Jesucristo nos desafía a llegar a ser algo”.**



**E**l apóstol Pablo enseñó que se nos han dado las enseñanzas y los maestros del Señor para que todos podamos alcanzar “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Ese proceso implica más que la adquisición de conocimiento. No es siquiera suficiente para nosotros estar *convencidos* de la veracidad del Evangelio; debemos actuar y pensar a fin de ser *convertidos* por medio de él. A diferencia de las instituciones del mundo, que nos enseñan a *saber* algo, el Evangelio de Jesucristo nos desafía a *llegar a ser* algo.

Muchos pasajes de la Biblia y de las Escrituras modernas hablan de un juicio final en el que todas las personas serán recompensadas según sus hechos u obras y los deseos de sus corazones. Pero otros

pasajes se extienden sobre el tema aludiendo a que seremos juzgados según la *condición* que hayamos logrado.

El profeta Nefi describe el juicio final en términos de lo que *hemos llegado a ser*: “Y si sus obras han sido inmundicia, por fuerza ellos *son* inmundos; y si *son* inmundos, por fuerza ellos no pueden morar en el reino de Dios” (1 Nefi 15:33, cursiva agregada). Moroni declara: “El que *es* impuro continuará siendo impuro; y el que *es* justo continuará siendo justo” (Mormón 9:14, cursiva agregada; véase también Apocalipsis 22:11–12, 2 Nefi. 9:16; D. y C. 88:35). Lo mismo ocurriría con “egoísta”, o “desobediente” o cualquier atributo personal contrario a los requisitos de Dios. Refiriéndose al “estado” de los malvados en el juicio final, Alma explica que si somos condenados debido a nuestras palabras, nuestras obras y nuestros pensamientos, “no nos hallaremos sin mancha... Y en esta terrible condición no nos atreveremos a mirar a nuestro Dios” (Alma 12:14).

De tales enseñanzas concluimos que el juicio final no es simplemente una evaluación de la suma total de las obras buenas y malas, o sea, lo que hemos *hecho*. Es un reconocimiento del efecto final que tienen nuestros hechos y pensamientos, o sea, lo que hemos *llegado a ser*. No es suficiente que cualquiera tan sólo actúe mecánicamente. Los mandamientos, las

ordenanzas y los convenios del Evangelio no son una lista de depósitos que tenemos que hacer en alguna cuenta celestial. El Evangelio de Jesucristo es un plan que nos muestra cómo llegar a ser lo que nuestro Padre Celestial desea que lleguemos a ser.

Una parábola ilustra ese concepto. Un padre rico sabía que si le heredaba sus riquezas a un hijo, que aún no había adquirido la sabiduría y la madurez necesarias probablemente derrocharía la herencia. El padre dijo a su hijo:

“Deseo darte todo lo que poseo, no sólo mis riquezas, sino también mi posición y reputación ante los hombres. Lo que *tengo* te lo puedo dar, pero lo que *soy* lo debes obtener por ti mismo. Serás merecedor de tu herencia cuando aprendas lo que yo he aprendido y vivas como yo he vivido. Te daré las leyes y los principios mediante los cuales he adquirido mi sabiduría y mi éxito. Sigue mi ejemplo, buscando conocimiento como yo lo he buscado y llegarás a ser como yo soy; y todo lo que poseo será tuyo”.

Esta parábola es similar al modelo celestial. El Evangelio de Jesucristo promete la incomparable herencia de la vida eterna, la plenitud del Padre, y revela las leyes y los principios mediante los cuales se pueden obtener.

Somos merecedores de la vida eterna a través de un proceso de *conversión*. De la manera que aquí se utiliza, esta palabra de muchas acepciones significa no sólo estar convencidos sino también un profundo cambio de actitud. Jesús utilizó este significado cuando enseñó a Su Apóstol principal la diferencia que existe entre el testimonio y la conversión. Jesús preguntó a Sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” (Mateo 16:13). Luego preguntó, “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

“Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

“Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne

ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:15–17).

Pedro tenía un *testimonio*. Él sabía que Jesús era el Cristo, el Mesías prometido y lo declaró. *Testificar* es saber y declarar.

Más tarde, Jesús enseñó a esos mismos hombres acerca de la *conversión*, la cual es mucho más que el testimonio. Cuando los discípulos preguntaron quién era el mayor en el reino de los cielos, Jesús llamó “a un niño, [y] lo puso en medio de ellos,

“y dijo: De cierto os digo, que si no os *volvéis [convertís]* y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

“Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mateo 18:2–4; cursiva agregada).

Después, el Salvador confirmó la importancia del ser convertidos, aun para aquellos que poseen un testimonio de la verdad. En las sublimes instrucciones que se dieron en la Última Cena, Él dijo a Simón Pedro, “yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos (Lucas 22:32).

A fin de confirmar a sus hermanos, de nutrir y apacentar la grey de Dios, ese hombre que había seguido a Jesús por tres años, que había recibido la autoridad del santo apostolado, que había sido un valiente maestro y testigo del Evangelio cristiano, y cuyo testimonio había hecho que el Maestro le llamara bienaventurado, aún necesitaba ser “convertido”.

El desafío de Jesús muestra que la conversión que Él quería de los que entrarían al reino de los cielos (véase Mateo 18:3) era mucho más que el ser convertidos para testificar de la veracidad del Evangelio. Testificar es *saber y declarar*. El Evangelio nos invita a “convertirnos”, lo cual requiere que *hagamos* y que *lleguemos a ser*. Si alguno de nosotros se basa únicamente en el conocimiento y en el testimonio del Evangelio, estamos en la misma posición de los bienaventurados pero inconclusos apóstoles a quienes Jesús dio el desafío de que se “convirtieran”. Todos conocemos a



alguien que tiene un fuerte testimonio pero que no actúa como si estuviese convertido. Por ejemplo, ex misioneros: ¿están tratando aún de convertirse o están ocupados con las cosas del mundo?

La conversión necesaria *mediante* el Evangelio comienza con la experiencia inicial que las Escrituras llaman “nacer de nuevo” (véanse Mosíah 27:25; Alma 5:49; Juan 3:7; 1 Pedro 1:23). En las aguas del bautismo y al recibir el don del Espíritu Santo, llegamos a ser “hijos e hijas” espirituales de Jesucristo, “nuevas criaturas” que “pueden heredar el reino de Dios” (Mosíah 27:25–26).

Al enseñar a los nefitas, el Salvador les habló de lo que debían llegar a ser. Les desafió a arrepentirse y ser bautizados, y santificados por la recepción del Espíritu Santo, “a fin de que en el postrer día os presentéis ante mí sin mancha” (3 Nefi 27:20). Y concluyó: “Por lo tanto, ¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy” (3 Nefi 27:27).

El Evangelio de Jesucristo es el plan mediante el cual podemos llegar a ser lo que se supone que los hijos de Dios deben llegar a ser. Ese estado perfeccionado y sin mancha será el resultado de la sucesión constante de convenios, ordenanzas y acciones, de una acumulación de decisiones correctas y del arrepentimiento continuo. “Esta vida es

cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios” (Alma 34:32).

Ahora es el momento de que todos trabajemos hacia nuestra conversión personal, de que lleguemos a ser lo que nuestro Padre Celestial desea que lleguemos a ser. Al hacerlo, debemos recordar que nuestras relaciones familiares, aún más que nuestros llamamientos en la Iglesia, son el entorno donde se producirá la parte más importante de ese desarrollo. La conversión que debemos alcanzar requiere que seamos buenos esposos y padres, o buenas esposas y madres. El ser un destacado líder de la Iglesia no es suficiente. La exaltación es una experiencia familiar eterna y las experiencias familiares terrenales que tenemos son la mejor manera de prepararnos para ella.

El Apóstol Juan habló de lo que se nos desafía a llegar a ser cuando dijo: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2; véase también Moroni 7:48).

Es mi deseo que la importancia de la conversión y de lo que debemos llegar a ser haga que nuestros líderes locales no se concentren tanto en medidas estadísticas y se concentren más en lo que nuestros

hermanos y hermanas *son* y en lo que están tratando de *llegar a ser*.

Con frecuencia, nuestras conversiones necesarias se pueden lograr con más rapidez mediante el sufrimiento y la adversidad que mediante la comodidad y la tranquilidad, tal como el élder Hales nos lo enseñó tan hermosamente esta mañana. Lehi prometió a su hijo Jacob que Dios “[consagraría sus] aflicciones para [su] provecho” (2 Nefi 2:2). El profeta José recibió la promesa: “tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento; y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará” (D. y C. 121:7–8).

La mayoría de nosotros hemos experimentado en cierta medida lo que las Escrituras llaman “el horno de la aflicción” (Isaías 48:10; 1 Nefi 20:10). Algunos se hallan sumergidos en el servicio de un familiar con discapacidades. Otros lamentan el fallecimiento de un ser querido o, bien, la pérdida o demora de una meta digna como el matrimonio o la maternidad. Incluso otros luchan con impedimentos personales o con sentimientos de rechazo, ineptitud o depresión.

**Desde el Centro de Conferencias (en el primer plano) se aprecian el Templo de Salt Lake, el Tabernáculo (a la derecha del templo) y los edificios del centro de Salt Lake City.**



Mediante la justicia y misericordia de un Padre Celestial amoroso, el refinamiento y la santificación que se logran mediante tales experiencias nos ayudan a alcanzar lo que Dios desea que lleguemos a ser.

Se nos alienta a seguir por un proceso de conversión hacia ese estado y condición llamada vida eterna. Eso se logra no sólo al hacer el bien, sino al hacerlo por la razón correcta: por el amor puro de Cristo. El apóstol Pablo ilustró eso en su célebre enseñanza acerca de la importancia del “amor o caridad” (véase 1 Corintios 13). La razón por la cual la caridad nunca deja de ser y es más grande que aun el acto más significativo de bondad dijo él, es que la caridad, “el amor puro de Cristo” (Moroni 7:47), no es un *acto* sino una *condición* o estado del ser. La caridad se obtiene mediante una sucesión de actos que resultan en la conversión. La caridad es algo que uno llega a ser. De modo que, como Moroni declaró: “A menos que los hombres *tengan* caridad, no pueden heredar” el lugar preparado para ellos en las mansiones del Padre (Éter 12:34; cursiva agregada).

Todo eso nos ayuda a entender un importante significado de la parábola de los obreros de la viña, la cual utilizó el Salvador para explicar cómo es el reino de los cielos. Como recordarán, el señor de la viña contrató obreros a diferentes horas del día. A algunos envió a la viña en la mañana, a otros a la hora tercera y a otros a las horas sexta y novena. Finalmente, envió a otros a la viña a la hora undécima, con la promesa de que también les pagaría “lo que sea justo” (Mateo 20:7).

Cuando llegó la noche, el señor de la viña dio el mismo jornal a todos los obreros, aun a los que habían llegado a la hora undécima. Cuando los que habían trabajado todo el día vieron eso, “murmuraban contra el padre de familia” (Mateo 20:11). El señor no cedió, simplemente señaló que a ninguno había hecho agravio ya que había pagado lo convenido a cada uno.

Como otras parábolas, ésta nos enseña principios diferentes y valiosos. Para los propósitos de hoy, la lección es que la recompensa del Maestro en el juicio final no se basará en el tiempo que hayamos trabajado en la viña. No obtenemos nuestra recompensa celestial marcando la hora de entrada y salida del trabajo, lo esencial es que nuestras labores en el lugar de trabajo del Señor nos hayan hecho *llegar a ser* alguien. Para algunos de nosotros, eso requiere más tiempo que para otros. Al final, lo que importa es lo que hemos llegado a ser mediante nuestras labores. Muchos de los que llegan a la hora undécima han sido refinados y preparados por el Señor en maneras que no han sido las maneras formales de la viña. Esos obreros son como la mezcla instantánea a la que solo es necesario que se le “agregue agua”, es decir, la ordenanza perfeccionadora del bautismo y el don del Espíritu Santo. Con ese ingrediente incluso en la hora undécima, dichos obreros se encuentran en el mismo estado de desarrollo y califican para recibir la misma recompensa que los que hayan trabajado incansablemente en la viña.

Esa parábola nos enseña que no debemos perder la esperanza ni las relaciones de amor con nuestros familiares y amigos, cuyas buenas cualidades (véase Moroni 7:5–14) manifiestan su progreso hacia lo que un amoroso Padre desearía que llegaran a ser. De igual manera, el poder de la Expiación y el principio del arrepentimiento demuestran que no debemos darnos por vencidos con respecto a los seres queridos que ahora parecen tomar decisiones erróneas.

En lugar de juzgar a los demás, debemos preocuparnos por nosotros mismos. No debemos perder la esperanza; no debemos dejar de luchar; somos hijos de Dios y es posible llegar a ser lo que nuestro Padre Celestial desea que lleguemos a ser.

¿Cómo podemos medir nuestro progreso? Las Escrituras sugieren muchas maneras; mencionaré sólo dos.

Después del célebre discurso del rey Benjamín, muchos de los que lo oyeron clamaron que el Espíritu del Señor “ha efectuado un potente cambio en nosotros, o sea, en nuestros corazones, por lo que ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente” (Mosiah 5:2). Si se nos está acabando el deseo de hacer lo malo, estamos progresando hacia nuestra meta celestial.

El apóstol Pablo dijo que las personas que han recibido el Espíritu de Dios tienen “la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16). Entiendo que eso significa que las personas que están avanzando hacia la conversión necesaria empiezan a ver las cosas como las ven nuestro Padre Celestial y Su Hijo, Jesucristo; ellas escuchan Su voz en lugar de la voz del mundo, y hacen las cosas a la manera de Él y no a la manera del mundo.

Testifico de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Redentor, cuya Iglesia ésta es. Testifico con gratitud del plan del Padre, bajo el cual, mediante la resurrección y la expiación del Salvador, tenemos la seguridad de la inmortalidad y la oportunidad de llegar a ser lo que es necesario para lograr la vida eterna. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Los artificios y las tentaciones del mundo

**Élder Neal A. Maxwell**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“Muchas personas que se dejan preocupar por las cosas del mundo no se encuentran precisamente en *transgresión*, pero están ciertamente desviadas y de ese modo ‘malgasta[n] los días de [su] probación’” (2 Nefi 9:27).**



Para los verdaderos creyentes, los artificios y las tentaciones del mundo —incluso sus placeres, poder, halagos, riquezas y distinción— siempre han existido (Alma 46:15). En nuestra época, sin embargo, muchos sistemas de apoyo que fueron una vez de utilidad están torcidos o estropeados; más aún, las cosas malas del mundo se promueven por medio de una tecnología que todo lo penetra, así como por una andanada de los medios de comunicación con el potencial de alcanzar casi todo hogar y poblado. Y todo esto sucede cuando hay muchas personas que se han alejado de lo espiritual, diciendo: “...soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad...” (Apocalipsis 3:17).

En contraste, los incentivos del discipulado son tales, que si vemos acercarse una limusina, tenemos la certeza de que no viene por nosotros. El plan de Dios no es el plan de placer, es el “plan de felicidad”.

Los artificios y las tentaciones del mundo son fuertes. Los estilos de vida mundanos se respaldan astutamente en la justificación de que “todos lo hacen”, fomentando así una mayoría o dando la apariencia de ella. La hábil propaganda dirigida a determinados grupos promueve productos y crea actitudes.

Pedro dijo que “el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 Pedro 2:19). Hermanos y hermanas, ¡hay tantas de esas esclavitudes particulares!

Los que se burlan tienen esta actitud indiferente que Pedro profetizó diciendo: “¿Dónde está la promesa [del] advenimiento [de Cristo]? Porque... todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (2 Pedro 3:4). Tal cinismo hace que se confunda a las sucesivas generaciones que han pasado por el escenario terrenal con la falta de un Director o de una trama.

Como un pez en una pecera, a algunos no les importa quién les cambie el agua y quién les dé de comer (Jacob 4:13–14). Son como un niño de jardín de infantes que mientras espera a su padre, un poco



**El órgano del Centro de Conferencias, que forma un imponente telón de fondo para los líderes de la Iglesia, y un coro del Centro de Capacitación Misional durante la sesión del sábado por la tarde.**

atrasado para buscarlo, dijera solamente: “El hombre está solo en el universo”.

Por otra parte, es cierto que hay quienes desean sinceramente obtener más poder a fin de hacer el bien, pero sólo unas pocas personas son lo bastante buenas para ser poderosas. Pero el ambicionador poder y fama priva del oxígeno espiritual a algunos haciendo que pierdan toda sensibilidad (Efesios 4:19; 1 Nefi 17:45; Moroni 9:20). Singularmente, aunque insensibilizados, hay quienes todavía son capaces de escuchar el sonido de una cámara de televisión a cien metros de distancia. La confusa agitación de las envidiadas posiciones de poder terrenales nos recuerda el juego de las sillas y la música.

En realidad, el discipulado puede alejarnos de los honores del mundo. Como dijo Balac a Balaam, “yo te dije que te honraría, mas he aquí que Jehová te ha privado de honra” (Números 24:11). Las pinturas de la celebridad se borron con gran facilidad, de todos modos. Nos aflige contemplar a aquellos que tuvieron una vez los halagos del mundo, como Judas, y luego ven que se aprovechan de ellos, los desprecian y los desechan (D. y C. 121:20). No obstante, si algunos de ellos están

listos, es preciso que hasta les levantemos sus manos caídas (Hebreos 12:12; D. y C. 81:5).

Aun cuando reconocemos el beneficio de las alabanzas merecidas, no debemos olvidar las palabras de Jesús sobre los que reciben honores terrenales: “...ya tienen su recompensa” (Mateo 6:2, 5).

Hermanos y hermanas, hay una razón fundamental para todo lo que es efímero: los que confieren las cosas transitorias del mundo están, ellos mismos, en tránsito; ino pueden conferir lo que es duradero porque no lo poseen! Algunos, percibiéndolo pero viendo tan poco, quieren tenerlo todo ahora.

Las lamentables situaciones mencionadas nos conducen a varias sugerencias específicas:

Para empezar, no hay remedio más eficaz que el recurrir más de lo que lo hacemos a los dones del Espíritu Santo.

Reconozcamos también el lugar especial de la familia. James Q. Wilson escribió lo siguiente:

“Aprendemos a arreglárnosla con la gente del mundo porque aprendemos a arreglárnosla con los miembros de nuestra familia. Aquellos que abandonan a la familia abandonan la sociedad; privados del afecto, el tutelaje y los dilemas familiares

no están preparados para enfrentar las pruebas, las críticas y las exigencias del mundo” (*The Moral Sense*, 1993, pág. 163).

Qué ironía es que algunos se vayan “a una provincia apartada” (Lucas 15:13) abandonando el nutritivo huerto familiar, en el cual haya tal vez unas pocas malas hierbas, por un desierto mundano cubierto de cizaña.

La rectitud *personal*, la adoración, la oración y el estudio de las Escrituras son sumamente esenciales para [despojarnos] del hombre natural (Mosiah 3:19). Por lo tanto, cuidémonos de los que exigen tolerancia pública para sus indulgencias privadas, sean cuales fueren.

Tanto los jóvenes como los adultos debemos ser buenos amigos, pero también debemos escoger a nuestros amigos cuidadosamente. Si escogemos al Señor *primero*, el escoger amigos es más fácil y más seguro. Consideremos el contraste entre las amistades en la ciudad de Enoc y en las ciudades de Sodoma y Gomorra. Los habitantes de la ciudad de Enoc escogieron a Jesús y optaron por un estilo de vida, llegando a ser así amigos eternos. Es mucho lo que depende de a Quién y qué escojamos en primer *lugar*.

Debemos emular los reflejos espirituales de José en Egipto: cuando fue tentado, huyó, demostrando al mismo tiempo tener valor y piernas ágiles (Génesis 39:12). Tanto los jóvenes como los adultos deben alejarse de situaciones y circunstancias amenazadoras.

Los hijos pródigos nunca son demasiados, pero, regularmente, algunos vuelven de una “provincia apartada” (Lucas 15:13). Por supuesto, es mejor “ser humildes... a causa de la palabra” que ser “obligados” por las circunstancias (Alma 32:13–14), pero esto último también es aceptable. La inanición puede inducir al hambre espiritual.

Como el hijo pródigo, también nosotros podemos irnos a una “provincia apartada” que quizás no esté más lejos que un concierto de música estridente. La distancia a la “provincia apartada” no se mide en



kilómetros sino en cuán distantes de Jesús están nuestros pensamientos y las intenciones de nuestro corazón (véase Mosíah 5:13). La fidelidad, no la geografía, es lo que en realidad mide la distancia.

Aun con todos los poderosos artificios y tentaciones del mundo, los sentimientos espirituales continúan reafirmando de todos modos. Es posible que invadan las dudas, y las soluciones fáciles obviamente no curan el vacío y el tedio de lo mundanal.

Más aún, algunos de los que escalan laboriosamente las alturas mundanales se encuentran, después de todo, acucillados sobre un insignificante montoncito de arena. ¡Y se han esforzado tanto por llegar allí!

Y de todos modos, ¿por qué ambicionar riquezas?, si gastamos “dinero en lo que no tiene valor, ni... puede satisfacer” (2 Nefi 9:51).

Como Jesús, podemos decidir, a diario o en un instante, no hacer caso a las tentaciones (véase D. y C. 20:22), e incluso responder a las irritaciones con una sonrisa en lugar de un mal gesto u ofreciendo sincero elogio en lugar de fría indiferencia. Si somos comprensivos en vez de ser rudos, quizás los demás, a su vez, decidan perseverar un poco más en vez de darse por vencidos. El amor, la paciencia y la mansedumbre pueden ser tan contagiosos como la descortesía, la vulgaridad y la grosería.

En forma general e individual podemos dar lugar a una turbulencia que redima (véase 2 Nefi 28:19). Es posible que los corazones que están puestos en las cosas del mundo tengan que ser quebrantados (véase D. y C. 121:35), y que las mentes preocupadas en ello y alejadas del Señor tengan que recibir una sacudida de advertencia (Mosíah 5:13).

Muchas personas que se dejan preocupar por las cosas del mundo no se encuentran precisamente en *transgresión*, pero están ciertamente *desviadas* y de ese modo “malgasta[n] los días de [su] probación” (2 Nefi 9:27); no obstante, hay quienes viven orgullosamente “sin Dios en el mundo” (Alma

41:11) ¡pero cierran las puertas con llave por dentro! Hermanos y hermanas, recuérdelo bien: los que están demasiado preocupados de sí mismos inevitablemente defraudarán a los demás.

Adoptemos la actitud que recomendó Brigham Young de decir: “...a los campos... los rebaños... los hatos... el oro... la plata... los bienes y posesiones... las propiedades... y al mundo entero: ¡Apartaos, alejaos de mis pensamientos!, porque voy a adorar al Señor” (*Journal of Discourses*, tomo I, pág. 200). ¡Hay tantas maneras de decir al mundo: “¡Apártate!”.

Periódicamente, el marido y la mujer pueden razonar juntos, haciendo un inventario. Tal vez sea necesario hacer pequeñas correcciones y, además, esas conversaciones pueden ser máspreciadas de lo que imaginamos. Muchos son los matrimonios que están demasiado ocupados.

Los momentos son las moléculas que forman la eternidad. Hace años, el presidente Hinckley aconsejó:

“Los acontecimientos importantes no tienen tanta influencia como las pequeñas decisiones diarias que marcan el curso de nuestra vida... En realidad, nuestra vida es la suma total de las decisiones aparentemente insignificantes que tomamos y de la capacidad que tenemos de vivir de acuerdo con esas decisiones” (“*Caesar, Circus or Christ?*”, Universidad Brigham Young, *Speeches of the Year*, 26 de octubre de 1965).

Afortunadamente, un arrepentimiento firme puede absorber nuestros errores demostrando la fe para volver a empezar, ya sea en una tarea o en una relación. Esa firmeza es, realmente, una afirmación de nuestra verdadera identidad. A los hijos y a las hijas espirituales de Dios no se les puede degradar permanentemente cuando los levanta la expiación de Jesús. La infinita expiación de Cristo se aplica a la condición finita de nuestras fallas. De ahí la súplica de este himno:

*Mi propensión a desviarme, Señor,  
siento,*

*tiendo a alejarme de mi Dios  
amado.*

*Toma mi corazón, que aquí te  
ofrezco,*

*y a tu corte celestial llévalo, sellado.*

(Robert Robinson, John Wyeth, “Come, Thou Fount of Every Blessing,” *Hymns*, 1948, N° 70.)

Además, para resistir a los artificios y a las tentaciones del mundo, también nos ayuda el saber que, aunque somos imperfectos, el curso presente que sigue nuestra vida es por lo general aceptable para el Señor (véase *Lectures on Faith*, Lectura 6, pág. 57). Con suficiente dedicación podemos recibir esa tranquila seguridad.

La confirmación de nuestro valor proviene realmente de saber *quiénes* somos y no sólo de *qué* hagamos. Las palabras inquisitivas de Jesús siguen teniendo validez: “...¿qué clase de hombres [y de mujeres] habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy” (3 Nefi 27:27; véase también Mateo 5:48; 3 Nefi 23:21).

No hay duda de que las acciones valiosas realzan nuestro carácter y capacidad, pero las circunstancias y oportunidades terrenales son muy diferentes; incluso entre éstas todavía podemos llegar a parecernos más a Cristo en nuestra capacidad *de ser* más amorosos, mansos, pacientes y sumisos.

Al prestar más atención a *lo que* somos y no exclusivamente a *lo que* hacemos, nuestra persona, tanto pública como privada, será la misma: ¡el hombre o la mujer de Cristo! Nuestro valor intrínseco *no depende* de la aclamación mundana; de hecho, el mundo puede considerarnos en realidad débiles y necios (véase 1 Corintios 1:27). En oposición, hay afirmaciones divinas como ésta: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16).

Dios está muchísimo más interesado en el lugar que ocupemos en Su reino que en cualquier posición que tengamos en una organización. A nosotros quizás nos inquiete cuánto abarque el radio de control que podamos ejercer, pero a Él le

preocupa nuestra capacidad para controlarnos a nosotros mismos. El Padre quiere que regresemos al hogar llevando nuestro verdadero currículum: ¡nosotros mismos!

Aun así, nuestros recelos mortales continúan manifestándose en cuanto al dinero, la esfera de influencia, las ofensas o los vestidos y el becerro gordo que se den a otros (véase Lucas 15:22–23).

Nuestro verdadero sentido de identificación surge cuando sabemos quiénes somos y a Quién pertenecemos. Recordemos las conocidas líneas de la obra *El violinista en el tejado*, sobre Anatevka; en ellas, cada uno sabe *quién es* y qué espera Dios que *haga* (véase Joseph Stein, *Fiddler on the Roof*, 1964, pág. 3; cursiva agregada); a eso podríamos agregar “y lo que Dios espera que la persona *sea*”.

Sí, tenemos la libertad de escoger los dividendos de la vida terrenal con su naturaleza efímera. Sin embargo, llegará aquel gran momento en que toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es el Cristo (véase Mosíah 27:31; D. y C. 88:194); entonces, los anfiteatros y los tronos terrenales quedarán vacíos. Hasta el edificio grande y espacioso se derrumbará, ¡y con qué estruendo! (véase 1 Nefi 8:26–28). A la sazón, los que hayan vivido sin Dios en el mundo también confesarán que Dios es Dios (véase Mosíah 27:31). Entretanto, Su carácter y atributos deben incitar en nosotros la adoración y la emulación.

¿No es maravilloso, hermanos y hermanas, que Dios, *que todo lo sabe*, todavía dedique tiempo a escuchar nuestras oraciones? Comparado con la inmensidad de ese hecho, ¿qué nos ofrece el mundo en realidad? ¿Una salva de aplausos, un instante fugaz de adulación, una mirada de aprobación de una celebridad transitoria?

Dios nos bendiga para que veamos las cosas como realmente son y como realmente serán (véase Jacob 4:13; D. y C. 93:24), y que demos la gloria, el honor y la alabanza a Dios, lo cual hago ahora. En el santo nombre de Jesucristo. Amén. □

## Sesión del sacerdocio

7 de octubre de 2000

# “Santificaos”

Élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“El llamado en todos los tiempos —y especialmente en nuestros días— es el llamado de Josué: ‘Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros’ ”.**



**H**ermanos, amo el Sacerdocio de Dios y es un gran honor para mí contarme entre aquellos de ustedes que lo poseen. Mi mensaje de esta noche es para todos nosotros, cualquiera sea la edad o los años de servicio, sin embargo, deseo dirigirme con particular énfasis a los diáconos, maestros y presbíteros en el Sacerdocio Aarónico y a los jóvenes y recién ordenados élderes en el Sacerdocio de Melquisedec, ustedes, los de la creciente generación, quienes deben estar listos para ejercer su sacerdocio, a veces en momentos y de maneras que no se imaginan.

En ese espíritu, el llamado que les hago esta noche es semejante al que Josué hizo a una antigua generación de poseedores del sacerdocio, de jóvenes así como los que no eran

tan jóvenes, que tenían que llevar a cabo un milagro en sus días. Josué dijo a aquellos que tendrían que llevar a cabo la tarea más formidable del antiguo Israel, o sea, la de volver a tomar y poseer su antigua tierra de promisión: “Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros”<sup>1</sup>.

Permítanme contarles un relato que deja ver cuán prontos e inesperados pueden ser esos mañanas, y en algunos casos, cuán poco tiempo tienen para hacer preparativos apresurados y tardíos.

En la tarde del miércoles 30 de septiembre de 1998, la semana pasada se cumplieron dos años de ese acontecimiento, un equipo de fútbol americano de jovencitos, en Inkom, Idaho, se encontraba en el campo para su práctica semanal acostumbrada. Habían terminado sus ejercicios de calentamiento y empezaban a practicar algunas jugadas. Se acercaron nubes negras, como suele suceder en el otoño, y empezó a llover, pero eso no pareció importarle a un grupo de muchachos a quienes les encantaba jugar fútbol.

De pronto, sin saber de dónde vino, el estallido ensordecedor de un trueno irrumpió por el aire, al mismo tiempo que el destello de un relámpago iluminaba y, literalmente, electrificaba todo el entorno.

En ese instante, un joven amigo mío, A. J. Edwards, diácono del Barrio Port Neff, de la Estaca McCammon, Idaho, estaba a punto



**Hombres del Coro del Tabernáculo elevan sus voces en un canto de alabanzas.**

de recibir el balón que por seguro resultaría en un tanto durante esa práctica donde los miembros del equipo jugaban unos contra otros. Pero el rayo que había iluminado tierra y cielo alcanzó al joven A. J. Edwards desde la punta de su casco de fútbol hasta las suelas de los zapatos.

El impacto del golpe dejó pasmados a todos los jugadores, tumbando a algunos al suelo, dejando a uno de ellos ciego por unos momentos y a casi todos los demás aturridos y azorados. Por instinto empezaron a correr hacia el pabellón de cemento adjunto al parque. Algunos de los muchachos empezaron a llorar; muchos de ellos se arrodillaron y empezaron a orar. Durante todo ese tiempo, A. J. Edwards seguía inmóvil en el campo.

El hermano David Johnson, del Barrio Rapid Creek, Estaca McCammon, Idaho, corrió al lado del jugador. A gritos le dijo a Rex Shaffer, que era el entrenador y miembro de su barrio: “¡No tiene pulso. Tiene un paro cardíaco!”. Esos dos hombres, que milagrosamente tenían entrenamiento como técnicos médicos de emergencia, empezaron a aplicarle resucitación cardiopulmonar, un esfuerzo vida contra muerte.

Mientras los hombres hacían sus labores, a A. J. le sostenía la cabeza el joven entrenador ayudante de 18 años de edad, Bryce Reynolds, miembro del Barrio Mountain View, Estaca McCammon, Idaho. Al observar al hermano Johnson y al hermano Shaffer aplicarle resucitación al muchacho, tuvo una fuerte impresión. Yo tengo la certeza de que fue una revelación de los cielos en todo el sentido de la palabra. Él recordó una bendición del sacerdocio que el obispo le había dado a su abuelo en una ocasión tras un accidente igualmente trágico y amenazador ocurrido años antes. Ahora, al sostener a ese joven diácono en sus brazos, se dio cuenta de que por primera vez en su vida tenía que ejercer de la misma manera el Sacerdocio de Melquisedec que recientemente le había sido conferido. Estando a punto de cumplir los diecinueve años y de recibir el inminente llamamiento a servir en una misión, el joven Bryce Reynolds había sido ordenado élder hacía sólo 39 días.

Ya sea que haya pronunciado las palabras de manera audible o que las haya murmurado, el élder Reynolds dijo: “A. J. Edwards, en el nombre del Señor Jesucristo y por el poder y la autoridad del Sacerdocio de Melquisedec que poseo, te

bendigo para que estés bien. En el nombre de Jesucristo. Amén”. Al momento que Bryce Reynolds finalizó esa breve pero ferviente oración ofrecida en el lenguaje de un joven de dieciocho años, A. J. Edwards empezó a respirar nuevamente.

La familia Edwards podrá contar-nos en otra ocasión sobre las conti-nuas oraciones, milagros y bendiciones adicionales del sacerdocio relacionadas con toda esa experiencia —incluso un viaje por ambulancia a alta velocidad hasta Pocatello, seguido de un vuelo, sin mucha esperanza, hasta el centro para quemados de la Universidad de Utah. Pero por ahora basta decir que el sumamente sano y robusto A. J. Edwards se encuentra aquí esta noche, junto con su padre, como mis invitados especiales. Recientemente también hablé por teléfono con el élder Bryce Reynolds que ha estado sirviendo fielmente en la Misión Texas Dallas durante los últimos diecisiete meses. Amo a estos dos maravillosos jovencitos.

Mis jóvenes amigos, tanto del Sacerdocio Aarónico como del de Melquisedec, no todas las oraciones se contestan de forma tan inmediata, y no toda declaración del sacerdocio puede ordenar la renovación o la prolongación de la vida. A veces la voluntad de Dios es otra, pero, jóvenes, ustedes aprenderán, si aún no lo han hecho, que en momentos de temor y aún de peligro, su fe y su sacerdocio requerirá lo mejor de cada uno de ustedes y lo mejor que puedan pedir de los cielos. Ustedes, los jóvenes del Sacerdocio Aarónico, no utilizarán el sacerdocio exactamente de la misma manera que un élder ordenado utiliza el de Melquisedec, pero todos los poseedores del sacerdocio deben ser instrumentos en las manos de Dios, y para serlo, ustedes deben hacer lo que dijo Josué: “Santificaos”. Deben estar preparados para actuar y ser dignos de hacerlo.

Es por eso que en las Escrituras el Señor dice repetidamente: “...sed limpios los que lleváis los vasos del Señor”. Permítanme decirles lo que

significa la frase “los que lleváis los vasos del Señor”. Antiguamente, tenía por lo menos dos significados, ambos relacionados con la obra del sacerdocio.

El primero tiene que ver con la recuperación y la devolución a Jerusalén de varios implementos que el rey Nabucodonosor había llevado a Babilonia. Al manipular físicamente esos artículos para su devolución, el Señor recordó a aquellos hermanos de antaño la santidad de cualquier cosa que tuviera que ver con el templo. Por lo tanto, al llevar de nuevo a su tierra los diversos utensilios, vasijas, tazas y otros vasos, ellos mismos tenían que estar tan limpios como los instrumentos ceremoniales que llevaban<sup>3</sup>.

El segundo significado se relaciona con el primero. En el hogar se solían usar tazones e implementos similares para ritos de purificación. El apóstol Pablo, al escribirle a su joven amigo Timoteo, dijo en cuanto a éstos: “...en una casa grande... hay utensilios de oro y... plata... de madera y de barro”, siendo estos métodos de lavar y purificar comunes en la época del Salvador. Pero Pablo sigue diciendo: “...si alguno se limpia de [indignidad], será instrumento... santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. [Por tanto], huye... de las pasiones juveniles... sigue la justicia... con los que de corazón limpio invocan al Señor”<sup>4</sup>.

En ambos relatos bíblicos, el mensaje es que como poseedores del

sacerdocio no sólo habremos de *manipular* los vasos sagrados y los emblemas del poder de Dios —piensen en la preparación, bendición y repartición de la Santa Cena, por ejemplo— sino que también habremos de *ser* un instrumento santificado a la vez. A propósito, debido a lo que habremos de *hacer*, pero más importante aún, debido a lo que habremos de *ser*, los profetas y apóstoles nos dicen que “[huyamos]... de las pasiones juveniles” e “[invoquemos] al Señor” los que somos limpios de corazón. Ellos nos dicen que seamos puros.

Vivimos en una época en la que se hace cada vez más difícil preservar esa pureza. Con la tecnología moderna, incluso nuestros hermanitos y hermanitas más pequeños pueden virtualmente ser llevados alrededor del mundo antes de que sean lo suficientemente grandes para cruzar solos la calle en un triciclo. Lo que para la mayoría de los de mi generación fueron momentos agradables de salir al cine, de ver televisión o de leer revistas, ahora, con la disponibilidad adicional de las videocaseteras, el Internet y las computadoras personales, se han convertido en “*diversiones*” llenas de un verdadero peligro moral. Hago resaltar la palabra “*diversiones*”. ¿Sabían que el significado original en latín de la palabra “*diversión*” era “*distracción de la mente con el propósito de engañar*”? Lamentablemente eso es lo que en gran parte han llegado a ser las “*diversiones*” de nuestros días en las manos del más grande engañador.

Recientemente leí las palabras de un escritor que decía: “Nuestros ratos libres, incluso nuestro entretenimiento, es un asunto de grave preocupación. La razón de ello es que no hay un terreno neutral en el universo: se lidia una batalla entre Dios y Satanás por reclamar todo lo que comprende el universo”<sup>5</sup>. Creo que eso es absolutamente cierto y ninguna batalla es más crucial y evidente que la que se está librando por las mentes, los valores morales y la pureza personal de la juventud.

Hermanos, parte de mi voz de

amonestación esta noche es que esta batalla sólo seguirá empeorando. Parecería que la puerta del libertinaje, la puerta de la lascivia, de la vulgaridad y de la indecencia se abre en una sola dirección; se abre cada vez más y más y nunca parece cerrarse. Las personas pueden elegir cerrarla, pero una cosa es segura, desde un punto de vista histórico, que los deseos de la sociedad y las normas públicas nunca la cerrarán. No, en lo que incumbe a asuntos morales, el único control verdadero que tienen es el dominio propio.

Hermanos, si ustedes están teniendo dificultades para controlar lo que ven, lo que escuchan o lo que dicen o hacen, les pido que oren a su Padre Celestial para que los ayude. Oren a Él como lo hizo Enós, quien luchó con Dios y con el espíritu<sup>6</sup>. Luchen como lo hizo Jacob con el ángel, negándose a dejarlo hasta que recibiera una bendición<sup>7</sup>. Hablen con su mamá y su papá, hablen con su obispo. Busquen la mejor ayuda posible de entre las buenas personas que les rodean. Eviten a toda costa a los que quieren tentarlos, debilitarlos o perpetuar el problema. Si esta noche hay alguno que sienta que no es totalmente digno, puede hacerse digno mediante el arrepentimiento y la expiación del Señor Jesucristo. El Salvador lloró, sangró y murió por ustedes. Él ha dado todo por la felicidad y la salvación de ustedes. ¡De seguro no va a negarles Su ayuda ahora!

Entonces pueden ayudar a otros a quienes sean enviados, ahora y en el futuro, como uno que posee el sacerdocio de Dios. Entonces pueden ser lo que el Señor describió como “*médico para la iglesia*”<sup>8</sup>.

Jovencitos, les amamos. Nos preocupamos por ustedes y deseamos ayudar de cualquier forma que podamos. Hace casi doscientos años, William Wordsworth escribió que “*nosotros tenemos mucho del mundo*”. ¿Qué diría en cuanto a las intrusiones que hoy día azotan las almas y los valores de ustedes? Al tratar algunos de estos problemas



que ustedes enfrentan, somos conscientes de que una gran multitud de jóvenes está viviendo fielmente el Evangelio y se mantiene firme ante el Señor. Estoy seguro que esa multitud incluye a la gran mayoría de los que me están escuchando esta noche. Pero las advertencias que hacemos a unos cuantos son importantes recordatorios aun para los fieles.

En los días más difíciles y desalentadores de la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill dijo a la gente de Inglaterra: “A todo hombre le llega... ese momento especial en el que, en sentido figurado, se le da un toquecito en el hombro y se le ofrece la oportunidad de hacer algo especial, singular para él y propio para su talento. ¡Qué tragedia si en ese momento se encontrara desprevenido o falto de preparación para la obra que sería su logro supremo!”.

Hermanos, en un tipo de batalla espiritual mucho más serio, llegará el día —en realidad estoy seguro de que *llegará*— en que en circunstancias inesperadas o en un momento de necesidad crítica, caerá un rayo, por así decirlo, y el futuro estará en sus manos: física, espiritual o moralmente, o de otra manera. Estén listos para cuando llegue ese día. Sean fuertes. Siempre sean puros. Respeten y veneren el sacerdocio que poseen, esta noche y para siempre. Testifico de esta obra, del poder que se nos ha dado de dirigirlo, y de la necesidad de ser dignos de administrarlo. Hermanos, testifico que el llamado en todos los tiempos —y especialmente en nuestros días— es el llamado de Josué: “Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros”. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Josué 3:5.
2. Isaías 52:11; véase también 3 Nefi 20:41; D. y C. 38:42; 133:5.
3. Véase 2 Reyes 25:14–15; Ezra 1:5–11.
4. 2 Timoteo 2:20–22; cursiva agregada.
5. C. S. Lewis, *Christian Reflections*, editado por Walter Hooper, (1940), pág. 33.
6. Véase Enós 1:2–10.
7. Génesis 32:24–26.
8. D. y C. 31:10.

# Profetas, videntes y reveladores vivientes

**Élder Dennis B. Neuenschwander**

De la Presidencia de los Setenta

**“Existe un abismo cada vez más grande entre las normas del mundo y las del Evangelio y el reino de Dios, y... los profetas vivientes siempre enseñarán las normas de Dios”.**



**H**ermanos, esta noche quisiera contarles una experiencia que tiene un gran significado para mí. Durante la sesión del domingo por la tarde de la Conferencia General del 6 de abril de 1986, tuvo lugar una Asamblea Solemne, cuyo propósito era sostener a Ezra Taft Benson como profeta, vidente y revelador, y decimotercer Presidente de la Iglesia. Se invitó a todos los miembros a tomar parte, ya fuese que estuviesen presentes en el Tabernáculo o participaran por medio de la radio o la televisión. Como familia, aceptamos la invitación de tomar parte en nuestra casa y, con la excepción de un hijo que estaba sirviendo en el campo misional, todos nos encontrábamos allí:

un sumo sacerdote, un presbítero, un diácono, un hijo de once años y mi esposa, LeAnn. De acuerdo con las indicaciones y por turno, cada uno de los que poseíamos el sacerdocio nos pusimos de pie y después lo hizo el resto de la familia, y todos juntos sostuvimos al presidente Benson.

¿Por qué llama el Señor a profetas, videntes y reveladores? Y, ¿cómo los sostenemos?

La responsabilidad fundamental de los profetas, videntes y reveladores, todos los cuales poseen autoridad apostólica, es testificar con convencimiento del nombre de Cristo en todo el mundo. Ese llamamiento básico de ser testigos especiales de Su nombre ha permanecido invariable siempre que ha habido Apóstoles sobre la tierra. Ese testimonio, que se recibe del Espíritu Santo por medio de la revelación, fue el núcleo de la Iglesia del Nuevo Testamento y es el punto central de la Iglesia en la actualidad. El día de Pentecostés, Pedro dio un claro testimonio de que a Jesús de Nazaret lo habían prendido, matado y crucificado y de que había sido levantado, “suelos los dolores de la muerte”; de todo eso habían sido testigos los Apóstoles<sup>1</sup>. Tan potente fue ese testimonio de Jesucristo que dio aquel Apóstol viviente, que se efectuó un cambio en el corazón y cerca de tres mil personas se bautizaron para la remisión de sus



pecados. Leemos que esos nuevos conversos perseveraron “en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”<sup>2</sup>. Este relato del libro de Hechos brinda un profundo significado espiritual a las palabras que Pablo escribió más adelante a los efesios, de que quienes abracen el Evangelio formarán parte de la familia de Dios “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”<sup>3</sup>.

En esta dispensación de la restauración, el profeta José Smith enseñó: “Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y profetas concernientes a Jesucristo: que murió, fue sepultado, se levantó el tercer día y ascendió a los cielos; y todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente dependencias de esto”<sup>4</sup>.

Con el fin de observar esa responsabilidad divina que se mandó,

de testificar con convencimiento del nombre de Cristo en todo el mundo, los Apóstoles vivientes de nuestra época han dado su testimonio. En la proclamación: “El Cristo Viviente”, ellos declaran la restauración de Su sacerdocio y de Su Iglesia, testifican de Su Segunda Venida y dan “testimonio, en calidad de Sus apóstoles debidamente ordenados, de que Jesús es el Cristo Viviente, el inmortal Hijo de Dios”<sup>5</sup>.

Tanto los Apóstoles de la antigüedad como los de la actualidad testifican del nombre de Jesucristo porque “...no se dará otro nombre, ni otra senda ni medio, por el cual la salvación llegue a los hijos de los hombres, sino en el nombre de Cristo, el Señor Omnipotente...”<sup>6</sup>.

Segundo, profetas, videntes y reveladores enseñan con claridad la palabra de Dios de que todos Sus hijos se beneficiarán y serán bendecidos si obedecen las enseñanzas de ellos. El presidente Hinckley escribió sobre Joseph Fielding Smith: “Sí, hablaba con franqueza y sin rodeos;

ésa es la misión de un profeta”<sup>7</sup>. La necesidad de maestros proféticos que saben la palabra revelada de Dios y la hablan con franqueza y sin temor es tan importante hoy día como lo fue en el pasado. En un mundo confuso de ideas conflictivas, de valores cambiantes y de deseos egoístas por el poder, sería bueno que estudiáramos con detenimiento la conversación que se llevó a cabo entre Felipe y el hombre de Etiopía. Mientras éste leía la Escrituras, Felipe corrió hacia él y le preguntó: “...¿entiendes lo que lees? El dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?”<sup>8</sup>.

Al pueblo del Señor, Alma enseñó:

“[No] confiéis en nadie para que sea vuestro maestro ni vuestro ministro, a menos que sea un hombre de Dios, que ande en sus vías y guarde sus mandamientos... y nadie era consagrado a menos que fuera hombre justo. Por tanto, velaban por su pueblo, y lo sustentaban con cosas pertenecientes a la rectitud”<sup>9</sup>.

Esas palabras describen perfectamente a los profetas, videntes y reveladores que dirigen esta Iglesia. Ellos hablan las palabras de Dios con claridad, autoridad y entendimiento.

Tercero, sostenemos a quince hombres no sólo como profetas y reveladores, sino también como videntes. De la presencia de videntes entre nosotros no se habla mucho, mas la habilidad de ver más allá del presente brinda poder y autoridad a la enseñanza y al testimonio apostólicos. Voy a referirme a dos pasajes de las Escrituras que hablan de este importante y extraordinario llamamiento. Según el Libro de Mormón, Ammón enseñó al rey Limhi que “...un vidente puede saber de cosas que han pasado y también de cosas futuras; y por este medio todas las cosas serán reveladas... y también manifestarán cosas que de otra manera no se podrían saber”<sup>10</sup>.

En la Perla de Gran Precio leemos que el Señor dio instrucciones a Enoc de que se untase los ojos con barro y se los lavara, y de esa forma vería. Y Enoc lo hizo.

“Y vio... cosas que el ojo natural no percibe; y desde entonces se esparció este dicho por la tierra: El Señor ha levantado un vidente a su pueblo”<sup>11</sup>.

Acerca de la pregunta sobre qué nos dan a conocer nuestros videntes modernos, que de otro modo no se sabría, y qué ven que no percibe el ojo natural, daré una respuesta sencilla. Escuchen, mediten y examinen con oración qué nos enseñan y qué hacen. Al hacerlo, saldrá a la luz un modelo que revelará mucho y que nos dará la respuesta a esa pregunta.

Vuelvo ahora a lo que ocurrió en mi familia durante la Asamblea Solemne. Al terminar la votación, el presidente Hinckley, que conducía, dijo: “Gracias, hermanos y hermanas, por el voto de sostenimiento. Pensamos que no sólo nos han sostenido con la mano, sino también con el corazón, con la fe y con las oraciones que tan urgentemente necesitamos. Y rogamos que continúen haciéndolo”<sup>12</sup>. Hermanos, el modo en que demostramos nuestro sostenimiento a los profetas, videntes y reveladores no es solamente levantando la mano, sino más bien por medio de la valentía, el testimonio y la fe para escucharles, para obedecerles y seguirles.

Pero, me pregunto: Si eso es tan claro, ¿por qué es tan difícil? Podría haber muchas respuestas a esa pregunta, pero creo que en realidad hay sólo una. Gran parte de la dificultad radica en nuestro deseo de parecer más aceptables al mundo que a Dios.

Las enseñanzas de un profeta viviente son muchas veces contrarias a las tendencias del mundo. Nosotros, en calidad de Santos de los Últimos Días y poseedores del sacerdocio de Dios, debemos comprender que existe un abismo cada vez más grande entre las normas del mundo y las del Evangelio y el reino de Dios, y que los profetas vivientes siempre enseñarán las normas de Dios. Por mucho que deseemos que el Evangelio se ajuste al mundo, es imposible; nunca ha pasado ni nunca pasará.



Mucho de nuestro mundo actual está fundamentado en la satisfacción de los caprichos, en la ganancia y el placer inmediatos y en la aceptación social a cualquier precio. El Evangelio y el reino de Dios son mucho más que eso. Entre las características que Dios valora más se encuentran la paciencia, la longanimidad, la entereza, la bondad y el amor fraternal, ninguna de las cuales se logra a corto plazo ni se cultiva en un momento.

Hermanos, el tener profetas, videntes y reveladores vivientes entre nosotros y no prestarles atención es lo mismo que simplemente no tenerlos. El profeta Jacob deseaba que las palabras que hombres justos habían escrito con tanta dificultad sobre las planchas, sus hijos las recibieran con corazones agradecidos y aprendieran de ellas “con gozo, no con pesar”<sup>13</sup>. Que seamos así de prudentes para hacer lo mismo con las palabras de los profetas, videntes y reveladores de nuestra época.

Doy testimonio del poder salvador de la expiación de Jesucristo. Doy testimonio de los apóstoles, profetas, videntes y reveladores vivientes. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Hechos 2:23–24; véase también el versículo 32.

2. Hechos 2:42.

3. Efesios 2:20.

4. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 141.

5. “El Cristo Viviente: El Testimonio de los Apóstoles”, *Liahona*, abril de 2000, pág. 3.

6. Mosíah 3:17.

7. “Creed a sus profetas”, *Liahona*, julio de 1992, pág. 59.

8. Hechos 8:30–31.

9. Mosíah 23:14, 17–18.

10. Mosíah 8:17.

11. Moisés 6:35–36; véase también el versículo 35.

12. Véase “La Asamblea Solemne y el sostenimiento de oficiales de la Iglesia”, *Liahona*, julio de 1986, pág. 68.

13. Jacob 4:3.

# El morral de caza de Satanás

**Obispo Richard C. Edgley**

Primer Consejero del Obispado Presidente

**“¿Escucharemos a ‘Satanás, el autor de todas las mentiras’...? ¿O vamos a creer a un amoroso Padre Celestial, que es la fuente de toda verdad y felicidad...?”**



Cuando era joven, tras haber finalizado mi primer año de universidad y con necesidad de ganar algún dinero para cumplir una deseada misión, pasé un verano trabajando en el nuevo Hotel de Jackson Lake, en Jackson Hole, Wyoming. Los jóvenes universitarios iban de todas partes de los Estados Unidos para experimentar la emoción y el reto de trabajar juntos en una zona tan natural y hermosa.

Una de estas personas era Jill, una joven de San Francisco, California. Con la impresión de que una joven procedente de una gran ciudad podía ser un tanto ingenua en este nuevo entorno, yo y unos amigos sentimos que teníamos la obligación de enseñarle en cuanto a los modos del verdadero Oeste, así

que decidimos llevarla a la “caza del sarapín”. Para aquellos de ustedes que no estén familiarizados con la caza del sarapín, les diré que no es más que una broma, pues no hay tal cosa como un sarapín, al menos en el oeste de los Estados Unidos. El supuesto sarapín es una criatura ficticia, y su caza no es más que un engaño sin malicia. Las herramientas necesarias para la caza del sarapín son una vara y un morral. El “cazador” camina por entre los arbustos, dándoles golpes con la vara mientras lanza alaridos con una voz estruendosa, y los ficticios sarapines entran de este modo en el morral.

Le entregamos a Jill el morral y la vara y le señalamos la zona de cacería, al otro lado del cerro. El plan consistía en regresar al punto de partida en unos quince minutos para, supuestamente, contar los sarapines.

Como ella no regresó a la hora señalada, todos nos congratulamos y estábamos muy contentos por la seriedad con que se había tomado la cacería. Después de media hora, sentimos que ya era tiempo de rescatarla, explicarle la broma, reírnos e irnos a cenar. Sin embargo, se hizo evidente que Jill se había tomado la cacería de sarapines mucho más en serio de lo que habíamos esperado, ya que no la encontramos en la zona que le habíamos indicado. Tras buscar de manera insistente sin hallar

ni rastro de ella, comenzamos a adentrarnos en el bosque, llamándola en voz alta, pero con idéntico resultado.

Con la esperanza de que hubiera regresado a su dormitorio, volvimos y le pedimos a unas jóvenes que la buscaran allí, pero tampoco apareció. Oscurecía y cada vez estábamos más preocupados. Llamamos a todos los jóvenes que pudimos encontrar en los dormitorios masculinos y con la ayuda de linternas proseguimos la búsqueda en el bosque. Ya bien entrada la noche, asustados, preocupados y afónicos de tanto gritar, decidimos que era hora de notificar nuestra absurda broma a los vigilantes del parque. Mientras estábamos enfrente de los dormitorios, intentando determinar quién sería el valiente que tendría el privilegio de notificar su desaparición, Jill surgió de repente, no de su cuarto, sino del de un amiga con la que había disfrutado de la cena (cena que nosotros nos habíamos perdido) y de una agradable tarde. Sus primeras palabras lo explicaron todo: “¿Cómo se sienten al cazar cazadores de sarapines?”. Bien, basta ya de hablar de la ingenua de la gran ciudad y de los modos del verdadero Oeste. Nosotros fuimos el objeto de la broma, y nunca he vuelto a tener ganas de cazar más sarapines.

Pero hay otra “cacería de sarapines” en curso, y nosotros podemos ser sus ingenuas víctimas. No se trata de una broma, y no va a terminar con unas risas y una mayor amistad. Satanás es el gran impostor, mentiroso y enemigo de todo lo bueno, incluyendo nuestra felicidad y bienestar. Su gran deseo es frustrar el plan de felicidad de nuestro Padre Celestial y hacernos “miserables como él” (2 Nefi 2:27). Siendo el autor mismo y responsable del engaño, básicamente quiere invitarnos a que nos unamos a su cacería de sarapines, para llenar nuestros morrales de entusiasmo, diversión, fama y “la buena vida”; mas esas promesas son vanas, al igual que el ficticio sarapín. Lo que en realidad nos ofrece son mentiras, miseria,



degradación espiritual y la pérdida de nuestro valor propio.

Las técnicas de persuasión de Satanás, cuando nos envía a llenar nuestros morrales, son: “Comed, bebed y divertíos,... porque mañana moriremos” (2 Nefi 28:7). Su invitación puede parecer atractiva y convincente. Nefi tilda estas técnicas de “pacificadoras” y “lisonjeras” cuando el adversario dice que “todo va bien” (2 Nefi 28:21–22). Entre otras cosas, Satanás desea que en nuestros morrales metamos todas las formas de inmoralidad, incluyendo el ver pornografía, o un lenguaje, vestimenta y comportamiento inapropiados. Y es que tales maldades suelen acarrear angustia emocional, pérdida de espiritualidad y de respeto propio, pérdida de la oportunidad de servir una misión o casarse en el templo, y a veces ocasionar incluso embarazos no deseados. Satanás desea que metamos drogas, alcohol y tabaco en nuestros morrales.

Satanás nos dirá que esas cosas están bien y que “todos lo hacen”. Nos dirá que nos darán fama y aceptación. Sus mentiras pueden ser muy atractivas, en especial en esa etapa crítica de la vida en que los jóvenes desean ser populares y aceptados.

Sin embargo, hay ciertas pistas que nos conducen a saber qué cosas debemos evitar introducir en nuestro moral; ustedes las reconocerán porque nos resultan comunes y familiares, como por ejemplo:

- “Todo el mundo lo hace”.
- “Nadie lo sabrá”.
- “No le hace daño a nadie”.
- “Una vez no hace mal alguno”.
- “¿Y qué?”
- “Uno se puede arrepentir luego y todavía ir a la misión y casarse en el templo”.
- “Cristo expió por nuestros pecados; Él me perdonará”.

Cuando las personas nos dan este tipo de justificaciones abiertamente, o cuando nuestro temperamento nos las susurra, sabemos que se nos está advirtiendo. No les presten atención. No experimenten con ellas. Simplemente, no lo hagan.



**El Templo de Salt Lake al atardecer, visto desde la terraza del Centro de Conferencias.**

Dios, nuestro Padre amoroso, la fuente de toda verdad, nos ha advertido del engaño de Satanás. Escuchen lo que el Señor ha dicho por medio de Sus profetas:

- Pablo enseñó a los santos de Corinto: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16–17).

- Jacob amonestó a los nefitas de la antigüedad diciendo: “¡Pero ay, ay de vosotros que no sois puros de corazón, que hoy os halláis inmundos ante Dios!” (Jacob 3:3).

- Alma recordó a su hijo rebelde, Coriantón, en cuanto a la impureza sexual: “¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor?” (Alma 39:5). Y luego añadió: “La maldad nunca fue felicidad” (Alma 41:10).

A no ser que pensemos que estas advertencias eran exclusivas para la época de la Biblia, escuchen lo que nuestro profeta actual, el presidente Gordon B. Hinckley, ha dicho:

“A pesar de lo que ahora se conoce como la ‘nueva moralidad’, a pesar de los muy debatidos cambios en las normas morales, no existe ningún sustituto adecuado para la virtud. Las normas de Dios serán desafiadas por todo el mundo; sin embargo, *Dios no ha revocado Sus mandamientos*” (“Lo que nos enseñan los profetas en cuanto a la castidad y fidelidad”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 26–27; cursiva agregada).

Así que nos preguntamos: “¿A quién vamos a creer en nuestra búsqueda de la felicidad y el bienestar?”. ¿Será a Satanás, el autor de todas las mentiras y engaños, cuyo único objetivo es nuestra destrucción? ¿O vamos a creer a un amoroso Padre Celestial, que es la fuente de toda verdad y felicidad, cuyo exclusivo propósito es recompensarnos con Su dicha y amor eternos?

Podemos proceder de condiciones humildes, tener una educación limitada o hasta tener lo que consideramos ser logros carentes de efecto alguno en el mundo. Debido al engaño de Satanás, puede que a veces sintamos que no somos importantes, que somos insignificantes o incompetentes. Nunca olvidemos que somos los escogidos que poseen el sacerdocio de Dios. Somos Sus representantes llamados y ordenados, y eso nos convierte en alguien.

Debido a este sacerdocio poseemos un poder; somos de la realeza, y tenemos el poder de discernir entre los sarapines de Satanás y los principios verdaderos de la felicidad de Dios. Dado que sabemos quiénes somos y por qué estamos investidos con el Espíritu Santo y con el sacerdocio de Dios, tenemos el poder para decir: “No. No, Satanás, no caeré víctima de tu engañosa, enfermiza y, con frecuencia, mortal cacería de sarapines”. Testifico que “la maldad nunca fue felicidad” (Alma 41:10) y que la maldad nunca será felicidad. Es más, testifico que la felicidad y el amor propio procederán únicamente del vivir los principios de Aquel que diseñó el plan de felicidad, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# El enemigo interior

**Presidente James E. Faust**

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

**“Todos nosotros debemos capacitarnos para ser hombres audaces, disciplinados y leales del sacerdocio y estar preparados con las armas correctas para luchar contra el mal y ganar”.**



**A**madados hermanos del sacerdocio, expreso mi amor y mi aprecio por cada uno de ustedes. Estamos agradecidos por todo lo que hacen por impulsar esta santa obra en todo el mundo. Me siento humilde y honrado de asociarme con ustedes.

Aun antes del inicio del mundo, comenzó una gran guerra en el cielo entre las fuerzas del bien y del mal<sup>1</sup>. Esa guerra continúa con más furia en la actualidad. Satanás sigue como capitán de las huestes del mal. Sigue tentándonos tal como tentó a Moisés, diciendo: “...hijo de hombre, adórame”<sup>2</sup>. Como poseedores del sacerdocio, estamos organizados como un gran ejército de rectitud para combatir las fuerzas de Lucifer. Todos nosotros debemos capacitarnos para ser hombres audaces, disciplinados y leales del sacerdocio y estar preparados con las armas correctas para luchar contra el mal y

ganar. Pablo dijo que esas armas son “la coraza de la justicia”, “el escudo de la fe”, “el yelmo de la salvación”, y “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”<sup>3</sup>.

Esta noche me gustaría hablarles de la batalla que cada uno de nosotros tiene que librar en su interior. El presidente Joseph F. Smith nos enseñó: “Nuestro primer enemigo está dentro de nosotros mismos. Conviene vencer a ese enemigo primero y sujetarnos a la voluntad del Padre y a una obediencia estricta de los principios de vida y salvación que Él ha dado al mundo para la salvación de los hombres”<sup>4</sup>. En palabras sencillas, eso significa que debemos fortalecer el bien que llevamos dentro y vencer las tentaciones de Satanás. La brújula orientadora es precisa. Alma nos dice: “...todo lo que es bueno viene de Dios; y todo lo que es malo, del diablo procede”<sup>5</sup>.

Robert Louis Stevenson escribió acerca de esa lucha constante entre el bien y el mal en la novela clásica acerca del Dr. Jekyll y el Sr. Hyde. La historia relata que al principio, “el Dr. Jekyll es un médico londinense sumamente respetado, un hombre bueno y bondadoso que en su juventud demostró una inclinación hacia el mal pero logró suprimirla. Interesado en las drogas, ahora, por casualidad, el doctor encuentra una que le permite cambiar su forma exterior a la de un enano repulsivo, la encarnación misma de la maldad, al que llama Sr. Hyde. Una dosis similar le permite regresar a la forma y a la personalidad

del doctor benevolente. El doctor se convierte muchas veces en el Sr. Hyde, dando así más y más poder a ese aspecto de su naturaleza. Cada vez es más difícil para el Dr. Jekyll recuperar su entidad virtuosa, y en ocasiones también se convierte en el Sr. Hyde sin usar la droga”<sup>6</sup>. En su carácter del Sr. Hyde comete asesinato y, cuando la droga deja de surtir efecto y ya no puede volver a ser el bondadoso Dr. Jekyll, se descubre la verdad y el Sr. Hyde se quita la vida. El mal uso de las drogas destruyó su vida y eso puede suceder en la vida real.

Ahora, la clave para nunca convertirse en un Sr. Hyde malvado e inicuo es tomar la decisión de no ceder ante las tentaciones destructivas. Nunca, nunca experimenten con ninguna sustancia adictiva. Nunca usen el tabaco en ninguna de sus formas ni tomen ninguna otra sustancia esclavizante. Manténganse alejados del licor embriagador. Las adicciones acarrean consecuencias trágicas que son difíciles de superar.

Recibimos bendiciones cuando nos mantenemos firmes en nuestros principios. Cuando yo era presidente de la Estaca Cottonwood, el Dr. Creed Haymond era uno de los patriarcas. En ocasiones él daba un fuerte testimonio de la Palabra de Sabiduría. De joven había sido capitán del equipo de atletismo de la Universidad de Pensilvania. En 1919, el hermano Haymond y su equipo fueron invitados a participar en la competencia anual de atletismo de la Asociación Intercolegial. La noche antes de la competencia, el entrenador, Lawson Robertson, que fue entrenador de varios equipos olímpicos, dijo a los miembros del equipo que tomaran un poco de vino. En aquella época, los entrenadores erróneamente creían que el vino daba vigor a los músculos endurecidos por un riguroso entrenamiento. Los demás miembros del equipo tomaron el vino, pero el hermano Haymond rehusó porque sus padres le habían enseñado la Palabra de Sabiduría. El hermano Haymond se puso muy nervioso

porque no le gustaba desobedecer al entrenador. Tenía que competir contra los hombres más veloces del mundo. ¿Qué pasaría si no corría bien al día siguiente? ¿Cómo podría enfrentar a su entrenador?

Al día siguiente, en la competencia, el resto de los miembros de su equipo estaban muy enfermos y no corrieron bien. Algunos estaban tan enfermos que ni siquiera compitieron. Sin embargo, el hermano Haymond se sentía bien y corrió en las carreras de los 100 y 200 metros planos. Su entrenador le dijo: “Acabas de correr los 200 metros planos en menos tiempo que cualquier otro ser humano”. Esa noche y el resto de su vida, Creed Haymond estuvo agradecido por la fe sencilla que le ayudó a guardar la Palabra de Sabiduría<sup>7</sup>.

Durante el servicio militar que presté en la Segunda Guerra Mundial, me relacioné con algunos jóvenes muy prometedores. Pero poco a poco vi que algunos de ellos dejaron atrás las cualidades decentes y temerosas de Dios de un Dr. Jekyll para rebajarse a ser un Sr. Hyde. Para algunos, el cambio se inició cuando bebieron café porque el agua no era potable y las pastillas descontaminadoras tenían un sabor desagradable. Después, el haber tomado café llevó a algunos a tomar de vez en cuando algo de cerveza. A todos los soldados que servían en el extranjero se les daba una ración de cigarrillos y de vez en cuando una botella de whisky, los cuales tenían un valor considerable.

En una ocasión, el presidente George Albert Smith dio el siguiente consejo: “Si [cruzan] la línea al lado que pertenece al diablo, aun cuando no sea más que dos o tres centímetros, [estarán] bajo el dominio del tentador, y si éste logra el éxito, no [podrán] pensar ni razonar debidamente, porque [habrán] perdido el Espíritu del Señor”<sup>8</sup>. Algunos soldados permanecieron del lado seguro de la línea y nunca experimentaron con esas sustancias adictivas ni las distribuyeron, aunque se les regalaban. Pero otros probaban los cigarrillos o el alcohol



**Visitantes descienden las escaleras desde el nivel del palco del Centro de Conferencias, hacia el nivel de la platea.**

para distraerse de los desafíos de la guerra. Unos cuantos incluso fueron inmorales, creyendo que las tensiones de la guerra justificaban el que rebajaran sus normas y permitieran que tomara precedencia el Sr. Hyde de su personalidad.

Después de la guerra, los que se habían hecho adictos al tabaco, al alcohol y a la inmoralidad se dieron cuenta de que no era fácil deshacerse de esos malos hábitos. Los jóvenes que habían comenzado con tanto potencial cruzaron la línea centímetro a centímetro, robándose a sí mismos y a su familia de la felicidad prometida y experimentando en su lugar el divorcio, hogares destruidos y aflicción.

Los que nunca rebajaron sus normas no sucumbieron a esas adicciones; salieron de ese período difícil de su vida más fuertes y mejor preparados para llevar vidas productivas, ejemplares y felices como fieles padres y abuelos de familias rectas.

También han servido como líderes honrados y respetados de la Iglesia y de la comunidad.

Otra filosofía falsa que es atractiva para el Sr. Hyde de nuestra naturaleza es que es inofensivo mirar la pornografía. Ése es un terrible engaño. La pornografía es tan adictiva como lo es la cocaína o cualquier otra droga ilegal. Recientemente recibí una carta desgarradora de un hombre excomulgado cuya alma está llena de pesar y arrepentimiento. Con permiso de él, cito lo siguiente de su carta: “Espero que esta carta confirme, para todo aquel que tenga alguna duda, que el sendero de la destrucción sólo produce pesar y dolor y que ningún pecado vale el precio que hay que pagar”.

Más adelante declara: “Me he causado dolor y pesar a mí mismo. Ahora comprendo plenamente la gran destrucción que me he causado. No vale la pena perder la



**Desde el interior del Centro de Conferencias, una mujer observa a través de la ventana la caída de agua de una fuente en el techo, en el lado sur del edificio.**

oportunidad de ser miembro de la Iglesia a causa de ningún deseo egoísta o lujurioso. He ocasionado un terrible dolor a mi esposa y a mis dos hijos maravillosos. Estoy agradecido por el gran esfuerzo de mi esposa por ayudarme a superar mis pecados. Ella ha sido víctima de mis pecados y ha tenido que soportar gran dolor y sufrimiento. Añoro el día en que pueda volver a ser miembro de la Iglesia del Señor y nuestra familia pueda ser eterna”.

Más adelante admite: “Mis pecados son el resultado directo de mi adicción a la pornografía desde niño. Sin duda, la pornografía es adictiva y venenosa. Si hubiera aprendido temprano en la vida a poner en práctica el poder del auto-dominio, hoy sería miembro de la Iglesia”.

Uno de los engaños del Sr. Hyde es lo que algunos erróneamente llaman el “arrepentimiento premeditado”. No existe tal doctrina en esta Iglesia. Puede sonar sutilmente atractivo, pero, de hecho, es un concepto pernicioso y falso. Su objetivo es persuadirnos a transgredir consciente y deliberadamente con la idea preconcebida de que un arrepentimiento rápido nos permitirá disfrutar de las bendiciones plenas del Evangelio, tales como las bendiciones del templo o de una misión. El verdadero arrepentimiento puede

ser un proceso largo y doloroso. Esa doctrina falsa fue prevista por Nefi:

“Y también habrá muchos que dirán: Comed, bebed y divertíos; no obstante, temed a Dios, pues él justificará la comisión de unos cuantos pecados; sí, mentid un poco, aprovechad de alguno por causa de sus palabras, tended trampa a vuestro prójimo; en esto no hay mal; y haced todas estas cosas, porque mañana moriremos; y si es que somos culpables, Dios nos dará algunos azotes, y al fin nos salvaremos en el reino de Dios”.

Acerca de todos los que enseñan esa doctrina, el Señor dice: “...la sangre de los santos clamará desde el suelo contra ellos”<sup>10</sup>. Y la razón de ello es que debemos recibir todos nuestros convenios no sólo por medio de ordenanzas, sino que, para que sean eternos, también deben ser sellados por el Santo Espíritu de la Promesa<sup>11</sup>. Se da esa aprobación divina a nuestras ordenanzas y convenios solamente si somos fieles. La idea falsa del así llamado arrepentimiento premeditado conlleva un elemento de engaño, pero no se puede engañar al Santo Espíritu de la Promesa.

Algunas personas llevan máscaras de decencia y de rectitud externa, pero viven vidas de engaño, creyendo que, al igual que el Dr. Jekyll, pueden llevar una vida doble y nunca ser descubiertas. Santiago dijo: “El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos”<sup>12</sup>. En el Libro de Mormón leemos el relato de Coriantón, que, junto con su padre y su hermano, fue a una misión a los zoramitas. Su vida doble hizo que abandonara el ministerio y que su padre se lamentara: “...He aquí, oh hijo mío, cuán gran iniquidad has traído sobre los zoramitas; porque al observar ellos tu conducta, no quisieron creer en mis palabras”<sup>13</sup>.

Los hipócritas son las personas que llevan máscaras externas que representan la bondad pero que en el interior practican el mal y el engaño. Así eran los escribas y los fariseos que acudieron al Salvador fingiendo estar preocupados y buscar

Su sabio consejo. “Maestro”, le dijeron en tono adulator, “sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres”.

Con esas artimañas tenían la esperanza de tomarlo desprevenido y le preguntaron: “Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no?”

Su pregunta iba cargada de intenciones inicuas, porque una de las leyes romanas más ofensivas era la del tributo. Si hubiera contestado “Sí”, los fariseos habrían dicho que no era leal a los judíos. Si hubiera contestado “No”, lo habrían denunciado por traición. “Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?”

Les pidió que le mostraran una moneda y les preguntó: “¿De quién es esta imagen, y la inscripción?” Le contestaron: “De César”, y Él calló a los fariseos hipócritas con la respuesta clásica: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”<sup>14</sup>. Estamos en el mundo, pero no debemos dejar que se apoderen de nosotros la hipocresía y el engaño que hay en él.

A fin de cuentas se descubrirá la verdad acerca de quiénes somos y lo que hacemos. El Señor nos ha recordado: “...porque se pregondarán sus iniquidades desde los techos de las casas, y sus hechos secretos serán revelados”<sup>15</sup>. Ya que vivimos en un entorno moralmente insensibilizado, es difícil decirnos a nosotros mismos y a los demás que nuestros hechos no son correctos.

Hermanos, podemos protegernos del enemigo que está en el interior de cada uno de nosotros si nos valemos del manto protector del sacerdocio de Dios. En forma individual debemos poner en práctica los grandes poderes del sacerdocio en nuestra vida. Esto significa que utilicemos diariamente ese albedrío divino para bendecir la vida de los demás al efectuar la orientación familiar, al realizar ordenanzas o al llevar a cabo la noche de hogar para

la familia. En forma colectiva, tenemos la misión de llevar el mensaje de salvación al mundo, la cual desempeñamos bajo la dirección de nuestro Presidente, Gordon B. Hinckley, quien posee todas las llaves del sacerdocio sobre la tierra en este momento. Pero no podemos cumplir con esa misión a menos que cada uno de nosotros gane la batalla en su interior. Al hacerlo, podremos vestirnos de toda la armadura de Dios y recibir las bendiciones contenidas en el juramento y convenio del sacerdocio. El Señor ha prometido que "...todos los que reciben este sacerdocio, a mí me reciben..."

"y el que me recibe a mí, recibe a mi Padre;

"y el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado"<sup>16</sup>.

La exaltación en el reino del Padre incluye reinos, tronos, dominios, principados y poderes que aumentarán para siempre<sup>17</sup>. Que todos nos esforcemos por vencer al enemigo en nuestro interior para que recibamos esas bendiciones, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Véase Apocalipsis 12:4-9; Moisés 4:1-4; Abraham 3:24-28; D. y C. 29:36-38; Isaías 14:12-20; Lucas 10:18.

2. Moisés 1:12.

3. Efesios 6:14-17.

4. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 399.

5. Alma 5:40.

6. *Thesaurus of Book Digests*, 1949, pág. 206.

7. Véase Joseph J. Cannon, "Speed and the Spirit", *Improvement Era*, octubre de 1928, págs. 1001-1007.

8. *Sharing the Gospel with Others*, editado por Preston Nibley, 1948, pág. 43.

9. 2 Nefi 28:8.

10. 2 Nefi 28:10.

11. Véase D. y C. 132:7.

12. Santiago 1:8.

13. Alma 39:11.

14. Mateo 22:16-21.

15. D. y C. 1:3.

16. D. y C. 84:35, 37-38.

17. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 78.

# El llamamiento a servir

**Presidente Thomas S. Monson**

Primer Consejero de la Primera Presidencia

**"Venero el sacerdocio del Dios Todopoderoso; he sido testigo de su poder; he visto su fortaleza; me he maravillado ante los milagros que ha efectuado".**



◆ Qué gran privilegio es para mí estar ante ustedes esta noche en este magnífico Centro de Conferencias y en congregaciones a través del mundo! ¡Qué imponente grupo del sacerdocio!

Para mi tema, acudo a las palabras del profeta José Smith que se encuentran en la sección 107 de Doctrina y Convenios. Se aplican a todos nosotros, ya seamos poseedores del Sacerdocio Aarónico o de Melquisedec: "Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado"<sup>1</sup>.

El presidente Wilford Woodruff declaró: "Todas las organizaciones del sacerdocio tienen poder. El diácono tiene poder por medio del sacerdocio que posee; igual el maestro. Tienen el poder de ir ante el Señor a fin de que se escuchen y contesten sus oraciones, al igual que lo tiene el profeta, el vidente y el

revelador... Es por medio de este sacerdocio que a los hombres se les confieren ordenanzas, se les perdonan sus pecados y se les redime. Para ese propósito se nos ha revelado y sellado sobre nuestra cabeza"<sup>2</sup>.

A aquellos que poseen el Sacerdocio Aarónico se les deben dar oportunidades de magnificar sus llamamientos en dicho sacerdocio.

Por ejemplo, cuando me ordenaron diácono, el obispo hizo hincapié en la sagrada responsabilidad que teníamos de repartir la Santa Cena. Puso énfasis en la vestimenta apropiada, el comportamiento decoroso y la importancia de estar limpios "por dentro y por fuera".

Al enseñárenos el procedimiento para repartir la Santa Cena, se nos dijo que estaríamos ayudando a todos los miembros a renovar su convenio bautismal, con las responsabilidades y bendiciones que lo acompañan. Se nos dijo cómo debíamos ayudar a un hermano en particular, el hermano Louis, que padecía de parálisis, para que tuviera la oportunidad de tomar los emblemas sagrados.

¡Cómo recuerdo cuando se me asignó repartir la Santa Cena en la sección donde se sentaba Louis! Vacilé al aproximarme a ese maravilloso hermano y entonces vi su sonrisa y la ansiosa expresión de gratitud que demostraban su deseo de participar. Mantuve la bandeja en la mano izquierda y tomé un trozo de pan y se lo puse en sus labios abiertos. Más tarde le serví el agua de la misma forma. Sentí que

estaba sobre terreno sagrado; y lo estaba. El privilegio de dar la Santa Cena a Louis hizo que todos nosotros fuéramos diáconos mejores.

Nobles líderes de los hombres jóvenes, ustedes se encuentran en la encrucijada de la vida de aquellos a quienes enseñan. En una pared de la institución Stanford University Memorial Church está inscrita esta verdad: “Debemos enseñar a nuestra juventud que todo lo que no sea eterno es demasiado breve, y todo lo que no sea infinito es demasiado pequeño”<sup>3</sup>.

El presidente Hinckley recalcó nuestras responsabilidades cuando declaró: “En esta obra tiene que haber dedicación; debe haber devoción. Estamos embarcados en la gran y eterna contienda que tiene que ver con las almas mismas de los hijos de Dios. No vamos perdiendo. Por el contrario, vamos ganando. Seguiremos ganando si somos fieles y leales... No hay nada que el Señor nos haya pedido que con fe no podamos cumplir”<sup>4</sup>.

Hermanos, ¿se ha dado la asignación de ser maestro orientador a todo maestro ordenado? ¡Qué oportunidad para prepararse para la misión! ¡Qué privilegio de aprender la disciplina del deber! Si se le asigna a un joven la responsabilidad de velar por otras personas, el dejará automáticamente de preocuparse sólo de sí mismo.

¿Y qué sucede con los presbíteros? Estos jóvenes tienen la oportunidad de bendecir la Santa Cena, de continuar con sus deberes de la orientación familiar y de participar en la sagrada ordenanza del bautismo.

Podemos fortalecernos los unos a los otros; tenemos la capacidad de prestar atención a aquellos que se hayan quedado en el olvido. Cuando tenemos ojos que ven, oídos que escuchan y corazones que comprenden y sienten, podemos tender una mano y rescatar a aquellos por quienes seamos responsables.

De Proverbios viene el consejo: “Examina la senda de tus pies”<sup>5</sup>.

Venero el sacerdocio del Dios

Todopoderoso; he sido testigo de su poder; he visto su fortaleza; me he maravillado ante los milagros que ha efectuado.

Hace cincuenta años conocí a un joven, un presbítero, que poseía la autoridad del Sacerdocio Aarónico. Como obispo, yo era su presidente de quórum. Robert tartamudeaba sin control. Tímido, vergonzoso, sin fe en sí mismo y temeroso de los demás, su impedimento era devastador. Nunca cumplió una asignación; nunca miraba a nadie a los ojos; siempre andaba con la mirada baja. Entonces, un día, debido a circunstancias poco comunes, en su calidad de presbítero aceptó la asignación de bautizar a una persona.

Me senté cerca de Robert en el baptisterio del Tabernáculo de Salt Lake. Estaba vestido de un blanco immaculado, preparado para la ordenanza que iba a efectuar. Me incliné hacia él y le pregunté cómo se sentía. Miró hacia el suelo y tartamudeó de modo casi incontrolable para decir que se sentía sumamente terrible.

Ambos oramos fervientemente para que estuviera a la altura de su tarea. De repente, el secretario dijo: “Nancy Ann McArthur será bautizada ahora por Robert Williams, presbítero”.

Robert se apartó de mi lado, se metió a la pila y tomó a la pequeña Nancy de la mano para ayudarla a entrar en esa agua que limpia las vidas humanas y otorga el renacimiento espiritual. Pronunció las palabras: “Nancy Ann McArthur, habiendo sido comisionado por Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. ¡No tartamudeó ni una vez! ¡No titubeó ni una vez! Habíamos sido testigos de un milagro moderno; luego Robert efectuó la ordenanza del bautismo por dos o tres niños más de la misma forma.

En el vestuario, al felicitarlo, yo esperaba escucharlo hablar de la misma forma ininterrumpida, pero me equivoqué. Él bajó la vista y tartamudeó su respuesta de agradecimiento.

Testifico ante cada uno de ustedes que cuando Robert actuó con la autoridad del Sacerdocio Aarónico, habló con poder, con convicción y con ayuda celestial.

Debemos proporcionar a nuestros jóvenes del Sacerdocio Aarónico experiencias que les edifiquen la fe. Ellos buscan la oportunidad que nosotros hemos tenido de sentir la ayuda del Espíritu del Señor.

Recuerdo cuando se me asignó dar mi primer discurso en la Iglesia. Se me dio la libertad de elegir el tema y a mí siempre me habían gustado los pájaros, así es que pensé en el Monumento a la Gaviota. Para prepararme, fui a la Manzana del Templo y observé el monumento. Primero me atrajeron todas esas monedas que estaban en el agua que rodeaba el monumento y me puse a pensar en cómo las sacarían y quién lo haría. No pienso confesar el haber pensado en tomarlas yo. Luego miré hacia arriba a las gaviotas que estaban en lo alto del monumento; en mi mente juvenil, traté de imaginar cómo habría sido para los pioneros el ver que su preciosa primera plantación de granos era devorada por los grillos y luego ver a esas gaviotas, con sus majestuosas alas, descender hacia los campos y devorar los grillos. Me encantaba ese relato. Me senté con lápiz en mano y escribí mi discurso de dos minutos y medio. Nunca he olvidado a las gaviotas. Nunca he olvidado a los grillos. Nunca he olvidado el hecho de que me temblaban las rodillas mientras daba el discurso. Nunca he olvidado la experiencia de expresar algunos de mis más recónditos sentimientos en voz alta desde el púlpito. Deseo exhortarles a que demos al Sacerdocio Aarónico la oportunidad de pensar, de razonar y de servir.

El presidente David O. McKay comentó: “Que Dios nos ayude a todos a ser fieles a los ideales del sacerdocio, el Aarónico como el de Melquisedec. Ruego que Él nos ayude a magnificar nuestros llamamientos y a inspirar a los hombres por medio de nuestras acciones — no sólo a los miembros de la Iglesia,

sino a los hombres de todas partes— a que vivan vidas mejores, vidas que eleven el espíritu, a que sean mejores esposos, mejores vecinos, mejores líderes bajo cualquier condición”<sup>6</sup>.

Parece que el mundo se alejara del resguardo de un puerto y fuera arrastrado lejos de la bahía de la paz. El libertinaje, la inmoralidad, la pornografía y la influencia que ejercen sobre nosotros las demás personas son la causa de que muchos sean arrojados al mar del pecado y destrozados en los ásperos arrecifes de las oportunidades perdidas, de las bendiciones abandonadas y de los sueños hechos pedazos.

Algunos podrían preguntar con ansiedad: “¿Hay un camino a la seguridad?”, “¿Puede alguien guiarme?”, “¿Podemos escapar a la

destrucción que nos amenaza?”. La respuesta es un resonante “¡Sí!”. Miren hacia el faro del Señor; no hay neblina tan espesa, ni noche tan oscura, ni vendaval tan fuerte, ni marineros tan perdidos que sus luces no puedan rescatar; nos llama en medio de la tormenta; el faro del Señor envía señales fáciles de reconocer y que jamás fallan.

Hay muchas de esas señales, de las que nombraré sólo tres; fíjense cuidadosamente en ellas ya que la exaltación puede depender de ellas: la mía y la de ustedes:

Primero: La oración proporciona paz.

Segundo: La fe precede al milagro.

Tercero: La honradez es la mejor norma.

Primero, con respecto a la oración,

Adán oró; Jesús oró; José oró. Sabemos los resultados de sus oraciones. Aquel que nota hasta la caída de un pajarillo con toda seguridad escucha la súplica de nuestro corazón. Recuerden la promesa: “...si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”<sup>7</sup>.

Segundo, la fe precede al milagro. Siempre ha sido así y siempre lo será. No llovía cuando se le mandó a Noé construir un arca. No se veía ningún carnero en la zarza cuando Abraham se preparó para sacrificar a su hijo Isaac. José no veía todavía a los dos Personajes Celestiales cuando se arrodilló a orar. Primero viene la prueba de la fe, y luego el milagro.

Recuerden que la fe y la duda no



pueden existir en la misma mente al mismo tiempo, porque una hará desvanecer a la otra. Expulsen la duda; cultiven la fe.

Finalmente, la honradez es la mejor norma. Hace 55 años, aprendí esa verdad en forma dramática en un campamento de entrenamiento de reclutas de la Marina. Después de estar aislados del mundo por tres semanas durante el entrenamiento, llegaron las buenas noticias de que tendríamos nuestro primer permiso para visitar la ciudad de San Diego. Todos estábamos muy entusiasmados ante ese cambio de rutina. Mientras nos preparábamos para abordar los autobuses que nos llevarían a la ciudad, un oficial mandó: “Todos los que sepan nadar, fórmense aquí. Ustedes tienen permiso para ir a San Diego. Los que no sepan nadar, formen una línea aquí. Irán a la piscina, donde se les dará una clase de natación. Sólo después de que aprendan a nadar podrán validar su permiso”.



Yo había sido nadador la mayor parte de mi vida, así que me preparé para tomar el autobús a la ciudad; pero entonces, ese oficial dijo a nuestro grupo: “Una cosa más antes de subir al autobús; síganme. De frente, ¡marchen!”. Nos hizo marchar hasta la piscina, nos hizo sacarnos la ropa y pararnos a la orilla de la parte honda. Luego mandó: “Salten y naden hasta la otra orilla”. En ese grupo que se suponía que todos sabían nadar, había unos diez que creyeron que podían engañar a cualquiera. En realidad no sabían nadar, pero fueron a dar al agua, por su propia voluntad o a la fuerza. Fue una catástrofe. Los oficiales los dejaron hundirse una o dos veces antes de extenderles unos bambúes, a los que pudieron asirse y así salvarse. Después de dirigirles unas palabras de censura, les dijeron: “Eso les enseñará a decir la verdad”.

¡Cuán agradecido estuve de haber dicho la verdad, de que sabía nadar y de que pude llegar fácilmente hasta el otro extremo de la piscina! Lecciones como éstas nos enseñan a ser veraces: veraces a la fe, veraces al Señor, veraces a nuestros compañeros, veraces ante todo lo que, para nosotros, es sagrado y de gran valor. Nunca he olvidado esa lección.

Conforme nos dejamos guiar por sus señales que nunca fallan, el faro del Señor nos indica el camino hacia la seguridad y el gozo eterno:

La oración proporciona paz.

La fe precede al milagro.

La honradez es la mejor norma.

Les testifico esta noche que Jesús es en verdad el Cristo, nuestro amado Redentor y Salvador. Nos guía un profeta del Dios Todopoderoso, el presidente Gordon B. Hinckley, y sé que ustedes comparten esa convicción conmigo.

Para terminar, leeré una carta simple pero a la vez profunda que refleja nuestro amor por nuestro profeta y por su liderazgo:

“Estimado presidente Monson:

“Hace cinco años el presidente Hinckley fue sostenido como profeta, vidente y revelador. Para mí, cuando usted pidió a los miembros

de la Iglesia que dieran el voto de sostenimiento, fue una ocasión extraordinaria.

“Esa mañana en particular tenía que acarrear el heno para mis animales y disfrutaba de la conferencia en la radio de mi camión. Había recogido el heno, lo había llevado al granero y lo estaba descargando del camión. Cuando usted llamó a los hermanos del sacerdocio, ‘dondequiera que estén’, a prepararse para sostener al Profeta, me pregunté si se referiría a mí. Me pregunté si el Señor se ofendería porque yo estaba transpirando y cubierto de polvo, pero, tomándole la palabra, me bajé del camión.

“Jamás olvidaré el estar solo en el granero, con el sombrero en la mano, el sudor corriéndome por la cara y con el brazo levantado en forma de escuadra para sostener al presidente Hinckley. Las lágrimas se mezclaron con mi sudor mientras me quedé allí sentado por varios minutos para meditar sobre esa sagrada ocasión”.

Él continuó:

“En la vida acudimos a lugares especiales cuando ocurren acontecimientos de gran importancia. Eso me ha sucedido, pero no ha habido ninguno tan espiritual ni tan tierno y memorable que el ocurrido esa mañana en el granero acompañado sólo de vacas y un caballo ruán.

“Atentamente,  
“Clark Cederlof”

Presidente Hinckley, nosotros, los hermanos del sacerdocio de la Iglesia le amamos y lo apoyamos. De eso testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Doctrina y Convenios 107:99.
2. *Millennial Star*, 22 de septiembre de 1890, págs. 595–596; la letra mayúscula actualizada.
3. Véase Conference Report, octubre de 1952, pág. 17.
4. “La guerra que vamos ganando”, *Liahona*, enero de 1987, pág. 45.
5. Proverbios 4:26.
6. En Conference Report, octubre de 1967.
7. Santiago 1:5.



# “Y se multiplicará la paz de tus hijos”

Presidente Gordon B. Hinckley

**“En lo que toca a su felicidad, en lo que toca a las cosas que les hacen sentirse orgullosos o ponerse tristes, nada, repito que nada, surtirá en ustedes un efecto tan profundo como la forma en que resulten ser sus hijos”.**



Los jóvenes han recibido aquí, esta noche, consejos excelentes. Confío en que hayan escuchado bien y que influyan en sus vidas para bien.

He resuelto hablar a los padres de familia. Ustedes ya saben de qué voy a hablar. Sus esposas les habrán recordado que éste sería el tema que trataría en esta ocasión, puesto que se los dije en la conferencia de la Sociedad de Socorro hace dos semanas. Les diré a ustedes algunas de las mismas cosas que les dije a ellas. Les recuerdo que la repetición es una de las leyes del aprendizaje.

Éste es un asunto que tomo con gran seriedad. Es un asunto que me preocupa hondamente. Espero que no lo tomen con ligereza. Se relaciona con lo más valioso que tienen.

En lo que toca a su felicidad, en lo que toca a las cosas que les hacen sentirse orgullosos o ponerse tristes, nada, repito que nada, surtirá en ustedes un efecto tan profundo como la forma en que resulten ser sus hijos.

O se alegrarán y se regocijarán por los logros de ellos o llorarán, con la cabeza entre las manos, desconsolados y deshechos de dolor si les llenan de desilusión y de vergüenza. Muchos de ustedes se encuentran en esta reunión con sus hijos, por lo que los felicito de corazón. También los felicito a ellos. Los unos y los otros están en la mejor compañía. Me siento muy orgulloso de muchísimos de nuestros jóvenes: muchachos y niñas. Son inteligentes. Tienen autodisciplina. Saben sopesar las consecuencias de los actos. Tienen la cabeza bien puesta. Esta noche se encuentran en el lugar en el que deben estar. Algunos forman parte de este coro; otros se encuentran entre congregaciones por todo el mundo; otros están en el campo misional; otros prosiguen estudios con gran esfuerzo, dejando a un lado placeres presentes con la mira de oportunidades futuras. Les admiro. Les amo. Y ustedes sienten lo mismo. Son nuestros hijos y nuestras hijas.

Espero, ruego, suplico que ellos continúen en el camino por el que ahora van.

Pero, es triste decirlo, sé que hay algunos jóvenes y algunas jóvenes

que han caído y están cayendo en el pantano de la inmoralidad, de las drogas, de la pornografía y del fracaso. Espero que sean una minoría entre sus compañeros, pero la pérdida de tan sólo uno de ellos es demasiado.

Padres, ustedes y las madres de esos jóvenes tienen una responsabilidad de la que no pueden librarse. Ustedes son los padres de sus hijos. La estructura genética de ustedes está grabada para siempre en los códigos genéticos de ellos.

Podrán negar que son de ustedes; podrán abandonarlos; pero nunca podrán arrancarlos de su mente. Ustedes son sus padres y no pueden desprenderse de las consecuencias de ese hecho.

Mientras estamos en esta reunión, algunos de ellos —soy consciente de ello— andan dando vueltas por la ciudad en sus vehículos. Ellos o sus amigos tienen coche para conducir. En muchos casos, sus padres se los han comprado, les han entregado las llaves y les han dicho que se diviertan.

Ellos quieren hacer algo emocionante y consideran que no satisfacen ese deseo con entretenimientos sanos. Andan dando tumbos, buscando hacer algo que les haga sentirse machos.

Un amigo policía me contó hace poco de dos muchachos que llevó en el asiento de atrás del coche de policía, con esposas en las muñecas. Habían comenzado inocentemente la noche. Cuatro de ellos en un automóvil salieron a buscar camorra y la encontraron. Se metieron en una pelea, llegó la policía; los muchachos fueron detenidos y esposados.

Esos eran jóvenes buenos; no eran del tipo de los que van periódicamente a la cárcel. La madre de uno de ellos le había dicho antes de que saliera él de casa: “Cosas malas ocurren después de las once de la noche”.

Él chico aprendió rápidamente el significado de esas palabras. Se sentía abochornado, avergonzado de enfrentar a su madre.

Conté a la Sociedad de Socorro de las fiestas secretas y clandestinas



**Por medio de una pantalla gigante, los miembros que están en secciones distantes en el auditorio pueden ver a los miembros del coro y a los que discursan desde el estrado.**

de drogas a las que dan el nombre de “Rave”. Allí, con luces relampagueantes y música estruendosa, si se la puede llamar así, jóvenes de ambos sexos bailan. Venden y compran drogas. A las drogas las llaman Éxtasis, las cuales son derivados de metanfetaminas. Los que bailan llevan chupetes (o chupones) de niño debido a que las drogas les hacen rechinar los dientes. La música febril y el baile voluptuoso siguen hasta las siete y treinta de la mañana del domingo. ¿Adónde lleva todo eso? A ninguna parte. Es un callejón sin salida.

Ahora han adoptado otra práctica en la búsqueda de algo nuevo, diferente y más peligroso. Intentan estrangularse unos a otros. Los muchachos les oprimen el cuello a las chicas hasta que éstas pierden el conocimiento. El otro día, en una de las escuelas locales, a una chica que tiene un problema de salud le apretaron el cuello hasta que perdió el sentido. Sólo la pronta atención médica le salvó la vida.

¿Se dan cuenta los muchachos que toman parte en esas prácticas absurdas del hecho de que esa broma los puede llevar a una acusación de homicidio? De ocurrir eso,

arruinarían su vida para siempre.

Si quieren hurgar la pornografía, pueden hacerlo muy fácilmente. Levantan el teléfono y marcan un número que conocen. Encienden la computadora y se deleitan en la indecencia del ciberespacio.

Me temo que esto esté ocurriendo en el hogar de algunos de ustedes. Es malsano. Es lujurioso e inmundito. Es tentador y crea hábito. Llevará a un joven o a una joven directo a la destrucción, no les quepa la menor duda. Es abyecta sordidez que enriquece a los que lo explotan y empobrece a sus víctimas.

Lamento decir que muchos de los mismísimos padres de familia se dejan atraer por el señuelo de los que venden indecencias. Algunos de ellos también buscan en Internet lo que es lujurioso y lascivo. Si hay hombre alguno que me esté oyendo y que esté mezclado en esto, o que se esté dirigiendo en ese rumbo, le suplico que saque eso de su vida. Aléjense de eso y manténganse alejados. Si no se alejan se les convertirá en una obsesión; destruirá su vida de hogar; destruirá su matrimonio; quitará lo bueno y lo hermoso de su relación familiar y reemplazará éstos con fealdad y desconfianza.

A ustedes, los hombres jóvenes y a las jovencitas que son sus compañeras, les imploro que no se ensucien la mente con esas cosas horribles y depravadas. Tienen por objeto estimularles la curiosidad, atraparlos en su trampa. Les quitarán la hermosura de su vida. Los conducirán a lo tenebroso y repugnante.

Un artículo publicado hace poco en una revista contiene el relato de una niña de doce años que se envió con Internet. Por medio de ésta conoció a un admirador. Tratando de uno y otro tema, llegaron a hablar explícitamente de asuntos sexuales. Cuando conversaba con él, la chica pensaba que su interlocutor era un muchacho de la edad de ella.

Cuando lo conoció personalmente, vio que era “un hombre alto, grueso y de cabello canoso”. Era un perverso depredador, un maquinador pederasta. La madre de la jovencita, con la ayuda del FBI, la salvó de lo que hubiese podido ser una de las peores tragedias. (*Readers’ Digest*, enero de 2000, págs. 101–104.)

Nuestros jóvenes hallan esas tentadoras cosas por todos lados, por lo que necesitan la ayuda de sus padres para oponerles resistencia. Necesitan tener un potente autodomínio y contar con la fortaleza de amigos buenos. Necesitan que la oración los fortifique para hacer frente a esa marejada de indecencia.

El problema de la guía de los padres a los hijos no es nuevo, pero es quizás más grave de lo que lo ha sido hasta ahora aunque cada generación se ha encarado con un aspecto de él.

En 1833, el Señor mismo reprendió a José Smith y a sus consejeros y al Obispo Presidente. Al profeta José Smith, con palabras claras e inequívocas, dijo lo que había dicho a otros: “No has guardado los mandamientos, y debes ser reprendido ante el Señor;

“es necesario que los de tu familia se arrepientan y abandonen algunas cosas, y que atiendan con mayor diligencia a tus palabras, o serán quitados de su lugar” (D. y C. 93:47–48).



**Miembros pasean por la nueva plaza que está frente al Templo de Salt Lake.**

# Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

## LA PRIMERA PRESIDENCIA

Octubre de 2000



Presidente Thomas S. Monson  
Primer Consejero



Presidente Gordon B. Hinckley



Presidente James E. Faust  
Segundo Consejero

## EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Packer



L. Tom Perry



David B. Haight



Neal A. Maxwell



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Joseph B. Wirthlin



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



Henry B. Eyring

## LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA



L. Aldin Porter



Earl C. Tingey



D. Todd Christofferson



Marlin K. Jensen



David E. Sorensen



Ben B. Banks



Dennis B. Neuenschwander

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

EL SEGUNDO QUÓRUM DE LOS SETENTA



Angel Abrea



Carlos H. Amado



Neil L. Andersen



Merrill J. Bateman



William R. Bradford



Monte J. Brough



John K. Carmack



Richard D. Allred



Athos M. Amorim



E. Ray Bateman



L. Edward Brown



Douglas L. Callister



Val R. Christensen



Darwin B. Christenson



Sheldon F. Child



Gary J. Coleman



Spencer J. Condie



Gene R. Cook



Quentin L. Cook



Robert K. Dellenbach



John B. Dickson



Richard E. Cook



Claudio R. M. Costa



Keith Crockett



Adhemar Damiani



Duane B. Gerrard



H. Aldridge Gillespie



Ronald T. Halverson



Charles Didier



Vaughn J. Featherstone



John H. Groberg



Bruce C. Hafen



Donald L. Hallstrom



F. Melvin Hammond



Harold G. Hillam



Wayne M. Hancock



J. Kent Jolley



Richard J. Maynes



Dale E. Miller



Earl M. Monson



Merrill C. Oaks



Robert C. Oaks



F. Burton Howard



Jay E. Jensen



Kenneth Johnson



L. Lionel Kendrick



W. Rolfe Kerr



Yoshihiko Kikuchi



Cree-L. Kofford



Stephen B. Oveson



Bruce D. Porter



H. Bryan Richards



Ned B. Roueché



Dennis E. Simmons



Donald L. Staheli



David R. Stone



John M. Madsen



Lynn A. Mickelsen



Glenn L. Pace



Rex D. Pinegar



Hugh W. Pinnock



Carl B. Pratt



Ronald A. Rasband



H. Bruce Stucki



Jerald L. Taylor



D. Lee Tobler



Gordon T. Watts



Stephen A. West



Robert J. Whetten



Richard H. Winkel



Lynn G. Robbins



Cecil O. Samuelson jr



Dieter F. Uchtdorf



Francisco J. Viñas



Lance B. Wickman



W. Craig Zwick



Richard B. Wirthlin



Ray H. Wood



Robert S. Wood

EL OBISPADO PRESIDENTE



Richard C. Edgley  
Primer Consejero



H. David Burton  
Obispo Presidente



Keith B. McMullin  
Segundo Consejero



**Izquierda:** El presidente Gordon B. Hinckley llega a una sesión de la conferencia, seguido del presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia.

**Derecha:** El Presidente Hinckley agita su pañuelo blanco al dirigir a la congregación en la Exclamación de Hosanna, durante la dedicación del Centro de Conferencias, el domingo por la mañana.



A qué se debieron expresamente esas reprensiones, no lo sé. Pero sí sé que la situación era seria y que el futuro de ésta estaba cargado de suficiente peligro para que el Señor mismo hablara con claridad y amonestación.

Pienso que del mismo modo Él nos habla a nosotros con claridad y amonestación. El corazón se me entenece por aquellos de nuestros jóvenes que en muchos casos deben recorrer un camino solitario por la vida. Ellos se encuentran en medio de esos males. Espero que puedan compartir sus problemas con ustedes, sus padres y sus madres. Confío en que ustedes los escuchen, que sean pacientes y comprensivos, que los acerquen a ustedes y los consuelen y los apoyen en su soledad. Oren para pedir orientación, para pedir paciencia. Oren y supliquen tener la fortaleza necesaria para querer[los] aunque la infracción haya sido grave. Oren para pedir entendimiento y bondad, y, sobre todo, sabiduría e inspiración.

Creo que ésta es la época más maravillosa de toda la historia del mundo. Por alguna razón se nos ha permitido salir a escena en este tiempo del auge del conocimiento. ¡Qué tragedia, qué funesto y terrible es ver a un hijo o a una hija con quien tanto se ha contado recorrer el tortuoso camino que conduce al infierno. Por otro lado, qué magnífico y hermoso es ver al hijo o hija de sus sueños andar con la cabeza en alto, sin ningún temor y con confianza, aprovechando las excelentes oportunidades que se le presentan. Isaías dijo: “Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos” (Isaías 54:13).

Guíen a sus hijos e hijas, dirijan sus pasos desde que sean muy pequeños, enséñenles las vías del Señor de tal manera que la paz sea la compañera de ellos a lo largo de sus vidas.

Mencioné a las hermanas de la Sociedad de Socorro varias cosas específicas que deben enseñar a sus hijos e hijas. Las repetiré brevemente, quizás con diferentes palabras.



*La primera es animarlos a cultivar buenas amistades.* Todo joven y toda joven anhela tener amigos. Ninguno desea andar solo. La calidez, el consuelo y la camaradería de un amigo significa todo para un joven y para una joven. Esa persona amiga puede ser una influencia para bien o para mal. Las pandillas callejeras que son tan brutales son un ejemplo de amistades que se han vuelto malas. A la inversa, el trato mutuo de los jóvenes en la Iglesia y en la escuela con los de su propio medio les servirá de incentivo para que les vaya bien y sobresalgan en sus empeños. Abran las puertas de sus hogares a los amigos de sus hijos. Si resulta que tienen muy buen apetito, háganse los desentendidos y déjenlos comer. Hagan de los amigos de sus hijos los amigos de ustedes.

*Enséñenles la importancia de la instrucción académica.* El Señor ha dado a los de este pueblo la responsabilidad de formar el intelecto a fin de que se preparen bien para desempeñar su función en la sociedad de la cual formarán parte. La Iglesia será bendecida por motivo de la distinción de ellos. Además serán recompensados con creces por el esfuerzo que hagan.

El otro día leí lo siguiente en un artículo que recorté: “La información del último censo indicaba que el salario anual de una persona sin

título y sin licenciatura de enseñanza secundaria había sido de poco más de US\$16.000 a escala nacional en 1997. El de una persona con licencia secundaria no era mucho más alto: US\$22.895 como ingreso promedio anual. Pero a medida que el nivel de instrucción aumentaba, también se incrementaba la diferencia del sueldo. Para la persona con licenciatura universitaria, el ingreso promedio fue de US\$40.478 ese año. Por último, para las personas que tenían títulos universitarios más avanzados el ingreso anual subía más de US\$20.000, llegando a un promedio de US\$63.229 al año, según las cifras del censo” (Nicole A. Bonham, “Does an Advanced Degree Pay Off?”, *Utah Business*, septiembre de 2000, pág. 37).

*Enseñen a sus hijos a respetar su cuerpo.* Enséñenles que el cuerpo es la creación del Todopoderoso. ¡Qué cosa milagrosa, magnífica y hermosa es el cuerpo humano!

Como se ha dicho aquí esta noche, Pablo, en su epístola a los corintios dijo: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

“Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16–17).

Ahora impera la manía de hacerse tatuajes en el cuerpo. No me es posible comprender por qué un joven o una joven desearía someterse al doloroso procedimiento de desfigurarse la piel con diversas y multicolores representaciones de personas, animales y otros símbolos. Con los tatuajes el proceso es permanente, excepto que la persona se someta a otro procedimiento doloroso y costoso para quitárselo. Padres de familia, adviertan a sus hijos que no se hagan tatuajes en el cuerpo. Puede ser que ahora les opongan resistencia, pero llegará el tiempo en que les darán las gracias. Un tatuaje es graffiti en el templo del cuerpo.

Por el estilo es el perforarse el cuerpo para colgarse múltiples aretes en las orejas, en la nariz e



**El organista John Longhurst al teclado del órgano del Centro de Conferencias.**

incluso en la lengua. ¿Es posible que consideren que eso es bonito? Es una fantasía pasajera, cuyos efectos son permanentes. Algunos han llegado a tales extremos que han tenido que quitarles los aretes quirúrgicamente. La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce hemos declarado que nos oponemos a los tatuajes y también “a las perforaciones del cuerpo que no sean para fines médicos”. No obstante, no hemos adoptado ninguna postura con respecto “a las perforaciones mínimas que se hacen las mujeres en las orejas para usar un par de aretes”... un par.

*Enseñenles a evitar las drogas ilegales.* De ello se ha hablado de manera elocuente. Ya he hablado de las drogas que llaman Éxtasis. ¿Desean que sus hijos tengan la paz de la que habló Isaías? Ellos no tendrán paz si se involucran con las drogas. Esas sustancias ilegales les quitarán el autodomínio y se apoderarán de ellos de tal forma que llegarán al punto de hacer cualquier cosa, dentro o fuera de los márgenes de la ley, para conseguir otra dosis.

*Enseñenles la virtud de la honradez.* No hay sustituto debajo del cielo para el hombre o la mujer, el joven a la joven que son honrados. No hay palabras falsas que ensucien su reputación. Ningún acto de engaño contamina su conciencia. Él o ella

pueden andar con la cabeza en alto, manteniéndose por encima de la multitud de personas inferiores que de continuo se complacen en mentir y engañar, y que se disculpan con la excusa de que el mentir un poco no le hace daño a nadie. Sí hace daño, porque las pequeñas mentiras llevan a mentiras más grandes, y las cárceles del país son la mejor prueba de ese hecho.

*Enseñenles a ser virtuosos.* No se puede tener paz mediante la impureza sexual. Nuestro Padre Celestial puso en nosotros deseos que nos hacen atractivos los unos a los otros: los jóvenes y las jóvenes, los hombres y las mujeres. Pero aunada a ese impulso debe estar la autodisciplina, rígida, firme y férrea.

*Enseñenles a esperar con anhelo el día en que se casen en la Casa del Señor,* como los que llegan al altar limpios de manchas o de maldades de cualquier clase. Se sentirán agradecidos todos los días de su vida de haberse casado en el templo, dignamente, bajo la autoridad del santo sacerdocio.

Entre paréntesis, vaya una palabra a ustedes, los hombres.

Vigilen los sentimientos que puedan experimentar a fin de que no se enreden en situaciones que conducirán al pesar, al remordimiento y, finalmente, al divorcio. El divorcio se ha vuelto común a todo nuestro

alrededor. Hay tantos que violan los convenios solemnes que han hecho ante Dios en Su Santa Casa.

Brigham Young dijo en una ocasión: “Una vez que se casen, en lugar de intentar librarse el uno del otro, reflexionen en que han tomado una decisión y esfuércense por honrarla y conservarla. No manifiesten que han actuado con imprudencia, ni digan que han tomado una mala decisión, ni permitan que nadie piense que lo han hecho. Ustedes han tomado una decisión: apéguese a ella y esfuércense por consolarse y ayudarse el uno al otro” (*Deseret News*, 29 de mayo de 1861, pág. 98).

Un divorcio, después de que todo se ha dicho y hecho, representa el fracaso de un matrimonio.

Tantísimos hombres se convierten en críticos crónicos. Si tan sólo buscaran las virtudes de su esposa en lugar de concentrarse tan sólo en sus defectos, el amor florecería y el hogar estaría seguro.

*Enseñen a sus hijos a orar.* No hay ningún otro recurso que se compare a la oración. Pensar que cada uno de nosotros puede acudir a nuestro Padre Celestial, que es el gran Dios del universo, para pedirle ayuda, guía y fe es un milagro en sí. Venimos a Él porque Él nos ha invitado a hacerlo. No rechazemos la oportunidad que Él nos ha dado.

Dios los bendiga, amados padres de familia. Que Él los bendiga con sabiduría y discernimiento, con comprensión, con autodisciplina y autodomínio, con fe, con bondad y amor. Y ruego que Él bendiga a sus hijos e hijas que han llegado a sus hogares, para que su influencia sea robustecedora, fortalecedora y orientadora al andar ellos por los peligrosos caminos de la vida. Que al pasar los años, y pasarán muy rápidamente, ruego que ustedes conozcan “la paz que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7) al contemplar a sus hijos y a sus hijas, quienes, del mismo modo habrán conocido esa sagrada y maravillosa paz. Ésa es mi humilde oración, en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. □



# Un testimonio cada vez mayor

**Presidente James E. Faust**

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

**“Al reflexionar en mi vida, distingo una fuente de fortaleza y bendición singulares; es mi testimonio y conocimiento de que Jesús es el Cristo”.**



**M**is amados hermanos, hermanas y amigos, he vivido un largo tiempo. Al reflexionar en mi vida, distingo una fuente de fortaleza y bendición singulares; es mi testimonio y conocimiento de que Jesús es el Cristo, el Salvador y el Redentor de todo el género humano. Me siento profundamente agradecido por que toda mi vida he tenido una fe sencilla en que Jesús es el Cristo. Ese testimonio me ha sido confirmado cientos de veces. Es el conocimiento supremo de mi alma. Es la luz espiritual de mi ser. Es la piedra angular de mi vida.

Como uno de los hermanos más pequeños entre ustedes, pero en mi llamamiento de apóstol del Señor,

testifico del Cristo que es nuestro Salvador y el Redentor del mundo. Puesto que este testimonio ha sido forjado con toda una vida de experiencias, estimo necesario relatar algunas de ellas que son de naturaleza muy personal. Pero este testimonio es mío y entiendo que el Salvador sabe que yo sé que Él vive.

La primera piedra angular de mi testimonio se estableció hace mucho tiempo. Uno de mis recuerdos más remotos es el haber tenido una aterradora pesadilla cuando era muy pequeño. Todavía la recuerdo vívidamente. Debo de haber gritado de miedo durante la noche. Mi abuela fue a despertarme. Yo lloraba y ella me tomó entre sus brazos, me abrazó y me consoló. Fue a buscar un tazón de mi arroz con leche predilecto que había quedado de la cena, yo me senté en su falda y ella me lo dio a comer en la boca. Me dijo que estábamos seguros en casa porque Jesús velaba por nosotros. Percibí en ese entonces que así era en realidad y todavía lo creo. Me sentí reconfortado en cuerpo y alma, y volví apaciblemente a acostarme, seguro de la divina realidad de que Jesús vela por nosotros.

Aquella primera y memorable experiencia condujo a otras poderosas confirmaciones de que Dios vive y de que Jesús es nuestro Señor y Salvador. Muchas de ellas vinieron en respuesta a la oración ferviente.

De niño, cuando perdía cosas como mi valiosísima navaja, aprendí que si oraba con fervor por lo general podía encontrarlas. Y siempre pude hallar las vacas perdidas que se habían confiado a mi cuidado. A veces, tenía que orar más de una vez, pero mis oraciones siempre eran contestadas. En ocasiones la respuesta era no, pero más a menudo eran positivas y de confirmación. Aun cuando la respuesta era no, llegué a saber que, en la gran sabiduría del Señor, la respuesta que recibía era para mi beneficio. Mi fe siguió creciendo como bloques que se van colocando sobre la piedra angular, línea por línea, precepto por precepto. Son demasiados como para mencionarlos uno por uno; algunos son demasiado sagrados para exponerlos.

Esas primeras semillas de fe retoñaron aún más cuando, siendo yo un muchachito del Sacerdocio Aarónico, recibí una confirmación de fuente original del notable testimonio de los tres testigos referente a la veracidad del Libro de Mormón. El presidente de mi estaca era el presidente Henry D. Moyle, y su padre era James H. Moyle. En el verano, el hermano James H. Moyle visitaba a su familia y asistía a nuestro pequeño barrio del sureste del Valle del Lago Salado.

Un domingo, el hermano James H. Moyle nos contó un hecho excepcional. De joven había ido a la Universidad de Michigan a estudiar derecho. Cuando estaba para terminar sus estudios, su padre le dijo que David Whitmer, uno de los testigos del Libro de Mormón, todavía vivía. El padre sugirió al hijo que en el camino de regreso a Salt Lake City pasara a visitar a David Whitmer. El objetivo del hermano Moyle era preguntarle acerca de su testimonio con respecto a las planchas de oro del Libro de Mormón.

Durante esa visita, el hermano Moyle dijo a David Whitmer: “Señor, usted es un hombre mayor y yo soy un joven. He estado estudiando de atestiguaciones y testimonios. Le ruego me diga la verdad sobre su testimonio como uno de los testigos del Libro de Mormón”.



**El lado sur del Centro de Conferencias.**

Entonces, David Whitmer le dijo: “Sí, yo sostuve las planchas en mis manos y un ángel las puso ante nosotros. Mi testimonio con respecto al Libro de Mormón es verdadero”. David Whitmer estaba fuera de la Iglesia, pero nunca negó su testimonio de la visitación del ángel, de haber tocado las planchas de oro y de la veracidad del Libro de Mormón. El haber oído con mis propios oídos esa experiencia notable de labios del hermano Moyle produjo un efecto poderoso y confirmante en mi creciente testimonio. Una vez que lo oí, vino a ser irrevocable para mí.

Una de las piedras del fundamento de mi testimonio se estableció cuando de joven fui a mi primera misión a Brasil. En aquel tiempo, nuestro trabajo era infructuoso y difícil. No podíamos ni siquiera vislumbrar el gran derramamiento del Espíritu del Señor que ha habido tanto en ese país como en los demás países de Sudamérica, de Centroamérica y en México en los años subsiguientes. Hace sesenta años, había sólo una estaca en todos esos países. Ahora hay 643 estacas en Latinoamérica. Y creo que eso es tan sólo el principio. Lo que ha ocurrido excede a todo lo que hubiese esperado o soñado. Es uno de los muchos milagros que he presenciado. Doy fe de

que todo eso no hubiera podido suceder sin la intervención divina del Señor, que vela por esta santa obra, no sólo en Latinoamérica, sino en todos los países del mundo.

En mi larga vida he hallado paz, regocijo y felicidad mucho más grandes de los que hubiera anhelado. Una de las bendiciones supremas de mi vida ha sido el haberme casado con una fiel hija de Dios. La quiero con todo mi corazón y con toda mi alma. He sido conducido en las alas de su espíritu.<sup>1</sup> Nos casamos en el Templo de Salt Lake hace 57 años cuando me fui de soldado a la Segunda Guerra Mundial sin saber si volvería vivo. Su fe firme e inquebrantable y su apoyo han fortalecido mi propio testimonio en los momentos difíciles. La promesa de mi jornada eterna, si tengo la bendición de recibirla, será magnífica con ella a mi lado.

Otra gran bendición de mi vida ha sido el haber tenido hijos aun cuando pensábamos que nunca podríamos tenerlos. Nuestra alegría se ha incrementado con nuestros nietos y bisnietos. Sólo por el poder de una bendición del sacerdocio eso se hizo posible.

No obstante, junto con las bendiciones, he conocido grandes dificultades y pesares. Estoy agradecido por las lecciones que he aprendido con

esos golpes de la adversidad. De jovencito, viví en los años de la gran depresión económica cuando los bancos quebraron y muchísimas personas perdieron el empleo y su casa, y pasaron hambre. Por fortuna, yo tenía trabajo en una fábrica de enlatados donde me pagaban 25 centavos por hora. ¡Quizás eso era todo lo que yo valía! Pero me sirvió para proseguir mis estudios. Estuve tres largos años en el servicio militar en la Segunda Guerra Mundial. La ocasión en que estuvimos en peligro de que el barco en que viajábamos se volcara en medio de una terrible tempestad en el Océano Pacífico, me puse en las manos del Señor y le prometí con fervor que si sobrevivía procuraría servirle todos los días de mi vida.

En ocasiones, he tropezado y he sido menos de lo que debía haber sido. Todos nos enfrentamos con el tener que tomar decisiones dolorosas, determinantes y difíciles que nos llevan a un nivel más elevado de espiritualidad. Son los Getsemanís de nuestras vidas que traen consigo intenso dolor y angustia. A veces son demasiado sagradas para darlas a conocer públicamente. Son las experiencias decisivas que nos ayudan a desterrar los anhelos injustos cifrados en las cosas del mundo. Al caer de nuestros ojos las escamas de tinieblas, vemos con mayor claridad quiénes somos y cuáles son nuestras responsabilidades con respecto a nuestro destino divino.

Reconozco humildemente que esas muchas experiencias han alimentado mi conocimiento firme de que Jesús es nuestro Salvador y Redentor. He oído Su voz y he sentido Su influencia y Su presencia, las que han sido como un manto de cálido abrigo espiritual. Lo asombroso de ello es que todos los que a conciencia se esfuerzan por guardar los mandamientos y por apoyar a sus líderes pueden recibir ese mismo conocimiento en cierta medida. El privilegio de prestar servicio en la causa del Maestro brinda gran satisfacción y paz interior.

El testimonio y la fe unidos de los primeros miembros de la Iglesia los llevó desde Palmyra a Kirtland, y de

Nauvoo al Valle del Lago Salado. Con el tiempo, esa fe establecerá esta obra por todo el mundo. Esa fuerza del testimonio y de la fe hace avanzar la obra de Dios de un modo prodigioso. El poder del Señor está en esta obra, como lo evidencian los extraordinarios sucesos de nuestros tiempos.

El presidente Gordon B. Hinckley preside lo que posiblemente es el mayor número de personas fieles que han vivido sobre la faz de la tierra. Testifico que él es de verdad un gran profeta. Él necesita seguidores fieles. La gran fuerza de esta Iglesia proviene de nuestros testimonios colectivos e individuales, cultivados con nuestras propias pruebas y fidelidad. La fidelidad de los santos ha hecho posible que este gran Centro de Conferencias se construyera y se dedicara en el nombre del Señor en este día histórico. Es único en su género en el mundo entero. Cuán asombrosas y grandes son las obras del Señor en nuestra época. Como pueblo, no somos todavía lo que debemos ser... estamos lejos de ello. Sin embargo, confío en que nos esforzaremos con mayor ahínco por llegar a ser un pueblo más recto, digno de seguir recibiendo las bendiciones del cielo.

La celeridad con que se han edificado templos en nuestros días ha sido extraordinaria. Por la visión profética del presidente Hinckley ahora tenemos cien templos, 39 de los cuales han sido dedicados desde la conferencia de octubre del año pasado. Ese logro notable ha sido posible gracias a los fieles pagadores de diezmos. Esto a su vez ha hecho que el Señor cumpla la promesa que hizo por medio de Malaquías: "...y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde"<sup>2</sup>. Todos estos bellísimos y santos edificios son un testimonio de nuestra creencia en que el Salvador rompió las ligaduras de la muerte y nos abrió el camino para que hiciéramos convenios que serán válidos en otro mundo.

Al igual que Alma, puedo testificar que "todas las cosas indican que hay un Dios, sí, aun la tierra y todo cuanto hay sobre ella, sí, y su movimiento, sí, y también todos los planetas que se mueven en su orden regular testifican que hay un Creador Supremo"<sup>3</sup>.

En una revelación manifestada al profeta José Smith que sé es verdadera, el Salvador testificó de sí mismo con estas palabras: "...yo soy la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo;

"...soy en el Padre, y el Padre en mí, y el Padre y yo somos uno..."<sup>4</sup>.

El Señor ha prometido que "...toda alma que deseche sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy..."<sup>5</sup>.

Cuando fui llamado al santo apostolado hace ya muchos años, mi testimonio firme me indujo a testificar en aquella ocasión con las siguientes palabras:

"Considero que un requisito fundamental para el sagrado

apostolado es el de ser testigo personal de que Jesús es el Cristo y el Divino Redentor. Tal vez solamente sobre la base de ese concepto pueda yo llenar los requisitos necesarios. He llegado a conocer esta verdad por medio de la indecible paz y el poder del Espíritu de Dios"<sup>6</sup>.

Desde que acepté ese llamamiento, mi testimonio indudable ha aumentado enormemente. Ello se debe a mi testimonio inquebrantable de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

Mi mayor deseo es ser leal y fiel hasta el fin de mis días en la tierra. Que ello sea así para todos nosotros, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Véase 2 Nefi 4:25.
2. Malaquías 3:10.
3. Alma 30:44.
4. D. y C. 93:2-3.
5. D. y C. 93:1.
6. "Mi respuesta al llamamiento", *Liahona*, febrero de 1979, pág. 26.



# Discipulado

Élder L. Tom Perry  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“Debemos crear... procesos continuos e ininterrumpidos que nos acerquen más al Señor nuestro Salvador a fin de ser contados entre Sus discípulos”.**



**M**i madre era muy buena para delegar. Cada sábado por la mañana, cuando mis hermanos, hermanas y yo éramos niños, nos daba la asignación de los quehaceres de la casa. Las instrucciones que nos daba las había aprendido de su madre.

Asegúrense de limpiar muy bien los rincones y a lo largo de los rodapiés. Si van a dejar algo mal, más vale que sea en el centro de la habitación.

Ella sabía muy bien que si nos esmerábamos en los rincones, nunca tendría problemas con lo que se dejara en el centro de la habitación. Lo que queda a la vista jamás se dejaría sin limpiar.

A través de los años, el consejo de mi madre ha tenido enormes aplicaciones en muchas y diferentes formas en mi vida. Es especialmente aplicable a las tareas de limpieza espiritual. Los aspectos públicos de nuestra vida se solucionan por sí

solos porque deseamos dar la mejor impresión posible. Pero es en las partes más recónditas donde existen cosas que sólo nosotros sabemos y con las que debemos ser particularmente esmerados para asegurarnos de que estamos limpios.

Uno de esos rincones de nuestra vida que requiere atención especial es el de nuestros pensamientos. Debemos cuidarnos continuamente de esos momentos en que no hacemos nada y dejamos que nuestra mente vague por territorios prohibidos. En Proverbios leemos:

“Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7).

Y Judas ha escrito: “...soñadores mancillan la carne...” (Judas 1:8).

Ineludiblemente, nuestros pensamientos conforman nuestra vida. James Allen lo expresa de esta forma en su libro *Como piensa el hombre*:

“Del mismo modo que la planta nace y no podría existir sin la simiente, cada acto del hombre florece de las ocultas semillas del pensamiento y no podría haber nacido de no ser por ellas. Esto se aplica tanto a aquellos actos llamados ‘espontáneos’ o ‘no premeditados’, como a los que realizamos de manera consciente...”

“...En el arsenal del pensamiento forja él las armas que le destruyen; también da forma a las herramientas con las que edifica para sí mansiones celestiales de dicha, fortaleza y paz... Entre estos dos extremos se hallan todos los grados del carácter, y el hombre es su propio creador y maestro... Es el dueño del pensa-

miento, el moldeador del carácter y el hacedor y forjador de su condición, entorno y destino” (Allen, James, *As a Man Thinketh*, 1983, págs. 7–10).

Entonces el señor Allen añadió: “Dejemos que un hombre altere sus pensamientos de manera radical y se asombrará de la rápida transformación que se efectuará en las condiciones materiales de su vida. Los hombres piensan que pueden mantener sus pensamientos en secreto, pero no es así; éstos cristalizan rápidamente en hábitos, y el hábito se consolida en el carácter” (*As a Man Thinketh*, págs. 33–34).

Ciertamente, una de las áreas que debemos esforzarnos por mantener limpia es la de nuestros pensamientos. Lo ideal es mantenerlos centrados en cosas espirituales.

Otro rincón en el que se puede acumular el polvo por nuestra negligencia es el de la instrucción que damos a nuestra familia. El presidente Kimball dejó bien claras sus inquietudes con estas palabras:

“Nuestro éxito, como individuos y como Iglesia, lo determinará en gran medida la exactitud con la que vivamos el Evangelio en el hogar. Sólo cuando entendemos con claridad las responsabilidades que tiene cada persona y el papel que desempeñan la familia y el hogar, podemos comprender de forma apropiada que los quórums del sacerdocio y las organizaciones auxiliares, incluso los barrios y las estacas, existen principalmente para ayudar a los miembros a vivir el Evangelio en el hogar. Entonces podremos entender que las personas son más importantes que los programas, y que los programas de la Iglesia deben siempre apoyar y no restar a las actividades familiares centradas en el Evangelio...”

“Todos deben trabajar en unión para hacer del hogar un sitio en el que nos guste estar, un lugar donde se nos escuche y donde aprendamos, donde cada miembro de la familia pueda hallar amor, apoyo, aprecio y ánimo.

“Repito que nuestro éxito, como individuos y como Iglesia, dependerá

en gran medida de la exactitud con la que vivamos el Evangelio en el hogar” (Spencer W. Kimball, “Living the Gospel in the home”, *Ensign*, 1978, pág. 101).

Mi consejo para todos ustedes es que debemos crear procesos que motiven una limpieza espiritual del hogar, procesos continuos e ininterrumpidos que nos acerquen más al Señor nuestro Salvador a fin de ser contados entre Sus discípulos.

El objetivo central de nuestra probación mortal es prepararnos para presentarnos ante Dios y heredar las bendiciones que ha prometido a Sus hijos dignos. El Salvador estableció el ejemplo durante Su ministerio mortal y animó a quienes le seguían para que llegaran a ser discípulos Suyos.

Lo siguiente se ha escrito sobre el discipulado:

“La palabra *discípulo* viene del latín... [y significa] aprendiz. Un discípulo de Cristo es aquel que está aprendiendo a ser como Él, aprendiendo a pensar, sentir y obrar igual que Él. Ser un discípulo verdadero y cumplir con esta labor de aprendizaje es el proceso que más exige del

hombre. Ninguna otra disciplina se le compara en requisitos y recompensas, pues requiere de una transformación total de la persona desde el estado del hombre natural hacia el de santo, uno que ama al Señor y le sirve con todo Su corazón, alma, mente y fuerza” (Chauncey C. Riddle, “Becoming a Disciple”, *Ensign*, septiembre de 1978, pág. 81).

El Salvador instruyó a quienes le seguían sobre la esencia del discipulado, cuando dijo:

“...Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame.

“Y ahora, para que el hombre tome su cruz, debe abstenerse de toda impiedad, y de todo deseo mundano, y guardar mis mandamientos” (Mateo 16:25).

“No quebrantéis mis mandamientos para salvar vuestra vida; pues el que salve su vida en este mundo, la perderá en el venidero.

“Y cualquiera que pierda su vida en este mundo, por mi causa, la hallará en el venidero.

“Por tanto, renunciad al mundo y salvad vuestras almas” (TJS—

Mateo 16:25–26; JST—Matthew 16:27–29).

Cuando el Espíritu conquista la carne, ésta se convierte en siervo, y no en maestro. Una vez que hemos limpiado los rincones de lo mundano y estamos listos para ser obedientes al Señor, podemos recibir Su palabra y guardar Sus mandamientos.

Cuando las personas se consagran a convertirse en discípulos del Señor tiene lugar un cambio dramático en sus vidas. Uno de los ejemplos más representativos que recuerdo de las Escrituras es el de la conversión de Alma, hijo, y del cambio acaecido en su semblante mismo cuando se convirtió en discípulo del Señor. Recuerden que Alma y los hijos de Mosíah se contaban entre los incrédulos. Alma era un hombre de mucha palabrería que podía lisonjear mucho a las personas, y que condujo a muchos de los del pueblo a hacer toda clase de iniquidad. Se convirtió en un gran tropiezo para la Iglesia pues se granjeó el corazón del pueblo y causó mucha disensión entre la gente. Mas debido a la humilde súplica de su padre, se le apareció un ángel mientras andaba causando problemas. Alma se quedó tan atónito que cayó al suelo y el ángel le mandó:

“Alma, levántate y acércate, pues ¿por qué persigues tú a la iglesia de Dios? Porque el Señor ha dicho: Ésta es mi iglesia, y yo la estableceré; y nada la hará caer sino la transgresión de mi pueblo” (Mosíah 27:13).

Estaba tan débil que no podía moverse y tuvieron que llevarlo. También estaba mudo. Lo llevaron ante su padre, el cual se llenó de gozo y llamó al pueblo para que orara por su hijo.

“Y aconteció que después de que hubieron ayunado y orado por el espacio de dos días y dos noches, los miembros de alma recobraron su fuerza, y se puso de pie y comenzó a hablarles, diciéndoles que se animaran;

“porque, dijo él, me he arrepentido de mis pecados, y el Señor me ha redimido; he aquí, he nacido del Espíritu” (Mosíah 27:23–24).





**Una vista desde el este al oeste en el nivel del palco, en el Centro de Conferencias.**

Y entonces relata la gran tribulación y sufrimiento por los que pasó al darse cuenta de que había sido expulsado del reino de Dios, y recordó las enseñanzas de su padre y clamó al Señor para que pudiera ser preservado.

Ahora vemos el dramático cambio que tiene lugar cuando se convierte en discípulo de nuestro Redentor.

“Y aconteció que de allí en adelante, Alma y los que estaban con él cuando el ángel se les apareció empezaron a enseñar al pueblo, viajando por toda la tierra, proclamando a todo el pueblo las cosas que habían oído y visto, y predicando la palabra de Dios con mucha tribulación...” (Mosíah 27:32).

En la historia pionera de mi familia hay muchos relatos de almas nobles que exhibían las características del verdadero discipulado. El bisabuelo de mis hijos fue un valiente discípulo de Jesucristo, que procedía de una acaudalada familia de propietarios de tierras en Dinamarca. Siendo el hijo favorito,

iba a heredar las propiedades de su padre. Se enamoró de una joven hermosa que no era de la misma clase social de la familia, por lo que se le instó a discontinuar la relación. Él no estaba dispuesto a seguir el consejo de su familia y en una de las veces que fue a visitar a la muchacha, descubrió que toda la familia de ella se había unido a la Iglesia. Él se negó a escuchar la doctrina que la familia de ella había abrazado y muy seriamente le dijo a la joven que tenía que escoger entre él y la Iglesia, a lo que ella contestó con audacia que no dejaría su religión.

Ante tal disposición, él decidió que escucharía las enseñanzas que tan importantes eran para ella. Poco después sintió la inspiración del Espíritu y también él se convirtió al Evangelio. Mas cuando informó a sus padres de su decisión de unirse a la Iglesia y casarse con la joven, ellos se enfadaron con él y le obligaron a decidir entre su familia, con sus riquezas, y la Iglesia. El joven se alejó de las comodidades que había conocido durante toda la vida, se

unió a la Iglesia y se casó con la muchacha.

Inmediatamente comenzaron a prepararse para dejar Dinamarca y partir hacia Sión. Al no contar con el apoyo de su familia, él tuvo que trabajar en cualquier empleo que pudiera encontrar para poder ahorrar para el viaje a esa nueva tierra. Tras un año de duro trabajo, había ahorrado dinero suficiente para el pasaje. Pero cuando estaban con los preparativos de la partida, les visitó su presidente de rama y les dijo que había una familia con necesidades mayores que las de él y su esposa, y le preguntó si daría el dinero que había ahorrado para que esa familia pudiera ir a Sión.

El discipulado requiere sacrificio. Ellos dieron sus ahorros a la familia necesitada y comenzaron otro año de dura labor de ahorro para financiarse el viaje. Finalmente llegaron a Sión, pero no sin antes hacer muchos otros sacrificios de verdaderos discípulos.

Al joven rico se le dio una de las pruebas más duras del discipulado cuando se le dijo:

“...vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres... y ven y sígueme” (Mateo 19:21).

Para muchos de nosotros una prueba igualmente difícil es la de desprendernos de nuestros malos hábitos y pensamientos mundanos para que no haya conflictos ni compromisos en nuestra devoción al servicio del Señor.

Como verdaderos discípulos de Cristo, deseo que nuestra vida sea un reflejo de Su ejemplo, que tomemos Su nombre sobre nosotros y seamos testigos Suyos en todo tiempo y en todo lugar (véase Mosíah 18:9).

Además, ruego que Dios nos bendiga para que deseemos de todo corazón hacer una limpieza espiritual, llegando a todos los rincones y limpiando todas aquellas cosas que nos empequeñezcan como discípulos del Señor, para que podamos avanzar en el servicio de Aquel que es nuestro Salvador y Rey, lo ruego humildemente, en el nombre de nuestro Señor, Jesucristo. Amén. □

# “Divina luz”

**Virginia U. Jensen**

Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

**“La luz de Jesucristo es más fuerte que cualquier clase de oscuridad que enfrentemos en esta vida, si tenemos fe en Él, lo buscamos y obedecemos”.**



Cuando tenía sólo diez años de edad, Joshua Dennis pasó cinco días atrapado en la total oscuridad de una mina abandonada. Cuando los del equipo de rescate por fin escucharon el leve sollozo que pedía ayuda y lo extrajeron de esa terrible oscuridad, estaba desorientado, tenía frío y estaba exhausto. Para gran sorpresa de ellos, no tenía miedo. Josh pasó el tiempo durmiendo, pidiendo auxilio y orando. “Alguien me estaba protegiendo”, dijo. “Sabía que me iban a encontrar”.

La fe sencilla pero profunda de Joshua había sido fortalecida por padres que le habían enseñado que tenía un Padre Celestial que sabía dónde estaba en todo momento. Le enseñaron que había nacido con la luz de Cristo dentro de él. En verdad, Josh había sido criado en la luz y la verdad (véase D. y C. 93:40), de modo que cuando se encontró

acurrucado en una saliente a 600 metros de profundidad en la mina, él había recurrido a esa luz para sostenerlo y consolarlo, y para darle valor y esperanza. Josh experimentó lo que Abinadí enseñó cuando, refiriéndose a Cristo, dijo: “Él es la luz y la vida del mundo; sí, una luz que es infinita, que nunca se puede extinguir” (Mosíah 16:9).

Cuán apropiado que el nacimiento del Salvador en Belén estuviese acompañado de manifestaciones milagrosas de luz en el hemisferio occidental. Al tiempo de Su nacimiento “a la puesta del sol, no hubo oscuridad; y el pueblo empezó a asombrarse porque... no hubo oscuridad durante toda esa noche” (3 Nefi 1:15, 19). Esa celebración de luz fue un marcado contraste a lo que ocurrió durante Su crucifixión, cuando “hubo densa oscuridad sobre toda la faz de la tierra, de tal manera que los habitantes... podían sentir el vapor de tinieblas” (3 Nefi 8:20–23).

Hay toda clase de oscuridad en este mundo: la oscuridad que proviene del pecado; la oscuridad que proviene del desaliento, del desánimo y la desilusión; la oscuridad que proviene de la soledad y de los sentimientos de ineptitud. Del mismo modo que la luz que ardía en el corazón de Josh Dennis fue más fuerte que la oscuridad sofocante que lo rodeaba, la luz de Jesucristo es más fuerte que cualquier clase de oscuridad que enfrentemos en esta vida, si tenemos fe en Él, lo buscamos y obedecemos. Porque como lo reveló el profeta José, “si vuestra

mira está puesta únicamente en mi gloria [o sea, la gloria del Señor], vuestro cuerpo entero será lleno de luz y no habrá tinieblas en vosotros” (D. y C. 88:67).

La luz de Cristo y el mensaje del Evangelio de luz y salvación pueden oscurecerse en nuestra propia vida sólo mediante nuestra desobediencia y falta de fe. De igual manera, la luz de Cristo aumenta en nuestra vida cuando guardamos los mandamientos y continuamente nos esforzamos por ser como Él es. Porque “lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente” (D. y C. 50:24).

A medida que la luz de Jesucristo y de Su Evangelio resplandecen más en nuestros rostros y nuestros corazones, se nos hace más fácil discernir entre lo que en verdad es de valor y las falsedades del mundo. El saber que Cristo nos amó lo suficiente para estar dispuesto a llevar sobre Sí el peso de nuestros pecados, elimina la necesidad de depender sólo en nosotros mismos y de confiar injustificadamente en el brazo de la carne. La creencia de que la Expiación nos restaura todo lo que perdemos debido al pecado y a los malos pasos a lo largo del sendero de la vida nos ofrece una esperanza más grande que cualquier placer temporal o emoción momentánea terrenal.

Consideren la experiencia del rey Lamoni. Aunque poseía poder ilimitado, cuantiosos tesoros terrenales y sirvientes que atendían todas sus necesidades, vivía en oscuridad espiritual. Cuando estuvo dispuesto a permitir que Ammón le enseñara el Evangelio, ocurrió algo extraordinario, ya que Lamoni “cayó a tierra como si estuviera muerto” (Alma 18:42). “Ammón... sabía que el rey Lamoni se hallaba bajo el poder de Dios; sabía que el oscuro velo de incredulidad se estaba disipando de su mente, y la luz que iluminaba su mente, que era la luz de la gloria de Dios... sí, esta luz había infundido tal gozo en su alma” (Alma 19:6).

Únicamente la gloria de Dios y la luz de vida eterna producen un

gozo lo suficientemente profundo para llenarnos de asombro y para eliminar “el obscuro velo de incredulidad”.

A través de las Escrituras, y de hecho, en los escritos de serios cristianos a través de los siglos, encontramos ejemplos de la forma en que el mensaje de luz y salvación de Cristo nos puede sostener espiritual y físicamente. Cuando era un joven sacerdote que viajaba por Italia en 1833, el inglés John Henry Newman afrontó obscuridad emocional y física cuando una enfermedad lo detuvo ahí durante varias semanas. Se sintió sumamente desalentado, y una enfermera que lo vio llorando le preguntó qué le sucedía. Lo único que pudo responder era que estaba seguro que Dios tenía una obra para él en Inglaterra. Ansioso por regresar a casa, por fin pudo encontrar pasaje en una pequeña embarcación.

Poco después de que la embarcación hubo zarpado, descendió una densa niebla que oscureció los peligrosos acantilados que los rodeaban. Al estar atrapados durante una semana en las húmedas y grises tinieblas, sin que la embarcación pudiese moverse ni para adelante ni para atrás, Newman suplicó la ayuda del Salvador al escribir la letra de un conocido himno: “Divina Luz”.

*Divina Luz, con esplendor  
benigno...*

*Oscuras son la noche y la senda;  
Muy lejos de tu pabellón estoy,  
y al hogar de las alturas voy.  
(Himnos, N<sup>o</sup> 48)*

Este himno expresa una enseñanza que en nuestro corazón sabemos que es verdadera: aunque los pesares apaguen otras fuentes de luz, Cristo iluminará nuestro sendero “con firme pie”, y nos mostrará el camino a casa. Porque como el Salvador ha prometido: “...el que me sigue, no andará en tinieblas” (Juan 8:12).

De vez en cuando, todos nos encontramos en lugares de obscuridad; quizás nos extraviemos en



obscuras cavernas espirituales cuando hagamos elecciones erróneas, demos cabida a la influencias malignas en nuestra vida y nos alejemos de la luz del Evangelio para aferrarnos al mundo un poco más de tiempo. Al principio tal vez parezca inofensivo, quizás lo hagamos por simple curiosidad, pero antes de que nos percatemos de ello, nos separamos de la luz y nos quedamos solos a oscuras. ¿Por qué permanecemos en la obscuridad cuando la luz de Cristo está pronta para rescatarnos? Regocijémonos en la cálida y brillante luz del Evangelio de Jesucristo; dejemos que la divina luz del Salvador nos dirija paso a paso. Dejemos que los convenios y los mandamientos nos mantengan seguros al seguir el sendero del Evangelio a nuestro hogar celestial.

¿Recuerdan a Josh Dennis? Actualmente es el élder Dennis, que sirve una misión muy lejos de la

obscura mina que lo tuvo cautivo. Actualmente el élder Dennis transita los caminos estrechos y desconocidos de Honduras, donde comparte un mensaje de esperanza, salvación y luz. Lo que enseña todos los días es una paradoja de lo que experimentó cuando era un niño perdido en una mina: que en medio de las tinieblas que nos rodean, en medio de las más tenebrosas circunstancias, es posible sentir esperanza, paz y consuelo, todo ello a causa de la luz que es más fuerte que toda la oscuridad: la luz de Jesucristo.

Sé por experiencia propia, tan ciertamente como Josh lo sabe por la de él, en cuanto a la realidad de ese maravilloso ser de luz: nuestro Salvador. Ruego que todos abracemos Su luz y vivamos de tal manera que ilumine nuestro sendero y nos conduzca a nuestro hogar celestial, en el nombre de Jesucristo. Amén. □



# Día de dedicación

**Presidente Thomas S. Monson**

Primer Consejero de la Primera Presidencia

**“Como expresión de nuestro amor por el Señor, ¿no podríamos rededicar nuestras vidas y hogares del mismo modo?”**



**U**no de mis himnos favoritos describe los tiernos sentimientos de mi corazón y de mi alma en este hermoso día de dedicación, y creo que la letra también describirá los de ustedes:

*¡En este día de gozo y dicha,  
Tu nombre alabamos, Señor;  
En este lugar donde adoramos  
Declaramos Tu gloria en alta voz!*

*¡Claro y limpio se eleva el son  
Entre cánticos de alabanza  
A nuestro Creador, Rey y Señor!*

El 7 de abril de 1863, Charles C. Rich habló en cuanto a la necesidad de edificar un tabernáculo donde reunirse, y declaró:

“¿Qué diré sobre el tabernáculo? Es evidente que podemos disfrutar ya de la bendición de una construcción semejante, mas si lo posponemos, ¿cuándo lo haremos? Cuando se levante ese edificio, podremos

disfrutar del beneficio y de las bendiciones que nos dará. Este mismo principio se aplica a todo lo que tenemos entre manos, ya sea construir un templo, edificar un tabernáculo, enviar carromatos a la frontera para recoger a los pobres, o... cualquier otra cosa que se requiera de nosotros. Y nada de esto se realizará a menos que trabajemos y hagamos algo nosotros mismos. No tenemos a nadie más de quien depender, así que tenemos la obligación de trabajar y hacerlo bien de nuestra parte”<sup>2</sup>.

¡Y pusieron manos a la obra!

Doy gracias a Dios por nuestro noble profeta, el presidente Gordon B. Hinckley, quien, con la visión de un vidente, reconoció la necesidad de este magnífico edificio y, con la ayuda de muchas otras personas, “puso manos a la obra”. El resultado está hoy ante nosotros y será dedicado esta mañana.

Como símbolo de nuestra gratitud, como expresión de nuestro amor por el Señor, ¿no podríamos rededicar nuestras vidas y hogares del mismo modo?

En su epístola a los corintios, el apóstol Pablo incluyó un matiz apostólico sobre el compromiso que tenemos de edificar cuando declaró: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”<sup>3</sup>.

La necesidad de la dedicación personal y de la renovación del compromiso son esenciales en la sociedad actual. Echemos un rápido vistazo a varios artículos periodísticos que describen nuestra situación.

Lo siguiente procede de la agencia *Associated Press*: “En nombre de

la libertad de expresión, la Corte Suprema abolió una ley federal que protegía a los niños de los canales de televisión por cable con contenidos sexuales”<sup>4</sup>.

El siguiente relato venía en el diario *The San Jose Mercury News*: “Puede que Alemania sea el motor económico de Europa, pero los domingos se apaga. Las fuerzas del mercado global están comenzando a alterar el tradicional día de descanso alemán. Con... el estilo americano [de poder comprar todos los días de la semana] y con Internet ofreciendo un acceso de 24 horas a los bienes del mundo, los rígidos horarios comerciales ‘son como un castillo de la Edad Media’. Para competir con otras ciudades del mundo, Berlín debe ser más agresiva. ‘Queremos hacer más dinero’”<sup>5</sup>.

Al contemplar la desilusión que actualmente embarga a miles de personas, aprendemos por las malas lo que un antiguo profeta escribió para nosotros hace tres mil años: “El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener no sacará fruto”<sup>6</sup>.

El reverenciado Abraham Lincoln describió nuestra difícil situación con exactitud:

“Hemos sido los receptores de la más selecta abundancia de los cielos; hemos sido preservados todos estos años con paz y prosperidad; hemos crecido en número, en riqueza y en poder... pero hemos olvidado a Dios. Hemos olvidado la mano misericordiosa que nos preservó en paz, que nos multiplicó, enriqueció y fortaleció, y vanamente nos hemos imaginado, en el espíritu engañoso de nuestro corazón, que todas estas bendiciones eran fruto de una sabiduría y virtud humanas de carácter superior. Embriagados de un éxito continuo, hemos llegado a ser demasiado autosuficientes para sentir la necesidad de la gracia protectora y redentora, demasiado orgullosos para orar al Dios que nos creó”<sup>7</sup>.

Cuando la tormenta azota los mares de la vida, el marinero sabio busca un puerto de paz. La familia, como tradicionalmente la hemos



**Una fuente da la bienvenida a los visitantes que entran por la esquina suroeste del Centro de Conferencias.**

conocido, es dicho refugio seguro. “El hogar es la base para una vida recta y no hay nada que pueda suplantarle ni cumplir sus funciones esenciales”<sup>8</sup>. En realidad, el hogar es mucho más que una casa. La casa se construye de madera, ladrillo y piedra. El hogar consiste de amor, sacrificio y respeto. Una casa puede ser un hogar, y éste puede ser un refugio cuando alberga a una familia. Cuando los verdaderos valores y las virtudes básicas son el fundamento de las familias que constituyen la sociedad, la esperanza vencerá a la desesperación, y la fe triunfará sobre la duda.

Tales valores, al enseñarse y vivirse en nuestras familias, serán como la ansiada lluvia para la tierra seca; se engendrará el amor; se realzará la lealtad a uno mismo y se fomentarán virtudes como el carácter, la integridad y la bondad. La familia debe ocupar su lugar primordial en nuestro modo de vida, ya que es el único cimiento sobre el que una sociedad de seres humanos responsables puede edificar el futuro mientras mantiene los valores que tanto aprecia en el presente.

Hay diversos tipos de hogares felices. Algunos son familias con padre, madre, hermanos y hermanas que viven juntos en un espíritu de amor. Otras consisten en un padre soltero con uno o dos hijos, mientras que otros hogares no tienen más que un inquilino. Sin embargo, existen algunos elementos particulares de un hogar feliz, sin importar el número ni el tipo de integrantes de la familia. Estos elementos son los siguientes:

La costumbre de orar.

Una fuente de aprendizaje.

Un legado de amor.

Jacob, hermano de Nefi, declaró en el continente americano: “Confiad en Dios con mentes firmes, y orad a él con suma fe”<sup>9</sup>.

Se le preguntó a un eminente juez lo que nosotros, ciudadanos de los países del mundo, podíamos hacer para reducir el crimen y la desobediencia a la ley, y traer paz y felicidad a nuestra vida y países. Él respondió con seriedad: “Yo sugeriría que se volviera a la vieja práctica de la oración familiar”.

En cuanto al hacer de nuestra vida y de nuestro hogar una fuente

de aprendizaje, el Señor aconsejó: “Buscad palabras de sabiduría de los mejores libros; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe”<sup>10</sup>.

Los libros canónicos nos ofrecen esta fuente de aprendizaje a la que me refiero. Debemos tener cuidado de no subestimar la capacidad que tienen los niños para leer y entender la palabra de Dios.

Como padres, debemos recordar que nuestra vida puede ser el libro de la biblioteca familiar que más atesoren los hijos. ¿Es nuestro ejemplo digno de emular? ¿Vivimos de tal modo que un hijo o una hija pueda decir “Quiero seguir a mi padre” o “Quiero ser como mi madre”? A diferencia del libro del estante de la biblioteca, cuyas cubiertas protegen su contenido, nuestra vida no puede estar cerrada. Padres, en verdad somos un libro abierto en la fuente de aprendizaje de nuestro hogar.

¿Somos un ejemplo del legado del amor? ¿Lo son nuestros hogares? Bernadine Healy aconsejó lo siguiente durante un discurso pronunciado en una entrega de diplomas:

“Como doctora en medicina que ha tenido el gran privilegio de compartir los más profundos instantes de la vida de las personas, incluso sus últimos momentos, permítanme contarles un secreto. La gente que se enfrenta a la muerte no se pregunta qué títulos académicos ha conseguido, qué puestos ha desempeñado o cuánta riqueza ha acumulado. Al final, lo que verdaderamente importa es quién te ha amado y a quién has amado. El círculo del amor lo es todo y constituye una excelente medida de nuestra vida pasada. Es el don de mayor valor”<sup>11</sup>.

El mensaje de nuestro Señor y Salvador era un mensaje de amor que puede ser como una luz en nuestro camino hacia la exaltación.

“Cerca del fin de sus días, un padre reflexionaba en cómo había empleado su tiempo. Siendo un aclamado y respetado autor de numerosas obras de erudición, dijo: ‘Desearía haber escrito un libro menos y haber llevado a mis hijos de pesca un poco más a menudo’.

“El tiempo pasa fugazmente. Mucho padres dicen que fue ayer cuando sus hijos nacieron. Ahora esos hijos han crecido; quizás tengan sus propios hijos. ‘¿A dónde se fueron los años?’”, se preguntan. No podemos reclamar el tiempo pasado, no podemos detener el tiempo actual, y no podemos vivir el futuro en el presente. El tiempo es un don, un tesoro que no podemos hacer a un lado para el mañana, sino para usarlo sabiamente hoy.

¿Hemos cultivado un espíritu de amor en nuestros hogares? El presidente David O. McKay observó: “El verdadero hogar mormón es aquel en el que, si Cristo entrara, se sentiría complacido de quedarse y des cansar”<sup>12</sup>.

¿Qué estamos haciendo para asegurarnos de que nuestros hogares reflejen esa descripción? ¿Somos nosotros mismos un reflejo de ella?

A lo largo del camino de la vida se producen bajas. Algunos se alejan de las señales que conducen a la vida eterna, sólo para descubrir que el desvío escogido no conduce sino

a un callejón sin salida. La indiferencia, la despreocupación, el egoísmo y el pecado cobran un elevado pago de vidas humanas. Hay quienes, por motivos inexplicables, marchan al compás de otra melodía, para más tarde descubrir que han seguido al flautista del dolor y del sufrimiento.

Hoy se extiende desde este púlpito una invitación a toda la gente del mundo: vuelve de tu errante sendero, viajero cansado; vuelve al Evangelio de Jesucristo, a ese paraíso llamado hogar. Aquí descubrirás la verdad, aprenderás sobre la realidad de la Trinidad, el consuelo del plan de salvación, la santidad del convenio del matrimonio o el poder de la oración personal, vuelve a casa.

Muchos recordamos de nuestra juventud el relato de un muchacho que fue llevado de casa de sus padres a un pueblo lejano. El joven creció en esas condiciones, sin saber de sus verdaderos padres ni de su hogar.

¿Dónde podría hallarlo? ¿Dónde encontraría a sus padres? Oh, si tan sólo pudiera recordar sus nombres, su búsqueda sería menos descorazonadora. Buscó con denuedo recordar aunque sólo fuera un detalle de su infancia.

Como un relámpago de inspiración, recordó el sonido de una campana situada en lo alto de la iglesia del pueblo y que les daba la bienvenida en el día de reposo. El joven se fue de pueblo en pueblo, buscando el familiar sonido. Algunas campanas eran casi iguales y otras sonaban muy diferentes de las que recordaba.

Finalmente, un domingo de mañana, el cansado joven estaba ante la iglesia de un pueblo cualquiera y escuchó con atención el repique de la campana. No se parecía a ninguna de las otras campanas, con excepción de aquella que tañía en el recuerdo de sus días de la infancia. Sí, era la misma campana, el sonido era idéntico. Los ojos se le llenaron de lágrimas, el corazón le rebotaba de felicidad; tenía el alma llena de gratitud. El joven se arrodilló, miró hacia el campanario

—hacia el cielo— y susurró en una oración de agradecimiento: “Gracias Dios, porque estoy en casa”.

Como el tañido de una familiar campana será la verdad del Evangelio de Jesucristo para el alma que lo busca diligentemente. Muchos de ustedes han realizado un largo viaje en busca de aquello que les suena familiar. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días les extiende una seria petición: abran sus puertas a los misioneros; abran sus mentes a la palabra de Dios; abran el corazón — aun el alma misma— al sonido de la voz suave y apacible que testifica de la verdad. Tal y como prometió el profeta Isaías: “Tus oídos oirán... palabra que diga: Éste es el camino, andad por él”<sup>13</sup>. Entonces, al igual que el muchacho del que he hablado, también ustedes se arrodillarán para decirle a nuestro Dios: “Estoy en casa”.

Que ésa sea la bendición de todos, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

## NOTAS

1. Robertson, Leroy J., *Hymns of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, Nº 64.
2. *Deseret News Weekly*, 20 de mayo de 1863, pág. 369.
3. 1 Corintios 3:16.
4. Richard Carelli, “High Court Kills Limits on TV Sex,” *The Salt Lake Tribune*, pág. A1, 23 de mayo de 2000.
5. Daniel Rubin, “Global Economy Erodes Ban on Sunday Shopping,” *The Salt Lake Tribune*, pág. A1, 23 de mayo de 2000.
6. Eclesiastés 5:10.
7. James D. Richardson, *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents*, 10 tomos, 1897, 5:3366.
8. En *Conference Report*, octubre de 1962, pág. 72.
9. Jacob 3:1.
10. Doctrina y Convenios 88:118.
11. “On Light and Worth: Lessons from Medicine”, discurso de apertura, Vassar College, 29 de mayo de 1994, pág. 10, colecciones especiales.
12. *Conference Report*, octubre de 1947, pág. 120.
13. Isaías 30:21.

# Este grandioso año milenario

Presidente Gordon B. Hinckley

**“Esta obra posee una vitalidad que jamás se había manifestado a tal grado”.**



**M**is hermanos y hermanas, ¡qué gran inspiración son! Al mirar los rostros de esta vasta congregación y darme cuenta de que hay muchos más congregados alrededor del mundo, me acoge un inmenso sentimiento de amor por cada uno de ustedes. ¡Qué maravillosos son! Ruego que el Santo Espíritu me guíe al dirigirme a ustedes.

Antes de entrar en el edificio esta mañana sellamos la piedra de revestimiento de la piedra angular de la estructura, de esta magnífica y nueva estructura.

Preservamos el simbolismo de la piedra angular como recordatorio del Hijo de Dios sobre Cuya vida y misión se estableció esta Iglesia. Él, y sólo Él, es la Piedra Angular. Sobre Él está edificado un fuerte fundamento de apóstoles y profetas, y

encima de esto “todo el edificio, bien coordinado”, para formar La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Efesios 2:21).

Tal como le recordé al grupo esta mañana en el lugar de la piedra angular, rogamos que este símbolo sea reconocido como una representación del Redentor del mundo, el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, Cuyo nombre lleva esta Iglesia.

Estoy tan agradecido de que este edificio esté ya terminado. Lo ocupamos para nuestra conferencia de abril y en otra ocasión en junio pasado. Aún no estaba terminado; ahora se ha declarado terminado y cuenta con un permiso permanente de ocupación.

Este año milenario del 2000 ha sido un año extraordinario para la Iglesia. Hemos progresado en todos los aspectos por todo el mundo. Hemos excedido los once millones de miembros. ¡Qué hecho tan significativo!

Yo estaba aquí en 1947, cuando la Iglesia celebró el centenario de la llegada de los pioneros. En ese tiempo, se dedicó el monumento Éste es el Lugar. Se llevó a cabo una magnífica celebración en el Tabernáculo que representaba la misión mundial de la Iglesia. El tema particular de todo ello fue que el número de miembros de la Iglesia llegaba ya a un millón. Cerca de la mitad vivían en Utah; actualmente, sólo el 15 por ciento vive en este lugar, y sin embargo, tenemos más

miembros que viven aquí como jamás habíamos tenido. El pensar que hoy tenemos once millones de miembros es algo tremendo y maravilloso, que lleva consigo la promesa del futuro.

Nos hemos extendido por todo el mundo, dondequiera se nos permita ir. Hemos enseñado el Evangelio según se ha revelado en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Actualmente vamos a regiones de las que nunca se había oído en 1947. Nuestra obra misional se ha extendido de manera milagrosa.

Creo que he visitado la mayoría de los lugares donde está organizada la Iglesia. He encontrado personas maravillosas en todas partes; son Santos de los Últimos Días en el verdadero sentido de la palabra que se esfuerzan por vivir los mandamientos.

Al reunirme con ellos y hablar con ellos, he aprendido el verdadero significado de las palabras de Pablo:

“Y de una sangre [Dios] ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y le ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación;

“para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros.

“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos... Porque linaje suyo somos” (Hechos 17:26–28).

Nos hemos convertido en una gran sociedad cosmopolita, una vasta familia de hermanos y hermanas en el Señor. En el movimiento de este grupo numeroso de hombres y mujeres, niños y niñas, todos ellos santos del Altísimo, cantamos al marchar adelante:

*Mis ojos ya perciben la gran gloria  
del Señor,  
cuando El esté venciendo la maldad  
y el error.*

*Ya desnuda Su espada cual un rayo  
de furor;*

*Avanza Su verdad*

(Himno de batalla de la República, *Himnos*, Nº 28.)

Esta obra posee una vitalidad que jamás se había manifestado a tal grado.

En el campo de la educación hemos establecido el programa de seminario e instituto por doquier ha ido la Iglesia. Está teniendo un efecto positivo en la vida de los estudiantes de todo el mundo. En los institutos, los jóvenes de edad universitaria disfrutan de buenas amistades, aprenden, tienen experiencias sociales e incluso encuentran esposos y esposas dentro de la fe.

En los últimos meses se anunció que el Colegio Ricks, una gran institución educativa pionera, que hasta la fecha proporcionaba licenciaturas de dos años, se expandirá para proporcionar cuatro años de educación y llevará el nombre de Universidad Brigham Young—Idaho. Esto de ninguna manera menosprecia el nombre del hombre ilustre que la fundó. Este paso aumentará las oportunidades educacionales para muchos jóvenes y jovencitas; una escuela que ha sido excelente pasará a ser extraordinaria. La Iglesia se ha propuesto extender la oportunidad de obtener una educación secular dentro del ambiente de una escuela de la Iglesia donde se enseña la fe en el Dios viviente y en Su divino Hijo, nuestro Señor.

Otro asunto de resultados extraordinarios, destacado en este año milenario, es la edificación de templos; ha sido un milagro. El domingo pasado dedicamos en Boston, Massachusetts, el templo en funcionamiento número 100 de la Iglesia.

Formé parte de la Primera Presidencia en julio de 1981 como consejero del presidente Kimball. Desde ese entonces, se han dedicado 81 de esos 100 templos; en ese tiempo sólo 19 estaban en funcionamiento.

Cincuenta y tres templos nuevos, más de la mitad de los cien que actualmente están en funcionamiento, se han dedicado desde que fui ordenado Presidente de la Iglesia hace cinco años. Menciono esto sólo para recordarles el paso acelerado de esta espectacular expansión.

Cuando anuncié en la conferencia que esperaba que viéramos la



**Un visitante examina el busto de uno de los presidentes de la Iglesia en una exposición en el nivel de la galería del Centro de Conferencias.**

dedicación del templo número cien antes de fines del año 2000, me pregunté si sería posible. No puedo agradecer lo suficiente a los muchos hombres y mujeres que han trabajado tan larga y arduamente para llevar a cabo este milagro. Algunos de estos templos nuevos son más pequeños, pero todas las ordenanzas que se pueden efectuar en el Templo de Salt Lake, el más grande de la Iglesia, se pueden efectuar en esos templos más pequeños. Éstos se dedican exclusivamente a la obra de las ordenanzas; son hermosas estructuras, bien construidas en todo respecto. Y han hecho posible que la jornada a la casa del Señor sea más fácil para miles y miles de personas.

Seguiremos construyéndolos; dedicaremos tres más antes de finales del año. Continuaremos edificando en el futuro, tal vez no a la misma escala que lo hemos hecho durante el año pasado, pero se tendrá una construcción constante de esas casas sagradas con el fin de acomodar las necesidades de la gente.

Cuán profundamente agradecidos están nuestros miembros. Tengo la esperanza y creo que el Señor está

complacido.

Y hoy, como otro importante logro de este año milenario, dedicamos este gran Centro de Conferencias. Es un edificio singular y extraordinario. Cuando por primera vez se planificó, no estábamos preocupados por construir el recinto más grande de adoración de cualquier parte; estábamos preocupados por un plan que tuviera en cuenta las necesidades de nuestros miembros.

El Tabernáculo, que nos ha servido tan bien por más de un siglo, simplemente ya no era un lugar eficiente para nuestras necesidades.

Fue algo grandioso y serio emprender la construcción de este edificio. Naturalmente, éramos conscientes de todos los medios electrónicos que existían para llevar el mensaje hablado desde este púlpito a los lugares más distantes. Sin embargo, también nos dábamos cuenta del deseo que tenían tantas y tantas personas de encontrarse sentadas en el mismo recinto que el discursante, tal como ocurrió esta mañana. Como dije al anunciar la decisión de proceder con los planes: “La construcción de esta estructura

ha sido una obra temeraria. Nos hemos preocupado por ella. Hemos orado por ella. Hemos escuchado los susurros del Espíritu con respecto a ella. Y sólo cuando percibimos la voz confirmante del Señor resolvimos dar el paso adelante” (Mi testimonio a todo el mundo”, *Liahona*, julio de 2000, pág. 4).

El anuncio de nuestra decisión se hizo en la conferencia general de abril de 1996. En esa ocasión dije:

“Lamento mucho que haya muchas personas que quisieron reunirse aquí esta mañana con nosotros, en este Tabernáculo, y que no pudieron entrar por falta de lugar. Muchas de esas personas se encuentran fuera de este edificio...

“Me duele el alma pensar en aquellas personas que quieren entrar pero, por falta de espacio, no pudieron. Hace aproximadamente un año, les sugerí a las demás Autoridades Generales que tal vez haya llegado el momento de investigar la viabilidad de construir otra casa dedicada de adoración, una mucho más grande que ésta, en donde cabrían de tres a cuatro veces más el número de personas que caben en este edificio.” (Esta resplandeciente mañana de la Pascua de Resurrección, *Liahona*, julio de 1996, pág. 70).

Poco más de un año después, se dio la palada inicial. Esto ocurrió el 24 de julio de 1997, el 150 aniversario de la llegada de nuestros antepasados a este valle.

Durante la conclusión de la ceremonia de la palada inicial, el presidente Packer ofreció la última oración. En ella, rogó que el Señor me preservara la vida a fin de estar presente en la dedicación del nuevo edificio. Estoy agradecido por la evidente respuesta a esa súplica.

Hoy la dedicaremos como una casa en la cual adorar a Dios el Padre Eterno y a Su Hijo Unigénito, el Señor Jesucristo. Esperamos y oramos que continúen saliendo al mundo desde este púlpito declaraciones de testimonio y de doctrina, de fe en el Dios viviente, y de gratitud por el gran sacrificio expiatorio de nuestro Redentor.

La dedicaremos también como una casa en la que se presenten actuaciones artísticas de manera decorosa.

Aquí, este glorioso Coro del Tabernáculo entonará himnos de alabanza; aquí actuarán otros grupos musicales para el entretenimiento de numerosas personas; aquí se presentarán espectáculos que representen de manera bella y artística el relato de este movimiento religioso así como muchas otras cosas.

Este edificio se ha construido con los más finos materiales por los artesanos más diestros. Nos sentimos en deuda para con todos los que han contribuido para hacer de éste un centro magnífico para las conferencias de la Iglesia y otros propósitos.

Tenemos previsto que recibiremos solicitudes de otros grupos para el uso de este recinto. Lo pondremos a la disposición bajo normas que asegurarán que su uso esté en armonía con los propósitos para los cuales se dedicará hoy.

No es como un museo, aunque la arquitectura es exquisita; es un lugar que se utilizará en honor al Todopoderoso y para el cumplimiento de Sus propósitos eternos.

Estoy tan agradecido de tenerlo; estoy muy agradecido de que esté terminado. Todavía se tiene que afinar el órgano, tarea que continuará por algún tiempo. Les recomiendo que lean los excelentes artículos sobre este edificio y el órgano que aparecen en el ejemplar de la revista *Ensign* del mes de octubre.

Al contemplar esta maravillosa estructura, adyacente al templo, acuden a mi mente las palabras proféticas de Isaías:

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

“Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.

“Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová” (Isaías 2:2-3, 5).

Creo que esa profecía se aplica al histórico y maravilloso Templo de Salt Lake; pero creo que también se relaciona a este magnífico recinto, ya que desde este púlpito la ley de Dios saldrá adelante, junto con la palabra y el testimonio del Señor.

Ruego que Dios nos bendiga como pueblo. En este grandioso año milenario hemos encontrado un nuevo ritmo de progreso. Que sigamos los pasos del gran Jehová, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Que andemos en la luz de Aquel que fue el Mesías del mundo, el Hijo de Dios, que dijo de Sí mismo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6), es mi humilde oración, en el nombre de Jesucristo. Amén.

#### **INSTRUCCIONES SOBRE LA EXCLAMACIÓN DE HOSANNA**

Ahora, mis hermanos y hermanas, en un momento ofreceré la oración dedicatoria en la cual todos ustedes están invitados a participar. Inmediatamente a la conclusión de la oración dedicatoria, invitamos a cada uno de ustedes que desee participar que se ponga de pie y se una a nosotros en la Exclamación de Hosanna. Este sagrado saludo al Padre y al Hijo se da en la dedicación de cada uno de los templos; también se ha dado en algunas ocasiones de importancia histórica, como cuando se puso la piedra de coronamiento en el Templo de Salt Lake, y la celebración del centenario de la Iglesia en la conferencia general de 1930. Consideramos que es apropiado hacer la Exclamación en esta ocasión, al dedicar este grandioso edificio, tarea como la cual quizás jamás volvamos a emprender. En cualquier mención que los medios de comunicación hagan al respecto se deberá reconocer que para nosotros esto es algo muy sagrado y personal. Suplicamos que se trate con deferencia y respeto.

Demostraré ahora la Exclamación. Cada persona toma un pañuelo blanco limpio, sosteniéndolo por una

de las esquinas, y lo agita mientras que repiten todos al unísono: “Hosanna, Hosanna, Hosanna, a Dios y al Cordero”, repitiéndolo tres veces, seguido de “Amén, Amén y Amén”.

Repito que los que deseen participar están invitados a ponerse de pie y dar la Exclamación inmediatamente después de la oración dedicatoria. Los que deseen permanecer sentados están en libertad de hacerlo. Si no tienen un pañuelo blanco simplemente pueden agitar la mano. Los que estén en otros lugares pueden unirse a dar la Exclamación si sus circunstancias se los permite.

A la conclusión de la Exclamación, el Coro del Tabernáculo, sin que se anuncie, entonará el Himno de Hosanna, que fue escrito por Evan Stephens para la dedicación del Templo de Salt Lake en 1893. Cuando el director lo indique, la congregación se unirá para cantar “El Espíritu de Dios”, que fue escrito por W. W. Phelps y se cantó por primera vez en la dedicación del Templo de Kirtland en 1836.

La última oración la ofrecerá después el élder W. Don Ladd, de los Setenta, y la conferencia se aplazará hasta las dos en punto de la tarde.

Ahora, mis amados hermanos y hermanas, si todos inclinan la cabeza y cierran los ojos, nos uniremos en una oración de dedicación.

#### ORACIÓN DEDICATORIA

Oh Dios, nuestro Padre Eterno, con corazones agradecidos acudimos a Ti en oración en este día histórico de reposo al dedicar este magnífico Centro de Conferencias.

Se ha erigido para Tu honor y Tu gloria. Es una más en un complejo de grandiosas estructuras que se ha dedicado para el logro de Tus propósitos y el avance de Tu obra. Está cercana al sagrado Templo en cuya construcción laboraron nuestros antepasados durante más de 40 años. El frente da hacia el histórico Tabernáculo que ha servido tan bien a Tu pueblo por más de un siglo. Muy cerca está el Salón de Asambleas, cuyos usos son muchos y variados.

No muy lejos de aquí están el Edificio de las Oficinas de la Iglesia,

el Edificio de Administración y el Edificio Conmemorativo José Smith. También cerca de aquí están la Casa del León y la Casa de la Colmena, ambas de naturaleza histórica. En la otra dirección se encuentran el Museo de Historia y Arte de la Iglesia y la Biblioteca de Historia Familiar.

Desde esta magnífica y nueva estructura se dominan todos ellos y complementan su variedad, utilidad y belleza. Juntos, se convierten en un testimonio de la fortaleza y vitalidad de Tu obra, la sede de Tu Iglesia y la fuente de la cual emana la verdad para llenar la tierra.

Te damos gracias por los muchos dedicados y sumamente diestros hombres y mujeres que han trabajado larga y arduamente para llevar a cabo su terminación. Que puedan tener un sentimiento de orgullo por lo que han logrado.

Al encontrarnos reunidos en esta gran conferencia general de Tu Iglesia, con la transmisión de estos servicios a los pueblos de la tierra, inclinamos nuestra cabeza en reverencia ante Ti.

**Autoridades Generales, presidencias de las organizaciones auxiliares, miembros del coro y miembros en general agitan sus pañuelos blancos junto con el presidente Gordon B. Hinckley (en el púlpito), durante la Exclamación de Hosanna en la dedicación del Centro de Conferencias.**



Actuando en virtud de la autoridad del santo sacerdocio que proviene de Ti, y en el nombre de Tu Hijo Unigénito, el Señor Jesucristo, dedicamos y consagramos éste, el Centro de Conferencias de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Lo dedicamos a Ti, nuestro Padre y nuestro Dios, y a Tu Amado Hijo, nuestro Redentor, cuyo nombre lleva Tu Iglesia.

Lo dedicamos como un lugar de reunión para Tu pueblo, donde se podrán congregarse para escuchar la palabra del Señor que provenga de Tus siervos, quienes actúan como profetas, videntes y reveladores y como testigos al mundo de la realidad viviente del Señor Jesucristo, cuyo nombre es el único nombre dado entre los hombres por medio del cual pueden ser salvos.

Lo dedicamos desde los cimientos sobre los cuales descansa hasta la cima de su torre. Dedicamos este magnífico recinto, único en su diseño y tamaño, construido para alojar a los miles que a través de los años se reunirán aquí para adorarte y ser entretenidos de una manera sana y maravillosa.

Que desde este púlpito Tu nombre se hable con reverencia y amor. Que el nombre de Tu Hijo constantemente se recuerde en actitud de santidad. Que el testimonio de Tu divina obra salga de aquí de manera vibrante a todo el mundo. Que se proclame la rectitud y se rechace la maldad. Que las palabras de fe se hablen con audacia y convicción. Que las proclamaciones y las declaraciones de doctrina salgan con fuerza a las naciones.

Aunque la tierra tiemble, rogamos que este magnífico edificio permanezca firme y seguro bajo Tu cuidado protector. Que ninguna voz impía se levante jamás en este recinto para degradarte a Ti, a Tu Hijo, a Tu Iglesia restaurada o a sus profetas y líderes que han presidido a través de los años. Protégelo de las tormentas de la naturaleza y de la mano profanadora del vándalo y del destructor. Presérvalo del conflicto y de los actos de terrorismo. Que todas las personas que pasen por este edificio,

cualquiera sea su inclinación religiosa, tengan a bien mirar esta estructura con respeto y admiración.

Que este excelente recinto sea un lugar de entretenimiento decoroso, un hogar para aquellas artes que son edificantes y que amplían la cultura de la gente. Que jamás se presente aquí nada que carezca de dignidad y que no represente la belleza que es propia de Tu naturaleza divina.

Dedicamos el gran órgano, los bellos pasillos y otras habitaciones, el lugar de estacionamiento y todas las demás características e instalaciones que tengan que ver con esta estructura. Que sea algo bello para el que la admire, tanto por dentro como por fuera. Que sea una casa de muchos usos, una casa de cultura, una casa de arte, una casa de adoración, una casa de fe, una casa de Dios.

Que dé expresión a la declaración de Tu pueblo de que “si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos” (Artículos de Fe 1:13).

Ahora, Padre, al dedicar este Centro de Conferencias, también dedicamos el teatro adyacente; es una bella estructura, diseñada para servir como lugar de reuniones, como un hogar para el desempeño de las artes, y para una variedad de usos, todos ellos decorosos y creados para cultivar lo bello y ennoblecedor. Protégelo y bendícelo al igual que hemos rogado para el Centro de Conferencias.

Del mismo modo, en este día dedicamos las instalaciones de estacionamiento construidas debajo de la calle principal y todas las mejoras realizadas en el área inmediatamente al frente de la casa del Señor, el templo de nuestro Dios.

Que esta área se considere un lugar de paz, un oasis en medio del bullicio de esta ciudad. Que sea un lugar donde los afligidos se puedan sentar y contemplar las cosas de Dios y las bellezas de la naturaleza. Está adornado con árboles y arbustos, flores y agua, todos ellos combinados para crear una isla de tranquila belleza en medio de esta gran comunidad floreciente. Que el

deseo de los miembros de Tu Iglesia de mejorar y embellecer esta área sea reconocida por todos los que pasen por aquí.

Rogamos que las expresiones favorables aumenten y sigan creciendo hasta que se logre una aceptación y aprecio general por lo que se ha realizado. Invocamos Tus bendiciones sobre esta comunidad y este estado. Ésta es la región a la que Tu pueblo vino en busca de asilo de la opresión que habían experimentado. Ahora se ha convertido en una gran sociedad cosmopolita en la que se han congregado las personas de todas partes de la nación y del mundo entero. Que todos los que viven aquí y los que vengan a este lugar reconozcan un ambiente comunitario que es singular y atractivo. Que los que pertenecemos a Tu Iglesia seamos hospitalarios y corteses. Que mantengamos las normas y prácticas por las que se nos distingue y concedamos a otros el privilegio de adorar “cómo, dónde o lo que deseen” (Artículos de Fe 1:11).

Bendícenos para que seamos buenos vecinos y ayudemos a todos. Que levantemos las manos caídas y fortalezcamos las rodillas débiles de los afligidos. Que vivamos todos juntos en paz, aprecio y respeto los unos por los otros.

Dios Todopoderoso, cuán agradecidos estamos por Tus maravillosas bendiciones. Acepta nuestra gratitud. Guarda Tus antiguas promesas en cuanto a aquellos que contribuyen sus diezmos y ofrendas, las cuales han hecho todo esto posible. Abre las ventanas de los cielos y destila bendiciones sobre ellos.

Te amamos a Ti y a Tu Hijo divino. Deseamos hacer Tu voluntad. Alabamos Tu santo nombre. Elevamos nuestras voces en himnos de adoración. Testificamos de Ti y de nuestro Redentor, Tu Hijo incomparable. Majestuoso es Tu sendero, glorioso el tapiz de Tu eterno plan para todos los que andan en obediencia ante Ti.

Sonríe complacido sobre nosotros, lo rogamos en el sagrado nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén. □



# “Sois templo de Dios”

**Presidente Boyd K. Packer**

Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles

**“El cuerpo de ustedes... es el instrumento de su mente y el cimiento de su carácter”.**



**R**espondo a la impresión que por largo tiempo he tenido de hablar a los jóvenes de la Iglesia, los cuales enfrentan desafíos para nosotros desconocidos en nuestra juventud.

El presidente J. Reuben Clark describió a nuestros jóvenes como “hambrientos de las cosas del espíritu, ávidos por aprender el Evangelio y con deseos de oírlo simple y llanamente.

“Quieren saber de... nuestras creencias; quieren ganar un testimonio de la verdad, y ahora no son escépticos, sino inquisitivos, buscadores de la verdad...”

“No tienen que esconderse detrás de esta juventud espiritualmente experimentada y susurrarles religión al oído; pueden plantarse delante de ellos, cara a cara y hablarles... pueden mostrarles esas verdades

abiertamente. Los jóvenes pueden ser menos temerosos de la verdad que ustedes. No hay necesidad de realizar un acercamiento gradual” (“The Charted Course of the Church in Education” citado por Boyd K. Packer en *Teach Ye Diligently*, 1991, págs. 365, 373–374).

Estoy de acuerdo con el presidente Clark y voy a hablar claramente a los jóvenes de las cosas que he aprendido y que sé que son verdaderas.

A los 18 años me llamaron al servicio militar. Como no había recibido mi bendición patriarcal, el obispo me recomendó al patriarca cercano a nuestra base aérea.

El patriarca J. Roland Sandstrom, de la Estaca Santa Ana, California, me dio mi bendición. En ella se me decía lo siguiente: “Tomaste libremente la decisión de acatar las leyes del progreso eterno expuestas por nuestro hermano mayor, el Señor Jesucristo. Se te ha concedido un cuerpo físico con el que puedas experimentar la vida terrenal... un cuerpo de proporciones y de forma físicas tales que permitan a tu espíritu cumplir su función a través de él sin trabas de impedimentos físicos... Aprecia esto como un gran legado” (Bendición patriarcal de Boyd K. Packer, 15 de enero de 1944, pág. 1).

Esto fue un gran consuelo para mí, pues debido a que de pequeño había tenido la poliomielitis, no pude tomar parte en los deportes y me quedaba con un sentimiento de

inferioridad cuando me comparaba con mis amigos.

Mi bendición patriarcal me aconsejaba: “Guarda y protege [tu cuerpo], no introduces en él nada que pueda dañar tus órganos porque es sagrado. Es el instrumento de tu mente y el cimiento de tu carácter” (Bendición patriarcal de Boyd K. Packer, 15 de enero de 1944, pág. 1).

En la Palabra de Sabiduría descubrí un principio con promesa. El principio es: Cuida tu cuerpo; evita las sustancias adictivas como el té, el café, el tabaco, el licor y las drogas perjudiciales (véase D. y C. 89:3–9). Tales sustancias no hacen más que aliviar los apetitos que ellas mismas ocasionaron.

La promesa es: Los que obedezcan recibirán una mejor salud (véase D. y C. 89:18) y “grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos” (D. y C. 89:19).

El profeta José Smith dijo: “Vinimos a este mundo con objeto de obtener un cuerpo y poder presentarlo puro ante Dios en el reino celestial. El gran plan de la felicidad consiste en tener un cuerpo. El diablo no tiene cuerpo, y en eso consiste su castigo. Se deleita cuando puede obtener el cuerpo de un hombre... Todos los seres que tienen cuerpos, tienen dominio sobre los que no los tienen” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 217).

Aun las severas pruebas de salud o un cuerpo discapacitado pueden refinar el alma para el glorioso día de la restauración y curación que de cierto vendrá.

El cuerpo de ustedes realmente es el instrumento de su mente y el cimiento de su carácter.

El presidente Harold B. Lee enseñó sobre el efecto simbólico y real de cómo vestimos el cuerpo. Si ustedes están arreglados y visten con modestia, invitan a la compañía del Espíritu de nuestro Padre Celestial y ejercen una influencia sana sobre quienes están a su alrededor. Pero el ser descuidado y despreocupado en la apariencia les expone a influencias degradantes (véase *Teachings of Harold B. Lee*, ed. Clyde J. Williams, 1996), pág. 220.



Eviten la ropa inmodesta. Tengan una apariencia que indique al Señor que ustedes saben lo valioso que es el cuerpo de ustedes.

El presidente Hinckley les ha advertido que no decoren su cuerpo con dibujos ni símbolos que nunca se podrán quitar, ni que se perforen el cuerpo con sortijas o joyas según las modas del mundo (Véase “Madre, tu más grande desafío”, *Liahona*, enero 2001).

Ustedes no pintarían un templo con dibujos o símbolos oscuros, ni con graffiti ni con sus iniciales. No lo hagan, pues, con su cuerpo.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19–20).

“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

“Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois

vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16–17).

En su cuerpo reside el poder divino de crear vida. Los jóvenes crecen hasta ser hombres que pueden llegar a convertirse en padres; las jovencitas crecen hasta ser mujeres que pueden llegar a convertirse en madres. Los sentimientos naturales y buenos atraen mutuamente al hombre y a la mujer.

“Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna” (“La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, octubre de 1998, pág. 24).

“El matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y... la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de sus hijos” (“La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, octubre de 1998, pág. 24).

Deben atraerse el uno al otro y luego casarse. Entonces, y sólo entonces, podrán responder dignamente al fuerte, bueno y constante deseo de expresar ese amor mediante el que los hijos bendecirán su vida. Por mandato de Dios nuestro Padre, esto sólo debe ocurrir entre esposo y esposa — hombre y mujer— comprometidos mutuamente en el convenio del matrimonio (véase 1 Corintios 7:2; D. y C. 42:22). El hacer lo contrario está prohibido y les traerá pesar.

En las revelaciones se dan los mandamientos más estrictos que hablan de controlar esos deseos naturales (véase *Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 216–217; Gálatas 5:19; Efesios 5:5; Mormón 9:28).

Jóvenes y jovencitas, manténganse dignos. Aléjense de los ambientes, la música, las películas, los videos, los clubes y las amistades que los arrastran a un comportamiento inmoral (véase 1 Corintios 6:9; 1 Tesalonicenses 5:22; 2 Timoteo 2:22; D. y C. 9:13).

Ahora debo hablar de otro peligro, casi desconocido en mi juventud, pero que ahora está en todas partes.

Los deseos y las atracciones normales surgen en los años de la adolescencia y existe la tentación de experimentar con el sagrado poder de procreación. Esos deseos se pueden intensificar y hasta pervertir por medio de la pornografía, la música inapropiada o el aliento de las malas compañías. Lo que en un principio no habría sido más que una fase pasajera en el establecimiento de la identidad sexual, puede llegar a quedarse implantada y dejarles confusos o incluso perturbados.

Si ustedes lo consienten, el adversario puede tomar el control de sus pensamientos y conducirles muy sutilmente hacia un hábito o una adicción y convencerles de que un comportamiento inmoral y antinatural es una parte innata de su naturaleza.

Algunos pocos parecen sentir la tentación que parece casi abrumadora de que un hombre se sienta atraído hacia otro hombre o una mujer hacia una mujer. Las Escrituras condenan claramente a

los que “deshonraron entre sí sus propios cuerpos...

“Cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres” (Romanos 1:24, 27), “[o] mujeres [que] cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza” (Romanos 1:26).

Las puertas de la libertad, junto con el bien y el mal que hay tras ellas, se abren o se cierran con la palabra *elección*. Ustedes son libres para escoger un camino que pueda conducirles a la desesperación, a la enfermedad o incluso a la muerte (véase 2 Nefi 2:26–27).

Si escogen ese camino, la fuente de la vida puede que se seque; no experimentarán la combinación de amor y lucha, dolor y placer, decepción y sacrificio, ese amor que, combinados con el ser padres, exalta a un hombre y a una mujer y les conduce a esa plenitud de gozo de la que se habla en las Escrituras (véase 2 Nefi 2:25; 9:18; D. y C. 11:13; 42:61; 101:36).

No hagan experimentos, no permitan que persona de sexo alguno toque el cuerpo de ustedes para despertar pasiones que se pueden ir más allá de su control. Todo comienza con una curiosidad inocente, luego Satanás influye en sus pensamientos y se convierte en un modelo, un hábito que puede hacerles prisioneros de la

adicción que ocasionará tristeza y decepción a quienes les aman (véase Juan 8:34; 2 Pedro 2:12–14, 18–19).

Se presiona a los legisladores para que legalicen la conducta antinatural, pero no podrán convertir en bueno aquello que se prohíbe en las leyes de Dios (véase Levítico 18:22; 1 Corintios 6:9; 1 Timoteo 1:9–10).

A veces se nos pregunta por qué no reconocemos esta conducta como un estilo de vida diferente y aceptable. No podemos hacerlo. Nosotros no hicimos las leyes; éstas proceden de los cielos “antes de la fundación del mundo” (D. y C. 132:5; 124:41; véase también Alma 22:13). Tan sólo somos siervos.

Al igual que los profetas de la antigüedad, hemos sido “consagrados sacerdotes y maestros de este pueblo... [responsables de magnificar] nuestro oficio ante el Señor, tomando sobre nosotros la responsabilidad, trayendo sobre nuestra propia cabeza los pecados del pueblo si no le enseñábamos la palabra de Dios con toda diligencia” (Jacob 1:18–19).

Entendemos por qué algunos sienten que les rechazamos, mas no es cierto. *No les rechazamos a ustedes, sólo al comportamiento inmoral. No podemos rechazarles, pues ustedes son hijos e hijas de Dios. No les rechazaremos, porque*

les amamos (véase Hebreos 12:6–9; Romanos 3:19; Helamán 15:3; D. y C. 95:1).

Puede que sientan que no les amamos; tampoco esto es cierto. Los padres saben, como ustedes sabrán algún día, que hay ocasiones en las que los padres y nosotros lo que dirigimos la Iglesia debemos extender un amor *firme*, ya que al no enseñar, amonestar ni disciplinar se destruye.

Nosotros no hicimos las reglas; fueron reveladas en forma de mandamientos. Nosotros no originamos ni evitamos las consecuencias de su desobediencia a las leyes morales (véase D. y C. 101:78). A pesar de la crítica y de la oposición, debemos enseñar y debemos amonestar.

Cuando cualquier deseo indigno acuda a sus mentes, combátanlo, resístanlo, contrólenlo (véase Santiago 4:6–8; 2 Nefi 9:39; Mosíah 3:19). El apóstol Pablo enseñó: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13; véase también D. y C. 62:1).

Ésta puede ser una lucha de la que no se vean libres en esta vida. Si no ceden a la tentación no tienen por qué sentirse culpables. Pueden ser extremadamente difíciles de resistir, pero es mejor eso que ceder a ellas y traer así decepción y tristeza a ustedes y a quienes les aman.

Algunos creen que Dios los creó con deseos antinaturales muy fuertes y que, por tanto, están atrapados y no son responsables (véase Santiago 1:13–15). Eso no es cierto, no puede ser verdad. Y aunque fueran a aceptarlo como cierto, deben recordar que Él puede curarlos y sanarlos (véase Alma 7:10–13; 15:8).

¿Qué será de los que ya han cometido errores o se han perdido en un estilo de vida inmoral? ¿Qué esperanza tienen? ¿Están expulsados y perdidos para siempre?

Estos pecados no son imperdonables. No obstante lo indignas,

#### **Hermanos del sacerdocio a la salida de la sesión del sacerdocio.**



antinaturales o inmorales que puedan ser esas transgresiones, no son imperdonables (véase D. y C. 42:25). Cuando se abandonan y se arrepiente de ellas por completo, puede surgir el don purificador del perdón que nos libra de la carga de la culpa. Hay un camino de regreso; largo, quizás; duro, por cierto; posible, ¡por supuesto! (véase Hechos 5:31; Efesios. 1:7; Mosíah 4:2; 26:29; D. y C. 1:31–32; 58:42; 61:2).

No tienen, ni pueden, buscar solos el camino de regreso a casa. Tienen un Redentor. El Señor aligerará sus cargas si deciden arrepentirse, alejarse del pecado y no hacerlo más. Para eso se llevó a cabo la expiación de Cristo.

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

La decisión es de ustedes; no se les expulsa para siempre. Repito, esas transgresiones no son imperdonables.

Uno puede pensar: “*es demasiado tarde; mi vida es muy breve y estoy condenado para siempre*”. No es así, porque “si esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

Del mismo modo que se puede limpiar y curar el cuerpo físico, también el espíritu puede ser limpio por el poder de la Expiación. El Señor los alzarán y llevará las cargas de ustedes durante el sufrimiento y la lucha que haga falta para que ustedes estén limpios. En eso consiste la expiación de Jesucristo. Él ha dicho: “Yo, el Señor, no [recordaré] más [sus pecados]” (D. y C. 58:42; véase también Hebreos 8:12; 10:17; Alma 36:19).

Nuestra amada y valiosa juventud, permanezcan en el camino del Señor. Si tropiezan, levántense y sigan adelante. Si han perdido el camino, les aguardaremos con los brazos abiertos.

Alabado sea Dios por el poder limpiador, purificador y comprensivo de la Expiación que llevó a cabo el Señor Jesucristo, de quien doy testimonio. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Ahora es el momento

**Élder M. Russell Ballard**

Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“Si nosotros no... estamos dispuestos a enseñar a los demás en cuanto a la restauración del Evangelio de Jesucristo por medio del profeta José Smith, ¿quién lo hará?”**



**E**n marzo de 1839, desde el lóbrego calabozo que constituía la Cárcel de Liberty, el profeta José Smith aconsejó a la Iglesia: “...todavía hay muchos en la tierra, entre todas las sectas, partidos y denominaciones, que son cegados por la sutil astucia de los hombres... y no llegan a la verdad sólo porque no saben dónde hallarla” (D. y C. 123:12).

Años más tarde, a la edad de 15 años, el sobrino del Profeta, Joseph E. Smith, fue llamado a servir en una misión en Hawai. Recordarán que sólo tenía 5 años cuando su padre Hyrum sufrió el martirio. Su madre, Mary Fielding, falleció cuando él tenía sólo 13 años. Al llegar a la isla de Maui, el joven Joseph cayó gravemente enfermo, pero a pesar de ésta y otras adversidades, escribió al élder George A. Smith: “Estoy listo para dar mi testimonio... en

cualquier momento, o en cualquier lugar, o en cualquier circunstancia que se me ponga... Me alegra decir que estoy listo para pasar buenos y malos momentos por esta causa en la que me he embarcado” (véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 80).

Hoy día nos debemos preguntar: ¿Estamos listos y dispuestos a pasar buenos y malos momentos por esta causa en la que estamos embarcados? ¿Reflejamos en nuestro rostro el gozo de vivir el Evangelio de Cristo como verdaderos discípulos de Cristo? Si nosotros no entendemos ni estamos dispuestos a enseñar a los demás en cuanto a la restauración del Evangelio de Jesucristo por medio del profeta José Smith, ¿quién lo hará? No podemos poner la carga de llevar el Evangelio a todo pueblo sólo sobre los hombros de los misioneros regulares. Las familias no se fortalecerán ni tampoco se fortalecerán los testimonios individuales, no aumentarán los bautismos de conversos, ni los menos activos regresarán para recibir nuestra calurosa acogida hasta que nosotros, como miembros de la Iglesia, hagamos un esfuerzo, en forma individual y colectiva, con dedicación y hechos, por edificar el reino de Dios.

Nuestro deber está en ayudar a otras personas, por medio del poder del Espíritu, a *conocer* y a *entender* las doctrinas y los principios del Evangelio. Todos debemos llegar a *sentir* que las doctrinas de la Restauración son verdaderas y de gran valor. Y toda persona que acepte

el mensaje debe empeñarse en *vivir* el Evangelio al hacer y guardar convenios sagrados y al participar en todas las ordenanzas de salvación y exaltación. A menudo pensamos que la conversión se aplica sólo a los investigadores, pero hay algunos miembros que no se han convertido totalmente y que todavía tienen que experimentar el “gran cambio en su corazón” que se describe en las Escrituras (véase Alma 5:12).

Hermanos y hermanas, la conversión verdadera y completa es la clave para acelerar la obra de la Iglesia.

Sabemos que hay más posibilidades de que, tanto los miembros como los que no lo son, se conviertan totalmente al Evangelio de Jesucristo si están deseosos de experimentar con sus palabras (véase Alma 32:27). Ésta es una actitud tanto de la mente como del corazón y conlleva el deseo de saber la verdad y el estar dispuestos a actuar de acuerdo con tal deseo. En el caso de los que investigan la Iglesia, el experimentar puede ser tan simple como el aceptar leer el Libro de Mormón, orar al respecto y tratar de saber de todo corazón si José Smith fue el profeta del Señor.

La verdadera conversión ocurre por medio del poder del Espíritu. Cuando el Espíritu llega al corazón, el corazón cambia. Cuando las personas, tanto los miembros como los investigadores, sienten la influencia del Espíritu, o cuando ven evidencias del amor y la misericordia del Señor en su vida, se edifican y fortalecen espiritualmente y aumenta la fe que tienen en Él. Estas experiencias con el Espíritu son el resultado natural del que una persona tenga el deseo de experimentar con la palabra. Así es cómo llegamos a *sentir* que el Evangelio es verdadero.

La evidencia más significativa de nuestra conversión y de la forma en que nos sentimos con respecto al Evangelio en nuestras vidas es el deseo que tengamos de compartirlo con los demás y de ayudar a los misioneros a encontrar a alguien a quien enseñar. La probabilidad de que una conversión sea duradera aumenta en forma considerable

cuando la persona que no es miembro tiene un amigo o un pariente que irradia el gozo de ser miembro de la Iglesia. La influencia de los miembros de la Iglesia es muy poderosa y creo que ésa es la razón por la que el presidente Hinckley nos pidió que nos aseguráramos de que toda persona tuviera un amigo (véase “Los conversos y los hombres jóvenes”, *Liahona*, julio de 1997, pág. 53).

Aquí tenemos entonces una importante clave para tener éxito en la aceleración de la obra del Señor. Como miembros activos de la Iglesia, y en especial como líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, tenemos que hacer más para ayudar en el proceso de conversión, retención y activación. Sabemos que los miembros fieles desean servir, pero a veces perdemos de vista los resultados esenciales que nuestra fe y nuestras obras deben producir a fin de fortalecer el compromiso que los hijos de nuestro Padre tienen hacia el Evangelio.

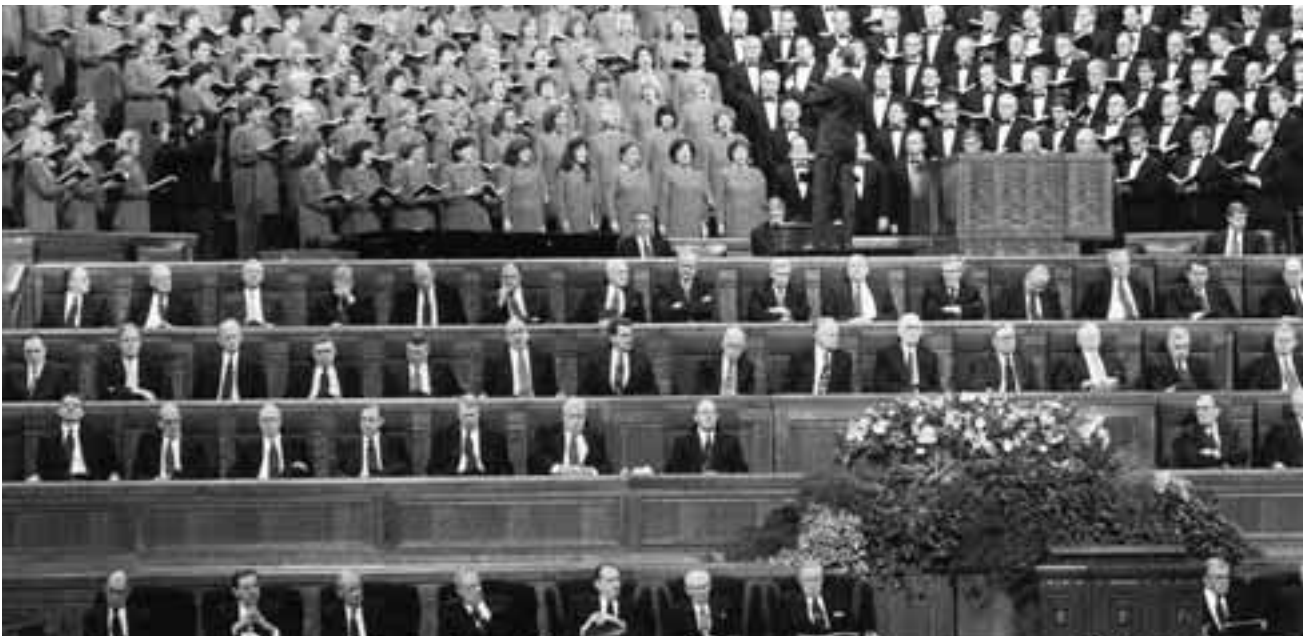
Obispos, ustedes son la clave. Ustedes proporcionan la visión e invitan al consejo de barrio a que le ayuden a fortalecer la conversión espiritual de los que investigan la Iglesia y a la vez a todos los miembros. Alienten a los miembros del consejo a pensar constantemente sobre las cosas específicas que pueden hacer para ayudarle a usted a ayudar a los miembros del barrio y a los amigos de ellos que no sean miembros, a conocer y a entender mejor el Evangelio. ¿Qué pueden hacer ellos para ayudarles a sentir que es verdad y para apoyarlos a medida que tratan de vivir los principios? Pregúntense ustedes mismos: ¿Qué podemos hacer, en forma específica, como líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, para alentar a una familia o a una persona a experimentar con la buena palabra de Dios? ¿Qué puede hacer el consejo, como líderes y maestros, para asegurarse de que cada persona que asiste a las reuniones de la Iglesia sienta el Espíritu y se fortalezca espiritualmente?

Apenas ahora estamos aprendiendo a centrarnos en los asuntos

correctos en nuestras reuniones de consejo, pero con demasiada frecuencia, seguimos enfocando nuestra atención sólo en las generalidades. En una estaca donde están teniendo gran éxito en bautizar y en retener a los nuevos conversos se invita a los misioneros regulares a asistir al consejo de barrio para que hablen acerca de las personas a las que estén enseñando. Los miembros del consejo buscan la inspiración para determinar qué líderes y qué miembros del barrio pueden ayudar mejor a los misioneros a hermanar a personas y a familias específicas y traerlas a la Iglesia.

Algunos de ustedes, obispos, consideran que deben participar en todo lo que concierne al consejo. Eso es un error, porque si lo hacen, nunca podrán desarrollar plenamente todos los recursos poderosos que Dios les ha dado. En la reunión general de la Sociedad de Socorro que se efectuó hace dos semanas, la hermana Sheri Dew dijo que ella cree que las hermanas son “el arma secreta del Señor”. Creo que tiene razón. Nuestras hermanas líderes tienen la sensibilidad espiritual que les inspirará para saber cuál es la mejor forma de acercarse y nutrir espiritualmente a las personas a quienes estén enseñando los misioneros. La mejor forma de empezar a utilizar plenamente los talentos y la sabiduría de nuestras hermanas es por medio del sistema establecido de consejos de la Iglesia. Ustedes son libres de ser flexibles en la forma en que utilicen los consejos de barrio.

Apenas el año pasado, el presidente Hinckley dijo esto a los obispos de la Iglesia: “No están limitados a determinados reglamentos, sino que tienen mucha flexibilidad. Tienen derecho a que se les contesten sus oraciones, a la inspiración y revelación del Señor (“Apacienta mis ovejas”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 124). Quizás en algunos casos no sea suficiente llevar a cabo el consejo de barrio sólo una vez al mes para concentrarse en la conversión espiritual de los miembros y, por igual, de los que no lo son, que están bajo el ministerio



**Las Autoridades Generales disfrutaron de un himno interpretado por el Coro del Tabernáculo bajo la dirección de Barlow Bradford. En la primera fila del estrado del Centro de Conferencias se sienta la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles. Las otras filas las ocupan miembros de los Setenta, del Obispado Presidente y de las presidencias generales de las organizaciones auxiliares.**

de ustedes. Son libres de reunirse en consejo tan a menudo como la necesidad lo exija.

Hace poco un presidente de estaca me contó un tierno relato que demuestra el poder del sistema de consejos en la edificación de la Iglesia. Dijo que tanto la Sociedad de Socorro como el sacerdocio habían estado trabajando con una familia en la estaca, pero que sus esfuerzos con los padres no habían tenido éxito. Las líderes de la Primaria encontraron la respuesta. Los padres consintieron en que su hija menor asistiera a la Primaria; la única condición fue que el deseo que la niña tenía de ir a la Primaria debía ser tal, que tendría que llegar allí por su cuenta; nadie podía llevarla. Dado que tenía que pasar por un sector peligroso de la ciudad, el consejo de barrio se aseguró de que alguien manejara en auto al lado de ella mientras iba en una vieja bicicleta en camino a la Iglesia. Bajo el calor del verano, las lluvias e incluso la nieve del invierno, persistió en ir a la Iglesia. Un joven que, junto con su familia, fueron asignados a acompañar a la niña una mañana nevosa, se quedó tan impresionado con la

dedicación de la pequeña que pedaleaba a través de la nieve y el frío, que decidió ir a la misión y citó esa experiencia como el punto decisivo de su vida. En Navidad, una familia del barrio le regaló a la fiel niña una bicicleta nueva de 10 velocidades. Eso emocionó tanto a los padres que también ellos empezaron a ir a la Iglesia. La niña se bautizó en mayo de 1999. Lo que hizo que ese bautismo fuese aún más especial fue que lo efectuó el presbítero más nuevo del barrio: el padre de la niña que recientemente se había activado.

Obispos, para que puedan cumplir lo que la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce les pidan, su consejo de barrio debe captar esta visión y trabajar en mayor unión en la gran obra de Dios de llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de todos Sus hijos. Imagínense el poder que se lograría si cada miembro de la Iglesia extendiera su mano para ayudar a todos los miembros e investigadores a disfrutar de la compañía del Espíritu Santo. Trabajemos todos con más dedicación para lograr que en todas nuestras reuniones esté la presencia del Espíritu para así llevar a cabo una conversión espiritual

más profunda. Esto requerirá especialmente que los consejos de barrio ayuden a los obispos a mejorar la reverencia en las reuniones sacramentales y a enseñar mejor el Evangelio de Jesucristo en todas las reuniones de la Iglesia.

Todos deberíamos pensar constantemente en que el Salvador dio Su vida por nosotros; no debemos olvidar que sufrió el rechazo, la humillación, una indecible agonía y al final la muerte para salvar del pecado a ustedes y a mí y a todo el mundo. ¿Puede alguno de nosotros presentarse ante Él en un día futuro y decirle que no compartió el Evangelio ni ayudó a los misioneros a encontrar gente para enseñar porque estaba muy ocupado o fue tímido, o por cualquiera otra razón?

Ésta es la obra de Dios. Él desea que participemos con Él y con Su Hijo Amado para llevar el Evangelio a la vida de todos Sus hijos. El Señor nos ha prometido que nuestro gozo será grande si le llevamos aun cuando sea una sola alma (véase D. y C. 18:15–16). Ejerzamos mayor fe y trabajemos juntos, miembros y misioneros, para llevar muchas más almas a Él. Que cada familia en la Iglesia

incluya como parte de sus oraciones familiares diarias un ruego al Señor para que Él guíe a los miembros de su familia y les ayude a encontrar a alguien que esté preparado para recibir el mensaje del Evangelio restaurado de Jesucristo.

Ahora es el momento de que los miembros de la Iglesia sean más audaces y tiendan la mano a los demás, ayudándoles así a saber que la Iglesia es verdadera. Ahora es el momento de sostener por medio de nuestras acciones lo que el presidente Gordon B. Hinckley nos pide que hagamos.

Lucifer está desatando inmundicia vulgar, repugnante, violenta y degradante con objeto de destruir la sensibilidad espiritual de los hijos de nuestro Padre. Estamos en verdadera pugna con aquellos que se burlan de Dios y rechazan la verdad, así que guardemos nuestros convenios y respondamos al llamado a servir. Hagamos acopio de todos los recursos del Señor, entre ellos el poder de nuestros propios testimonios, y permitamos que mucha más gente los escuche; permitamos que el espíritu del presidente Joseph F. Smith esté en nuestro corazón. Digamos: “Estoy listo para dar mi testimonio... en cualquier momento, o en cualquier lugar, o en cualquier circunstancia que se me ponga”. Para hacerlo, nos será de ayuda el leer a menudo la propia historia del profeta José Smith y luego compartir con los demás nuestro seguro conocimiento de que la plenitud del Evangelio sempiterno de Jesucristo se ha restaurado de nuevo en la tierra. Debemos avanzar con la promesa de que el Espíritu nos bendecirá para saber qué hacer y qué decir conforme ayudamos a los que están en busca de la verdad. Avancemos con más fe, sin olvidar jamás que el Señor nos ayudará cuando nos volvamos a Él en potente oración. Nuestro Padre Celestial vive y ama a cada uno de Sus hijos. El Señor Jesucristo vive. La obra más importante que podemos hacer es ayudar a los hijos de Dios a lograr un pleno entendimiento del Evangelio restaurado de Jesucristo. Yo sé que esto es verdad y así lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# El retener la remisión de los pecados

**Élder Keith Crockett**  
De los Setenta

**El rey Benjamín enseñó tres principios básicos que nos servirán para retener la remisión de nuestros pecados: “primero, permanecer humildes; segundo, invocar al Señor diariamente; y tercero, permanecer firmes en la fe”.**



**D**urante el último discurso que el rey Benjamín dio a su pueblo, brindó la fórmula para retener la remisión de los pecados. Él había visto la disposición que ellos tenían de concertar un convenio con Dios de hacer Su voluntad y de ser obedientes a Sus mandamientos en todas las cosas. ¿No nos sería de provecho repasar esa fórmula a fin de que nosotros también disfrutemos de esa gran bendición?

Después de recibir el gran gozo que proviene del llegar al conocimiento de la gloria de Dios y de haber probado Su amor, el rey Benjamín enseñó a su pueblo tres principios básicos que le servirían para retener la remisión de los pecados: primero, permanecer humildes; segundo, invocar al Señor diariamente; y tercero,

permanecer firmes en la fe de lo que estaba por venir (véase Mosíah 4:11).

Repasemos cada uno de ellos a fin de que nosotros también seamos fortalecidos en nuestra determinación de retener la remisión de nuestros pecados.

## **PERMANECER HUMILDES**

El élder Bruce R. McConkie enseñó que: “Todo progreso que se obtenga en las cosas espirituales tiene como requisito la *humildad* que primeramente se haya obtenido”<sup>1</sup>. Se ha descrito la humildad como el “deseo de someterse al Señor”, el “deseo de conocer Su voluntad y de buscar Su gloria” y el “deseo de despojarse del orgullo”<sup>2</sup>. El rey Benjamín dijo a los de su pueblo: “...quisiera que recordaseis y retuvieseis siempre en vuestra memoria la grandeza de Dios, y vuestra propia nulidad, y su bondad y longanimidad para con vosotros, indignas criaturas, y os humillaseis aun en las profundidades de la humildad...” (Mosíah 4:11). El Señor aconsejó en Doctrina y Convenios que “...fuesen humildes, fuesen fortalecidos y bendecidos desde lo alto, y recibieran conocimiento de cuando en cuando” (D. y C. 1:28).

Ruego que, al someternos a la voluntad del Señor en todas las cosas, cultivemos nuestra humildad y de esa forma retenemos la remisión de nuestros pecados.

### INVOCAR A DIOS DIARIAMENTE

La oración es una de las bendiciones más grandes que tenemos durante nuestra estadía sobre la tierra. Por medio de la oración podemos comunicarnos con nuestro Padre Celestial y buscar Su guía a diario. Jesús enseñó: “Por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre” (3 Nefi 18:19). Debemos orar cada día para que tengamos el poder de resistir la tentación. Amulek nos enseña que debemos orar “por la mañana... al mediodía y al atardecer”, y que “reboten [nuestros] corazones, entregados continuamente en oración a [Dios]” (Alma 34:21, 27). Nuestras oraciones diarias influyen en nuestros pensamientos, en nuestras palabras y en nuestras acciones. A fin de retener la remisión de nuestros pecados, es imprescindible que le pidamos diariamente a nuestro Padre Celestial la fortaleza para permanecer en el sendero recto y angosto.

**El sol del atardecer extiende las sombras de los visitantes y de la fuente de la esquina suroeste del Centro de Conferencias.**



En la conferencia general del pasado abril, el presidente James E. Faust enseñó que “para sustentar la fe, cada uno de nosotros debe ser humilde y compasivo, bondadoso y generoso con el pobre y el necesitado. La fe se sustenta aún más con dosis diarias de la espiritualidad que recibimos cuando nos arrodillamos en humilde oración...”<sup>3</sup>.

El presidente Gordon B. Hinckley, en su discurso de apertura de la conferencia general de octubre de 1996, hizo una hermosa descripción de la oración. Él dijo: “Ustedes han orado pidiendo que puedan escuchar aquello que les ayude a resolver sus problemas y sume fortaleza a su fe. Les aseguro que nosotros también hemos orado. Hemos orado en busca de inspiración y de dirección. Hay una oración constante en nuestro corazón de que no fallemos en el cumplimiento de la gran responsabilidad que el Señor nos ha encomendado ni a la con-

fianza que ustedes han depositado en nosotros. Hemos rogado que podamos recibir la inspiración de decir las palabras que edificarán la fe y el testimonio y que se convertirán en respuestas a las oraciones de los que las escuchen”<sup>4</sup>.

Testifico que quienes invocan al Señor diariamente tendrán mayor poder para retener la remisión de sus pecados.

### PERMANECER FIRMES

Hace poco, me encontraba con los misioneros de la Misión Uruguay Montevideo Oeste mientras ellos citaban en voz alta la sección 4 de Doctrina y Convenios, que dice: “...oh vosotros que os embarcáis en el servicio de Dios, mirad que le sirváis con todo vuestro corazón, alma, mente y fuerza, para que aparezcáis sin culpa ante Dios en el último día” (D. y C. 4:2). Sentí el espíritu de sus llamamientos al permanecer ellos firmes en su mayordomía de traer almas a Cristo. A los Santos de los Últimos Días se les ha mandado: “...alzaad vuestros corazones y regocijaos, y ceñid vuestros lomos y tomad sobre vosotros toda mi armadura, para que podáis resistir el día malo, después de haber hecho todo, a fin de que podáis persistir” (D. y C. 27:15). El rey Benjamín enseñó que los de su pueblo debían “...permanec[er] firmes en la fe de lo que está por venir...” (Mosíah 4:11). Ellos habían clamado a una voz, diciendo: “...¡Oh, ten misericordia, y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones; porque creemos en Jesucristo, el Hijo de Dios... el cual bajará entre los hijos de los hombres!” (Mosíah 4:2).

“...el Espíritu del Señor descendió sobre ellos, y fueron llenos de gozo, habiendo recibido la remisión de sus pecados, y teniendo paz de conciencia a causa de la gran fe que tenían en Jesucristo que había de venir...” (Mosíah 4:3).

En la actualidad, nosotros podemos permanecer firmes en el testimonio de “El Cristo Viviente”, tal como lo manifestaron los Apóstoles:



“Testificamos que algún día Él regresará a la tierra. ‘Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá’ (Isaías 40:5). Él regirá como Rey de reyes y reinará como Señor de señores, y toda rodilla se doblará, y toda lengua hablará en adoración ante Él. Todos nosotros compareceremos para ser juzgados por Él según nuestras obras y los deseos de nuestro corazón”<sup>5</sup>.

Hermanos y hermanas, esas bendiciones pueden ser nuestras si aplicamos estos mismos tres principios a nuestra vida. A los santos de la época del rey Benjamín se les prometió que si lo hacían, siempre se regocijarían y serían llenos del amor de Dios. Eso les dio el poder para retener la remisión de sus pecados. Se les prometió que crecerían en su conocimiento del Señor y en el conocimiento de lo que es justo y verdadero. No tendrían deseos de hacerse daño el uno al otro, sino que vivirían en paz los unos con los otros. Disciplinarían a sus hijos con amor y les enseñarían a andar por las vías de la verdad y la seriedad; se amarían unos a otros y se servirían unos a otros. Impartirían de sus bienes para cuidar de los pobres, alimentar al hambriento, vestir al desnudo y cuidar del enfermo. Ellos suministrarían auxilio a sus semejantes, tanto en forma espiritual como temporal. ¿Qué bendición más grande podríamos pedir?

Dios conceda que también nosotros podamos retener la remisión de nuestros pecados. Testifico que Dios vive y que Su Hijo Unigénito es en verdad nuestro Salvador y nuestro Redentor, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. *Mormon Doctrine*, 2da. edición, 1966, pág. 370.

2. *Principios del Evangelio*, pág. 4.

3. “El escudo de la fe”, *Liahona*, julio de 2000, pág. 21.

4. “Escuchen por el poder del Espíritu”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 4.

5. “El Cristo Viviente: El testimonio de los Apóstoles”, *Liahona*, abril de 2000, pág. 3.

# La bendición de santificar el día de reposo

**Élder H. Aldridge Gillespie**  
De los Setenta

**“De entre todas las personas de la tierra, los Santos de los Últimos Días deben ser los primeros en santificar este día señalado de la semana”.**



**A** todos ustedes bellos y fieles santos este domingo por la tarde, les felicito por el respeto que demuestran por el día de reposo al asistir esta tarde a la conferencia, dondequiera que se encuentren.

Hemos sido instruidos, edificados y fortalecidos espiritualmente a través de las cinco sesiones de esta magnífica conferencia general de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Se nos ha enseñado “cómo obrar de conformidad con los puntos de [la] ley y [los] mandamientos [del Señor]”, y hemos sido “santificados por lo que [hemos] recibido”<sup>2</sup>.

Ahora es el tiempo de “[obligarnos] a obrar con toda santidad ante

[el Señor]”<sup>3</sup>. En otras palabras, basándonos en esta conferencia, es preciso que determinemos cuál medida específica tomaremos a fin de llevar a cabo los cambios necesarios en nuestra vida. Esta medida es la fe, y el cambio es el arrepentimiento. A esos dos principios siempre les siguen las bendiciones. Si no actuamos rápidamente, entonces lo que precisamente podría habernos santificado se torna para nuestra condenación.

Hoy es el día de reposo; no termina al salir de esta sesión; no termina si alguien llama por teléfono o golpea nuestra puerta para invitarnos a salir a jugar, a ir a un paseo, a un juego de pelota o a ir de compras; no termina porque estemos de vacaciones o alguien nos esté visitando, ya sea una persona miembro o no miembro de la Iglesia.

El Señor mandó: “...salid de entre los inicuos. Salvaos. Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor”<sup>4</sup>. Un elemento crítico en la observancia de este mandamiento es “[acordarnos] del día de reposo para santificarlo”<sup>5</sup>.

¡El día de reposo dura todo el día! En una revelación que se aplica “en forma especial a los santos de la Iglesia que se encuentran en Sión”<sup>6</sup>, el Señor declara que el día de reposo se dio para que nos conserváramos

“sin mancha del mundo”<sup>7</sup>. Es un día para participar de la Santa Cena, un día “para rendir [nuestras] devociones al Altísimo”<sup>8</sup>, un día para “ayunar y orar”<sup>9</sup>, un día para ofrecer nuestro tiempo, talentos y medios en el servicio a Dios y nuestros semejantes<sup>10</sup>, un día para [confesar nuestros] pecados a [nuestros] hermanos, y ante el Señor”<sup>11</sup>. Es también un día apropiado para pagar nuestros diezmos y ofrendas, un día que se destaque por el sincero sacrificio de las actividades y los placeres del mundo; es un día para guardar el convenio del día de reposo<sup>12</sup>, un día para “regocijarse y orar”<sup>13</sup>, un día de “corazones felices y semblantes alegres”<sup>14</sup>.

Isaías prometió: “Si retrajerés del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamas delicias... y lo venerares, no andando en tus propios caminos... entonces te deleitarás en Jehová”<sup>15</sup>.

Obviamente, concentraremos nuestra atención en hacer la voluntad del Señor y no seguiremos trabajando ni satisfaciendo nuestros apetitos carnales para divertirnos y holgazanear.

El profeta Spencer W. Kimball aconsejó: “El día de reposo es un día santo en el cual hay que hacer cosas dignas y santas. Abstenerse del trabajo y del recreo es importante, pero no suficiente. El día de reposo exige pensamientos y hechos constructivos, y si uno solamente está ocioso sin hacer nada, está violando el día de reposo.

“A fin de observarlo, uno estará de rodillas orando, preparando lecciones, estudiando el evangelio, meditando, visitando a los enfermos y afligidos, durmiendo, leyendo cosas sanas y asistiendo a todas las reuniones en las que debe estar ese día. El dejar de hacer estas cosas pertinentes constituye una transgresión del lado de la omisión” (*El milagro del perdón*, págs. 94–95)<sup>16</sup>.

Nuestro amado profeta Gordon B. Hinckley ha prometido: “Si tienen alguna duda en cuanto a la sabiduría, la divinidad de la observancia del día de reposo... quédense en casa y reúnan a su familia a su



**El presidente Gordon B. Hinckley sonríe a la congregación.**

alrededor, enséñenles el Evangelio, disfruten de estar juntos en el día de reposo, vayan a sus reuniones y participen en ellas. Se darán cuenta de que el principio del día de reposo es un principio verdadero que conlleva grandes bendiciones”<sup>17</sup>.

Jesús enseñó: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre”<sup>18</sup>. ¿Qué significa eso? Quiere decir que para que un hombre reciba el gozo y la felicidad que el Evangelio promete, en ese día él debe sacrificar las cosas del mundo, dejar a un lado su empleo, donde sea posible, y guardar el eterno convenio del día de reposo. El Señor mandó: “Guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel (que incluye a todos los Santos de los Últimos Días)... por sus generaciones por pacto perpetuo. Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel”<sup>19</sup>.

De entre todas las personas de la tierra, los Santos de los Últimos Días deben ser los primeros en santificar este día señalado de la semana. El Señor dijo: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”<sup>20</sup>.

El élder Bruce R. McConkie

observó que, hasta el día de hoy, “el asunto de la observancia del día de reposo sigue siendo una de las grandes tareas que divide a los justos de los mundanos y los inicuos”<sup>21</sup>.

Las promesas que el Señor hace a los que santifican el día de reposo se exponen de manera tan clara en las Escrituras que nos hacen pensar: “¿Por qué querría alguien privarse de esas bendiciones por los placeres vulgares y pasajeros del mundo? Escuchemos de nuevo las palabras de Jehová que descienden del monte Sinaí: “Guardad mis días de reposo, y tened con reverencia mi santuario. Yo Jehová.

“Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, yo daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra rendirá sus productos...

“y comeréis vuestro pan hasta saciaros, y habitaréis seguros en vuestra tierra. Y yo daré paz en la tierra...

“y la espada no pasará por vuestro país...

“Porque yo me volveré a vosotros, y os haré crecer... y afirmaré mi pacto con vosotros...

“Y pondré mi morada [el templo] en medio de vosotros...

“y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo”<sup>22</sup>.

¡Amo el día de reposo! Ha sido una bendición para mi familia de innumerables maneras. Doy testimonio, basado en la experiencia personal, de que los mandamientos del Señor son “verdaderos y fieles”<sup>23</sup>.

Sé que serán más felices, que disfrutarán más paz y sus vidas serán más alegres al presenciar los milagros que recibe cada persona y cada familia que hace el sacrificio de guardar este convenio eterno.

Amo a nuestro Señor y Salvador. Sé que Él vive y que ésta es Su iglesia y reino sobre la tierra. Sé que Él es al mismo tiempo un Dios justo y misericordioso que ama a Sus hijos con toda la ternura de un padre bondadoso y amoroso. Que en cambio le ofrezcamos “un sacrificio al Señor [nuestro] Dios en rectitud, sí, el de un corazón quebrantado y un espíritu contrito”<sup>24</sup>. Lo ruego, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. D. y C. 43:8.
2. D. y C. 43:9.
3. D. y C. 43:9.
4. D. y C. 38:42.
5. Éxodo 20:8.
6. D. y C. 59; encabezamiento.
7. D. y C. 59:9.
8. D. y C. 59:10.
9. D. y C. 59:14.
10. D. y C. 59:12 dice: “ofrecerás tus ofrendas”, que significa ofrecer nuestro tiempo, talentos y recursos.
11. D. y C. 59:12.
12. D. y C. 59:12.
13. D. y C. 59:14.
14. D. y C. 59:15.
15. Isaías 58:13–14.
16. Spencer W. Kimball, *El milagro del perdón*, págs. 94–95.
17. Gordon B. Hinckley, *Teachings*, 1997, pág. 559.
18. Marcos 2:27.
19. Éxodo 31:16–17.
20. Mateo 5: 20.
21. Bruce R. McConkie, *Mormon Doctrine*, 1966, pág. 658.
22. Levítico 26:2–12.
23. D. y C. 71:11.
24. D. y C. 59:8.

# El dar a conocer el Evangelio

Élder Robert C. Oaks

De los Setenta

**“Dada la importancia del mensaje, la ayuda que ofrece el Espíritu, el número de misioneros y el tamaño del campo que está listo para la siega, 300.000 nuevos conversos al año no es suficiente”.**



**M**e emociona oír al profeta declarar desde este púlpito la forma en que él ve la obra del Señor rodar hasta los extremos de la tierra, como la piedra que fue cortada no con mano, que vio Daniel en visión (véase Daniel 2:34–35).

Esta obra se dirige bajo el Espíritu del Señor y por medio del ejercicio de la autoridad del sacerdocio dado al hombre. Pero avanza sobre las ruedas de la obra misional mediante aquellos que han respondido al llamamiento del Señor: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15).

El Evangelio de Jesucristo, con toda su pureza, belleza y simplicidad, ha sido restaurado sobre la tierra en estos últimos días, por medio de José

Smith, el gran profeta de esta dispensación.

Nosotros, los que hemos probado los dulces frutos del Evangelio, lo conocemos como una fuente de fe, de esperanza, de paz, un manantial constante de dicha. En efecto, es una rara joya que se ha de atesorar y una rara joya que se ha de compartir. Existen 60.000 misioneros regulares dedicados a la labor de compartir el mensaje. Sus esfuerzos, unidos a los de los misioneros de estaca y los de los miembros resultaron en unos 300.000 nuevos conversos el año pasado.

Pero eso no es suficiente. Dada la importancia del mensaje, la ayuda que ofrece el Espíritu, el número de misioneros y el tamaño del campo que está listo para la siega, 300.000 nuevos conversos al año no es suficiente.

De hecho, el año pasado el presidente Hinckley instó a los miembros de la Iglesia a aumentar considerablemente el número de conversos. Todavía no nos encontramos en esa trayectoria proféticamente motivada.

Eso es lo que hacen los profetas: nos ayudan a alcanzar nuevas alturas. El presidente David O. McKay aconsejó: “Todo miembro un misionero”<sup>1</sup>; el presidente Kimball: “Alarguemos el paso”<sup>2</sup> y “Hazlo ahora”<sup>3</sup>; el presidente Benson: “Inundar... la tierra con el Libro de Mormón”<sup>4</sup>; y ahora el presidente Hinckley: “Aumenten el número

de conversos y reténganlos”. ¿Necesitamos instrucciones más específicas?

Permítanme repasar las instrucciones, que consisten de cuatro pasos, que hemos recibido con respecto a la obra de miembros y misioneros:

1. Determinen, por medio de la oración, quiénes, de entre sus amigos y vecinos, serían los más receptivos al mensaje del Evangelio.

2. Presenten a los misioneros a dichas personas.

3. Participen ustedes mismos en la enseñanza del Evangelio, de preferencia en sus hogares.

4. Integren a sus amigos y a cualquier miembro nuevo a la Iglesia, al ser atentos y serviciales.

Por medio de este proceso sencillo y compacto, *podemos* aumentar el número de conversos y, lo que es más importante, podemos lograr que los miembros nuevos sientan un hermanamiento total. El aumento en la participación de los miembros es la única forma de aumentar nuestra tasa actual de conversión.

Todo esto lo hemos escuchado muchas veces. ¿Por qué no mejoramos en proporcionar referencias? No es pereza, porque los Santos de los Últimos Días no son perezosos. Yo creo que el miedo al rechazo o el temor a ofender a una amistad son los obstáculos más comunes para compartir el Evangelio.

Pero, ¿son válidos estos temores? Cuando ustedes invitan a un amigo a reunirse con los misioneros, están ofreciendo compartir algo que es muy valioso y preciado. ¿Es ofensivo eso? La hermana Oaks y yo hemos comprobado que eso no es el caso. De hecho, hemos descubierto que cuando ofrecemos compartir el Evangelio, se fortalece la amistad, aun cuando nuestros amigos tal vez no abracen el mensaje del Evangelio.

Supongan que se les ha invitado a tomar desayuno a la casa de un amigo. En la mesa ven una jarra grande de jugo de naranja recién hecho, de la cual el anfitrión llena su vaso; pero no les ofrece a ustedes. Por fin, ustedes preguntan: “¿Podría

darme un vaso de jugo de naranja?”.

El anfitrión responde: “Perdone, pensé que a usted no le gustaría el jugo de naranja y no quise ofenderlo ofreciéndole algo que no deseaba”.

Esto suena absurdo, pero no es muy diferente de lo que sucede cuando vacilamos en ofrecer algo que es mucho más dulce que el jugo de naranja. A menudo me he preocupado por la manera que voy a contestar a algún amigo sobre mi vacilación cuando lo encuentre más allá del velo.

Un relato que contó el élder Christoffel Golden, de Sudáfrica, trajo a colación mis inquietudes. Recientemente estuvo en Lusaka, Zambia, en una reunión de nuevos conversos. Un desconocido, refinado en el hablar y en el modo de vestir, con un Libro de Mormón en la mano, entró en la capilla. Dijo que había pasado varias veces frente al edificio y se había preguntado qué iglesia habría allí y qué doctrina enseñaban.

Al término de la reunión, ese caballero se puso de pie, alzó en alto su ejemplar del Libro de Mormón y preguntó: “¿Por qué han mantenido escondido este libro de la gente de Lusaka? ¿Por qué lo han mantenido en secreto?”.

Al escuchar el relato, me sentí incómodo, de que un día algún amigo me pudiese preguntar: “¿Por qué guardaste en secreto este Libro de Mormón, con su mensaje de verdad y salvación?”.

Mi respuesta: “Tuve miedo de perjudicar nuestra amistad”, no será muy satisfactoria ni para mí ni para mi amigo.

Hermanos y hermanas, ruego que podamos poner de lado nuestros temores y nuestra indecisión y ya no mantengamos en secreto el gran tesoro que poseemos.

Permítanme expresar un pensamiento más con respecto a la obra misional: Durante mi breve temporada en el sudeste de África, me ha

**El Centro de Conferencias está ubicado en el corazón de la ciudad de Salt Lake, al frente del templo y a una cuadra del rascacielos de las oficinas de la Iglesia.**



sorprendido sobremanera el servicio extraordinario que prestan los matrimonios misioneros. A diario hacen contribuciones de importancia al fortalecimiento de los miembros y a hacer rodar hacia adelante, en su curso eterno, esa piedra cortada no con mano. ¡Qué equipo imponente de rectitud forman con los misioneros más jóvenes y los miembros locales!

Ya sea en cuestiones de liderazgo, de proselitismo, de la obra del templo, de ayuda humanitaria, de bienestar o de los servicios educativos de Iglesia, la contribución que hacen estas almas, con su gran experiencia y testimonio, es inmensurable. Y sin excepción, veo que de su servicio derivan gran satisfacción personal.

Si ustedes se han jubilado, o están por hacerlo, y se preguntan qué cosa útil podrían hacer con el resto de su vida, pónganse en contacto con su obispo. Permítanle compartir con ustedes su fascinante lista de oportunidades misionales.

Hoy día, tomen de la mano a su cónyuge y vean si no están de acuerdo en que lo mejor para todos, incluso los nietos, sería que ustedes aceptaran una asignación de servir al Señor como misioneros. Ésta es Su obra y Él nos llama a unirnos con Él en ella.

Testifico que Dios, nuestro Padre Eterno y Su Hijo Unigénito, Jesucristo, viven. Cristo vino a la tierra y cumplió con Su llamamiento como Redentor de todo el género humano. Testifico que Su Evangelio ha sido restaurado, en su plenitud, y que hay un profeta viviente, Gordon B. Hinckley, que guía esta obra bajo la dirección del Padre y del Hijo. Y esto lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén. □

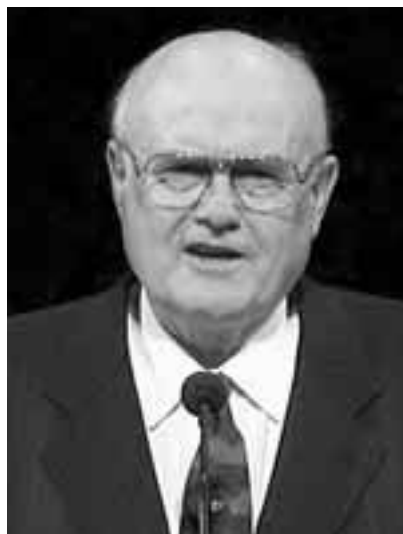
#### NOTAS

1. En Conference Report, abril de 1959, pág. 122.
2. "El verdadero camino", *Liahona*, agosto de 1978, pág. 2.
3. "Always a Convert Church", *Ensign*, septiembre de 1975, pág. 3.
4. "Tenemos que inundar la tierra con el Libro de Mormón", *Liahona*, enero de 1989, pág. 4.

# "Libres de" o "Libres para"

**Élder F. Enzo Busche**  
Miembro emérito de los Setenta

**"Comenzamos a vivir cuando aceptamos conscientemente la total responsabilidad de nuestra propia vida y dejamos de culpar a las circunstancias".**



Si se me preguntara cuál es el acontecimiento más importante acaecido en los últimos doscientos años, respondería sin vacilar: los efectos de la oración de un jovencito, humilde granjero, que, en los primeros años del siglo XIX, se arrodilló ante Dios al norte del estado de Nueva York y le preguntó en cuanto a la verdad eterna.

Este joven, de nombre José Smith, llegó a ser, en manos del Señor Jesucristo, el instrumento para restaurar a la humanidad el conocimiento de la verdad desde hacía tanto tiempo perdida y casi olvidada: el conocimiento sobre nosotros mismos, o sea, quiénes somos, de dónde venimos, cuál es el sentido y el propósito de nuestra existencia terrenal y por qué la

humanidad ha experimentado tanta desdicha e injusticia. También se dio respuesta a las preguntas del hombre sobre la vida después de la muerte y nuestro destino final.

Aun en este día, más de cuarenta y dos años después de haber aceptado por decisión propia el sagrado convenio del bautismo, todavía me hallo admirado por los hechos maravillosos y milagrosos de la Restauración. No sólo se nos permitió aprender todo sobre el significado básico de la expiación del Señor Jesucristo, sino que también se nos reveló el importante significado del sacerdocio de Dios, el cual se restauró para permitirnos obrar con amor y paciencia, y así hacer llegar a todos la oportunidad de la salvación.

El tiempo no me permite hablar en mayor detalle de esta obra maravillosa de nuestro tiempo, pero me siento inspirado a hablar de un aspecto clave del reino de Dios, el cual, si no se comprende, puede hacer que no entendamos cabalmente el plan de Dios.

Para ir directamente al asunto, quiero hablarles de un fiel hermano que era miembro de mi rama en mi país de origen, Alemania, durante mis primeros años de miembro de la Iglesia.

Él vivía en circunstancias humildes y se sentía muy bendecido por haber comenzado a trabajar hacía poco para una pequeña compañía



privada. Me habló de una celebración futura en la que se invitaba a todos los empleados a la tradicional cena de la compañía. Él estaba preocupado porque sabía que al final habría un gran brindis con cerveza, siendo probablemente su jefe el mayor bebedor de todos. Pero también sabía que el no asistir a la cena se consideraría una falta de cortesía.

Cuando le volví a ver, después de haberse realizado la celebración, aprecié en él un brillo feliz y profundo, y no podía aguardar a decirme lo que había ocurrido. Dado que era nuevo en la compañía, el jefe se había sentado a su lado para conocerle mejor. A medida que avanzaba la noche, este hermano vio confirmados sus mayores temores, pues el jefe no iba a tolerar que no bebiera con él, y le dijo: “¿Que tipo de iglesia es ésa que no le permite a usted beber ni siquiera un vaso de cerveza conmigo?”.

El temor de mi amigo no se convirtió en pánico y pudo responder con calma a su jefe que la razón por la que no estaba bebiendo no tenía nada que ver con la Iglesia a la que pertenecía, sino a que él mismo había hecho el sagrado convenio con Dios de que no bebería. Si alguna vez quebrantaba ese convenio, ¿cómo

podría continuar siendo fiel a lo que prometiera y cómo podría confiar su jefe en que no iba a mentir, ni a robar ni a engañar?

De acuerdo con mi amigo, su jefe quedó profundamente impresionado por estas palabras y le abrazó entre expresiones de profunda admiración y confianza.

Mis queridos hermanos y hermanas, en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, muchos miembros nuevos, en especial los que proceden de fuera de los Estados Unidos, aprenden por vez primera el verdadero sentido de la expresión *ser libres*. Mucha gente del mundo cree que esta palabra significa estar “libres de” malicia, de dolor o de prohibiciones; mas la libertad a la que Dios se refiere cuando trata con nosotros va un poco más allá, pues para Él quiere decir “libres para” obrar dignamente con nuestro propio albedrío.

¿Qué quiere decir ser libre? Ser libre quiere decir haber madurado hasta haber llegado a un pleno conocimiento de lo peligroso de nuestras muchas responsabilidades como seres humanos; quiere decir que hemos aprendido que todo lo que hacemos, decimos o pensamos tiene sus consecuencias; y nos damos cuenta de que por un tiempo

demasiado largo nos hemos considerado víctimas de las circunstancias. En Juan 8:32, leemos lo siguiente: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

Al abrir nuestro corazón al mensaje de la verdad de Dios tal y como fue restaurado en nuestra época, comenzamos a comprender por qué ha habido, y todavía hay, tanta aflicción, tanto dolor, sufrimiento y hambre. A la par que aprendemos a aceptar en nuestra propia vida la verdad revelada, crecerá también nuestra fe en el Hijo viviente de Dios y, por tanto, recibiremos dones espirituales hasta ahora desconocidos. Aprenderemos que no hay nada imposible para quienes creen en Jesucristo. Las ataduras falsas caerán; y desaparecerá la mentalidad cerrada, resultado de las tragedias de las tradiciones falsas.

Cuanto más se desarrolle nuestra comprensión de lo inmenso y de lo completo del plan de salvación, tanto más nos veremos en nuestra pequeñez, en nuestro estado incompleto. Y el vernos en esa condición humilde, con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, nos permitirá comprender y, finalmente, aceptar este tan sagrado convenio del bautismo que hacemos con nuestro Padre Celestial.

Nos someteremos alegremente a este convenio, sabiendo que hay una gran diferencia entre un mero deseo y un convenio. Cuando deseamos algo, trabajamos por alcanzarlo sólo cuando nos es conveniente. Mas cuando estamos ligados por medio de un convenio sagrado, como el bautismo, aprendemos a superar todos los obstáculos por medio de la obediencia y, al hacerlo, somos bendecidos con la presencia del Espíritu y, finalmente, con el éxito. Comenzamos a vivir cuando aceptamos conscientemente la total responsabilidad de nuestra propia vida y dejamos de culpar a las circunstancias.

Una cosa sí sabemos con claridad: que el ser “libres para” quiere decir que tenemos el potencial de escoger hacer lo malo, lo cual tiene consecuencias despiadadas, y que si

eso no se detiene y se corrige, nos conduce a la desdicha y al dolor. Si no lo enmendamos, el escoger hacer lo malo nos llevará al peor desastre de la vida de cada persona: estar alejados de nuestro Padre Celestial en el mundo venidero.

Cuando recibimos este mensaje revitalizador, comenzamos a entender que en nuestra vida anterior éramos como un jugador de fútbol parado en medio del campo, totalmente deprimido por no conocer el objetivo ni las reglas del juego. No sabíamos a qué equipo pertenecíamos y ni siquiera sabíamos quién era nuestro entrenador. Sólo al ser conscientes del Evangelio restaurado se aclara nuestro objetivo y comprendemos que Jesucristo y Su Iglesia y sacerdocio restaurados constituyen la única manera de tener éxito en nuestra experiencia terrenal.

Jesucristo quiere concedernos poder en nuestra vida de acuerdo con las decisiones justas que tomemos, hasta el punto en el que, mediante nuestra fe y obras, cambiemos aquellas circunstancias que en el pasado nos mantenían prisioneros. En el Libro de Mormón aprendemos que el Señor sigue de cerca la marcha de nuestra vida, junto con una multitud de santos ángeles. Leemos:

“...¿han cesado los milagros...? He aquí, os digo que no; ni han cesado los ángeles de ministrar a los hijos de los hombres.

“Porque, he aquí, se sujetan a él para ejercer su ministerio de acuerdo con la palabra de su mandato, manifestándose a los que tienen una fe fuerte...” (Moroni 7:29–30).

Mediante nuestro entendimiento del divino plan que Dios tiene para nosotros, somos plenamente responsables de esta libertad que se nos ha concedido en nuestra época. Permanezcamos siempre cerca de la mano amorosa y bondadosa de nuestro Redentor y nuestro Salvador para hallar seguridad y gozo. Digo esto con profunda humildad. Y les doy mi testimonio como su hermano y servidor de que sé que Jesús vive y que Él es el cabeza de esta obra. Digo esto en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# “Que Dios escriba en mi corazón”

**Élder Henry B. Eyring**  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

**“La oración podrá proporcionarle [al hijo o a la hija] un escudo protector que sus padres desearán de todo corazón que tenga”.**



Los padres deben enseñar a sus hijos a orar. El niño aprende tanto de lo que hacen los padres como de lo que dicen. El niño que ve a su madre o a su padre pasar por las pruebas de la vida con una oración ferviente a Dios y luego oye un testimonio sincero de que Dios ha respondido con benevolencia, recordará lo que vio y oyó. Cuando vengan las pruebas, estará preparado.

Con el tiempo, cuando el hijo esté lejos de casa y de la familia, la oración podrá proporcionarle un escudo protector que sus padres desearán de todo corazón que tenga. El despedirse de un ser querido puede ser duro, particularmente cuando puede que no se le vuelva a ver en mucho tiempo. Yo tuve esa experiencia con mi padre. Nos

despedimos en una esquina de una calle de la ciudad de Nueva York, ciudad a la que él había ido por motivos de trabajo, y donde yo me encontraba de paso hacia otro lugar. Ambos sabíamos que era probable que yo no volviera ya a vivir con mis padres bajo el mismo techo.

Era un día soleado, alrededor del mediodía. Las calles estaban abarrotadas de coches y de gente. En esa esquina en concreto había un semáforo que por unos minutos detenía a los coches y a las personas que venían de todas las direcciones. El semáforo cambió a la luz roja, los coches se detuvieron. El gentío se abalanzó desde las aceras en todos los sentidos para cruzar la calle.

Había llegado el momento de partir y yo comencé a cruzar la calle. Me detuve casi en el centro, mientras la gente se desplazaba con prisa a mi alrededor. Me volví para mirar hacia atrás y vi que, en vez de avanzar entre la gente, mi padre estaba todavía de pie en la esquina, mirándome. Me pareció que estaba muy solo y quizás un poco triste. Yo quería volver a él, pero me di cuenta de que la luz iba a cambiar, por lo que me volví y me apresuré a cruzar.

Años más tarde hablé con él de aquel momento. Me dijo que no había interpretado acertadamente la expresión de su rostro, pues no se había sentido triste, sino preocupado. Me había visto mirar hacia atrás, como si hubiese sido un niño pequeño, vacilante, y en busca de

seguridad. Me dijo que el pensamiento que atravesó su mente había sido: *¿Se encontrará bien? ¿Le he enseñado lo suficiente? ¿Está preparado para lo que le espera más adelante?*

En su mente había habido más que pensamientos. Al verle supe que tenía sentimientos en el corazón. Él anhelaba mi protección, mi seguridad. Yo había oído y sentido ese anhelo en sus oraciones, y aun más en las oraciones de mi madre, durante todos los años que había vivido con ellos. Había aprendido de eso y lo tenía presente.

La oración es un asunto del corazón. Se me había enseñado mucho más que las reglas para orar. De mis padres y de las enseñanzas del Salvador, aprendí que debemos dirigirnos a nuestro Padre Celestial en el reverente lenguaje de la oración: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Sabía que nunca profanamos Su sagrado nombre, nunca. ¿Pueden imaginarse el daño que hace a las oraciones de un niño el oír a alguno de sus padres profanar el nombre de Dios? Habrá terribles consecuencias para tamaño agravio a los niños pequeños.

Había aprendido que era importante dar gracias por las bendiciones y pedir perdón: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12). Se me había enseñado que pedimos aquello que necesitamos y que rogamos que los demás sean bendecidos: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Mateo 6:11). Sabía que debemos renunciar a nuestra voluntad: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Se me había enseñado y yo había aprendido que era cierto que se nos puede advertir del peligro, y se me había indicado temprano en la vida lo que desagrada a Dios de lo que hacemos: “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Mateo 6:13).

Había aprendido que siempre debemos orar en el nombre de Jesucristo; pero algo de lo que había

visto y oído me indicó que esas palabras eran más que una mera formalidad. Había un cuadro del Salvador en la pared del cuarto donde mi madre estuvo confinada en cama en los años anteriores a su fallecimiento. Ella lo había mandado poner allí por lo que su primo Samuel O. Bennion le había dicho. Él había viajado con un apóstol que le describió como había visto al Salvador en una visión. El élder Bennion le había regalado ese grabado y cuando se lo dio le dijo que, de todos los que había visto, ése era el retrato más acertado de la fortaleza y el carácter del Maestro. Ella lo enmarcó y lo puso en la pared donde pudiera verlo desde la cama.

Mi madre conocía al Salvador y le amaba. De ella había aprendido que no concluimos en el nombre de un extraño cuando nos acercamos a nuestro Padre en oración. Por lo que había visto de su vida, sabía que su corazón estaba cerca del Salvador tras años de un esfuerzo determinado y constante por servirle y agradecerle. Sabía que es verdadero el pasaje que advierte: “Porque ¿cómo conoce un hombre al amo a quien no ha servido, que es un extraño para él, y se halla lejos de los pensamientos y de las intenciones de su corazón?” (Mosíah 5:13).

Años después de la muerte de mis padres, las palabras “en el nombre de Jesucristo” al final de una oración no me resultan algo fortuito, ni cuando las pronuncio yo ni cuando las oigo en boca de otras personas. Debemos servir al Maestro para conocer Su corazón. Y también debemos rogar que nuestro Padre Celestial responda a nuestras oraciones tanto en nuestro corazón como en nuestra mente (véase Jeremías 31:33; Hebreos 8:10; 10:16; y 2 Corintios 3:3).

El presidente George Q. Cannon describió la bendición que reciben las personas que se reúnen tras haber pedido en oración dichas respuestas. Él habló en cuanto a cómo asistir a una reunión del sacerdocio, aunque muchos de ustedes han venido a esta reunión con el corazón preparado tal y como él describe

en las siguientes palabras:

“Debiera entrar en la reunión con mi mente libre de toda influencia que impida al Espíritu de Dios obrar en mí. Debiera ir con un espíritu de oración, pidiéndole a Dios que *escriba en mi corazón* Su voluntad, y no con mi propia voluntad predispuesta y predeterminada para hacer las cosas a mi antojo... por encima de la opinión de los demás. Si tanto yo como las demás personas acudiéramos a la reunión con este espíritu, entonces el Espíritu de Dios estaría entre nosotros, y aquello que decidiéramos sería la mente y la voluntad de Dios, porque Él nos la revelaría. Veríamos luz en la dirección a la que debemos ir y tinieblas en la dirección que debemos evitar” (*Deseret Semi-Weekly News*, 30 de septiembre de 1980, pág. 2; cursiva agregada).

Cuando enseñamos a orar a nuestros hijos, nuestra meta debe ser que deseen que Dios escriba en sus corazones, y que luego estén dispuestos a ir y cumplir con lo que Él les pida. Es factible que nuestros hijos tengan la fe suficiente gracias a lo que nos ven hacer y a lo que les enseñamos, y que, al menos en parte, puedan sentir lo que el Salvador sintió cuando oró para tener la fortaleza necesaria para realizar Su sacrificio infinito por nosotros: “Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39).

Yo he tenido respuestas a mis oraciones, respuestas que han sido más claras cuando lo que yo quería ha quedado eclipsado por la irresistible necesidad de conocer la voluntad de Dios. Es entonces cuando la respuesta de nuestro amoroso Padre Celestial se recibe en nuestra mente a través de la voz apacible y delicada, y se escribe en el corazón.

Algunos padres estarán prestando atención con esta pregunta en mente: “Pero, ¿cómo puedo ablandar el corazón de mi hijo ya crecido y que está convencido de que no necesita a Dios? ¿Cómo



puedo ablandar suficientemente un corazón para permitir a Dios que escriba Su voluntad en él?”. A veces la tragedia lo hará, aunque, para algunos, ni siquiera la tragedia es bastante.

Pero existe una necesidad que aun la persona más dura y orgullosa sabe que no puede satisfacer por sí misma. No puede desprenderse ella sola del peso del pecado; y hasta las personas más duras pueden sentir en ocasiones la punzada de la conciencia y, por consiguiente, la necesidad del perdón de Dios. Un padre amoroso, Alma, lo enseñó a su hijo Coriantón de este modo: “Ahora bien, no se podría realizar el plan de la misericordia salvo que se efectuase una expiación; por tanto, Dios mismo expía los pecados del mundo, para realizar el plan de la misericordia, para apaciguar las demandas de la justicia, para que Dios sea un Dios perfecto, justo y misericordioso también” (Alma 42:15).

Y entonces, tras expresar su testimonio del Salvador y Su Expiación, el padre hizo esta súplica por un corazón manso: “¡Oh hijo mío, quisiera que no negaras más la justicia de Dios! No trates de excusarte en lo más mínimo a causa de tus pecados, negando la justicia de Dios. Deja, más bien, que la justicia de Dios, y su misericordia y su longanimidad dominen por completo tu corazón; y permite que esto te humille hasta el polvo” (Alma 42:30).

Alma sabía lo que nosotros podemos saber: que el testificar de Jesucristo y de Él crucificado constituía la mayor de las posibilidades de que éste entrase en razón en cuanto a su necesidad de la ayuda que sólo Dios podía darle. Aquellos cuyos corazones se han ablandado gracias a ese poderoso sentimiento de la necesidad de ser limpios reciben respuesta a sus oraciones.

Cuando enseñamos a nuestros seres queridos que somos hijos espirituales de un Padre Celestial amoroso, les abrimos la puerta de la oración.

Vivimos en Su presencia antes de venir aquí a ser probados.



Conocíamos Su rostro y Él conocía el nuestro. Del mismo modo que mi padre terrenal me vio partir de su lado, nuestro Padre Celestial nos vio partir a la vida terrenal.

Su Hijo Amado, Jehová, partió de esa gloriosa corte para descender al mundo a sufrir lo que nosotros sufriríamos y a pagar el precio de todos los pecados que cometeríamos. Él nos proporcionó el único camino posible para volver a nuestro hogar a nuestro Padre Celestial y a Él. Si el Espíritu Santo puede decirnos tan sólo eso sobre quiénes somos, nosotros y nuestros hijos podríamos sentir lo que sintió Enós. Él oró de esta manera:

“Y mi alma tuvo hambre; y me arrodillé ante mi Hacedor, y clamé a él con potente oración y súplica por mi propia alma; y clamé a él todo el día; sí, y cuando anocheció, aún elevaba mi voz en alto hasta que llegó a los cielos.

“Y vino a mí una voz, diciendo: Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido” (Enós 1:4-5).

Puedo prometerles que ningún gozo excederá al que sentirían cuando uno de sus hijos ore en el momento de necesidad y reciba una respuesta. Un día se separarán de ellos y anhelarán volver a reunirse

con sus vástagos. Nuestro amoroso Padre Celestial sabe que ese anhelo seguirá siendo un anhelo para siempre a no ser que nos reunamos como familias con Él y con Su Hijo Amado. Él preparó todo lo que Sus hijos necesitarían para tener esa bendición. Para buscarla, éstos deben preguntar a Dios ellos mismos, sin dudar en nada, como lo hizo el joven José Smith.

Mi papá se sintió preocupado aquel día en Nueva York porque sabía, al igual que mi madre sabía, que la única tragedia sería que quedásemos separados para siempre. Ésa es la razón por la cual me enseñaron a orar, puesto que sabían que podríamos estar juntos para siempre sólo con la ayuda de Dios y con Su afirmación. Del mismo modo que lo harán ustedes, ellos enseñaron la oración eficazmente por medio del ejemplo.

La tarde en que falleció mi madre, del hospital fuimos a la casa paterna. Allí, nos quedamos un rato sentados silenciosamente en la penumbra de la sala de estar. Papá se retiró a su dormitorio donde permaneció unos minutos. Cuando volvió a la sala, una sonrisa se dibujaba en su rostro. Nos explicó que había estado preocupado por nuestra madre y que, mientras reunía las

cosas de ella en el cuarto del hospital y agradecía a los miembros del personal el haber sido amables con su esposa, pensaba en la partida de ella al mundo de los espíritus unos minutos después de su muerte y sentía temor de que ella se sintiese sola si nadie iba a recibirla.

Se había ido al dormitorio a pedir a nuestro Padre Celestial que alguien saludara a Mildred, su esposa y mi madre. Nos dijo que en respuesta a su oración se le había dicho que su madre había salido al encuentro de su nuera. Eso también me hizo sonreír a mí. La abuela Eyring no era muy alta. Pude imaginar claramente que se abría paso apresuradamente entre la multitud, moviendo con rapidez sus cortas piernas en cumplimiento a su misión de salir al encuentro de mi madre.

Aun cuando en aquel momento mi papá no había tenido la intención de enseñarme acerca de la oración, lo hizo. No recuerdo haber oído a mi madre ni mi padre pronunciar un sermón acerca de la oración. Ellos oran en los tiempos difíciles y en los tiempos buenos, y hacían saber con toda naturalidad lo bondadoso y lo poderoso que es Dios, y lo cerca que está de nosotros. Lo que más oía en las oraciones de ellos era lo que se nos requiere para estar juntos para siempre. Y las respuestas que permanecerán escritas en mi corazón son las que me aseguraban que nos hallábamos en el camino indicado.

Cuando vi en mi mente a mi abuela yendo de prisa a recibir a mi madre, sentí alegría por ellas y también sentí el deseo de llevar a mi esposa y a nuestros hijos a ese encuentro. Ese anhelo es la razón por la que debemos enseñar a nuestros hijos a orar.

Testifico que nuestro Padre Celestial contesta las oraciones de los padres fieles que suplican saber cómo enseñar a sus hijos a orar. Testifico que, mediante la expiación de Jesucristo, podremos tener la vida eterna en familias si honramos los convenios que hacemos en ésta, Su Iglesia verdadera. Testifico esto como Su siervo, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# “Un corazón humilde y contrito”

Presidente Gordon B. Hinckley

**“Si nos hemos acercado más al Señor con la resolución más firme de seguir Sus enseñanzas y Su ejemplo, entonces esta conferencia habrá tenido un gran éxito”.**



*Vano poder los reinos son;  
huecos los gritos y el clamor.  
Constante sólo es tu amor;  
al compungido da perdón.  
No nos retires tu amor;  
haznos pensar en ti, Señor”.*  
(“Haznos pensar en ti, Señor”,  
*Himnos*, Nº 35).

Estas palabras inmortales de Rudyard Kipling expresan mi sentir al llegar al término de esta gran conferencia de la Iglesia.

Después de la última oración, saldremos de este gran salón, apagaremos las luces y cerraremos las puertas. Quienes escuchan en todas partes del mundo apagarán la televisión o la radio o desconectarán Internet. Pero espero que al hacerlo, cuando todo haya terminado, sigamos recordando que sigue en pie Su

divino sacrificio, y que el corazón humilde y contrito permanecerá (véase *Himnos*, Nº 35).

Espero que todos meditemos con espíritu sumiso en los discursos que hemos escuchado. Espero que reflexionemos con tranquilidad sobre las cosas maravillosas que nos han dicho. Espero que nos sintamos un poco más contritos y humildes.

Todos hemos sido edificados; pero los resultados se verán al aplicar a nuestra vida las enseñanzas recibidas. Si en lo sucesivo somos un poco más amables, si tratamos mejor a nuestros vecinos, si nos hemos acercado más al Señor con una resolución más firme de seguir Sus enseñanzas y Su ejemplo, entonces esta conferencia habrá tenido gran éxito. Pero si, por lo contrario, nuestra vida no mejora en ningún sentido, entonces quienes nos han hablado habrán fracasado en gran medida.

Esos cambios tal vez no se podrán ver en un día, ni en una semana ni en un mes. Las resoluciones se hacen y se olvidan con rapidez. Pero si de aquí a un año, nos comportamos mejor de lo que lo hemos hecho en el pasado, entonces los esfuerzos de estos días no habrán sido en vano.

No recordaremos todo lo que se ha dicho, pero aún así todo esto servirá para elevar nuestro espíritu. Podría ser un cambio indefinible, pero aún así será real. Como el Señor dijo a Nicodemo: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde

viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan 3:8).

Eso sucederá con la experiencia que acabamos de disfrutar. Y quizás, de todo lo que hemos escuchado, una frase o un párrafo se haya destacado o nos haya llamado particularmente la atención. Si eso ha pasado, espero que la escribamos y luego reflexionemos sobre ella hasta llegar a comprender su significado más profundo y lograr hacerla parte de nuestra vida.

Espero que en la noche de hogar, hablemos con nuestros hijos de esos principios para que ellos también disfruten de la belleza de las verdades que hemos disfrutado. Y cuando en enero salga publicada la revista *Liahona*, con todos los mensajes de la conferencia, no la pongan a un lado diciendo que ya los han escuchado, sino léanlos y medítenlos. Encontrarán muchas cosas que se les habrán pasado al escuchar a los oradores.

Sólo lamento una cosa de esta

conferencia y es que sólo unas pocas Autoridades Generales y hermanas tuvieron la oportunidad de hablar. El problema es el tiempo limitado que tenemos.

Mañana por la mañana, regresaremos a nuestras labores, nuestros estudios o sean cuales fueren nuestras actividades, pero llevaremos con nosotros el recuerdo de este memorable acontecimiento para darnos sostén.

Por medio de la oración podemos acercarnos más al Señor y esa podría ser una conversación de acción de gracias. Nunca he podido comprender plenamente por qué el Gran Dios del Universo, el Todopoderoso, nos invita a nosotros, Sus hijos, a hablar con Él individualmente. ¡Qué oportunidad invaluable es ésta! ¡Qué maravilloso es que pueda ser así! Testifico que nuestras oraciones, ofrecidas con humildad y sinceridad, se escuchan y se contestan. Es un hecho milagroso, pero cierto.

Ruego que en nuestros hogares hablemos con más cariño y comprensión, que el amor abunde y lo pongamos de manifiesto en nuestros hechos. Que andemos por las serenas vías del Señor y que la prosperidad corone nuestros esfuerzos.

La gran Exclamación de Hosanna en la que todos participamos esta mañana debería perdurar como una experiencia inolvidable. De cuando en cuando, estando solos, podríamos repetir en silencio esas bellas palabras de adoración.

Doy testimonio de la veracidad de esta obra y de la realidad del Dios viviente, nuestro Padre Eterno, y de Su Hijo Unigénito, a quien pertenece esta Iglesia. A cada uno de ustedes les brindo mi amor. Que Dios esté con ustedes, mis queridos amigos. Al despedirnos por un tiempo, invoco sobre ustedes las bendiciones del cielo, en el nombre de Él, que es nuestro Maestro, nuestro Redentor y nuestro Rey, sí, el Señor Jesucristo. Amén. □



# Somos instrumentos en las manos de Dios

**Mary Ellen Smoot**

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

**“No nos hace falta un programa nuevo que nos incentive, tan sólo tenemos que llegar a sentir el deseo de dar a conocer el Evangelio y de tender la mano a los menos activos”.**



**M**is queridas hermanas, para comenzar, deseo decirles que las quiero muchísimo. No tengo palabras para expresar lo agradecida que estoy de ser parte de esta gran hermandad, a la que el presidente Gordon B. Hinckley ha llamado una familia mundial de hermanas. Sí *somos* hermanas y me siento constantemente inspirada por su fe, su virtud y su deseo de hacer lo que el Señor desea que hagan. Gracias por su servicio, por su ejemplo y por ser en verdad mujeres de fe, de virtud, de visión y de caridad. Dondequiera que voy, veo los frutos de la Sociedad de Socorro que se ponen de manifiesto en la vida de las hermanas de la Iglesia. Cada una

de nosotras es un instrumento en las manos de Dios.

Hace poco, conocí a una hermana en Oregón que se reintegró a la actividad en la Iglesia gracias a una dedicada maestra visitante. Sin duda, esa maestra visitante debe sentir lo que sintieron Ammón y sus hermanos cuando se regocijaron por haber sido hechos “instrumentos en las manos de Dios” (Alma 26:3) al llevar el conocimiento de Cristo a los lamánitas que habían sido “extranjeros para con Dios” (Alma 26:9). Porque “el valor de las almas es grande a la vista de Dios” (D. y C. 18:10).

En más de 165 países del mundo, nuestras hermanas están siendo instrumentos en las manos de Dios. Pienso en un barrio de Brasil que tiene una llegada de miembros nuevos cada semana. Las hermanas de la Sociedad de Socorro de ese barrio resolvieron ponerse la meta de no dejar pasar ni una semana sin que cada una de las hermanas recién bautizadas recibiera una visita en su casa y una copia de *La familia: Una proclamación para el mundo* y de la *Declaración* de la Sociedad de Socorro. Hasta ahora, ninguna de las hermanas ha dejado de ir a la Iglesia.

Me maravilla la inspirada presidenta de la Sociedad de Socorro de un barrio de Corea que resolvió visitar a todas las hermanas menos

activas de su barrio. Hasta la fecha ha visitado a 25 hermanas y todas ellas, menos tres, han vuelto a la Iglesia.

Las hermanas como ellas son testimonios vivientes de lo que dijo el presidente Hinckley de que “[en] esta Iglesia no hay ningún llamamiento pequeño o insignificante. Todos, en el desempeño de nuestras tareas, surtimos una influencia en la vida de los demás... Sea cual fuere su llamamiento, todos [ustedes] gozan de las mismas oportunidades que yo de lograr el éxito... nuestra labor consiste en continuar haciendo el bien así como [el Maestro] lo hizo” (“Ésta es la obra del Maestro”, *Liahona*, julio de 1995, pág. 81).

Definitivamente, *cada una* de nosotras puede ser un instrumento en las manos de Dios. Felizmente, no hace falta que todas seamos la misma clase de instrumento, puesto que, al igual que los instrumentos de una orquesta difieren en tamaño, forma y sonido, también nosotras somos distintas las unas de las otras. Tenemos talentos e inclinaciones diferentes, pero así como la trompa de pistones no puede reproducir el sonido del flautín, tampoco es preciso que todas sirvamos al Señor de la misma manera. La hermana Eliza R. Snow dijo que “no hay *ninguna hermana* tan aislada ni su influencia es tan limitada que no pueda hacer mucho para establecer el reino de Dios sobre la tierra” (*Woman’s Exponent*, 15 de septiembre de 1873, pág. 62; cursiva agregada). Entonces, nuestro privilegio y nuestra responsabilidad como hijas de Dios y como hermanas de la Sociedad de Socorro es volvernos los instrumentos más eficaces que *podamos* ser.

La Sociedad de Socorro puede ayudarnos. El profeta José, que organizó la Sociedad de Socorro en 1842, dijo claramente que el propósito de esta organización divinamente inspirada es no sólo “dar alivio al pobre, sino también salvar almas” (*History of the Church*, 5:25). Desde sus primeros días, la Sociedad de Socorro ha hecho un bien incalculable. La Sociedad de Socorro

suministró la primera carga de harina equivalente a la de un vagón de tren que llegó a manos de los sobrevivientes del terremoto ocurrido en 1906 en San Francisco y, posteriormente, proveyó de trigo al gobierno de los Estados Unidos durante la primera y la segunda guerra mundial. El año pasado, nuestras hermanas donaron más de 140.000 acolchados para ayudar a los afligidos. Hemos defendido la maternidad y la familia, hemos hecho la guerra al analfabetismo y hemos brindado incontables horas de servicio por todo el mundo. Pero esta noche les afirmo que nuestra obra de más crucial importancia yace delante de nosotras al unirnos a nuestros líderes del sacerdocio para hacer avanzar el reino de Dios.

Hermanas, nos necesitan aquí el Señor, nuestros líderes del sacerdocio, nuestras familias y nos necesitamos las unas a las otras. El Señor necesita que aceptemos nuestros llamamientos eternos y que cumplamos la medida de nuestra creación. Él necesita que hagamos de la Sociedad de Socorro una parte básica de nuestra vida y que busquemos formas de servir a los demás en el nombre de Su organización para la mujer, y que trabajemos juntas como hermanas para hacer avanzar el reino del Evangelio. En efecto, la Sociedad de Socorro nos ayudará a servir a nuestros familiares y a servirnos unas a otras en formas que ningún club ni organización puede hacerlo.

El presidente Spencer W. Kimball dijo: "...en el mundo preexistente, a las mujeres fieles se les dieron ciertas asignaciones... Aunque no recordemos estos detalles, ello no altera la gloriosa realidad de que en una oportunidad estuvimos de acuerdo con ese plan. Y todos somos responsables del cumplimiento de todo lo que se esperaba de nosotros" ("Vuestro papel como mujeres justas", *Liahona*, enero de 1980, pág. 167).

¿Cómo cumpliremos eso? En medio de las presiones de la vida, ¿cómo podemos volvernos los instrumentos más eficaces que podamos ser en las manos del Señor? Mucho de eso podemos aprenderlo

de los hijos de Mosíah y de la *Declaración* de la Sociedad de Socorro.

*Número 1.* Nuestra propia conversión debe ocurrir primero. La conversión más importante para cualquiera de nosotras es nuestra propia conversión. Si hemos de llevar la luz del Evangelio a otras personas, ésta debe brillar intensamente en nosotras mismas. Una vez que se convirtieron, los hijos de Mosíah trabajaron sin cesar para dar a conocer el Evangelio a los demás, porque "no podían soportar que alma humana alguna pereciera" (Mosíah 28:3). Sólo cuando *nos hemos* convertido al Señor Jesucristo nos encontramos en condiciones de fortalecer a los demás. Y sólo entonces comenzamos a comprender que nuestra vida en realidad tiene significado, propósito y dirección, y que, como hermanas unidas en nuestra devoción a Jesucristo, nuestro llamamiento es ser una luz al mundo.

*Número 2.* Al igual que los hijos de Mosíah, nosotras debemos "fortalec[ernos] en el conocimiento de la verdad" (Alma 17:2). Esos hermanos estudiaron de continuo el Evangelio. Por medio del ayuno y de la oración, y del sumirse en las Escrituras, llegaron a saber que Jesús es el Cristo y aprendieron a oír Su voz.

Del mismo modo, las hermanas de la Sociedad de Socorro debemos esforzarnos por incrementar nuestro testimonio de Jesucristo por medio de la oración y del estudio de las Escrituras, y procurar adquirir fortaleza espiritual al seguir los susurros del Espíritu Santo.

Es virtualmente imposible ser un instrumento eficaz para con nuestros propios familiares, para con nuestros vecinos e incluso desde el púlpito en la Iglesia si no sabemos discernir los susurros del Espíritu Santo. Ammón fue capaz de percibir los pensamientos del rey lamanita por motivo de que vivía cerca del Señor (véase Alma 18:16).

El oír la voz del Espíritu depende de nuestra buena disposición para guardar los mandamientos, puesto que "cuando recibimos una bendición

de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa" (D. y C. 130:21). Si deseamos experimentar el regocijo inefable del vivir el Evangelio y sentir las misericordias expiatorias de Cristo, la obediencia a todos los mandamientos de Dios, y no sólo a unos cuanto de ellos, es la única manera de lograrlos.

¿Hemos recibido las bendiciones incalculables del realizar semanalmente la noche de hogar, del estudio diario de las Escrituras y de la oración? ¿Comprendemos las bendiciones trascendentales del guardar nuestros convenios y llenar nuestras mentes sólo con lo que es "virtuoso, o bello, o de buena reputación"? (Artículos de Fe 1:13.) Cuando la obediencia se convierte en una búsqueda, deja de ser una irritación.

La Sociedad de Socorro nos ayudará a acatar las leyes divinas y a acercarnos más a Dios. Imaginen la virtud que llenará la tierra cuando, bajo la dirección del sacerdocio, este círculo de mujeres justas ise una para llevar a cabo fines justos! Si unidas nos servimos las unas a las otras y a todos los hijos de nuestro Padre, podremos ser instrumentos en las manos de Dios, no sólo para aliviar el sufrimiento físico, sino lo que es más importante, para socorrer a los que necesiten ayuda espiritualmente.

*Número 3.* El servicio es clave para ser un instrumento eficaz. Los hijos de Mosíah escogieron servir a los lamanitas en lugar de asumir cargos directivos en el reino de su padre. Y, en muchos casos, el servicio que prestaron ablandó el corazón de los lamanitas y los hizo estar más dispuestos a oír el Evangelio. Cuando los siervos de Lamoni relataban a éste las hazañas de Ammón al rechazar a los merodeadores, Ammón se encontraba en el establo dando de comer a los caballos y sirviendo al rey (véase Alma 18:9-10).

Nosotras, también, nos deleitamos en el servicio y en las obras buenas. El servicio ablanda y abre el corazón de las personas porque es en verdad el Evangelio en acción. Sé de un barrio de Arizona en el que en la actualidad tres familias

investigan la Iglesia, todo lo cual ha sido el resultado directo del servicio caritativo que ha prestado la Sociedad de Socorro.

La Sociedad de Socorro nos brinda incontables oportunidades de cultivar y ejercer el amor puro de Cristo en todos los aspectos de nuestra vida. Por ejemplo, la reunión de *Superación personal, de la familia y del hogar* brinda un entorno ideal para aprender y servir juntas. El servicio es el Evangelio de Jesucristo en acción, puesto que el servicio bendice tanto al que da como al que recibe. ¿Buscarán formas de encauzar su servicio por conducto de la organización de la Sociedad de Socorro, al comprender que el servicio es una de las formas más eficaces de bendecir a los demás tanto temporal como espiritualmente?

*Número 4.* El amor debe apuntalar todo lo que hagamos. Las hermanas de la Sociedad de Socorro amamos al Señor, amamos a nuestras familias, amamos la vida y el aprendizaje, y nos amamos las unas a las otras. El padre de Lamoni, que era el rey de los lamanitas, ablandó su corazón cuando vio la sinceridad del

amor que Ammón tenía por su hijo. Con el tiempo, el amor de Ammón llevó a la conversión a la familia de Lamoni (véase Alma 20:26–27). Nuestra principal y primera preocupación con respecto a la conversión, a la retención y a la activación debe ser nuestra propia familia.

Una vez más, la Sociedad de Socorro puede ayudar. La hermana Elsa Bluhm, que tiene 102 años de edad, siempre ha sabido que el Evangelio es verdadero. Ha amado al Señor. Conoció a un hombre bueno, alemán, que no era miembro de la Iglesia, con el cual se casó. Su marido nunca había aprendido a orar. Cuando Elsa se arrodillaba junto a la cama todas las noches, tomaba la mano de él entre las de ella y oraba. Al cabo de muchos años, él se unió a la Iglesia y fueron sellados el uno al otro en el templo. Antes de su fallecimiento, el hermano Bluhm llegó a ser un instrumento en las manos de Dios al buscar el nombre y los datos de sus antepasados alemanes.

Ese final feliz comenzó con el ejemplo insistente, amoroso y recto de una mujer. Elsa invitó al Espíritu

a su hogar y a su matrimonio al amar a su marido y al amar al Señor. Ella fue fiel y llena de fe aun en los momentos en que se sentía sola. Fue un instrumento en las manos del Señor en su propio hogar.

A cada una de nosotras, nuestros ejemplos justos le parecerán pequeños, pero por su influencia, son grandes. Para todos los que se hallen dentro de su esfera de influencia, sean “ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12). Dejen que los demás sientan la paz y el regocijo que les brinda el vivir el Evangelio. Inviten a sus amigos que no sean de nuestra fe o a los miembros menos activos a sus noches de hogar. Llévenlos a la Iglesia y denles un ejemplo de reverencia. Háganles ver que ustedes evitan las películas, los programas de televisión y los sitios de Internet que alejarían de ustedes el Espíritu, lo cual redundaría en que fuesen instrumentos menos eficaces.

El presidente Hinckley nos ha pedido reiteradas veces que seamos mejores misioneras, y el élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, ha indicado que

**Hermanas en el Tabernáculo de la Manzana del Templo escuchan con atención durante la reunión general de la Sociedad de Socorro que se efectuó el 23 de septiembre.**



para que el programa misional de la Iglesia lleve a cabo todo lo que debe, nosotras, las hermanas, debemos unirnos a esa labor.

No nos hace falta un programa nuevo que nos incentive, tan sólo tenemos que llegar a sentir el deseo de dar a conocer el Evangelio y de tender la mano a los menos activos para reintegrarlos a los programas de la Iglesia. Ya sea que seamos maestras visitantes o que planifiquemos las reuniones de Superación personal, de la familia y del hogar, o que enseñemos a niños de la Primaria o que guiemos a la juventud, podemos hallar las formas de ayudar a aquellos cuya fe haya flaqueado y a los que todavía no hayan hallado la verdad. Podemos ser instrumentos en la tarea de llevar de nuevo al rebaño las ovejas del Señor.

Sé que así es; sé que podemos hacerlo. Hemos llevado abrigo a decenas de miles de personas alrededor del mundo con los acolchados que hemos hecho con nuestras manos. Hemos evidenciado nuestra buena voluntad para servir y dar amor. Ahora, busquemos las formas de dar la dádiva del Evangelio a las personas que necesitan abrigo espiritual.

Cuando regresen a casa esta noche, ¿dedicarán unos momentos para anotar las sensaciones que hayan hecho vibrar su corazón en esta reunión? ¿Pensarán en formas específicas de ser instrumentos en las manos de Dios? ¿Reflexionarán en las bendiciones que recompensarán su obediencia en esta vida y por toda la eternidad? Y quisiera que pusiesen su propio nombre en el siguiente pasaje de las Escrituras y supiesen con toda su alma que Dios las ama: “[sigue] predicando a favor de Sión, con el espíritu de mansedumbre, confesándome ante el mundo; y [te] sostendré como en alas de águila; y engendrar[ás] gloria y honra tanto para [ti] como para mi nombre” (D. y C. 124:18). Sé que el Evangelio es verdadero. Sé que ésta es la obra del Señor. Sé que Jesús es el Cristo y que tenemos un profeta verdadero sobre la tierra hoy día. Dulce es la obra. De esto doy testimonio humildemente, en el nombre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Amén. □

# Ondas expansivas

**Virginia U. Jensen**

Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

**“Los hechos de las mujeres rectas repercuten a través del tiempo, del espacio e incluso de las generaciones”.**



Cuando nuestros hijos eran pequeños, nos encantaba ir a las montañas. De pie a la orilla del hermoso Lago Jackson, con las majestuosas cumbres reflejadas en la superficie de cristal, competíamos para ver quién podía lanzar piedras que diesen saltitos sobre la superficie del agua tranquila. Al hundirse las piedras, observábamos las ondulaciones que se extendían sobre el agua hasta donde alcanzábamos a ver. Aún la piedrita más pequeña que lanzaba nuestro hijo menor hacía que las ondas se extendieran más y más.

Tal como los círculos que hacían nuestras piedras en el Lago Jackson, los hechos de las mujeres rectas repercuten a través del tiempo, del espacio e incluso de las generaciones. Esos hechos rectos son producto de nuestra comprensión de la misión divina de Jesucristo, de nuestro conocimiento del plan del Evangelio, de nuestra obediencia a

los mandamientos eternos y de nuestra obra en éste, el reino de Dios sobre la tierra.

Permítanme darles un ejemplo de la forma en que ese efecto expansivo da comienzo y ocasiona repercusiones cuando una mujer recta Santo de los Últimos Días actúa en base a su conocimiento de que Jesús es el Cristo y de que el Evangelio se ha restaurado.

En 1841, Dan Jones, un inmigrante galés, era capitán de uno de los barcos registrados más pequeños que transportaba pasajeros y mercaderías en el río Misisipí. Me parece más que coincidencia que el barco se llamara “La Onda”. Entre sus pasajeros había miembros de una iglesia “nueva” y poco conocida, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Durante sus viajes, Dan Jones comenzó a escuchar críticas de esos “mormones”. Como había transportado a muchos de ellos, había conversado con ellos y había observado su conducta. Se dio cuenta de que eran personas buenas, bondadosas, honradas y trabajadoras. Los comentarios y escritos negativos acerca de esas personas no concordaban con el trato que él había tenido con ellos.

“Después de una cuidadosa investigación de las acusaciones”, escribió después, “me di cuenta de que era imposible que fueran ciertas... exageraban el caso o... se contradecían...” (Ronald D. Dennis, “Dan Jones, Welshman”, *Ensign*, abril de 1987, pág. 26).

Un acontecimiento importante en particular llevó a Dan Jones a

convertirse, de un prudente observador, a un investigador activo de la Iglesia. Él escribió: "...por accidente, cayó en mis manos parte de una carta que [Emma Smith] había escrito... Nunca podré olvidar lo que sentí al leerla. Claramente pude darme cuenta de que al igual que yo, ella no solamente creía en el Nuevo Testamento; profesaba la fe apostólica y se regocijaba en medio de sus tribulaciones de poder ser digna de sufrir todo... por un testimonio de Jesús y el Evangelio, sino que también ese papel contenía mejor consejo, más sabiduría y demostraba un espíritu más sublime que nada de lo que jamás había leído" (*Ensign*, abril de 1987, págs. 50, 52).

Inspirado por las palabras y el ejemplo de Emma, Dan Jones trató de aprender más acerca de esa iglesia.

En 1843, fue bautizado en el río Misisipí y llegó a ser uno de los misioneros de más influencia en la historia de la Iglesia, llevando el Evangelio a cientos de personas en su país natal de Gales. En un sentido muy literal, la influencia de Emma Smith continúa repercutiendo a través de las generaciones. ¿Quién podría decir cuántos cientos o millares de descendientes de las personas a las que Dan Jones llevó el Evangelio estén escuchando esta reunión ahora mismo?

Cada una de nosotras puede actuar en formas que repercutan en una vida con el mismo poder que lo hicieron las palabras de Emma en el corazón de Dan Jones. Cada una es una sola persona, pero recuerdo los círculos que una piedrita ocasionó en la inmensidad del Lago Jackson. Pensemos seriamente en este pasaje alentador: "no os canséis de hacer lo

bueno, porque estáis poniendo los cimientos de una gran obra. Y de las cosas pequeñas proceden las grandes" (D. y C. 64:33).

En ese lugar más importante que ningún otro, el hogar, es donde mejor aprendemos que "de las cosas pequeñas proceden las grandes", ya que la vida en el hogar es una serie de cosas pequeñas que se combinan para crear una familia eterna. Quizás a causa de la lentitud con que se crean firmes relaciones con el Señor y con los demás, o quizás porque recibimos poco agradecimiento por enseñar, animar y guiar, es fácil distraernos o desanimarnos.

El adversario desearía confundirnos y distraer nuestra atención de lo que tiene más valor. Pero somos bendecidas, porque sabemos que lo más importante es la fe y la familia. Las mujeres que me han inspirado y me han motivado a ser mejor son las que han puesto en primer término al Señor y a su familia. Su "espíritu... sublime" infunde en mi corazón lo que las palabras de Emma Smith infundieron en el de Dan Jones, la invitación de venir a Cristo, quien proclamó: "Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida" (Apocalipsis 21:6).

La virtud y el poder se encuentran en el trabajo cotidiano y común, en todas las tareas diarias que realizamos al cuidar de nuestra familia y al prestar servicio a los demás. La prominencia no equivale a prioridad, ni el sueldo del mundo se compara con el de nuestro Padre Celestial, que conoce la importancia de la devoción de la mujer a la salvación de las almas.

Al pensar en mujeres cuya influencia recta repercute a través de la eternidad, consideremos a María, "vaso precioso y escogido" (Alma 7:10). Al recibir del ángel una anunciación sagrada y sin precedente, ella gentilmente se sometió a la voluntad del Señor: "He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lucas 1:38). Su fe, obediencia y humildad establecen una norma para todas las mujeres.

Aunque el llamamiento de María fue singular, todas las mujeres pueden





“compartir su forma de belleza. Son las mujeres que buscan la gracia de Dios... Son humildes y viven vidas de castidad y virtud... Tienen un corazón creyente y magnifican al Señor... Se regocijan en el Salvador y... reconocen Sus dones y misericordias” (S. Michael Wilcox, *Daughters of God: Scriptural Portraits*, 1998, pág. 179).

Esas palabras las describen a ustedes, las fieles hermanas de la Sociedad de Socorro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Ustedes son las mujeres cuyas obras diarias rebosan del conocimiento grato, al que Isaías hizo elocuente referencia:

“...Dios es mi salvación... el Señor Jehová es mi fortaleza y mi canción; y también ha llegado a ser salvación para mí. Por tanto, con gozo [sacaré] agua de las fuentes de la salvación” (2 Nefi 22:2-3).

La causa de Cristo, o sea, la de redimir a toda alma, necesita la fuerza, el tiempo y los talentos de ustedes en el hogar y en la comunidad. Sus fieles obras y palabras contribuyen en forma importante a la edificación de éste, el reino de Dios sobre la tierra. El élder Bruce R. McConkie nos recuerda lo vital que ha sido siempre nuestro papel: “De esto estamos seguros: que Cristo, bajo el Padre, es el Creador; que Miguel, su compañero y asociado, presidió gran parte de la obra creativa; y con ellos estaban, como lo vio Abraham, muchos de los nobles y grandes. ¿No sería lógico deducir que entre ellos estaban María, Eva, Sara y miles más de nuestras hermanas fieles? Ciertamente, en ese entonces esas hermanas trabajaron con la misma diligencia, lucharon con la misma valentía en la guerra en los cielos, como lo hicieron los hermanos, así como permanecen firmes hoy en la vida mortal en la causa de la verdad y la rectitud” (McConkie, *Woman*, 1979, pág. 59).

Al igual que esas mujeres “nobles y grandes” que nos antecedieron, no podemos nosotras ser mujeres comunes y corrientes; no podemos ser mujeres que se parezcan demasiado a las mujeres del mundo.

Debemos defender la rectitud sin reparos. Nosotras, al igual que María, Eva, Sara y Emma, somos singulares. Nuestra influencia habrá de repercutir, y tendremos agua que compartir. Dado nuestro legado eterno, debemos recordar la forma tan poderosa en que nuestros simples hechos de rectitud pueden repercutir en el corazón y el hogar de los que nos rodean. Tenemos una tremenda oportunidad de hacer tanto bien, y, lo más importante, es que sabemos cómo y de dónde sacar “agua de las fuentes de la salvación”.

Mi amiga Tammy dejó de asistir a la Iglesia cuando tenía quince años de edad. A la vuelta de la esquina de la casa de ella vivía un joven que en su adolescencia también había decidido que no quería formar parte de la Iglesia. Ambos adquirieron malas costumbres que los alejaron de la actividad en la Iglesia. Con el tiempo se casaron y comenzaron a criar a su familia.

Tammy amaba mucho a su esposo y a sus dos hijas, pero en lo profundo de su corazón abrigaba el deseo de regresar a la vida que había conocido de niña. Vagamente recordaba haber sentido el Espíritu y la influencia de su Padre Celestial, y lo extrañaba. Se resistió a dar a conocer esos sentimientos a su esposo por temor a que no estuviera de acuerdo, y los mantuvo ocultos. Deseaba regresar pero no sabía cómo comenzar. Escuchemos las palabras de ella que nos hablan del efecto que tuvieron dos maravillosas maestras visitantes que sacaron “agua de las fuentes de la salvación” y la compartieron con Tammy.

[Transcripción del video de 1 1/2 minutos de Tammy Clayton]

*Estoy agradecida hoy por mis maestras visitantes porque me amaron y no me juzgaron. Realmente me hicieron sentir que yo era importante y que había un lugar para mí en la Iglesia.*

*Venían a mi casa y charlábamos. Después de un rato, me preguntaban si quería que me dieran una lección y cada mes me dejaban un mensaje.*

*Y cuando venían cada mes, me hacían sentir que yo sí valía la pena, y que realmente se interesaban por mí,*



*que me amaban y me apreciaban.*

*Como resultado de sus visitas, finalmente decidí que era el momento de regresar a la Iglesia. Supongo que realmente no sabía cómo regresar, y cuando ellas vinieron y demostraron su interés, me mostraron el camino de regreso.*

*Debemos entender que el Señor nos ama, no importa quiénes seamos, y mis maestras visitantes me ayudaron a ver que esto era lo correcto.*

*Ahora mi esposo y yo nos hemos sellado en el templo.*

Gracias al cielo por las fieles maestras visitantes. Sí, hermanas, los hechos de las mujeres rectas repercuten a través del tiempo, del espacio y también de las generaciones. En verdad, no podría haber un efecto más duradero que el sellamiento de una familia en el templo por la eternidad. Seamos como las hermanas fieles que nos han antecedido. Bebamos profundamente del agua “de las fuentes de la salvación”.

Dios vive. Su Hijo, Jesucristo, proporciona el camino para que regresemos a vivir con Él. El Evangelio verdadero se ha restaurado de nuevo sobre la tierra. Tenemos un profeta viviente en estos días, el presidente Gordon B. Hinckley, a través del cual nuestro Padre Celestial dirige a Su pueblo. Que nosotras, mediante la reacción que ocasionen nuestras obras rectas, ayudemos a todos a conocer esas verdades, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Mantengámonos erguidas y permanezcamos unidas

**Sheri L. Dew**

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

**“Ninguna mujer es un instrumento más vibrante en las manos del Señor que una mujer de Dios que se siente encantada de ser quien es”.**



**A**l cumplir doce años, yo medía cerca de un metro ochenta de estatura y, socialmente, era un completo desastre. El ser mucho más alta que el resto de mis amigos fue el gran tormento de mi adolescencia. Yo no deseaba sobresalir —al menos no de esa forma—, por lo que comencé a encorvarme. Mi madre constantemente me instaba a que “me mantuviera erguida”. Y bien, en aquel tiempo no quería hacerlo, pero ahora sí, ya que se nos ha amonestado a levantarnos (2 Nefi 8:17) y a ser testigos (véase Mosíah 18:9) para que aparezcamos “sin culpa ante Dios en el último día” (D. y C. 4:2). No he hallado en las Escrituras

ningún mandamiento de andar con los hombros caídos en Sión; por lo contrario, se nos dice reiteradamente que debemos “levantarnos y ponernos de pie” (véase 3 Nefi 20:2).

De adolescente, no me daba cuenta de que el ser como todos los demás nunca me ocurriría. Ni tampoco les ocurriría a ustedes, puesto que, como mujeres de Dios, debemos mantenernos erguidas, para sobresalir del resto del mundo. Sólo de esa forma podremos tener la esperanza de encontrar la dicha. Porque el encontrar la dicha y el mantenernos erguidas, no en centímetros, sino como embajadoras del Señor, están directamente relacionados.

Hace poco, mi familia ha recordado eso de una forma hondamente conmovedora. Tengo 17 sobrinos y sobrinas, que me llenan de alegría. Juntos hemos hecho caminatas, andado en bicicleta, ayunado y orado, y, hace poco, también hemos llorado juntos. Hace apenas unas semanas, sufrimos una pérdida devastadora cuando en un accidente perdieron la vida dos de los hijos de mi hermana: Amanda, de 11 años, y Tanner, de 15. Porque hemos vivido juntos en amor, hemos llorado por los que murieron (véase D. y C. 42:45).

Nuestros amigos de nuestro pueblo natal lloraron con nosotros, la

mayoría de los cuales no son miembros de la Iglesia, y comprendimos que sus corazones quizás nunca serían tan receptivos como el día en el que los dos ataúdes estuvieron en nuestra capilla de Kansas. Por eso, dedicamos el funeral totalmente a testificar de Cristo y del Evangelio restaurado. Después, muchas personas nos dijeron cuánto les había conmovido lo que habían oído y experimentado; algunas de ellas incluso quisieron saber más. Ahora bien, no sabemos si alguno de los que se sintieron afectados por la muerte de nuestros niños se unirá a la Iglesia, pero sí sabemos que el mantenernos erguidos por lo que creemos y el enseñar el Evangelio a los amigos que nunca antes habían estado dispuestos a escuchar nos ayudó a aliviar nuestro dolor y nos brindó alegría como familia.

En este mundo, la única dicha verdadera proviene del Evangelio: la dicha que irradia de la Expiación y de las ordenanzas que trascienden el velo, y del Consolador que alivia nuestra alma. No hace mucho, una persona que no es miembro de la Iglesia le preguntó a mi sobrina Aubrey, de once años de edad, cuyo padre murió hace cinco años, por qué no estaba triste por la muerte de su papá y de sus primos. La respuesta de Aubrey fue muy acertada: “¿Que no estamos tristes? Claro que lo estamos, pero sabemos que estaremos juntos nuevamente, y por eso no nos preocupamos tanto”. Sin lugar a dudas, nuestra familia ha llorado mucho, pero no nos sentimos tan mal como hubiéramos estado si no hubiésemos sentido el alcance trascendental y el poder sanador de Jesucristo. El Evangelio es “gloria en lugar de ceniza” (Isaías 61:3), es “óleo de alegría” (Hebreos 1:9), es las Buenas Nuevas!

Aun cuando nuestros niños ya han partido, tenemos la seguridad gloriosa de no haberlos perdido. Pero, ¿qué sucede con los hijos de nuestro Padre, nuestros hermanos y nuestras hermanas, que se han perdido y se enfrentan no sólo con la muerte física sino también con la espiritual? El Evangelio de Jesucristo

se centra en la gente. Es el dejar las noventa y nueve ovejas en el desierto e ir tras las que se perdieron, es el llevar las cargas los unos de los otros, con la carga más imponente que alguien pueda llevar al andar por esta vida sin luz. De ahí el ruego del Señor en los últimos días:

“...el campo blanco está ya para la siega; y es la hora undécima, y la última vez que llamaré obreros a mi viña...

“...por tanto, meted vuestras hoces, y cosechad con toda vuestra alma, mente y fuerza” (D. y C. 33:3, 7).

Los antiguos profetas previeron el día “en que el conocimiento de un Salvador se [esparciría] por toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Mosiah 3:20). Ese día ha llegado y ahora es nuestro turno de meter nuestra hoz y ayudar en la siega. El que estemos aquí ahora no es accidente. Durante eones de tiempo nuestro Padre nos observaba y sabía que podía confiar en nosotros cuando habría tanto en peligro. Se nos ha reservado para esta mismísima hora. Debemos comprender no sólo quiénes somos, sino quiénes hemos sido siempre. Porque somos mujeres de Dios y la obra de las mujeres de Dios ha sido siempre ayudar a edificar el reino de Dios.

Cuando en la existencia preterrenal aceptamos el plan del Padre, dijo el élder John A. Widtsoe: “...ahí mismo estuvimos de acuerdo en ser... salvadores de todo el género humano... la obra de llevar a cabo el plan no sólo llegó a ser la obra del Padre y del Salvador, sino nuestra también” (*Utah Genealogical and Historical Magazine*, octubre de 1934, pág. 189). Posteriormente, cuando fuimos bautizadas aquí, renovamos nuestro cometido al Señor y también nuestro convenio con Él. No es de extrañar que el presidente Gordon B. Hinckley haya manifestado que “si el mundo ha de salvarse, a nosotros nos toca hacerlo... Ningún otro pueblo en la historia del mundo ha... recibido un mandato de mayor peso... y más vale que pongamos manos a la obra” (*Church News*, 3 de julio de 1999, pág. 3.)

Hermanas, tenemos trabajo que hacer. El profeta José encomendó a la Sociedad de Socorro la obra de salvar almas (véase *History of the Church*, tomo V, pág. 25), porque está en nuestra misma naturaleza el buscar y atender con ternura a quienes se han perdido. Pero aun así, el presidente Spencer W. Kimball se lamentó de que hay un poder en la Sociedad de Socorro que “aún no ha sido completamente aprovechado para... edificar el reino de Dios” (“La Sociedad de Socorro”, *Liahona*, marzo de 1977, pág. 2). A pesar de todo lo bueno que la Sociedad de Socorro ha hecho en el pasado, es necesario que todavía siga ayudando a sacar adelante esta obra de los últimos días. Hermanas, ha llegado el momento de utilizar plenamente el poder de la justa felicidad que existe entre las mujeres de Dios. Ha llegado el momento de estar anhelosamente consagradas a la obra de salvar almas. Ha llegado el momento en que las hermanas de la Sociedad de Socorro se mantengan erguidas junto al profeta en la obra de edificar el reino y le apoyen. Ha llegado el momento de que cada una de nosotras se mantenga erguida y permanezca unida a las demás.

El permanecer erguidas comienza con nuestra conversión, porque cuando probamos “el sumo gozo” del Evangelio (Alma 36:24), deseamos compartirlo. Los alimentos y los acolchados que hemos preparado para aliviar el sufrimiento son hechos bondadosos extraordinarios, pero ningún servicio —repito, ningún servicio— se compara con el de guiar a alguien a Cristo. ¿Quieren ser felices? ¿Realmente felices? Entonces ayuden con afecto a alguien a andar por el sendero que lleva al templo y a Cristo.

La forma más eficaz de compartir el Evangelio es vivirlo. Si vivimos como deben vivir los discípulos de Cristo, si no solamente somos buenas, sino que también nos sentimos felices de serlo, otras personas se sentirán atraídas hacia nosotras porque, como profetizó el presidente Kimball, nos considerarán felizmente “diferentes de las del mundo” (“Vuestro

papel como mujeres justas”, *Liahona*, enero de 1980, pág. 171). Felices por la forma en que hemos escogido vivir, felices porque no estamos constantemente reestructurándonos para adaptarnos a la imagen del mundo, felices porque tenemos el “don y el poder del Espíritu Santo” (1 Nefi 13:37), felices de mantenernos erguidas y sobresalir.

Cada vez que fortalecemos nuestro propio testimonio o que ayudamos a otra persona a fortalecer el suyo, edificamos el reino de Dios. Toda vez que ayudamos a una hermana recién bautizada, que brindamos amistad a un alma perdida sin juzgarla, que invitamos a una familia de no miembros a participar en una noche de hogar, que damos un Libro de Mormón a una colega, que guiamos a una familia al templo, que defendemos la modestia y la maternidad, que invitamos a los misioneros a casa o que ayudamos a alguien a descubrir el poder de la Palabra, edificamos el reino de Dios. Imagínense cuánto animó a mi hermana el leer lo que Tanner escribió



en su diario personal poco antes de morir: “Gracias, mamá y papá, por haberme enseñado acerca de Cristo”. ¿Qué edifica más el reino que el criar a un hijo para el Señor?

Con excepción de quienes prestan servicio como misioneros regulares, no hace falta que llevemos plaquetas de identificación ni que golpeemos puertas para ayudar a edificar el reino. Y, aunque algunos nos describan como personas sin gracia y dominadas en lugar de reconocernos como las mujeres dinámicas y radiantes que somos, ninguna mujer es más persuasiva, ni ejerce una mayor influencia para el bien ni es un instrumento más vibrante en las manos del Señor que una mujer de Dios que se siente encantada de ser quien es. Me gusta pensar que somos el arma secreta del Señor. Si tuviésemos plaquetas de identificación, me gustaría que la mía dijera: “Sheri Dew, mujer de Dios, ocupada en edificar el reino de Dios”.

Imaginen lo que sucedería en esta Iglesia si cada mañana los 4,5 millones de nosotras se arrodillara y preguntara a nuestro Padre a quién necesitaba Él que tendiéramos la mano ese día; en seguida, imaginen lo que sucedería si lo hiciéramos! Imaginen lo que pasaría si consagráramos nuestras energías y nuestra concentración en masa al servicio más grandioso, el de llevar a nuestras hermanas y a nuestros hermanos a Cristo. Imaginen lo que ocurrirá cuando movilizemos a las hermanas de la Sociedad de Socorro para que se mantengan erguidas y juntas ayuden a edificar el reino. Veremos despertar y ponerse de pie a un dormido y encorvado gigante.

Esta noche las invito a erguirse, a meter la hoz y a unirse a esta obra con determinación. Las invito a rededicar su vida a la edificación del reino; a tenderle la mano a alguien que se haya perdido; a tomar a un nuevo miembro bajo su protección; a pensar en la posibilidad de prestar servicio misional con su esposo; a buscar oportunidades misionales y a orar para que éstas se presenten; a cambiar espiritualmente la vida de alguien, sobre todo, la de sus propios



**Los élderes Russell M. Nelson, M. Russell Ballard y Joseph B. Wirthlin (desde la izquierda) saludan al presidente Gordon B. Hinckley y al presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia, mientras los observan miembros de las presidencias generales de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria.**

familiares. No es necesario que cada una de nosotras se acerque a todo el mundo; pero, ¿qué pasaría si este mes nos acercáramos a alguien y después a otra persona y luego a otra? El presidente Hinckley nos ha pedido que formemos “parte de un amplio ejército con verdadero entusiasmo por esta obra” (“Apacienta mis ovejas”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 124). Al hacerlo, nos convertiremos en una de las fuerzas más poderosas del bien que se haya visto en este mundo. Porque nosotras, las hermanas de la Sociedad de Socorro, somos mujeres de Dios y, la obra de las mujeres de Dios y la obra de la Sociedad de Socorro ha sido siempre ayudar a edificar el reino de Dios. Creo que podemos hacer más para ayudar a nuestros líderes del sacerdocio que lo que hemos hecho hasta ahora.

Tan sólo una pocas horas antes de fallecer, mi sobrino Tanner dijo en su quórum del sacerdocio lo siguiente: “¿Saben?, si yo fuese a morir pronto, me gustaría que mi funeral fuera una despedida de misionero”. Mi ruego de esta noche es que nosotras tengamos igualmente en claro nuestra misión como mujeres de Dios. Ésta no es tan sólo una linda Iglesia que

enseña conceptos lindos para que vivamos vidas lindas. Ésta es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, dotada del poder del Señor, a la que se ha encomendado llevar Su verdad hasta los confines de la tierra. Amo a nuestro Padre y a Su Hijo. He llegado a saber por mí misma que ésta es la obra y la gloria de Ellos, y que somos las más bendecidas de todas las mujeres por tener una parte tan fundamentalmente importante en ella. Alcemos nuestras “voces como si fuera con el son de trompeta” (D. y C. 42:6). Que encontremos la dicha al mantenernos erguidas y permanecer unidas, y “hagamos con buen ánimo cuanto cosa esté a nuestro alcance” (D. y C. 123:17), y luego permanezcamos tranquilas para ver cómo se revela el brazo de Dios a medida que Su obra sigue adelante intrépida y majestuosamente “hasta que haya penetrado todo continente, ido a toda región, abarcado toda nación y resonado en todo oído; hasta que se hayan cumplido los propósitos de Dios y el gran Jehová declare que la obra se ha llevado a cabo” (*History of the Church*, tomo IV, pág. 540). En el sagrado y santo nombre de Jesucristo. Amén. □

# Madre, tu más grande desafío

Presidente Gordon B. Hinckley

**“No creo que exista mejor respuesta a... [las] repugnantes prácticas que acosan a nuestros jóvenes que las enseñanzas de una madre, impartidas con amor y con una advertencia inequívoca”.**



**M**e sentiría satisfecho de terminar esta reunión ahora mismo. Esta noche se nos ha enseñado muy bien. Felicito a la presidencia por sus excelentes palabras. Como sabrán, ellas se han preocupado, han orado y suplicado al Señor que las ayudara en su preparación y presentación. Hermana Smoot, hermana Jensen y hermana Dew, les agradecemos todo lo que han hecho; han realizado un gran trabajo.

Considero que es una grandiosa oportunidad el dirigirme a ustedes. Ninguna otra congregación es semejante a ésta. Nos dirigimos a ustedes desde el Tabernáculo de la Manzana del Templo, en Salt Lake City, pero ustedes nos escuchan en casi todas partes al encontrarse reunidas a través de los Estados Unidos y Canadá,

de las naciones de Europa, de México, de Centroamérica y de Sudamérica. Están todas unidas en esta gran congregación no importa si están en Asia, el Pacífico Sur o en otras tierras lejanas.

Sus corazones albergan el mismo propósito. Se encuentran reunidas juntas porque aman al Señor; tienen un testimonio y una convicción de Su realidad viviente; oran al Padre en el nombre de Jesús; reconocen el poder de la oración; son esposas y madres; viudas y madres solteras que llevan cargas demasiado pesadas; mujeres recién casadas, y mujeres que no están casadas. Son una vasta concurrencia de mujeres de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; más de cuatro millones de ustedes pertenecen a esta gran organización; y nadie puede calcular la inmensa fuerza para bien que pueden llegar a ser. Ustedes son las guardianas del hogar; las administradoras del hogar. Al igual que la hermana Dew, les exhorto a que sean firmes y fuertes en defensa de esas grandes virtudes que han sido el fundamento de nuestro progreso social. Cuando están unidas, su poder no tiene límites; pueden lograr lo que quieran. Y cuánto, cuánto se les necesita en un mundo en el que los valores se están viniendo abajo, donde el adversario parece tener tanto control.

Siento gran respeto y admiración por ustedes, las jovencitas que hace muy poco tiempo ingresaron a la

Sociedad de Socorro; en gran parte han podido soportar la tormenta que las azotó durante la época de su juventud; se han conservado limpias del mundo; se han mantenido libres de las manchas de la iniquidad; ustedes son la flor y nata de la juventud buena y madura de la Iglesia. Han llegado hasta este punto de su vida, limpias, bellas y virtuosas. Les felicito de todo corazón.

Rindo honor a las mujeres solteras; saben muy bien lo que es la soledad; saben lo que es la ansiedad, el temor y la añoranza vehemente; pero no se han dejado vencer. Ustedes han salido adelante en la vida, haciendo importantes y maravillosas contribuciones a lo largo del camino. Dios las bendiga, mis queridas hermanas y amigas.

Esta noche no puedo dirigirme a todas directamente. He elegido un segmento de esta vasta congregación: a ustedes, las madres. Y quiero además incluir a las que se convertirán en madres. ¡Qué cosa tan maravillosa han logrado como madres! Han dado vida y nutrido a sus hijos; han entrado en una sociedad con nuestro Padre Celestial a fin de dar experiencia terrenal a Sus hijos e hijas. Ellos son hijos de Él y son hijos de ustedes, carne de su carne, por quienes Él las hará responsables. Ustedes se han regocijado por causa de ellos, y, en muchos casos, también han sentido pesar; ellos les han traído la felicidad que nadie más podría traerles; les han traído dolor como nadie más podría hacerlo.

En general, han llevado a cabo una tarea extraordinaria al criarlos. Muchas veces he dicho que creo que tenemos la mejor generación de jóvenes que la Iglesia jamás haya tenido: tienen una mejor educación, tienen más motivación, conocen las Escrituras, viven la Palabra de Sabiduría, pagan sus diezmos, oran, tratan de hacer lo correcto, son inteligentes y capaces, limpios y puros, atractivos y hábiles. La cantidad de estos jóvenes es considerable. Más que nunca salen de misión; contraen matrimonio en el templo; saben lo que es el Evangelio y se

esfuerzan por vivirlo, al acudir al Señor para pedirle guía y ayuda.

Pero me duele decir que estamos perdiendo a muchos de nuestros jóvenes. Ellos prueban insensatamente una cosa tras otra, sin quedar por lo visto satisfechos, hasta que son arrastrados a un abismo del que no pueden salir. Entre ellos se encuentran algunos de nuestros propios jóvenes, y son ustedes, las madres, las que llevan la carga de pesar que resulta de todo ello. Son sus hijos y sus hijas. De manera que esta noche, con la esperanza de ofrecer ayuda, les hago una súplica.

En algunos casos tal vez sea demasiado tarde, pero en la mayoría, ustedes aún tienen la oportunidad de guiar y de persuadir, de enseñar con amor, de dirigir en senderos que son fructíferos y productivos y que están lejos de esas situaciones negativas que no traen nada bueno.

Nada en este mundo tiene más valor para ustedes que sus hijos. Cuando sean ancianas, cuando el cabello se les ponga blanco y el cuerpo se debilite, cuando estén propensas a sentarse en una mecedora y meditar sobre su vida, nada será más importante que el interrogante de lo que llegaron a ser sus hijos. No tendrá importancia el dinero que hayan ganado, ni tampoco los automóviles que hayan tenido, ni las casas grandes en las que hayan vivido. La pregunta inquietante que acudirá a su mente una y otra vez será: “¿Cómo les ha ido a mis hijos?”.

Si la respuesta es que les ha ido bien, entonces la felicidad de ustedes será completa; si no ha sido así, entonces ninguna otra satisfacción podrá compensarles esa pérdida.

De manera que esta noche les suplico, mis queridas hermanas, que se sienten y en silencio examinen los triunfos y los fracasos que hayan tenido en su función de madres. Nunca es demasiado tarde. Cuando nada dé resultado, acudan a la oración y a la ayuda prometida del Señor para ayudarlas en sus tribulaciones. Pero no se demoren. Empiecen ahora, no importa si su

hijo tiene seis o dieciséis años de edad.

Me contaron que recientemente se llevó a cabo en esta región una gran reunión que atrajo a diez mil jóvenes; estoy seguro de que algunos de ellos eran los nuestros.

Se dice que los espectáculos de esa noche fueron lujuriosos y diabólicos; aborrecibles y degradantes, típicos de los aspectos más repugnantes de la vida. En ellos no había belleza, sólo fealdad y depravación; fue algo de lo más sórdido que se pueda imaginar.

Esos jóvenes pagaron entre \$35 y \$50 dólares por entrada. En muchos casos, ese dinero provino de los padres. Cosas semejantes a ésta están ocurriendo por todo el mundo. Algunos de los hijos y de las hijas de ustedes hacen posible que los organizadores de este tipo de inmudicia prosperen en sus malévolas empresas.

El domingo pasado, el diario local *Deseret News* publicó un artículo detallado sobre las fiestas clandestinas de drogas que se conocen como “Rave”. Empiezan a las 3:00 de la madrugada y siguen hasta las 7:30 de la mañana del domingo. Allí, los jovencitos y las jovencitas, de edades que oscilan entre los últimos años de la adolescencia hasta los veinte y tantos, bailan al ritmo estruendoso de lo que algunos consideran música, que sale por numerosos amplificadores. “Algunos llevan puestas cuentas de colores brillantes; otros levantan al aire barritas iridiscentes; otros llevan chupetes (chupones) de niño en la boca, mientras que hay quienes llevan puestas mascarillas de las que usan los pintores” (*Deseret News*, 17 de septiembre de 2000, B1).

Las drogas pasan de mano en mano, de las que las venden a las que las usan, de \$20 a \$25 dólares por píldora.

No creo que exista mejor respuesta a estas repugnantes prácticas que acosan a nuestros jóvenes que las enseñanzas de una madre, impartidas con amor y con una advertencia inequívoca. Habrá fracasos, sí; habrá desilusiones desgarradoras;

habrá tragedias, tristes y sin esperanza; pero en muchos casos, si el proceso se comienza a temprana edad y se continúa, se alcanzará el éxito, la felicidad, el amor y una gran gratitud. El abrir la cartera y dar dinero al hijo o a la hija antes de que ustedes se vayan al trabajo no servirá de nada, sino tal vez sirva para llevarlos a más prácticas maléficas.

Un antiguo proverbio dice: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6).

Otro sabio refrán reza: “Árbol que crece torcido nunca su tronco endereza” (Alexander Pope, *Moral Essays*, tomo II 2, *The Works of Alexander Pope*, Esq., “Epistle I: To Sir Richard Temple, Lord Cobham” [1776], pág. 119; line 150).

Enseñen a sus hijos desde muy temprana edad, y nunca dejen de hacerlo. Mientras ellos se encuentren en el hogar con ustedes, considérenlos su responsabilidad primordial. Tomo la libertad de sugerir varias cosas que podrían hacer para enseñarles. La lista no está completa, pero ustedes pueden agregar otras cosas.

*Enséñenles a buscar buenos amigos.* Ellos van a tener amigos, buenos o malos. Esas amistades ejercerán una gran influencia en la vida de ellos. Es importante que cultiven una actitud de tolerancia hacia todos los demás, pero es más importante que ellos se rodeen de personas de su misma clase quienes harán que aflore lo mejor que lleven dentro de sí. De lo contrario, ellos se contagiarán con la manera de ser de sus compañeros.

No he olvidado la anécdota que el élder Robert Harbertson relató desde este púlpito. Él habló sobre un joven indio que subió una alta montaña. Hacía frío. A sus pies había una víbora de cascabel. La serpiente tenía frío y le suplicó al joven que la levantara y la bajara hasta un lugar más cálido.

El joven indio escuchó las súplicas de la serpiente y por fin accedió. La levantó en sus brazos y la cubrió con la camisa; la llevó al pie de la montaña, donde estaba más cálido.



Con mucho cuidado la colocó en el pasto. Cuando la serpiente se hubo calentado, levantó la cabeza y mordió al joven con sus venenosos colmillos.

El joven maldijo a la serpiente por haberle mordido como pago por su bondad. La serpiente respondió: "Tú sabías lo que yo era cuando me levantaste" ("Restoration of the Aaronic Priesthood," *Ensign*, julio de 1989, pág. 77).

Adviertan a sus hijos en contra de los colmillos ponzoñosos de aquellos que los tentarán, que los seducirán con palabras fáciles para luego herirlos y probablemente destruirlos.

*Enséñenles a valorar la educación.* "La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad" (D. y C. 93:36).

Sobre la gente de esta Iglesia yace el mandato del Señor de adquirir conocimiento; éste bendecirá la vida de ellos ahora y a través de los años venideros.

Una noche, miré fascinado por televisión el relato de una familia de la parte central de los Estados Unidos, compuesta por el padre, la madre, tres hijos varones y una hija mujer.

Al casarse, el padre y la madre decidieron que harían todo lo que estuviese de su parte para que sus hijos adquirieran la mejor educación que estuviera a su alcance.

Vivían en una casa humilde y modesta, pero aún así brindaron conocimiento a sus hijos; y cada uno de ellos se destacó de una manera formidable. Todos habían recibido una buena educación. Uno llegó a ser rector de una universidad, los otros estuvieron al frente de grandes instituciones de negocios; personas de éxito indiscutible.

*Enséñenles a respetar sus cuerpos.* Entre los jóvenes se está extendiendo la práctica de hacerse tatuajes o perforaciones en el cuerpo. Llegará el día en que les pesará el haberlo hecho, pero para entonces será demasiado tarde. En las Escrituras se indica claramente: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?"

"Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (1 Corintios 3:16-17).

Es triste y lamentable que los jóvenes y algunas jovencitas se

hagan tatuajes en el cuerpo. ¿Qué esperan ganar mediante este doloroso proceso? ¿Hay "algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza" (Artículo de Fe N° 13) en tener el indecoroso y supuesto arte impregnado en la piel para llevarlo allí durante toda la vida, hasta llegar a la ancianidad y la muerte? Es necesario que les aconsejen a rechazar tal práctica, a evitarla a toda costa. Llegará el día en que lamentarán haberlo hecho, pero no podrán escapar del recordatorio constante de su insensatez excepto mediante otro procedimiento costoso y doloroso para quitárselos.

Yo considero que no tiene ningún atractivo, y sin embargo es algo común, el ver a los hombres jóvenes con las orejas perforadas para llevar aretes, y no sólo un par, sino varios.

¿No tienen ningún respeto por su apariencia? ¿Lo consideran ingenioso y atractivo el adornarse de esa manera?

Les aseguro que esto no es embellecimiento; es hacer feo lo que era atractivo. No sólo se perforan las orejas, sino también otras partes del cuerpo, incluso la lengua. ¡Es absurdo!

Nosotros —la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce— hemos adoptado la siguiente norma: “La Iglesia se opone a los tatuajes; también se opone a las perforaciones del cuerpo que no sean para propósitos médicos, aunque no ha tomado ninguna postura en cuanto a las perforaciones mínimas que se hacen las mujeres en las orejas para usar un par de aretes”.

*Enseñen a sus hijos e hijas a evitar las drogas ilegales como si fueran una plaga.* El uso de estos narcóticos les destruirán. Ellos no pueden abusar de tal manera sus cuerpos, no pueden desarrollar de esa manera apetitos despiadados y esclavizantes sin que se hagan un daño incalculable. Un hábito lleva a otro, hasta que en muchos de los casos, la víctima llega a una situación de total impotencia que pierde todo control sobre sí mismo o sí misma y se habitúa de tal forma que no puede prescindir de él.

En un programa reciente de televisión se indicó que el 20 por ciento de los jóvenes que utilizan drogas lo hacen porque sus padres les enseñaron a hacerlo. ¿Qué le pasa a la gente? El uso de las drogas ilegales se convierte en un camino sin salida; no lleva a ningún lado excepto a la pérdida del autodomínio, a la pérdida del autorrespeto y a la autodestrucción. Enseñen a sus hijos a evitarlas como lo harían con una terrible enfermedad. Incúlquenles una total aversión a ellas.

*Enséñeles a ser honrados.* Las cárceles del mundo están llenas de personas que empezaron sus actividades ilícitas con pequeños actos de deshonestidad. Una mentirilla a menudo lleva a una mentira más grande; un robo pequeño a menudo lleva a un robo más grande y, cuando se quiere acordar, la persona ha tejido una maraña de la cual no se puede librar. El ancho camino que lleva a la prisión comienza con un sendero pequeño y atractivo.

*Enseñenles a ser virtuosos.* Enseñen a los jóvenes a respetar a las jovencitas como hijas de Dios investidas con algo muy valioso y bello. Enseñen a sus hijas a tener

respeto por los jóvenes, por los hombres que poseen el sacerdocio, los jóvenes que deben permanecer y permanecen por encima de las sórdidas maldades del mundo.

*Enseñenles a orar.* Ninguno de nosotros es lo suficientemente inteligente como para lograr el éxito por sí mismo. Necesitamos la ayuda, la sabiduría, la dirección del Todopoderoso en tomar esas decisiones que son tan tremendamente importantes en nuestra vida. No hay sustituto para la oración; no hay recurso más grande.

Mis queridas madres, las cosas que he mencionado por cierto no son nuevas; son tan antiguas como Adán y Eva, pero son tan certeras en su causa y efecto como el amanecer de la mañana, y la lista no está completa.

A pesar de todo lo que hay que evitar, puede haber mucho para divertirse y disfrutar. Con buenos amigos se puede tener mucha felicidad. No es necesario que sean arrogantes; ellos pueden divertirse mucho y lo hacen.

Dios las bendiga, queridas amigas. No cambien su primogenitura de madre por una bagatela de valor transitorio. Que su interés primordial se centre en el hogar. El bebé que sostienen en los brazos crecerá tan rápidamente como del alba al crepúsculo transcurre el día cuando estamos apurados. Espero que cuando eso ocurra, no tengan que exclamar como lo hizo el rey Lear: “¡...cuánto más punzante que el diente de un reptil es tener un hijo ingrato! (William Shakespeare, *El Rey Lear*, Acto 1, Escena IV). En vez de eso, espero que tengan motivo para sentirse orgullosas de sus hijos, que los amen y que tengan fe en ellos; que los vean crecer en rectitud y virtud ante el Señor, y llegar a ser miembros útiles y provechosos para la sociedad. Si a pesar de todo lo que hayan hecho llegaran a fracasar, al menos podrán decir: hice todo lo posible; me esforcé por hacer lo mejor que pude; no permití que nada interfiriera en mi función de madre. Así, los fracasos no serían tantos.

Para que no piensen que pongo toda esta responsabilidad sobre ustedes, quiero decirles que tengo la intención de hablarle a los padres sobre estos asuntos en la reunión general del sacerdocio dentro de dos semanas.

Que las bendiciones del cielo descansen sobre ustedes, queridas hermanas. Que no cambien una cosa actual de valor transitorio por el grandioso bienestar de hijos e hijas, niños y niñas, jóvenes y jovencitas, de cuya crianza tienen una responsabilidad ineludible.

Que la virtud de la vida de sus hijos las santifique y las consagre en su vejez. Que lleguen a exclamar con gratitud como lo hizo Juan: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 1:4). Ruego por ello, y lo ruego fervientemente, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. □





# Se dirigen a nosotros

**Informe de la Conferencia General Semestral número 170, del 7 y 8 de octubre de 2000, para los niños de la Iglesia.**

**P**residente Gordon B. Hinckley: Si en lo sucesivo somos un poco más amables, si tratamos mejor a nuestros vecinos, si nos hemos acercado más al Señor con una resolución más firme de seguir Sus enseñanzas y Su ejemplo, entonces esta conferencia habrá tenido gran éxito.

Presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia: Adán oró; Jesús oró; José oró. Sabemos los resultados de sus oraciones. Aquel que nota hasta la caída de un pajarillo con toda seguridad escucha la súplica de nuestro corazón. Recuerden la promesa: "...si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" (Santiago 1:5).

Presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia: Al reflexionar en mi vida, distingo una fuente de fortaleza y bendición singulares; es mi testimonio y conocimiento de que Jesús es el Cristo, el Salvador y el Redentor de todo el género humano.

Presidente Boyd K. Packer, Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles: En la Palabra de Sabiduría descubrí un principio con promesa. El principio es: Cuida tu cuerpo; evita... el té, el café, el tabaco, el licor y las drogas perjudiciales (véase D. y C. 89:3-9).

La promesa es: Los que obedezcan recibirán una mejor salud (véase D. y C. 89:18) y "grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos" (D. y C. 89:19).

Élder David B. Haight, del Quórum de los Doce Apóstoles: la vida puede ser maravillosa y sumamente significativa, pero debemos vivirla en forma sencilla. Debemos vivir los principios del Evangelio, ya que lo que de veras importa es tener el Evangelio en nuestra vida al andar por el camino de nuestra existencia.

Élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles: Tanto los jóvenes como los adultos debemos ser buenos amigos, pero también debemos escoger a nuestros amigos cuidadosamente. Si escogemos al Señor primero, el escoger amigos es más fácil y más seguro.

Élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce Apóstoles: Todos necesitamos guía en la vida; la obtenemos mejor de los libros canónicos y de las enseñanzas de los profetas de Dios

Élder Joseph B. Wirthlin, del Quórum de los Doce Apóstoles: Uno de los grandes mensajes de la Restauración es que las ventanas de los cielos están abiertas. Todos los que procuran saber la verdad pueden saber por sí mismos a través de las revelaciones del Espíritu.

Élder Robert D. Hales, del Quórum de los Doce Apóstoles: Al bautizarnos, hacemos un convenio con nuestro Padre Celestial de que estamos dispuestos a entrar en Su reino y guardar Sus mandamientos a partir de ese momento, aun cuando sigamos viviendo en el mundo. En el Libro de Mormón se nos recuerda que nuestro bautismo es un convenio de "ser testigos de Dios [y de Su reino] en todo tiempo, y en todas las cosas y

en todo lugar en que estuviésemos..." (Mosíah 18:9; cursiva agregada).

Élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles: Si ustedes están teniendo dificultades para controlar lo que ven, lo que escuchan o lo que dicen o hacen, les pido que oren a su Padre Celestial para que los ayude... Hablen con su mamá y su papá, hablen con su obispo. Busquen la mejor ayuda posible de entre las buenas personas que les rodean.

Élder Dennis B. Neuenschwander, de la Presidencia de los Setenta: El tener profetas, videntes y reveladores vivientes entre nosotros y no prestarles atención es lo mismo que simplemente no tenerlos.

Hermana Margaret D. Nadauld, Presidenta General de las Mujeres Jóvenes: Nuestras vidas reflejan aquello que buscamos. Y si de todo corazón buscamos en verdad conocer al Salvador y ser más semejantes a como Él es, lo lograremos. □



# Enseñanzas para nuestra época 2001

Las reuniones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro que se llevan a cabo el cuarto domingo del mes se deben dedicar a “Enseñanzas para nuestra época”. Cada año, la Primera Presidencia asigna 10 temas con sus correspondientes materiales de consulta para que se utilicen en estas reuniones. A continuación se proporcionan los temas y los materiales de consulta para el año 2001. Las presidencias de estaca o distrito escogerán los dos temas adicionales.

Los temas que se sometan a discusión en las reuniones del cuarto domingo deben basarse en uno o quizás en dos de los materiales de consulta designados que mejor satisfagan las necesidades de los miembros del quórum o grupo y se adapten a sus circunstancias. No es necesario que los maestros utilicen todos los materiales de consulta. Se alienta a los líderes y maestros a no hacer de los temas un sermón o una disertación, sino a ponerlos a discusión de clase. Ellos deben pensar la forma de alentar a los miembros del quórum o grupo a aplicar los principios que se hayan analizado. En *La enseñanza: el llamamiento más importante* [36123 002] y en la *Guía para la enseñanza* [34595 002] se pueden encontrar sugerencias sobre cómo preparar y realizar discusiones de quórum o grupo.

## 1. La función de las Escrituras en la conversión de nuestra propia familia.

Deuteronomio 11:18–19, 21; 2 Timoteo 3:14–17; 2 Nefi 25:21–23, 26; Mosiah 1:3–7.

Boyd K. Packer, “Enseñen a los niños”, *Liahona*, mayo de 2000, págs. 14–23.

Henry B. Eyring, “El poder del enseñar la doctrina”, *Liahona*, julio de 1999, 85–88.

Dallin H. Oaks, “Nutrir el Espíritu”, *Liahona*, agosto de 2001.

“Aprendamos el Evangelio en nuestro hogar”, lección 32, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte A*, págs. 230–234.

## 2. La importancia de las Escrituras en la vida de nuestros antepasados.

Deuteronomio 31:10–13; Juan 5:39; 1 Nefi 3:1–4, 19–20; Mosiah 1:2–7.

James E. Faust, “En cuanto a las semillas y la tierra”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 54–57.

L. Tom Perry, “Enséñenles la palabra de Dios con toda diligencia”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 6–9.

“Las Escrituras”, capítulo 10, *Principios del Evangelio*, págs. 52–56.

## 3. Sigamos a las Autoridades Generales.

Mateo 7:15–23; D. y C. 21:1–6; 43:1–7; 124:45–46.

M. Russell Ballard, “Guardaos de los falsos profetas y de los falsos maestros”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 73–76.

David B. Haight, “El sostenimiento de profetas”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 41–43.

“Observemos el consejo de los siervos del Señor”, lección 13, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 119–121.

## 4. Un refugio de la tormenta.

Isaías 41:10; Alma 36:3, 27; D. y C. 58:2–4; 121:1–8; 122.

James E. Faust, “La esperanza, ancla del alma”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 70–73.

Joseph B. Wirthlin, “La búsqueda de un puerto seguro”, *Liahona*, julio de 2000, 71–74.

Robert D. Hales, “He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 81–84.

“Tribulación, adversidad y aflicción”, lección 15, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 140–147.

## 5. Cómo buscar la guía del Espíritu Santo.

Juan 14:16–17, 26; 2 Nefi 32:2–5; Moroni 10:5–7; D. y C. 8:2–3.

Boyd K. Packer, “Lenguas de fuego”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 7–10.

Jeffrey R. Holland, “No perdáis pues, vuestra confianza”, *Liahona*, junio de 2000, págs. 34–42.

Richard G. Scott, “¡Él vive!”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 105–108.

“El don del Espíritu Santo”, lección 30, *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte A*, págs. 228–234.

## 6. Los discípulos verdaderos comparten el Evangelio.

Mateo 5:16; D. y C. 4; 18:14–16; 88:81.

Gordon B. Hinckley, “Apacienta mis ovejas”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 118–124.

M. Russell Ballard, “¿Qué debemos hacer nosotros?”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 37–40.

Henry B. Eyring, “Una voz de amonestación”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 37–40.

“La obra misional”, capítulo 33, *Principios del Evangelio*, págs. 213–218.

## 7. Cómo fortalecer a la juventud.

1 Timoteo 4:12; Alma 37:35; 38:2; 41:10; Artículo de Fe Nº 13.

Gordon B. Hinckley, mensaje de la charla fogonera del 12 de noviembre de 2000 que se publicará en el ejemplar de *Liahona* de abril de 2001.

Gordon B. Hinckley, “Madre, tu más grande desafío”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 113–116.

Gordon B. Hinckley, “Y se multiplicará la paz de tus hijos”, *Liahona*, enero de 2001, págs. 61–68.

*La fortaleza de la juventud*, folleto (34285 002).

“La pureza moral” lección 34, *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte A*, págs. 255–260; “La pureza de pensamiento”, lección 9, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 81–89.

## 8. El llegar a ser puros ante el Señor.

Isaías 1:18; Mosiah 4:10–12; D. y C. 19:16–20; 58:42–43.

Thomas S. Monson, “Tu jornada eterna”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 56–59.

Henry B. Eyring, “No demores”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 38–41.

Boyd K. Packer, “Lavados y purificados”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 9–11.

“El arrepentimiento”, capítulo 19, *Principios del Evangelio*, págs. 122–127.

## 9. La santidad de la mujer.

Proverbios 31:10–31; Efesios 5:25–28, 31; Jacob 2:28–35.

James E. Faust, “Lo que significa ser una hija de Dios”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 120–124.

Richard G. Scott, “La santidad de la mujer”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 43–45.

## Temas que se sugieren para la Reunión de superación personal, de la familia y del hogar\*.

PRESENTACIONES DE LOS TEMAS SUGERIDOS	IDEAS PARA LOS TEMAS DE LAS MINICLASES**
El desarrollo espiritual (D. y C. 88:63)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La adoración en el templo</li> <li>• La oración personal y el estudio de las Escrituras</li> <li>• La observancia del día de reposo (D. y C. 59)</li> </ul>
Las destrezas del ama de casa (Proverbios 31:27)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Cómo cultivar, cocinar, envasar y poner alimentos en conserva</li> <li>• La organización y la limpieza del hogar</li> <li>• El valor del trabajo</li> </ul>
Las relaciones matrimoniales y familiares (Malaquías 4:6; Mosíah 4:15)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• “La familia: Una proclamación para el mundo” (<i>Liahona</i>, octubre de 1998, pág. 24)</li> <li>• La noche de hogar, la oración familiar y el estudio de las Escrituras</li> <li>• Cómo ser mejores padres</li> </ul>
El fortalecimiento de las relaciones (Mateo 5:38–44; 25:40)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Cómo comunicarse y resolver conflictos</li> <li>• El arrepentimiento y el perdón</li> <li>• Cómo lograr un liderazgo eficaz</li> </ul>
La autosuficiencia (D. y C. 88:119)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El almacenamiento en el hogar y la preparación para casos de emergencia</li> <li>• La educación y la administración de recursos</li> <li>• La salud y la higiene</li> </ul>
El servicio (Proverbios 31:20; Mosíah 4:26)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El servicio a la familia y a los vecinos</li> <li>• El servicio en la Iglesia</li> <li>• Proyectos de servicio comunitario</li> </ul>
La salud física y emocional (Mosíah 4:27; D. y C. 10:4)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El ejercicio y la nutrición</li> <li>• Cómo controlar el estrés, y la diversión</li> <li>• El sentir agradecimiento y reconocer las bendiciones del Señor</li> </ul>
El mejoramiento y la educación personal (D. y C. 88:118; 130:18–19)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Las bendiciones patriarcales</li> <li>• El desarrollo de talentos y de creatividad</li> <li>• El aprendizaje a lo largo de la vida</li> </ul>
La alfabetización (Daniel 1:17; Moisés 6:5–6)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El conocimiento del Evangelio</li> <li>• El escribir historias y testimonios</li> <li>• La educación de los niños a una edad temprana y los libros para los niños.</li> </ul>
Las artes culturales (D. y C. 25:12)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La importancia de la música en el hogar</li> <li>• La literatura y las bellas artes</li> <li>• El conocimiento y la comprensión de otras culturas</li> </ul>

\*Las pautas para las reuniones de superación personal, de la familia y del hogar se distribuyeron con una carta de la Primera Presidencia fechada el 20 de septiembre de 1999.

\*\*Los materiales de consulta para los temas de las miniclases incluyen los manuales *Principios del Evangelio* y *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte A y Parte B*.

Russell M. Nelson, “Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 45–48.

“La mujer Santo de los Últimos Días”, lección 14, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte A*, págs. 93–99.

### 10. La gratitud

Salmos 100; Lucas 17:11–19; Mosíah 2:19–22; D. y C. 78:19.

Gordon B. Hinckley, “Gracias al Señor por Sus bendiciones”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 104–105.

Thomas S. Monson, “Una actitud de agradecimiento”, *Liahona*, mayo de 2000, págs. 2–9.

“Formemos el hábito de la gratitud en nuestra familia”, lección 35, *La mujer Santo de los Últimos Días, Parte B*, págs. 349–360. □

## Guía de fuentes de consulta

Para utilizar en el año 2001, junto con *Sacerdocio Aarónico Manual 2, lecciones 1–25*

Con el fin de actualizar y enriquecer las lecciones. A=Amigos o Sección para los niños

### Lección 1: ¿Quién soy yo?

Russell M. Nelson, “La Creación”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 102–105.

Russell M. Nelson, “Somos hijos de Dios”, *Liahona*, enero de 1999, 101–104.

“Triunfo”, *Liahona*, agosto de 1998, págs. 40–41.

“Soy un hijo de Dios” *Himnos*, Nº 196.

### Lección 2: Conozcamos a nuestro Padre Celestial.

James E. Faust, “Que te conozcamos a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo” *Liahona*, febrero de 1999, págs. 2–6.

Jeffrey R. Holland, “Las manos de los padres”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 16–19.

S. Michael Wilcox, “No tendrás dioses ajenos delante de mí”, *Liahona*, febrero de 1998, págs. 26–33.

### Lección 3: La fe en Jesucristo.

Neal A. Maxwell, “Aplica la sangre expiatoria de Cristo”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 25–28.

John B. Dickson, “Los dones incomparables”, *Liahona*, octubre de 1999, 18–24.

Sheri L. Dew, “Nuestra única oportunidad”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 77–79.

#### **Lección 4: La compañía del Espíritu Santo.**

Dallin H. Oaks, “La enseñanza y el aprendizaje por medio del Espíritu”, *Liahona*, mayo de 1999, págs. 14–24.

Boyd K. Packer, “Revelación personal: El don, la prueba y la promesa”, *Liahona*, junio de 1997, págs. 8–14.

Brad Wilcox, “Una pregunta peligrosa”, *Liahona*, mayo de 2000, págs. 32–35.

“Deja que el Espíritu te enseñe,” *Himnos*, N° 77.

#### **Lección 5: El albedrío.**

James E. Faust, “La obediencia: el sendero hacia la libertad”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 53–56.

Joseph B. Wirthlin, “Es suya la decisión”, *Liahona*, noviembre de 1998, págs. 46–48.

Sharon G. Larsen, “El albedrío: una bendición y una aflicción”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 12–14.

#### **Lección 6: El servicio cristiano**

Robert J. Whetten, “Verdaderos seguidores”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 34–36.

Janna Nielsen, “Un sábado de servicio”, *Liahona*, agosto de 1998, págs. 10–13.

H. David Burton, “Vé, y haz tú lo mismo”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 85–87.

“¿En el mundo he hecho bien?”, *Himnos*, N° 141.

#### **Lección 7: La importancia eterna de las familias.**

La Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles, “La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, octubre de 1998, pág. 24.

Dallin H. Oaks, “Lo más importante”, *Liahona*, marzo de 2000, págs. 14–22.

Henry B. Eyring, “La familia”, *Liahona*, octubre de 1998, págs. 12–23.

Robert D. Hales, “La familia eterna”, *Liahona*, enero de 1997, 72–75.

“Las familias pueden ser eternas”, *Himnos*, N° 195.

#### **Lección 8: La espiritualidad**

Russell M. Nelson, “Capacidad espiritual”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 16–19.

Robert L. Millet, “Despojémonos del hombre natural”, *Liahona*, agosto de 2000, págs. 6–10.

“En busca del autodomínio”, *Liahona*, junio de 1999, pág. 25.

#### **Lección 9: El arrepentimiento y la expiación de Jesucristo.**

Henry B. Eyring, “No demores”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 38–41.

Boyd K. Packer, “Lavados y purificados”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 9–11.

Bruce C. Hafen, “Gloria en lugar de ceniza: La expiación de Jesucristo”, *Liahona*, abril de 1997, págs. 38–48.

“Venid a Cristo”, *Himnos*, N° 60.

#### **Lección 10: El estudio de las Escrituras.**

Daniel C. Peterson, “Más evidencias para el Libro de Mormón”, *Liahona*, septiembre de 2000, págs. 28–35.

“¿Qué debemos escudriñar en las Escrituras?”, *Liahona*, mayo de 1998, págs. 28–32.

Willie Holdman and Richard M. Romney, “En la cúspide del mundo”, *Liahona*, marzo de 1997, págs. 10–15.

“Al leer las Escrituras”, *Himnos*, N° 180.

#### **Lección 11: Satanás y sus tentaciones.**

Thomas S. Monson, “En aguas peligrosas”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 50–52.

Richard B. Wirthlin, “Cuatro verdades absolutas que proveen una brújula infalible de la moral”, *Liahona*, enero de 1998, 9–11.

Clyde J. Williams, “Un escudo contra la maldad”, *Liahona*, octubre de 1996, págs. 18–24.

“Haz el bien”, *Himnos*, N° 155.

#### **Lección 12: La oración.**

Gordon B. Hinckley, “No temas, cree solamente”, *Liahona*, octubre de 2000, págs. 26–29.

“¿Qué puedo hacer para evitar que mis oraciones sean repetitivas?”, *Liahona*, junio de 1999, págs. 18–21.

Eileen Murphy Allred, “La oración del abuelo”, *Liahona*, marzo de 1998, A4–5.

“¿Pensaste orar?”, *Himnos*, N° 81.

#### **Lección 13: El ayuno.**

Thomas S. Monson, “La edificación de tu hogar eterno”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 2–7.

Lorenzo Presença, “Nuestro primer ayuno familiar”, *Liahona*, junio de 1999, A12–13.

Diane K. Cahoon, “El milagro de la hermana Stratton”, *Liahona*, mayo de 1999, A6–7.

#### **Lección 14: La obediencia a Dios.**

Patricia P. Pinegar, “Paz, esperanza y orientación”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 79–82.

Donald L. Staheli, “La obediencia: el gran desafío de la vida”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 88–89.

“Obedece Su voz y guarda Sus mandamientos”, *Liahona*, febrero de 1998, pág. 25.

“Haz tú lo justo”, *Himnos*, N° 154.

#### **Lección 15: La exaltación por medio del cumplimiento de los convenios.**

James E. Faust, “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón”, *Liahona*, julio de 1998, 17–21.

Richard G. Scott, “Jesucristo, nuestro Redentor”, *Liahona*, julio de 1997, 64–66.

“Se edifica Sión al hacer convenios y recibir ordenanzas”, *Liahona*, mayo de 1998, pág. 25.

“Oh mi Padre”, *Himnos*, N° 187.

#### **Lección 16: Los diezmos y las ofrendas.**

James E. Faust, “Abrir las ventanas de los cielos”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 67–70.

Jon R. Howe, “Lecciones prácticas que sirven para motivar”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 26–27.

Ronald E. Poelman, “El diezmo: un privilegio”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 84–86.

#### **Lección 17: Las bendiciones patriarcales.**

Thomas S. Monson, “Su jornada celestial”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 114–116.

Richard D. Allred, “El Señor bendice a Sus hijos mediante bendiciones patriarcales”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 31–32.

Valeria Salerno, “El día que recibí mi bendición patriarcal”, *Liahona*, octubre de 1997, págs. 20–21.

### **Lección 18: Los deberes de un maestro del Sacerdocio Aarónico.**

James E. Faust, “¿Con qué potestad... habéis hecho vosotros esto?”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 52–55.

James E. Faust, “El poder del sacerdocio” *Liahona*, julio de 1997, págs. 46–49.

Dallin H. Oaks, “El Sacerdocio Aarónico y la Santa Cena”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 43–46.

### **Lección 19: Un corazón quebrantado y un espíritu contrito.**

Robert D. Hales, “La curación del alma y del cuerpo”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 16–19.

Juan Antonio Flores, “Un gran cambio en mi vida”, *Liahona*, mayo de 1998, págs. 40–41.

“Lo suficiente calmo como para escuchar”, *Liahona*, marzo de 1997, págs. 30–32.

### **Lección 20: La administración de la Santa Cena.**

Thomas S. Monson, “El sacerdocio: poderoso ejército del Señor”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 56–59.

Dallin H. Oaks, “El Sacerdocio Aarónico y la Santa Cena”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 43–46.

Lois T. Bartholomew, “Una Navidad todos los domingos”, *Liahona*, diciembre de 1997, pág. 24.

“Hoy con humildad te pido”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 102.

### **Lección 21: Preparémonos para recibir el Sacerdocio de Melquisedec.**

Thomas S. Monson, “El sacerdocio: poderoso ejército del Señor”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 56–59.

James E. Faust, “¿Con qué potestad... habéis hecho vosotros esto?”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 52–55.

Joseph B. Wirthlin, “El crecer dentro del sacerdocio”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 45–49.

### **Lección 22: El liderazgo patriarcal en el hogar.**

Jeffrey R. Holland, “Las manos de los padres”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 16–19.

Fraser Aumua y Laury Livsey, “De tal palo, tal astilla”, *Liahona*, septiembre de 2000, págs. 38–39.

S. Michael Wilcox, “Una relación divina”, *Liahona*, septiembre de 1997, págs. 8–9.

### **Lección 23: Una preparación práctica para servir una misión.**

“Elder M. Russell Ballard”, *Liahona*, octubre de 2000, A10–11.

Marvin K. Gardner, “El brillante futuro de Soweto”, *Liahona*, diciembre de 1999, págs. 36–39.

“Llamados a servir”, *Liahona*, agosto de 1999, págs. 26–31.

### **Lección 24: Las bendiciones que brinda el trabajo.**

James E. Faust, “Horizontes perdidos”, *Liahona*, agosto de 1999, págs. 2–6.

Neal A. Maxwell, “Pon tu hombro a la lid”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 40–42.

“Elder Robert D. Hales”, *Liahona*, septiembre de 1997, A6–7.

“Pon tu hombro a la lid”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 164.

### **Lección 25: La pureza personal por medio de la autodisciplina.**

“Lo que enseñan los profetas en cuanto a la castidad y la fidelidad”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 26–29.

Jeffrey R. Holland, “La pureza personal”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 89–92; octubre de 2000, págs. 40–43.

Richard G. Scott, “Preguntas serias, respuestas serias”, *Liahona*, septiembre de 1997, págs. 28–32. □

## **Guía de fuentes de consulta**

### **Para utilizar en el año 2001, junto con Mujeres Jóvenes Manual 2, lecciones 1–25**

Con el fin de actualizar y enriquecer las lecciones. A=Amigos o Sección para los niños

### **Lección 1: Acerquémonos a Jesucristo**

James E. Faust, “Que te conozcamos a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo”, *Liahona*, febrero de 1999, págs. 2–6.

Russell M. Nelson, “Jesús el Cristo: Nuestro Maestro y más”, *Liahona*, abril de 2000, págs. 4–19.

Joseph B. Wirthlin, “La guía de Su vida ejemplar”, *Liahona*, febrero de 1999, págs. 34–43.

“Señor, yo te seguiré”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 138.

### **Lección 2: Los dones espirituales.**

Janette Hales Beckham, “Hagamos que la fe se convierta en realidad”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 89–91.

Mensajes de las maestras visitantes, *Liahona*, año 1997 (todos los ejemplares con excepción de los de enero y julio).

### **Lección 3: La edificación del reino de Dios.**

James E. Faust, “El precio del ser discípulo de Cristo”, *Liahona*, abril de 1999, págs. 2–6.

Jeffrey R. Holland, “Como palomas en nuestra ventana”, *Liahona*, julio de 2000, págs. 90–93.

Dale E. Miller, “El camino de perfección del reino”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 31–32.

“Trabajemos hoy en la obra”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 158.

### **Lección 4: La obediencia a los mandamientos nos ayuda a cumplir con nuestra función divina.**

James E. Faust, “Cuán cerca de los ángeles”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 105–108.

Richard J. Maynes, “Una conexión celestial en la adolescencia”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 35–36.

Richard G. Scott, “El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, *Liahona*, enero de 1997, págs. 83–85.

“Siempre obedece los mandamientos”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 197.

### **Lección 5: El ambiente familiar.**

Thomas S. Monson, “La edificación de tu hogar eterno” *Liahona*, octubre de 1999, págs. 2–7.

Virginia U. Jensen, “Superación personal, de la familia y del hogar”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 114–117.

Margaret D. Nadauld, “Volver el corazón hacia la familia”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 99–101.

“El hogar es como el cielo”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 193.

### **Lección 6: El compartir el trabajo en el hogar.**

James E. Faust, “Cuán cerca de los ángeles”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 105–108.

Neal A. Maxwell, “Pon tu hombro a la lid”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 40–42.

Vaughn J. Featherstone, “Nos queda todavía un sólido eslabón”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 15–18.

“Trabajad con fervor”, *Himnos*, N<sup>o</sup> 149.

### **Lección 7: Vivamos con amor y armonía.**

Robert D. Hales, “El fortalecimiento de las familias: nuestro deber sagrado”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 37–40.

“Cómo enseñar principios correctos a los miembros de la familia”, *Liahona*, abril de 1999, pág. 25.

Sharon G. Larsen, “Las Mujeres Jóvenes: estandartes de la libertad”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 103–104.

“Cuando hay amor”, *Himnos*, N° 194.

### **Lección 8: El mejorar la habilidad de comunicación.**

M. Russell Ballard, “Como una llama inextinguible”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 101–104.

Tammy Munro, “El leer con Ben”, *Liahona*, mayo de 2000, págs. 10–12.

Ann Michelle Nielsen, “El avance decisivo” *Liahona*, diciembre de 1999, págs. 40–41.

“Oh, hablemos con tiernos acentos”, *Himnos*, N° 151.



### **Lección 9: La Mujer Joven: una conciliadora en el hogar.**

Erika DeHart, “La lección más importante”, *Liahona*, noviembre de 1999, pág. 29.

Aurora Rojas de Álvarez, “Gozo en seguir al Señor: El perdón nos unió”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 44–48.

Lynn G. Robbins, “El albedrío y la ira”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 86–87.

“Siembra gozo”, *Himnos*, N° 150.

### **Lección 10: El sacerdocio: una gran bendición.**

Gordon B. Hinckley, “Las palabras del profeta actual”, *Liahona*, junio de 1997, págs. 32–33.

James E. Faust, “El poder del sacerdocio” *Liahona*, julio de 1997, págs. 46–49.

D. Lee Tobler, “El sacerdocio y el hogar” *Liahona*, julio de 1999, págs. 51–52.

### **Lección 11: Sintamos agradecimiento por el obispo.**

Gordon B. Hinckley, “Los pastores del rebaño”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 60–66.

Boyd K. Packer, “El obispo y sus consejeros”, *Liahona*, Julio de 1999, págs. 71–74.

Dallin H. Oaks, “¡Obispo, ayúdeme!”, *Liahona*, julio de 1997, págs. 24–26.

### **Lección 12: Las bendiciones de padre**

Gordon B. Hinckley, “Las palabras del profeta actual”, *Liahona*, junio de 1997, págs. 32–33.

James E. Faust, “Lo que significa ser una hija de Dios”, *Liahona*, enero de 2000, págs. 120–124.

S. Michael Wilcox, “Una relación divina”, *Liahona*, septiembre de 1997, págs. 8–9.

### **Lección 13: Las bendiciones patriarcales.**

Thomas S. Monson, “Su jornada celestial”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 114–116.

Richard D. Allred, “El Señor bendice a Sus hijos mediante bendiciones patriarcales”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 31–32.

Valeria Salerno, “El día que recibí mi bendición patriarcal”, *Liahona*, octubre de 1997, págs. 20–21.

### **Lección 14: Las bendiciones del templo.**

La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles”, “Las bendiciones del templo: en la tierra y por la eternidad”, *Liahona*, mayo de 1999, págs. 42–45.

David E. Sorensen, “Pequeños templos: Grandes bendiciones” *Liahona*, enero de 1999, págs. 74–76.

“Santos templos de Sión”, *Himnos*, N° 183.

### **Lección 15: El matrimonio en el templo.**

Richard G. Scott, “Recibe las bendiciones del templo”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 29–31.

David E. Sorensen, “La ruta de la luna de miel”, *Liahona*, octubre de 1997, págs. 16–19.

Patricia E. McInnis, “El casamiento en el templo que yo añoraba”, *Liahona*, abril de 1997, págs. 28–30.

“Las familias pueden ser eternas”, *Himnos*, N° 195.

### **Lección 16: Los diarios personales.**

Bruce C. Hafen, “Plantando las promesas en el corazón de los hijos”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 16–24.

### **Lección 17: Guardemos registros de historia familiar.**

Russell M. Nelson, “Un nuevo tiempo para la cosecha”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 36–39.

“Una obra de amor”, *Liahona*, junio de 2000, págs. 26–31.

Dennis B. Neuenschwander, “Los puentes y los recuerdos”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 98–100.

“Santos templos de Sión”, *Himnos*, N° 183.

### **Lección 18: Un patrimonio de buenas tradiciones.**

Robert D. Hales, “El fortalecimiento de las familias: nuestro deber sagrado”, *Liahona*, julio de 1999, págs. 37–40.

Richard G. Scott, “Cómo eliminar las barreras que nos separan de la felicidad”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 92–94.

### **Lección 19: Preparémonos para enseñar a los demás.**

Gordon B. Hinckley, “El testimonio”, *Liahona*, julio de 1998, 75–77.

L. Tom Perry, “Reciban la verdad”, *Liahona*, enero de 1998, págs. 70–72.

F. Onyebueze Nmeribe, “Lo decidieron por adelantado”, *Liahona*, septiembre de 1999, págs. 10–13.

“Llamados a servir”, *Himnos*, Nº 161.

**Lección 20: Compartamos el Evangelio.**

James E. Faust, “La importancia de dar testimonio”, *Liahona*, marzo de 1997, págs. 2–6.

L. Tom Perry, “Aceptemos el desafío”, *Liahona*, septiembre de 1999, págs. 44–47.

Darrin Lythgoe, “Testigos de Jesucristo”, *Liahona*, diciembre de 1997, págs. 16–18.

“Al mundo ve a predicar”, *Himnos*, Nº 169.

**Lección 21: Escribamos a los misioneros para brindarles apoyo.**

(No se dan artículos.)

**Lección 22: Pidamos orientación al Señor.**

Gordon B. Hinckley, “No temas; cree solamente”, *Liahona*, octubre de 2000, págs. 26–29.

Yessika Delfin Salinas, “Orad por vuestros enemigos”, *Liahona*, septiembre de 2000, págs. 8–10.

“¿Qué puedo hacer para evitar que mis oraciones sean repetitivas?”, *Liahona*, junio de 1999, págs. 18–21.

“Oh dulce, grata oración”, *Himnos*, Nº 78.

**Lección 23: Por medio del ayuno se reciben bendiciones.**

Thomas S. Monson, “La edificación de tu hogar eterno”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 2–7.

Brigada Acosta de Pérez, “Gozo en seguir al Señor: Bendecida por ayunar”, *Liahona*, octubre de 1999, págs. 44–48.

Lorenzo Presença, “Nuestro primer ayuno familiar”, *Liahona*, junio de 1999, A12–13.

**Lección 24: La revelación en nuestra vida diaria.**

Boyd K. Packer, “Revelación personal: El don, la prueba y la promesa”, *Liahona*, junio de 1997, págs. 8–14.

“El recibir revelación personal”, *Liahona*, septiembre de 2000, pág. 25.

“Dios habla a Sus hijos mediante la revelación personal”, *Liahona*, mayo de 1999, pág. 25.

“Deja que el Espíritu te enseñe,” *Himnos*, Nº 77. □

# Presidencias de las Organizaciones Auxiliares

## ESCUELA DOMINICAL



Élder Neil L. Andersen  
Primer Consejero



Élder Marlin K. Jensen  
Presidente



Élder John H. Groberg  
Segundo Consejero

## HOMBRES JÓVENES



Élder F. Melvin Hammond  
Primer Consejero



Élder Robert K. Dellenbach  
Presidente



Élder John M. Madsen  
Segundo Consejero

## SOCIEDAD DE SOCORRO



Hermana Virginia U. Jensen  
Primera Consejera



Hermana Mary Ellen Smoot  
Presidenta



Hermana Sheri L. Dew  
Segunda Consejera

## MUJERES JÓVENES



Hermana Carol B. Thomas  
Primera Consejera



Hermana Margaret D. Nadauld  
Presidenta



Hermana Sharon G. Larsen  
Segunda Consejera

## PRIMARIA



Hermana Sydney S. Reynolds  
Primera Consejera



Hermana Coleen K. Menlove  
Presidenta



Hermana Gayle M. Clegg  
Segunda Consejera

# Noticias de la Iglesia

## En la dedicación del Centro de Conferencias se llevó a cabo la ceremonia de la piedra angular

**D**urante la dedicación del Centro de Conferencias, el 8 de octubre, se llevó a cabo la ceremonia de la piedra angular, que dirigió el presidente Gordon B. Hinckley en la esquina sureste del edificio, alrededor de una hora antes de la sesión del domingo por la mañana.

Las personas que aguardaban fuera del nuevo edificio cerca de las puertas del lado sureste a las 8:45 de la mañana, quedaron sorprendidas al ver a los miembros de la Primera Presidencia, del Quórum de los Doce Apóstoles, al Presidente Mayor de los Quórumes de los Setenta, al Obispo Presidente y a las presidentas de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria salir desde el interior para participar en la ceremonia. La multitud observó al presidente Hinckley en silenciosa reverencia cuando explicó que la ceremonia de la piedra angular es un símbolo del Señor Jesucristo, quien es la piedra del ángulo de la Iglesia.

Previamente se había colocado una cápsula del tiempo, de acero

inoxidable, dentro de la caja de la piedra angular, con numerosos artículos, entre los que se encontraban una Combinación Triple firmada por los miembros de la Primera Presidencia, una pequeña réplica de una colmena hecha con madera del mismo nogal que se utilizó para el púlpito del Centro de Conferencias, información y fotografías correspondientes a la armadura principal del edificio, un casco protector utilizado en la construcción del edificio, ediciones de las revistas de la Iglesia de abril y de octubre de 2000 y fotografías de la primera persona con un pase para entrar al Centro de Conferencias a una conferencia general.

“Ahora declaramos terminado y completo el Centro de Conferencias. Que Dios bendiga este grande y maravilloso edificio”, dijo el presidente Hinckley luego de que líderes de la Iglesia pusieran la mezcla de cemento alrededor de la piedra angular.

Unas 30.700 personas asistieron a la sesión de la mañana. Además de las 21,000 sentadas en el auditorio

del Centro de Conferencias y 900 en el teatro, las congregaciones llenaron el Tabernáculo, el Salón de Asambleas y los cuartos del Centro de Visitantes Norte y del Edificio Conmemorativo José Smith, además de gente sentada en los jardines de la Manzana del Templo y en otros lugares adyacentes. Millones más participaron por medio de Internet y vía satélite en sus hogares y en centros de reuniones de la Iglesia a través del mundo. □

## Cambios en los Setenta y en la Escuela Dominical

**L**os miembros de la Iglesia sostuvieron los cambios en la Presidencia de los Setenta, en los Quórumes de los Setenta y en la presidencia general de la Escuela Dominical durante la sesión del sábado por la tarde de la conferencia general, el 7 de octubre de 2000.

Se relevó al élder Harold G. Hillam de la Presidencia de los Setenta, quien ahora sirve en la Presidencia de Área de Europa Oeste. Se dio el estado de Autoridad General emérita a los élderes F. Enzo Busche, Loren C. Dunn y Alexander B. Morrison, del Primer Quórum de los Setenta. Se relevó a cuatro miembros del Segundo Quórum de los Setenta: los élderes Eran A. Call, W. Don Ladd, James O. Mason y Richard E. Turley Sr.

Se llamó al élder Dennis B. Neuenschwander para llenar la vacante en la Presidencia de los Setenta.

También se relevó al élder Hillam como presidente general de la Escuela Dominical, junto a sus consejeros, los élderes Neil L. Andersen y John H. Groberg. Se sostuvo al élder Merlin K. Jensen de la Presidencia de los Setenta como presidente general de la Escuela Dominical, con los élderes Andersen y Groberg nuevamente como primer y segundo consejeros respectivamente.

Se relevó a veinte Setenta Autoridades de Área y se sostuvo a dos nuevos. □

**El Presidente Hinckley se prepara para aplicar el cemento a la piedra angular del Centro de Conferencias, mientras le observan el presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia y el presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia.**







**El Templo de Boston, diseñado según el estilo arquitectónico de Nueva Inglaterra, se alza sobre una colina.**

## “Acontecimiento histórico en la Iglesia”. Se llega a los 100 templos

**E**n cuatro sesiones celebradas el 1º de octubre de 2000, el presidente Gordon B. Hinckley dedicó el Templo de Boston, Massachusetts, el templo número 100 en funciones de la Iglesia.

En la oración dedicatoria dijo: “Padre Todopoderoso,... con humildad y solemne reverencia nos inclinamos ante Ti en este día histórico.

“Estamos congregados para dedicar ésta, Tu santa casa. Es una ocasión especial. Este templo es el número 100 en funcionamiento de Tu Iglesia.

“Hemos anhelado esta ocasión y hemos orado por este día. Extendemos nuestra gratitud a todos los que han trabajado con tanta fidelidad y diligencia, a menudo enfrentando grave oposición, para llevar a cabo el milagro de la terminación de este templo.

“Para nosotros es en realidad un milagro. El terreno en el que se encuentra y las circunstancias de su preservación para este uso, así como la decisión de construir el templo aquí son todos milagros para las personas que han tomado parte en este proceso.

“Ahora está listo para el propó-

sito por el cual se ha construido. Estamos profundamente agradecidos. Te damos las gracias por Tus hechos maravillosos y supremos que han hecho posible todo esto”.

Acompañó al presidente Hinckley el presidente Boyd K. Packer, Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles, y el élder Neil L. Andersen de los Setenta y primer consejero de la Presidencia del Área Norteamérica Noreste.

“Esta es una demarcación importante en la historia de la Iglesia”, dijo el presidente Hinckley en la dedicación del templo, hecho que señala el logro de la meta expresada en la conferencia general de abril de 1998 de llegar a 100 templos antes del final del año 2000.

Unos 16.800 miembros participaron en las sesiones de dedicación del Templo de Boston. Miles más observaron la ceremonia transmitida vía satélite a los centros de reuniones dentro del distrito del templo.

La dedicación de este templo número 100 hizo más que capturar la atención de los miembros locales de la Iglesia y de muchos más a través del mundo; al programa de puertas abiertas (realizado desde el 29 de

agosto al 23 de septiembre, con excepción de los domingos) asistieron 82.600 visitantes, lo cual recibió una extensa cobertura en los medios de comunicación. Una estación de radio y un periódico locales produjeron la primera gira completa por el templo en Internet, incluso con narración y acompañamiento de fotografías del interior del templo.

Debido a una demanda legal de algunos residentes locales que objetaron la aguja propuesta para el templo, la dedicación se llevó a efecto sin ella; sin embargo, el presidente Hinckley, en una conferencia de prensa en la tarde de la dedicación, expresó su optimismo al respecto.

“Nos hubiera gustado que la aguja estuviera allí. Lamento que no está, pero podemos funcionar sin ella mientras esperamos el resultado de la acción legal”, dijo. “Mientras tanto, seguiremos avanzando en la obra de las ordenanzas de esta casa sagrada”.

Durante las semanas anteriores a la dedicación del Templo de Boston, el presidente Gordon B. Hinckley dedicó cuatro templos ubicados en diferentes partes de las Américas.

### TEMPLO DE CARACAS, VENEZUELA

El 20 de agosto de 2000 se dedicó en cuatro sesiones el Templo de Caracas, Venezuela, el primero en ese país. “Rogamos por esta gran nación de Venezuela”, dijo el presidente Hinckley en su oración dedicatoria. “Que conserve su lugar entre las naciones soberanas de la tierra. Que sus habitantes sean bendecidos y prosperados. Que disfruten de la libertad de adorarte sin estorbo de ninguna clase. Bendice a los líderes de la nación con sabiduría y entendimiento, y un gran deseo de servir a las necesidades de la gente”.

Acompañando al presidente Hinckley estuvo el élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, y el élder Robert J. Whetten, de los Setenta y presidente del Área Sudamérica Norte.

El programa de puertas abiertas que se llevó a cabo los días 5 y del 7 al 12 de agosto, atrajo 27.806 visitantes. “Muchos salieron del templo con lágrimas en los ojos”, dijo Jorge



**Cerca de 6.000 miembros asistieron a la dedicación del Templo de Caracas, Venezuela.**

Alberto Ruiz, presidente de la Estaca Urdaneta, Caracas, Venezuela. “Una mujer salió y preguntó: ‘¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Cómo puedo ser parte de esta Iglesia?’ ”.

Cerca de 6.000 miembros de todo Venezuela asistieron a la dedicación. “El que el profeta haya dedicado el templo en nuestro país es algo que recordaré siempre”, dijo Carlos Ordeneta, de Maracaibo, Venezuela, que viajó con muchos otros miembros de Maracaibo durante 10 horas para asistir. “El templo es lo mejor que jamás le haya sucedido a Venezuela”.

**TEMPLO DE HOUSTON, TEXAS**

El presidente Hinckley dedicó el Templo de Houston, Texas, en ocho sesiones los días 26 y 27 de agosto de 2000. “¡Cuán maravilloso y completo es Tu plan para la salvación y la exaltación de Tus hijos de todas las generaciones! ¡Cuán enorme es nuestra obligación de llevar a cabo esta gran obra vicaria por ellos!”, dijo en la oración dedicatoria. “Bendice a las familias de la Iglesia con seguridad y unidad... Hazles sentir Tu imponente amor”.

Acompañaron al presidente Hinckley en la dedicación los élderes Jeffrey R. Holland, del Quórum de los doce Apóstoles y Richard J. Maynes, de los Setenta y primer consejero de la presidencia del Área Norteamérica Suroeste. Más de

20.000 miembros asistieron a los servicios.

El programa de puertas abiertas (celebrado entre los días 5 al 22 de agosto, con excepción de los domingos), atrajo a 110.000 visitantes, quienes quedaron impresionados con la belleza y el espíritu del nuevo templo; como ejemplo, una de ellas fue una mujer que entró al estacionamiento del templo por equivocación y decidió quedarse y visitar el edificio.

Desde la organización de la primera estaca en Houston en 1953, la

Iglesia ha aumentado considerablemente en el sureste de Texas; en la actualidad hay 22 estacas sólo en el área de Houston. “Hoy día nuestras estacas son tan fuertes como las de cualquier parte”, dijo Sterling Pack, un presidente de rama local. El hecho de tener un templo en Houston posibilitará a los miembros de los alrededores asistir en forma frecuente, quienes exteriormente tenían que viajar siete horas para llegar al Templo de Dallas, Texas.

**TEMPLO DE BIRMINGHAM, ALABAMA**

El 3 de septiembre de 2000, el presidente Hinckley dedicó el Templo de Birmingham, Alabama, en cuatro sesiones. En su oración dedicatoria, pidió: “Rogamos que la influencia de ésta, Tu casa, se haga sentir por todo este gran distrito del templo. Que la Iglesia crezca y prospere aquí. Que los que están en el gobierno sean amistosos con los de Tu pueblo. Permite que Tu Santo Espíritu guíe a los que sean llamados a predicar el Evangelio para que busquen y hallen a los que aceptarán la verdad sempiterna revelada en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Rogamos que todos los que vengan a la Iglesia permanezcan leales y fieles, y progresen en madurez y en dignidad para

**El distrito del Templo de Houston abarca una gran parte del estado de Texas.**





**Rodeado de follaje, el Templo de Birmingham, Alabama, espera la dedicación la mañana del 3 de septiembre de 2000.**

participar en las actividades sagradas de Tu casa”.

Con el presidente Hinckley se encontraban el élder David B. Haight, del Quórum de los Doce Apóstoles, y el élder Gordon T. Watts, de los Setenta, primer consejero de la Presidencia del Área Norteamérica Sureste. Cerca de 5.000 miembros de la Iglesia asistieron a la dedicación.

El nuevo templo y los miembros de la Iglesia en Alabama recibieron una atención positiva de parte de los medios de comunicación. Luego de asistir al programa de puertas abiertas, realizado los días 19 y del 21 al 26 de agosto, que atrajo a 21.000 visitantes, un reportero de un periódico escribió: “Al entrar al templo sagrado,... los visitantes son bienvenidos con los brazos abiertos. En la pared cuelga un cuadro que representa a Jesús extendiendo Sus brazos para recibir a los que entran al templo”. Una carta enviada a otro periódico, escrita por un hombre de Alabama, dice: “Por haber vivido casi 70 años y haber tenido una cantidad de vecinos en la casa de al lado, puedo decirle honradamente que los mormones son los mejores vecinos que usted puede encontrar”.

Los miembros del distrito del templo han aguardado con ansiedad la terminación del templo. “Durante el pasado año he hecho más entrevistas

para gente que va a entrar por primera vez al templo que los cinco años anteriores” dijo el presidente Richard D. May de la Estaca Birmingham, Alabama. “Nuestros miembros han estado tan entusiasmados; han trabajado más diligentemente en su historia familiar. Durante el programa de puertas abiertas vi a muchos miembros menos activos que dijeron ‘Estamos listos para regresar a vivir el Evangelio’”.

#### **TEMPLO DE SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA**

El presidente Hinckley dedicó el Templo de Santo Domingo, República Dominicana en cuatro sesiones el día 17 de septiembre de 2000. “Amado Padre, te ruego que dirijas Tu mirada con amor a Tus hijos e hijas de este país isleño y de las tierras vecinas”, pidió en su oración dedicatoria. “Prospéralos en sus labores para que tengan alimento en su mesa y techo sobre sus cabezas. Al acudir ellos a Ti, recompensa su fe y abre Tu mano de providencia hacia ellos. Que hallen paz en medio del conflicto y fe en medio de las tensiones del mundo. Abre las ventanas de los cielos, como Tú has prometido, y deja que las bendiciones se derramen sobre ellos”.

También participaron en los servicios dedicatorios los élderes Henry

B. Eyring, del Quórum de los Doce Apóstoles y Richard D. Allred, de los Setenta y presidente del Área Sudamérica Sureste. Unos 10.000 dominicanos, y sus vecinos de Haití, Puerto Rico y otras islas se reunieron para ser testigos de la dedicación del templo, el primero que se ha construido en las Antillas.

“Este es el día más especial en la historia de nuestro país”, dijo Georgina Rosario, una mujer joven dominicana que se unió a la Iglesia hace una década. “Nuestro país y nuestras familias se fortalecerán debido a la influencia del templo”.

El programa de puertas abiertas efectuado diariamente, con excepción de los domingos, desde el 26 de agosto al 9 de septiembre, atrajo a 40.000 personas. Después de hacer el recorrido por el templo, un periodista local informó: “Dentro del templo se recibe la impresión de estar en otro mundo... mayormente debido a las imágenes de Cristo que se encuentran en el edificio. No se puede comparar nada en el país a este templo. Su belleza no tiene igual”.

#### **El Templo de Santo Domingo sirve a los miembros de la República Dominicana, Puerto Rico, Haití y pequeñas islas de los alrededores.**



El Templo de Santo Domingo va a ser una bendición de significado especial para los miembros de su distrito, que comprende la República Dominicana, Puerto Rico, Haití y pequeñas islas de los alrededores. Las limitaciones económicas han impedido a estos miembros a que asistan a los templos más cercanos en los Estados Unidos o Guatemala.

La experiencia de Roland Ciochy, miembro de la Rama Jacmel en la costa sur de Haití, es típica. “Yo he sido miembro de la Iglesia durante 13 años y ahora tendré la oportunidad de ir al templo por primera vez”, dijo. □

## En Europa se reordenan los límites de las áreas

La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles anunciaron recientemente una reestructuración de los límites de las áreas Europa Este, Europa Oeste y Europa Norte. El nombre de las tres nuevas áreas como se han definido ahora serán: Europa Este, Europa Oeste y Europa Central; el título “Área Europa Norte” ya no se utilizará.

La presidencia de lo que era el

Área Europa Norte es ahora la presidencia del Área Europa Oeste; la presidencia de lo que se llamaba Área Europa Oeste preside el Área Europa Central. La presidencia del Área Europa Este continuará presidiendo esa nueva área recién reestructurada.

Un cambio de significado relacionado con la reestructuración de límites es la nueva ubicación del Área Europa Este a Moscú, Rusia, desde Francfort, Alemania, donde habían estado ubicadas las oficinas de área de Europa Este y Europa Oeste.

El élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “La reestructuración está particularmente designada a ayudar en el desarrollo de la Iglesia en Europa Este y en Europa Central”. Luego agregó: “Hemos visto un crecimiento considerable en la obra misional y en la Iglesia en Europa del este y central durante la pasada década, con ocho misiones en Rusia y un templo recién anunciado en Kiev, Ucrania”.

El Área Europa Este ya no incluye África del Norte, el Medio Oriente ni ciertas partes de Europa central. Comprende ahora 13 misiones y 25 distritos en 18 países: Armenia, Azerbayán, Bielorrusia, Bulgaria, Estonia, Georgia, Kazajstán, Kirgiztán, Latvia,

Lituania, Macedonia, Rusia, Serbia, Tayikistán, Turquía, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán.

La oficina del Área Europa Central está en Francfort, Alemania y comprende parte del norte de Europa, el Medio Oriente y Egipto. Incluye 20 misiones, 34 estacas, 20 distritos y 37 países: Albania, Alemania, Arabia Saudita, Austria, Bahrain, Bosnia, Croacia, Chipre, Chipre del Norte, Dinamarca, Emiratos Árabes Unidos, Egipto, Eslovenia, Finlandia, Grecia, Holanda, Hungría, Islandia, Irán, Iraq, Jordania, Kosovo, Kuwait, Líbano, Moldavia, Montenegro, Noruega, Omán, Polonia, Qatar, República Checa, República Eslovaca, Rumania, Suecia, Suiza, Siria y Yemen.

El Área Europa Oeste ahora comprende Groenlandia, y el Reino Unido (que anteriormente era parte del Área Europa Norte); Argelia, Libia, Marruecos y Túnez, en África del norte (que anteriormente era parte del Área Europa Este); y Bélgica, España Francia, Italia, Luxemburgo, y Portugal. Esta área que cuenta con 24 misiones, 66 estacas y 53 distritos tiene sus oficinas generales en Solihull, Inglaterra, antiguas oficinas generales del Área Europa Norte. □



**Las oficinas generales de las recién reestructuradas áreas están en Solihull, Inglaterra; Francfort, Alemania y Moscú, Rusia.**

MAPA POR THOMAS S. CHILD